



PETER
VAN OLMEN

ODESSA

*y el mundo
secreto de los
libros*

Siruela

PETER VAN OLMEN

**Odessa y el mundo
secreto de los libros**



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Odessa y el mundo secreto de los libros

Parte 1

Tejas
Alas en la noche
Rodeada
La habitación prohibida
Los escritores muertos
Ludovico Aquila
Cerdo chamuscado
I.c.i.a.r.
Cornelius Cerebus
Un precipicio inesperado
Al fondo de la cueva
Árboles susurrantes
Sir Lancelot y los caballeros de la mesa redonda

Parte 2

Scribópolis
Dostoievski
Las hermanas B.
El plan de Odessa
Orfeo
Kafka
La Piedra de obsidiana
La pluma es más poderosa que la espada
Una ración de Polvo de Musa
La Biblioteca de Scribópolis
La historia del rábano
Lo más grande bajo Luno
La Pluma en la Piedra
Conversación de alto nivel
La conspiración
El llamamiento al anfiteatro
El Oráculo de Delfos
Eurídice
Lo rosa y lo gris
Ludo A. y la dama
Shakespeare
Canallas y héroes
En el ojo del Cíclope
Con turbante y bigote

Parte 3

Hierba del desierto
Pegaso
El Señor de las Minas
Amigos bajo juramento
Mármol y tapices

La sala de las cien estatuas
Caliope
Huyendo
Encuentros inesperados
El suelo bajo sus pies
Agujas y clavo
Eres de mi sangre...
¿No es mejor que muera una sola persona...?
Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio
Un árbol solitario
Una decisión importante
Epílogo
Dramatis personae
Créditos

**ODESSA
y el mundo secreto
de los libros**

PETER VAN OLMEN

Traducción del neerlandés de
María Lerma

Ilustraciones de
Nicole de Cock

Las Tres Edades Ediciones Siruela

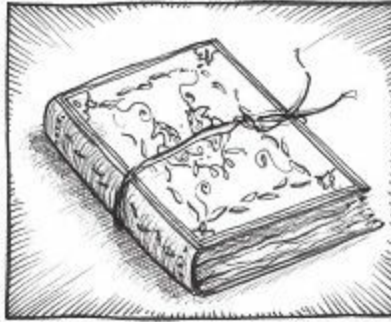
Para Kobe y Lotte

Make not your thoughts your prisons.

Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*

Parte 1

Tejas



Odessa deseaba tener un padre.

Deseaba un padre que la sentara en su regazo, que le contara historias prodigiosas por la noche antes de ir a dormir y que los domingos la llevara a montar a caballo. Pero nada de eso tenía importancia ahora. En este momento lo que más deseaba era un padre que le tendiera la mano y la aupara al canalón del tejado, porque no resistiría mucho más.

Era de noche, llovía y estaba huyendo.

Ayudándose de un alféizar y dos molduras ornamentales había trepado por la bajante de una antigua casa señorial. Todo fue bien hasta que llegó al tejado. Entonces fue mal: el canalón sobresalía demasiado y no tenía fuerza suficiente para subirse a él.

Tenía el pie izquierdo apoyado en la moldura de la ventana más alta, y con el derecho buscaba en vano algo, un ladrillo o lo que fuera para sostenerse.

No podía bajar porque la atraparían.

Si continuaba colgada allí mucho tiempo se le agarrotarían las manos y caería.

Los adoquines de la calle brillaban a la luz de las farolas muy por debajo de donde ella se encontraba. Llovía a cántaros y el agua salpicaba en los charcos del suelo. Estaba empapada. Tenía los dedos entumecidos. El agua que chorreaba por el canalón le entraba por la manga.

¿Y si se soltaba? Así todo acabaría. A algunas personas les atrae la muerte. Una pequeña caída, durante la cual toda tu vida pasa como una película ante tus ojos, y después nada más, eterno descanso.

Pero no podía morir; su madre se pondría hecha una furia.

«¡Vamos, Odessa! ¡Deja de hacer el tonto!», se dijo.

«No puedo, el canalón sobresale demasiado, no agunto más, me voy a caer.»

«¡No te vas a caer, atontada! Apoya el pie en esa ventana e impúlsate. ¡Impúlsate!»

Con rabia arrastró el pie por la fachada buscando ese pequeño apoyo adicional. Notó una ranura en una piedra en la que le entraba justo la punta del zapato. Tomó impulso y logró encajar el codo en el canalón. Estuvo a punto de quitarlo porque estaba lleno de porquería: hojas podridas y una pasta mugrienta. Subió el pie, enganchó el talón y subió.

Soltó la hebilla de su mochila y, jadeando, se dejó caer sobre el tejado, los pies en el

canalón, la espalda apoyada en la fría pizarra.

Dejó que la lluvia le corriera por la cara. ¿Qué se le había perdido ahí abajo? ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida! Los tejados eran sus amigos, las calles su enemigo. En las calles se sentía pequeña, los borrachos le daban miedo. En los tejados se sentía a salvo, pero aquella noche algo le había llamado la atención; en el centro de la plaza, abandonado sobre los adoquines y mojado por la lluvia, había un libro.

Jamás se habría atrevido a adentrarse en las calles por un libro, estuviera o no abandonado sobre los adoquines, pero con aquél ocurría algo extraño: emitía luz. No una luz intensa, como la de una linterna o la de una vela. Se trataba más bien de un débil resplandor que no habría llamado su atención a plena luz del día, pero que en aquella noche oscura le atrajo como una boya en el mar.

Permaneció un rato mirándolo con fascinación. ¿Y si...? Jamás se había atrevido a adentrarse en las calles.

Pero su curiosidad no tardó en vencer a su miedo. Bajó pasando de un tejado a otro hasta llegar a un murete por el que se deslizó hasta pisar un tonel desde el que saltó al suelo. Esperó un minuto entero en la sombra de un soportal hasta asegurarse de que la plaza estaba desierta y entonces fue hacia él.

Por un momento dio la impresión de que el brillo del libro sólo era el reflejo de la luz de las farolas en la tapa –podía ser, el libro estaba mojado y la luz de las farolas se reflejaba en los charcos–, pero el brillo iba aumentando según se acercaba a él, como si reaccionara a su presencia y le pidiera que se acercara.

Se arrodilló y cogió el libro del suelo. La tapa era de cuero rojo con delicados motivos bordados con hilo dorado, el papel de barba con los bordes deshilachados y estaba atado con un cordel de rafia. Odessa lo sostenía en sus manos como si hubiera encontrado un tesoro. El libro brillaba más que nunca y no tenía ni título ni autor. No lograba soltar el cordel con sus entumecidos dedos. Tiró de un pico de la tapa para poder ojear las páginas. A primera vista parecían en blanco.

Odessa comenzó a sentirse incómoda en el espacio abierto de la plaza. Metió rápidamente el libro en su mochila, allí estaría en un lugar seco. En casa podría seguir examinándolo.

Se dirigía hacia el tonel para volver a subir a la seguridad de los tejados cuando de pronto aparecieron unas oscuras figuras encapuchadas con mantos grises que, por su vestimenta, era evidente que no eran de aquel lugar. Parecían monjes de una hermandad medieval. Sus mantos estaban sucios y deshilachados, como si esos extraños tuviesen un largo viaje a sus espaldas.

Se acercaban a ella desde las sombras, aunque sería mejor decir se deslizaban, porque avanzaban sobre los adoquines como si tuvieran cámaras de aire bajo los pies. Sus mantos estaban empapados y se pegaban a sus deformes cuerpos.

No eran personas, pero entonces ¿qué eran?

Odessa nunca había pasado tanto miedo. Se escondió detrás del tonel. Por suerte los

engendros no se fijaron en ella. Se dirigían al lugar en el que había estado el libro.

El hecho de que una banda de monjes con aspecto de engendro deseara el libro no hacía más que aumentar su misterio y, por supuesto, su propia curiosidad. No tenía intención de devolverlo. ¡Mala suerte para ellos! Ahora era suyo. Lo había conseguido honestamente.

Los engendros se arrodillaron en torno al lugar vacío y permanecieron así un rato, como sumidos en pensamientos. Después todos miraron a la vez hacia donde estaba ella.

Odessa echó a correr. Los engendros comenzaron la persecución. Al final de la calle miró hacia atrás. La estaban alcanzando. Se movían hacia ella como los peones en un ajedrez; mantenían una velocidad constante, sin reducir ni acelerar. Aquella podía ser su salvación porque ella contaba con otra velocidad añadida; en las suelas de sus viejas botas de cordones había incorporado unas pequeñas ruedas. Con un simple golpe de pie podía desplegarlas y salir propulsada como un rayo. Aquello no funcionaría sobre los irregulares adoquines, pero ella sabía que a la vuelta de la esquina había una plaza de losas grandes y cuadradas y la siguiente calle era de duro granito. Si lograba llegar hasta allí podría distanciarse patinando a toda velocidad.

Dio la vuelta a la esquina de la plaza y, con un movimiento perfectamente ensayado, sacó las ruedas de la suela de sus zapatos, que entraron en contacto con las pulidas piedras. Salió disparada como una flecha. Torció a la izquierda dando una curva cerrada, después a la derecha, otra vez a la derecha y después otra vez a la izquierda hasta estar segura de haberse librado de sus perseguidores.

Al cabo de un cuarto de hora se detuvo para recuperar el aliento. No tenía ni idea de dónde se encontraba; se había librado de sus acechadores pero estaba perdida en un laberinto de callejuelas.

Estudió las fachadas de las casas, pero no logró reconocer ninguna. Nunca pisaba las calles. Siempre andaba por los tejados. Nunca encontraría el camino a casa recorriendo las calles. Sólo podía hacer una cosa: volver a los tejados.

Buscó una bajante resistente y volvió a trepar sirviéndose de alféizares y molduras.

Y allí estaba: los pies en el canalón, la espalda apoyada en la pizarra. Se había librado definitivamente de los engendros y tenía su trofeo en la mochila, pero estaba empapada, con la ropa llena de barro y el pantalón rasgado justo por encima de la rodilla. ¿Cómo iba a explicárselo a su madre?

No quería ni pensarlo. Si su madre se enteraba de que salía por las noches se pondría hecha una furia, encerraría a Odessa en su habitación y tapiaría su ventana. Era muy capaz de hacerlo.

Odessa era consciente de que debería sentirse culpable por desobedecer a su madre, pero no lo hacía. No podía evitarlo. Su madre era la culpable de que ella paseara de noche por los tejados y tampoco la dejaba salir de día. ¿Quién hacía algo así? ¿Qué madre encerraba a su propia hija? Ni que todo el mundo exterior fuera un gran lugar

dañino lleno de peligros. Odessa ni siquiera podía ir al colegio. Posiblemente fuera la única niña de la ciudad que recibía clases privadas.

Una vez plantó cara.

—¿Por qué no puedo salir nunca?

—Eres demasiado pequeña, Odessa. Te lo explicaré cuando seas mayor.

—¡Pero soy la única que no va al colegio!

—¿Acaso mis clases no son mejores que las de esos profesores mal pagados?

—No se trata de eso. ¡No puedo hacer amigos!

—Me tienes a mí, ¿no es así?

—¡Mamá! ¡Menuda estupidez! Tendrías que escucharte. Quiero jugar fuera, trastear, hacer tonterías con niños de mi edad. Y además tú siempre estás fuera. ¡No te veo nunca!

—Es por tu bien.

—¿Encerrarme? ¿Por mi bien? ¡Sí, claro!

Decidió atacar a su madre, hasta donde ella sabía, por su lado más vulnerable.

—¡Quiero a mi padre! ¿Dónde está?

En los temblorosos lagrimales de su madre pudo ver que sus palabras le dolían.

—¿Qué le has hecho? ¿Por qué te abandonó?

—No tienes padre —se limitó a responder su madre.

Algo horrible debió ocurrir en el pasado de su madre, pero Odessa no tenía ni idea de qué. Por mucho que insistiera, su madre no soltaba prenda. Quejarse, suplicar, hacerse la inocente, poner ojos de corderito, amenazar con irse, nada servía, su madre era inflexible.

Si, a pesar de todo, Odessa continuaba insistiendo, su madre se enfadaba y permanecía callada durante días como una reina de hielo, lo que hacía que Odessa se sintiera aún peor.

Lo único que su madre había logrado con aquella rectitud era que a Odessa se le diera bien asentar. Por el día se comportaba de forma ejemplar: no salía, se cepillaba los dientes, fregaba los platos, seguía las clases de su madre, hacía la cama y realizaba con una sonrisa todas las aburridas tareas que le pedía su madre. Pero en cuanto por las noches su madre se retiraba a su biblioteca, en la que pasaba una increíble cantidad de tiempo entre sus libros —de verdad, a Odessa le encantaban los libros, pero su madre era una fanática de ellos—, Odessa abría la ventana y salía. Se alejaba de su prisión. Se alejaba de las estúpidas normas de su madre. Se alejaba de su aburrida vida.

Las noches eran suyas.

Gracias a sus muchos paseos nocturnos, conocía los tejados de la ciudad como la palma de su mano. Pizarras, tejas, carrizo, cinc, sabía perfectamente por qué tejado podía bajar resbalando, a cuál podía subir con o sin carrerilla, dónde la calle era suficientemente estrecha para saltar y si el canalón de enfrente, aunque oxidado, era lo

bastante resistente como para soportar el peso de una niña de trece años pequeña para su edad.

Los tejados eran suyos.

Tenía un lugar favorito, una de las casas más altas de la ciudad. El tejado estaba mal aislado y los habitantes de la casa ponían la calefacción tan alta que Odessa, en los nevados meses invernales, tenía el trasero calentito. Cerca de allí se encontraba un tejado plano más bajo en el que había un palomar construido con tablas y tela metálica. Entre las chimeneas había tendederos en los que nunca había nada tendido.

No sólo era un lugar cálido, sino que desde allí también podía verse gran parte de la ciudad. A menudo miraba, no sin cierta satisfacción, cómo echaban a los chicos a patadas del café o cómo fanfarroneaban por las calles los lobos de mar mientras las chicas de vida alegre les echaban el ojo encima para sacarles hasta el último céntimo. En las esquinas de las calles solía ver ladrones y ladronas deambulando para ofrecer la mercancía robada. Veía todo y nadie sabía que ella estaba allí. Imaginaba que era un ángel protegiendo a la gente. Entonces escribía poemas en hojas de papel con las que hacía aviones que lanzaba a las calles. Disfrutaba con la mirada de sorpresa que ponían los marineros cuando un avión pasaba rozándoles la nariz y lo recogían de la nieve y leían el texto, que les llegaba directo al corazón. En silencio deseaba que un gran escritor descubriera sus poemas, se diera cuenta de lo buenos que eran y se pusiera a buscar a la misteriosa poetisa de los tejados.

Pero en aquel momento le apetecía cualquier cosa menos escribir poemas. Estaba mojada y tenía frío. Se abrazó e imaginó que eran los brazos de su padre, como solía hacer en sus momentos más tristes. Su cara, que olía a tabaco y a viajes lejanos, apretada contra la suya. Imaginaba que él era un héroe que vivía aventuras en países desconocidos, lo que explicaba por qué nunca la visitaba. Pero alguna vez vendría a sacarla de aquella lluviosa ciudad, de aquella lluviosa prisión.

Cerró los ojos.

«¿Odessa?», preguntó su padre con voz grave. Su sombrero de vaquero arrojaba una sombra sobre sus misteriosos ojos. «Éste es mi nuevo caballo, un purasangre árabe, regalo del rey Feizal de Persia. Sube a la grupa. Agárrate fuerte. Tenemos países que conquistar y tesoros que desenterrar.» Un instante después galopaban por el desierto. Eso sería maravilloso. Su padre le enseñaría el mundo. Él no le temía a nada, ni a una hermandad secreta de monjes medievales.

Los engendros.

Suspirando soltó a su padre imaginario y aterrizó de nuevo en su ropa fría y empapada por la lluvia. Se deslizó hasta el borde del tejado y miró la calle. La ciudad era azul oscura bajo la luz de la luna. Por aquí y por allá se iluminaba la ventana de un café entre los jirones de niebla. No se veía a nadie. ¿O tal vez sí?

Algo se movía en las sombras. Un ser encapuchado, con la cabeza inclinada hacia delante, se deslizaba de forma casi imperceptible delante de las casas. Los demás le

seguían. Odessa creía haberse deshecho de ellos en el laberinto de callejuelas. ¿Cómo la habían encontrado? ¿Acaso podían oler su rastro como una jauría? Un engendro olfateó la bajante de agua.

¿Qué debía hacer? Lo más sensato era tirar el libro misterioso, de hecho, ésa era su intención, pero algo la detenía. Tenía la sensación de que traicionaría a su padre si devolvía el libro. Su padre nunca se desprendería de un tesoro que hubiera conquistado al enemigo, era un héroe. Ella debía demostrar que era merecedora de él. ¿Qué haría él en su lugar? Se burlaría de ellos, ¡eso es lo que haría! Los desafiaría, los volvería locos y después se alejaría tranquilamente.

Los encapuchados rodeaban la bajante. Parecía que estaban deliberando. Odessa carraspeó, ¡eso es lo que haría su padre!, y escupió.

El escupitajo cayó con la cortina de lluvia justo encima del engendro más cercano a la bajante, ¡bien hecho!, y justo en el momento que iba a estrellarse en su capucha miró hacia arriba, ¡mejor aún! La saliva le caería en la cara o, al menos, donde debería haber una cara, porque allí donde Odessa esperaba ver una nariz torcida, dientes podridos y ojos saltones, no había más que un agujero negro.

El engendro ni se movió. Odessa había esperado ver un puño amenazante o recibir un gran insulto, pero él ni siquiera se estremeció, como si el escupitajo lo hubiera atravesado. Agarró la bajante y comenzó a trepar.

Tenía que salir pitando. Gateó rápidamente hasta la mitad del tejado, se mantuvo en equilibrio sobre el caballete y resbaló hacia el otro lado. Trepó como un gato por el muro del patio interior en el que crecía un precioso roble. Como un ladrón, se deslizó de sombra en sombra entre las chimeneas de la fábrica de arenques ahumados. Pero sobre todo saltó el mayor número de calles posible para estar segura de no dejar ningún rastro oloroso.

Al cabo de media hora de acrobacias estaba segura de que se había quitado a los engendros de encima; era imposible que pudieran seguir su rastro. Im-po-si-ble. Permaneció oculta detrás de una chimenea y observó los tejados. No se veía nada ni a nadie.

Esperó y esperó. Ya habían encontrado su rastro una vez.

Pero no vino nadie. Lo había logrado.

Tan sólo unos pocos tejados la separaban de su lugar favorito y decidió ir allí para recuperar fuerzas.

Se sentó en el tejado caliente, cerca del palomar y de las cuerdas de tender. Se dejó invadir por el suave arrullo de las palomas. El fuerte aguacero se había convertido en una débil llovizna. En la lejanía, la casa de su madre destacaba sobre las demás casas.

Debería sentirse aliviada, pero se sentía confusa y extrañamente triste. ¿Quién sabe qué le habrían hecho esos engendros de haberla atrapado? No quería ni pensarlo. Se había jugado la vida. ¿Y por qué? Por un libro. Un libro en blanco.

Pero se dio cuenta de que ése no era el verdadero motivo. Había querido impresionar

a su padre imaginario. Había pretendido demostrar que era digna de ser su hija. Como si, siguiendo sus huellas, pudiese atraerlo. Nunca le había echado tanto de menos. ¿Dónde estaba él?

Miró hacia sus pies. Si su padre la quería tanto, ¿por qué no la buscaba? ¿Qué les pasaba a sus padres? Una madre que nunca estaba, un padre que no existía; ése era el resumen de su vida. Apoyó la cabeza en la chimenea. ¿Acaso era ella la culpable de todo?

Más tarde o más temprano tendría que asumir lo que más temía: no merecía su cariño.

Alas en la noche



No sabía cuánto tiempo llevaba sentada allí cuando un grito la sobresaltó. Un grito ahogado, como si alguien gritase con la boca tapada.

Odessa creyó reconocer la voz, pero no logró identificarla. Sonaba demasiado lejana.

Se levantó. Con cuidado siguió trepando hasta una chimenea a la que podía agarrarse. Se encontraba en el punto más alto del tejado y podía escrutar las calles con facilidad. ¿Habrían encontrado los engendros otra víctima?

A la izquierda, en una plazoleta con una fuente, algunas sombras se movían bajo la lluvia. Odessa no lograba ver bien qué estaba sucediendo, pero no eran los engendros, eso estaba claro. Las siluetas que se movían bajo la lluvia eran más pequeñas, más rechonchas y no se deslizaban sobre los adoquines, sino que lo hacían con torpeza y a trompicones. Llevaban a alguien preso: una mujer. Por su ropa y su porte se podía ver que era una mujer elegante.

La mujer se resistía, pero los rudos seres eran mayoría y, aunque al menos eran una cabeza más bajos que su víctima, parecían fuertes. Rugían y gruñían como cerdos y, por extraño que resulte —Odessa entre tanto había bajado rápidamente del tejado y cruzado la cubierta plana hasta pasar el palomar desde donde podía ver mejor—, también lo parecían.

Al principio Odessa creyó que era un efecto óptico, que la niebla y la lluvia le nublaban la vista, pero estaba viendo bien: los rechonchos seres eran jabalíes de caras verrugosas, con unos pequeños colmillos que sobresalían punzantes por sus morros carnosos y que andaban sobre las patas traseras. Vestían ajustadas cotas de malla con pesados cinturones de los que colgaban garrotes y múltiples armas. Sus musculosos brazos estaban cubiertos de áspero pelo.

Los cerdos humanos, o como Odessa quisiera llamarlos, obligaron a su víctima a arrodillarse. La mujer miraba hacia el lado contrario del que se encontraba Odessa. Los cerdos la encapucharon y maniataron.

Odessa no podía quedarse mirando sin más, debía hacer algo; salvar a la infeliz, pedir ayuda, algo, pero ¿el qué? No era más que una niña. ¿Qué podía hacer ella contra una

tropa de cerdos peludos? Subió a un tejado más alto y examinó las calles. Aquello solía estar lleno de marineros borrachos en busca de diversión. ¿Dónde estaban ahora?

Debía hacer algo por ella misma. Se estaba llevando las manos a la boca a modo de bocina para gritar, y así al menos atraer la atención de los cerdos, cuando el pesado aleteo procedente de un enorme animal que pasaba justo por encima de ella le hizo perder el equilibrio. Logró agarrarse, por los pelos, a la chimenea. El animal no la había rozado, pero el aire que desplazó estuvo a punto de tirarla. Instintivamente se llevó los dedos a la boca y silbó con fuerza. El animal, que durante un destello de luz de luna vio que se trataba de un caballo alado, volvió sorprendido la cabeza dejando de ver por dónde volaba. Una pata trasera se le quedó enganchada en un tendedero que había entre las chimeneas. Su cuerpo giró en redondo hacia la izquierda y se estrelló contra un tejado. En medio de una avalancha de tejas, el animal rodó hacia abajo hasta llegar al tejado plano, que retumbó por el golpe. Su marcha era imparable y continuó rodando, arrastrando con él el palomar, que cayó desarmándose.

A Odessa le dio un vuelco el corazón. ¿Qué había hecho? Se movió gateando por el tejado y pasó al techo plano. Los restos del palomar se movieron y se levantó una nube de plumas. Las palomas se dispersaron en todas las direcciones. De la maraña de plumas surgió un caballo grande, musculoso, blanco como la nieve, con dos enormes alas.

Odessa se había quedado de piedra: engendros, cerdos humanos y ahora aquello, un caballo alado. Era como si hubiera aterrizado en otro mundo aunque continuaba rodeada por la ciudad que conocía, por los tejados que conocía. ¿De dónde surgían todos aquellos seres?

El animal se levantó y sacudió las crines. Tenía plumas pegadas por todo su musculoso cuerpo. Por sus orificios nasales salía vaho que se elevaba bajo la luz de la luna. Salió de entre los restos cojeando. De su pata delantera derecha colgaba una tabla sujeta por un clavo. La sangre corría hacia abajo tiñendo su casco de rojo.

Odessa quería ayudar al animal, se arrepentía tanto de lo que había hecho... quería acariciarlo, sacarle el clavo, pero el animal la miró con furia. Odessa no se atrevió a acercarse más. Estaba segura de que la habría atacado de no haberse oído otro grito. El animal se giró de golpe, galopó cojo sobre el tejado y se sumergió en la oscuridad con un auténtico desprecio por la muerte, arrastrando el tendedero que tenía enrollado en la pata.

Odessa corrió hacia el borde del tejado: griterío, ruido de cascos, choque de armas. El caballo alado intentaba liberar a la prisionera. Repartía coces certeras con sus patas traseras. Tres cerdos estaban ya en el suelo. Los otros retrocedían intentando reagruparse. La prisionera aprovechó la confusión para liberarse de la capucha. Jadeaba. Echó los dientes a la cuerda que rodeaba sus muñecas. Dos cerdos, más grandes y más fuertes que los otros, la agarraron y la arrastraron a una callejuela, pero no antes de que la prisionera soltara un grito que desgarró a Odessa.

Reconoció la voz. La habría reconocido entre miles de voces.

Era la voz de su madre cuando estaba enfadada.

Odessa apartó la idea de inmediato; era un disparate. ¿Su madre capturada por cerdos humanos? No podía ser, ¿verdad? ¡Era imposible! ¿Qué haría su madre en la calle a esas horas? ¿No pasaba toda la noche en su biblioteca ensimismada entre sus libros? Y además, ¿quién querría secuestrar a su madre?

Su madre llevaba una vida aburrida y discreta. De acuerdo, vivía en una bonita casa en la parte antigua y elegante de la ciudad con sus calles medievales, y siempre disponía de suficiente dinero —Odessa nunca entendió de dónde procedía aquel dinero—, pero no era rica, al menos no lo bastante como para que la secuestraran.

Debía de haberse equivocado: aquella no podía ser su madre.

El caballo alado corrió tras la prisionera, pero los cerdos humanos le cerraron el paso con los garrotes en alto. El animal, sin dudar lo más mínimo, se precipitó sobre ellos. Como si dispusiera de todas sus fuerzas, no se anduvo con contemplaciones, pero estaba herido y los cerdos se aprovecharon de ello. Uno de ellos se tiró de lado y golpeó su garrote con fuerza contra el trozo de madera que se balanceaba de la pata del caballo. El clavo penetró más en la piel, al animal le venció la pata y fue a dar de cabeza contra los adoquines. Los cerdos arrojaron una red sobre el animal, que pataleaba, y lo apalearon sin piedad.

Odessa no pudo soportar seguir contemplando aquello.

—¡Asesinos! —gritó—. ¡Monstruos!

Su voz quedó ahogada por el sonido de la lluvia.

Arrancó una teja y la tiró hacia abajo, y después otra, y otra más. Las tejas no dieron en el blanco pero los cerdos se sorprendieron por aquel nuevo ataque. No se arriesgaron y emprendieron la retirada no antes de haber golpeado al caballo una última vez.

La plaza aparecía desierta salvo por el caballo, al que le costaba respirar. Después de mucho patalear logró liberarse de la red. Se incorporó con dificultad y se acercó renqueando hasta la fuente. El ala izquierda le colgaba flácida del cuerpo. Dio unos tragos de agua y después lanzó una mirada de reproche a Odessa. Ella se sentía fatal. Nunca debió silbar. El caballo alado habría podido salvar a la prisionera y por su culpa había fracasado.

—Lo siento —susurró.

Cojeando y con la cabeza gacha, el animal desapareció entre las casas.

Odessa se sentó con las manos en la cabeza.

Nunca ocurría nada en su pequeña y aburrida ciudad y ahora, ¡jale-hop!, en la misma noche, encontraba un libro que irradiaba luz, la había perseguido una banda de engendros, unos seres con aspecto de cerdo secuestraban a una mujer que se parecía sospechosamente a su madre —que no podía ser ella porque era un disparate— y un caballo hacía añicos un palomar al sobrevolarlo para después desaparecer con un tendedero enganchado en la pata.

Tenía la desagradable sensación de que todo lo que había ocurrido aquella noche, de

una u otra manera, era culpa suya. Si no hubiera silbado a aquel caballo, habría logrado llegar a tiempo de salvar a la prisionera y entonces...

Pero no debía dejarse dominar por sentimientos de culpa. ¿Acaso ella había dicho a esos cerdos que secuestraran a aquella mujer, o al caballo que volara contra aquel tendedero? No era culpa suya, ¿verdad?

Si alguien tenía la culpa, ésa era su madre, porque si su madre no la encerrase, ella no tendría por qué vagar de noche por los tejados, y entonces jamás habría encontrado aquel libro, y entonces aquellos engendros nunca la hubieran perseguido, y entonces...

Se quedó sin aliento.

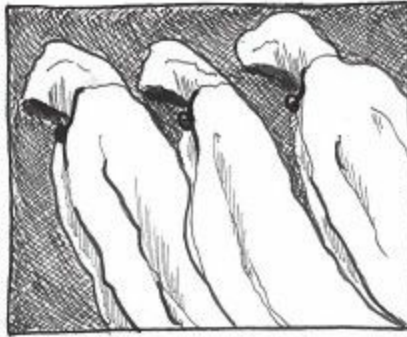
¡Los engendros!

Se dio la vuelta.

Había seis en el borde del tejado; tres a la izquierda, tres a la derecha.

Estaba rodeada.

Rodeada



Los engendros emitían un desagradable zumbido parecido al ruido de una radio estropeada, un extraño cántico que subía y bajaba de volumen y la estaba volviendo loca.

—¡No me toquéis! —gritó—. Os lo advierto, mi padre os...

Sus palabras no causaron ninguna impresión. Los mantos se acercaban deslizándose sin inmutarse.

Odessa se habría dado cabezazos contra la pared, su padre nunca se habría dejado capturar de aquella forma. ¿Qué haría él? ¿Abalanzarse sobre ellos? ¡Sí! Sin el más mínimo temor, y cuando se encontrara cerca de sus brazos extendidos, bajaría deslizándose por el tejado musgoso de la casa de la derecha e intentaría escapar escurriéndose por el desvencijado canalón que había debajo.

Odessa conocía aquel canalón como la palma de su mano. Era ancho y, a primera vista, suficientemente resistente como para andar por él, pero las vigas de debajo estaban podridas. La casa estaba deshabitada y habían roto las ventanas. Odessa sabía que el canalón aguantaría su peso pero no el de aquellos engendros. En su extremo había una pequeña bajante que llevaba al canalón de la siguiente casa. Si lograba alcanzarlo, estaba salvada. Si los engendros intentaban seguirla, las vigas cederían y ellos se precipitarían al vacío.

Era peligroso pero era su única opción.

—¡Vale! —gritó para que se la oyera con el sonido de la lluvia—. Habéis ganado. Me rindo. ¡Podéis quedaros con este ridículo libro!

Los engendros aminoraron la velocidad. Su zumbido cambió de tono.

No había más que un engendro entre ella y el tejado musgoso.

—Te entregaré el libro a ti.

Señaló al engendro junto al que tenía que pasar. Se dirigió hacia él con el corazón latiéndole con fuerza. El canalón se encontraba a su derecha, tres metros más abajo, al final de una pendiente empinada y resbaladiza.

Ella estaba tan cerca que podría haber olido el apestoso aliento del engendro si éste

hubiese tenido boca. Ya casi había llegado, un par de pasos más y...

El engendro levantó las mangas.

—Tranquilo —dijo ella—, tendrás tu libro. ¡Apártate de mí! ¡No me toques!

Intentó agarrarle la mano para apartarla pero no había nada en aquel lugar. La mano de Odessa desapareció en la manga del manto. Un hervidero de insectos rodeó su muñeca atrapándola; cientos, miles de pequeñas agujas se clavaron en su piel. Gritó. En un acto reflejo, agarró la manga con la otra mano y se soltó. Las agujas le rasgaron la piel. Intentó esquivar el otro brazo, perdió el equilibrio, tropezó y cayó al tejado musgoso. Cayó resbalando a gran velocidad. Intentó aferrarse a las tejas para frenar, pero el tejado era demasiado empinado y las tejas demasiado lisas. Aterrizó con un duro golpe en el canalón oxidado, que se desprendió unos centímetros emitiendo un crujido seco. Algo cayó a la calle debajo de ella. A Odessa le dolía todo, pero no quería pensar en eso en aquel momento. Encima de donde ella se encontraba, los engendros habían comenzado a bajar del tejado. Su cántico había aumentado hasta convertirse en un furioso zumbido.

Odessa se incorporó con dificultad y avanzó dando traspiés por el canalón. Si no salía de él antes de que ellos se subieran, se desplomarían juntos. El agua salpicaba bajo sus pies. Las vigas crujían a cada paso que daba.

—¡Aguanta! —gritó al canalón—. Un par de pasos más y podrás derrumbarte tanto como quieras.

Sus manos tocaron el frío cinc de la bajante. Le daban ganas de besar el metal. Colocó los pies sobre los anclajes y escaló como un gato aguzando los oídos hacia lo que ocurría detrás de ella.

No oyó ningún crujido. Los engendros no se habían atrevido a seguirla. Cobardes. Se aupó hasta el canalón del tejado contiguo y se sentó preparándose para disfrutar de su victoria.

Pero en lugar de una victoria la esperaba una desagradable sorpresa. Los mantos avanzaban sin perturbarse por el canalón. Uno de ellos casi había llegado a la bajante.

—¡Te tienes que romper! —gritó Odessa—. ¡Tienes que arrastrar a los engendros al abismo!

Pero aquel estúpido canalón ni rechistó. Su plan había fracasado.

Tenía que largarse de allí; el primer engendro ya había llegado a la bajante. Odessa subió al tejado y bajó por el otro lado. Delante de ella tenía la cubierta de cinc grande y plana de una fábrica o un almacén. La cruzó y se asomó al borde. No tenía sentido seguir huyendo; estaba agotada y los engendros parecían no cansarse. Tampoco tenía sentido esconderse en la sombra de las chimeneas; su olfato era sobrenatural. Debía encontrar algo para librarse de ellos definitivamente. En la otra acera había un tejado plano un metro más abajo. La calle tenía una anchura más grande de la que nunca había saltado, pero si cogía mucha carrerilla tal vez lograra llegar a él.

Calculó la distancia que necesitaba para coger suficiente velocidad, retrocedió veinte

pasos y se concentró. El cinc estaba dispuesto en grandes planchas soldadas. Tenía que cruzarlos. Volvió la cabeza. La capucha del primer engendro aparecía ya por el alero del tejado.

Sacudiendo los pies sacó las ruedas de sus patines.

Había destrozado montones de zapatos antes de dar con las ruedas adecuadas: pequeñas y duras para que rodaran bien, pero algo blandas para tener suficiente agarre en las curvas, y la suela adecuada: bastante gruesa para ocultar las ruedas pero no demasiado pesada para que no le molestara al andar. Un mecanismo que había sacado de una cama plegable mantenía las ruedas planas dentro de la suela. Para plegarlas sólo tenía que inclinarlas y pisar. Funcionaba como el resorte de una navaja y nunca la había dejado tirada.

Cogió aire. Se trataba de morir como una heroína o morir a manos de aquellos engendros. Patinó por el tejado. Si tropezaba estaba perdida. Un par de metros más. De pronto le pareció del todo imposible, no iba a conseguirlo. ¿En qué estaba pensando? La calle era demasiado ancha, acabaría estrellándose, pero ya no podía parar.

Saltó.

Braceó por el aire y aterrizó en el tejado del otro lado. Le dio la sensación de que se había roto una costilla. Se palpó el cuerpo. No tenía más que un par de rasguños.

Los mantos fueron apareciendo uno tras otro en el alero del tejado de la otra acera. Odessa metió las ruedas de sus patines y también se asomó al alero en jarras, a salvo por la anchura de la calle que los separaba. Continuaba lloviendo a cántaros.

Tras una amplia sonrisa, intentaba ocultar su angustia y su dolor.

—¿Y ahora qué? —gritó—. ¿Acaso es demasiada distancia para vosotros? ¡Vamos, os estoy esperando! ¿Quién será el primero? ¡Tengo vuestro li-bro!

Se hacía la dura pero en el fondo estaba muerta de miedo. Los engendros se movían sobre cámaras de aire, ¿qué los retenía para sobrevolar la calle?

Su zumbido aumentó hasta convertirse en un rugido ensordecedor. Odessa se tapó los oídos.

—¡Parad! —gritó—. ¡Parad!

Justo en el momento en el que creía que le iba a explotar la cabeza, los engendros se dieron la vuelta desapareciendo tan misteriosamente como habían llegado.

Odessa miró el mordisco de su mano. Estaba cubierto de minúsculas ampollas, ampollas azules que burbujeaban como si le cociera la piel.

La habitación prohibida



Media hora más tarde cerraba tras ella la ventana de su habitación. Se alegraba de estar en casa. No más noches como aquélla. Se cambió de ropa y escondió el pantalón roto debajo de la cama. Miró la mochila que había dejado sobre la cama. ¿Era un buen momento para examinar el misterioso libro? No, su mano era más urgente, cada vez le dolía más. Era un dolor molesto que la cabreaba mucho. Pero no quería volver a perder de vista el libro; le había costado tanto apoderarse de él antes que aquellos engendros... así que volvió a colgarse la mochila.

Patinó por los amplios pasillos de la gran casa de innumerables habitaciones. Normalmente le gustaba esprintar por los corredores cantando en voz alta y bailando, sabía un montón de trucos como saltar escaleras levantando las rodillas –su récord era de dieciséis escalones aunque aquella vez se torció un tobillo–, pero en aquel momento miraba fijamente hacia delante.

Por más que contestara a su madre en algunas ocasiones, ahora sólo quería una cosa: apoyar la mejilla en su pecho. Ella era su único apoyo. Si la habían secuestrado, Odessa estaría sola. ¿Qué demonios se le habría perdido a su madre en la calle por la noche? ¿Acaso se había dado cuenta de que la cama de Odessa estaba sin deshacer y había salido a buscarla en la noche oscura?

Intentó autoconvencerse de que su madre no había sido secuestrada, pero no creyó sus propias mentiras.

Lo ocurrido aquella noche pasó ante sus ojos como una película. No le encontraba ni pies ni cabeza. ¿Quiénes eran aquellos engendros? ¿De dónde venía aquel caballo alado? ¿Y qué relación tenía todo? ¿De verdad habían secuestrado a su madre? ¿Pedirían rescate? Odessa no sabía dónde guardaba su madre el dinero. ¿Qué harían aquellos cerdos con ella si no podía pagar? Esperaba que no la trataran con rudeza.

Odessa giró deteniéndose delante del gran espejo del pasillo.

Si su madre la viera así, se desquiciaría; tenía las botas llenas de barro, su pelo rebelde, sobre el que su madre siempre hacía algún comentario, pegado de cualquier

manera en la cara, tenía un araño debajo del ojo izquierdo y en los labios esa eterna sonrisa burlona que su madre no soportaba.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó a su reflejo.

Su reflejo puso los ojos, unos bonitos ojos verdes, como platos.

—*Qui? Moi?* —preguntó éste con la carita inocente con la que siempre llevaba a su madre al huerto.

—¡Sí, tú! ¡No creas que no te he calado! ¡Vaya pintas llevas! ¿Dónde te habías metido?

Su reflejo se cruzó de brazos y sus ojos se entrecerraron.

—¿Y tú qué? Mejor, fíjate en tus pintas. ¿Qué hace nuestra pequeña Odessa por las noches que su madre no pueda saber?

—Eso no es asunto tuyo, descarada.

—¿Ah, no? ¿Por qué silbaste al caballo?

—¿Y eso a qué viene ahora? Casi me tira...

—¡Ese caballo iba a salvar a tu madre, tontita!

—¡Aquella no era mi madre y punto!

—¿A quién quieres engañar? Tú la reconociste.

—No es verdad. Llovía y no podía ver nada.

—Boba, reconociste su voz.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Admítelo! ¡La has liado buena! ¡Ooooh! ¡Cómo se va a enfadar tu madre!

—¿Enfadar? —repitió Odessa con delicadeza—. ¿Creí que la habían secuestrado?

Su reflejo arrugó la nariz.

—¡Puf! ¡Sabionda! Mírate esa mano.

Su reflejo tenía razón. Las ampollas de su mano no hacían más que empeorar. Esperaba que no fuera el tétanos ni ninguna otra enfermedad que le subiera por la sangre y le paralizara el corazón. Debía encontrar rápidamente a su madre que tenía montones de libros gordos de hierbas y seguro que conocía algún remedio.

Sacó la lengua a su reflejo y se alejó patinando.

No podía contar a su madre que la habían atacado doce engendros. Debía inventarse algo. Le diría que le había mordido una araña tropical que había viajado en la bodega de un barco junto a los plátanos, o que tenía algún tipo de alergia extraña a la soledad o a las madres ausentes.

Frenó delante de la habitación de su madre. Inclino las ruedas y pisó para guardarlas. Clic. Clac.

¿Cómo iba a enfocararlo? ¿Poniendo ojos de corderito? ¿Soltando alguna lagrimita? ¿O con un ataque frontal? ¿Mirando con furia, gritando y chillando?

Se armó de valor y abrió la puerta.

—¡Mamá!

Nadie. La cama estaba sin deshacer.

La imagen de la prisionera encapuchada volvió a pasar por su cabeza como una punzada.

Junto a la cama, sobre la mesilla, había una foto de las dos. Su madre parecía triste, como si hubiera sufrido mucho, pero incluso con su tristeza continuaba siendo una mujer guapa. Con su melena castaña recogida con un pasador dorado y los ojos oscuros parecía una reina medieval.

Junto a la foto había un antiguo teléfono de disco. Odessa se sentó en la cama. ¿Debía quedarse esperando una llamada, un rescate? Abrazó sus rodillas y comenzó a mecerse suavemente. No tenía a nadie a quien pedir ayuda, ningún amigo, ningún familiar, ningún padre.

Estuvo media hora así sentada mientras por su cabeza pasaban los argumentos más horribles, hasta que decidió que no tenía sentido esperar: nadie la llamaría por teléfono. Estaba sola. A no ser que...

Aún le quedaba alguna esperanza: si su madre no estaba en la habitación, tal vez estuviera en la biblioteca tan inmersa en sus libros que había perdido la noción del tiempo. Aquello solía pasar.

Odessa saltó de la cama, sacó las ruedas de los patines y se precipitó por el pasillo. Unos instantes después frenaba de golpe ante la doble puerta de color verde oliva de la biblioteca de su madre.

Era la hora de la verdad: o su madre estaba detrás de aquella puerta inmersa en sus libros o había sido secuestrada por unos cerdos.

Odessa respiró hondo y llamó a la puerta con la palma de la mano.

—¡Mamá!

No hubo respuesta.

Volvió a llamar.

—¡Mamá!

No hubo respuesta.

—¿Mamá? —insistió con voz mucho menos firme.

Sintió que el pánico se apoderaba de su cuerpo, pero a la vez sentía una emoción con la que no sabía muy bien qué hacer; si habían secuestrado a su madre, —lo que por supuesto le parecería muy, pero que muy mal, mucho peor que cualquier cosa que le hubiera pasado hasta entonces, nadie podía poner eso en duda—, aquélla era una oportunidad única de husmear en su biblioteca.

Su madre le había prohibido tajantemente entrar en su biblioteca aunque ella no tenía ni idea de por qué, ¿acaso eran peligrosos los libros? Y si bien Odessa siempre se salía con la suya, aquélla era la única prohibición que cumplía.

Pero no aquella noche.

Llevaba tiempo sospechando por qué la biblioteca era territorio prohibido: su madre ocultaba algo, tal vez el secreto de su padre.

Odessa deslizó la palma de la mano por la cerradura de cobre. Todos aquellos años de encierro habían valido al menos para algo: doblando un poco dos horquillas era capaz de forzar cualquier cerradura. Si la descubría siempre tendría una buena excusa: buscaba un libro de hierbas. Su madre no tenía más que echar un vistazo a su mano y lo entendería de inmediato; era una emergencia y la necesidad no conoce ley.

Odessa se quitó dos horquillas del pelo y dobló las puntas hacia arriba para que formaran una *ele*. Metió la primera en la parte superior de la cerradura y la otra debajo. Las movió despacio hacia la izquierda, hasta que hicieron tope. El cierre era viejo y estaba oxidado y resultó más difícil de forzar de lo que pensaba, pero al cabo de cinco minutos se oyó un chasquido.

Odessa empujó la puerta. El olor de los libros le salió al encuentro. Inspiró profundamente. Le gustaba aquella mezcla de papel viejo y tinta. Al ritmo de la luna que brillaba a intervalos entre las nubes e iluminaba de azul la biblioteca, buscó entre las interminables estanterías.

Nunca había visto tantos libros. Su madre sentía un amor por ellos que incluso superaba al suyo. Deslizó la mano por los lomos. ¿Cuántas personas habrían pasado gran parte de sus vidas en buhardillas escribiendo para llenar aquella biblioteca?

Debajo de uno de los ventanales había una mesa larga con plantas y jaulas de pájaro que encerraban grajos y lechuzas. ¿A su madre le gustaban los pájaros? Jamás le había hablado de ello. Odessa siempre había pensado que el sonido de pájaros que escuchaba a veces procedía del exterior. ¿Cuántos secretos más guardaba su madre?

Sobre una de las jaulas había un pequeño pájaro adormilado que entrechocaba el pico como si estuviera soñando. Tenía las plumas mojadas. Era posible que hubiera entrado por un agujero del tejado para protegerse de la lluvia.

Cerca de él había un antiguo escritorio abierto lleno de manchas de tinta. Sobre él había libros, un candelabro, una pluma de ganso y un tintero, todo soltado allí de prisa y corriendo. También había algunas tablas de escritura, otra de esas rarezas de su madre: ¿quién seguía utilizando tablas para escribir? Odessa encendió la vela y revolvió en los cajones: cajitas con plumas, tinteros, papel de todos los colores y medidas, hilos para coser libros, una pequeña caja con cigarros diminutos, demasiado pequeños para una persona, pero nada que apuntara a su padre. El último cajón estaba cerrado con llave. ¿Por qué su madre cerraba un cajón con llave en su propia biblioteca?

Con dedos temblorosos por la emoción, metió en la cerradura las horquillas dobladas. El cajón se abrió. Odessa sacó un fajo de cartas. ¿Por qué guardaba su madre aquellas cartas a cal y canto? ¿Eran cartas de amor? ¿Eran de su padre?

Las cartas estaban escritas con una grafía antigua, con letra alargada y elegante, e iban firmadas con un nombre extraño: Shakespeare. Nunca había oído a su madre pronunciar aquel nombre aunque le resultaba familiar.

Se disponía a leer la primera carta cuando oyó que alguien tosía. Las cartas se le cayeron de la mano esparciéndose por el suelo. ¿La habían encontrado los engendros? Se

dio la vuelta. No lograba oír ningún zumbido y no veía a nadie, pero cualquiera podía ocultarse fácilmente en la oscuridad de la biblioteca. Era muy consciente de que ella se encontraba a la luz de la vela y el misterioso que tosía no.

¿Hay alguien ahí?, quiso preguntar, pero no logró que sus labios emitieran ningún sonido por temor a que alguien respondiera.

Excepto el repiqueteo de la lluvia contra los cristales y el ruido que hacía el pequeño pájaro, todo estaba en silencio.

Un relámpago proyectó en la biblioteca franjas luminosas y oscuras sombras.

No se veía a nadie.

Debía de haberse equivocado. Seguro que había sido el graznido de algún grajo o, la idea casi le hizo reír, una lechuza con tos. Esperó al próximo relámpago. Pasó un largo minuto.

Relámpago.

La biblioteca volvió a iluminarse.

Nadie.

Era posible que aquella tos fuera producto de su imaginación. Lo que no era difícil después de todo lo que había vivido aquella noche.

Odesa cogió el candelabro, recogió las cartas y las dejó sobre el escritorio. Unas pequeñas cajas plateadas dispuestas en una fila ordenada en su interior le llamaron la atención. Parecían valiosas y brillaban a la luz de la vela.

Cogió una de ellas con cuidado. Pesaba mucho. Tiró de la tapa que se abrió tras oírse un clic. No contenía hierbas sino un extraño polvo blanco. ¿Sal? ¿Azúcar? Se humedeció la yema del dedo y lo metió con cierta prudencia. Analizó los extraños granos cristalinos que se le habían quedado pegados. Sacó la lengua con precaución. El polvo sabía amargo; no era ni azúcar ni sal.

Odesa volvió a cerrar la cajita y sin querer derramó algo de polvo sobre el libro que había en el escritorio. Ocurrió algo extraño que no estaba del todo segura si había visto o no; en el momento que el polvo rozó el libro, una onda recorrió la tapa como cuando una gota cae en un charco.

Cogió el libro. La tapa era dura. Se tocó la lengua; si el polvo había causado ese efecto en aquel libro tal vez ella tuviera un agujero en la lengua, pero por suerte aún estaba entera.

Tenía que seguir investigando aquel polvo pero no tenía tiempo. Dejó su mochila sobre el escritorio y la abrió. Eligió la caja más bonita y se la guardó. El libro que había encontrado en la calle continuaba emitiendo aquel débil resplandor que le recordaba a las estrellas fosforescentes que tenía en la pared de su habitación.

—Ya que se te da tan bien dar luz, tal vez puedas arrojar alguna sobre los acontecimientos de esta noche —dijo.

Sacó el libro de la mochila. Con el filo de las uñas soltó el cordel de rafia. Lo abrió con mucho cuidado. Las hojas estaban mojadas y los bordes pegados. Muchas páginas

aparecían en blanco, pero por aquí y por allá había pequeños fragmentos de texto encabezados por fechas.

No era un libro sino un diario escrito con una letra ordenada que le resultaba familiar. Leyó algunas frases.

¿Cuánto tiempo tiene que pasar para poder regresar a Scribópolis? Echo de menos sus sinuosas calles. Echo de menos la Biblioteca. Incluso echo de menos al loco de Melville.

A Odessa el corazón le latía con fuerza en la garganta. ¡Por supuesto, aquella letra procedía de la elegante mano de su madre! ¡Era su diario lo que tenía en las manos!

Lo peor que uno puede hacer es leer a escondidas el diario de alguien, pero Odessa sentía demasiada curiosidad para que eso le importara. Ahora podía averiguar todo sobre su madre: sus pensamientos más íntimos, por qué se aislaba tanto del mundo, qué hacía todas las noches en la biblioteca y, Odessa temblaba de emoción, quién era su padre.

Debía de ponerlo en alguna parte: quién era él, dónde estaba, cómo era. Pero también, Odessa tuvo que tragar saliva, por qué las había abandonado...

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y acercó la vela a sus pies. ¿Sería él como lo imaginaba, un aventurero rudo, sin afeitado, con un sombrero que ocultara sus ojos chispeantes? Tal vez fuera bajito y calvo.

—Mami, si no vienes, leeré tu diario —dijo.

Esperó.

—¡Lo digo en serio!

La imagen del secuestro volvió a pasar por su cabeza. Ahora comprendía cómo había acabado el libro abandonado sobre los adoquines: su madre lo había dejado caer mientras la seguían los cerdos. Todas las piezas del puzle encajaron. Los engendros y los cerdos habían querido secuestrar a su madre; los cerdos se la habían llevado y los engendros debían apoderarse del libro para que no quedara rastro de ella, pero entonces Odessa lo había cogido y por eso la habían perseguido.

Se sintió completamente confusa, pero llorar no tenía sentido. Lo mejor que podía hacer era leer el diario con la esperanza de encontrar una señal de adónde podían haberse llevado a su madre esos extraños seres.

Acercó la vela.

Le temblaban las manos.

Los escritores muertos



Los primeros fragmentos que leyó la decepcionaron.

Muchas quejas y lamentos sobre tiempos pasados en los que su madre vivía en Scribópolis, un misterioso lugar al que echaba muchísimo de menos.

Odessa nunca había oído hablar de Scribópolis. Parecía el nombre de una ciudad, pero el de una inexistente.

También había muchas tonterías sobre ese tal Shakespeare: lo bueno e inteligente que era, lo mucho que la ayudaba, lo que echaba de menos sus sabios consejos, que era el único que la comprendía, que si volvería a verle y bla bla bla.

Ese tal Shakespeare era muy amigo de su madre. ¿Sería su padre? Shakespeare, Shakespeare, ¿dónde había oído ese nombre? ¿No se llamaba así un escritor de obras de teatro? ¡Sí, claro! *Romeo y Julieta*. Ella había visto la película en la que actuaba Leonardo DiCaprio. Ahora lo recordaba: su madre dijo una vez que Shakespeare era el escritor más grande de todos los tiempos.

Miró hacia delante. ¿Pero Shakespeare no había muerto hacía mucho? ¿Cómo podía conocerlo su madre? Odessa se había perdido. ¿Por qué demonios escribía su madre sobre un escritor muerto? Y ¿cómo podría un escritor muerto ser su padre?

Las siguientes páginas resultaban difíciles de leer; la lluvia había borrado fragmentos enteros. Algunas páginas estaban pegadas y Odessa no se atrevió a separarlas por miedo a que se rasgaran. Algunas frases habían sido tachadas concienzudamente.

Dio con un fragmento que debía de ser anterior a su nacimiento.

Me queda fenomenal esta barriga hinchada. Camino tambaleándome, escuchando al ser prodigioso que flota dentro de mí como un pequeño astronauta.

Ésa era ella.

Me gustaría estar orgullosa pero no puedo, soy una musa.

¿Qué querría decir su madre con eso? ¿Una musa no era un ser mitológico, una especie de incitadora que inspiraba a los grandes artistas? Su madre no era una mujer interesante, ¿verdad? ¡Era aburrida!

Nadie debe saber que espero un bebé. Me convertiría en la vergüenza de Scribópolis. Sólo lo sabe Shakespeare. Él es muy atento. Me ha descrito en un soneto como a un elefante que va por ahí tambaleándose. Me pareció muy gracioso, pero Shakespeare está triste porque siento que, según crece el bebé, voy perdiendo mis poderes.

Cuanto más profundizaba Odessa en el pasado de su madre, más oscuro le parecía. ¿A qué poderes se refería? ¿Y por qué estaba perdiendo esos poderes? ¿Y por qué no podía sentirse orgullosa de esa barriga hinchada? No tenía nada de malo, ¿no?

Odessa continuó leyendo como hechizada, como si pudiera mirar directamente dentro de la cabeza de su madre.

Scribópolis ya no era segura, su madre huyó de allí. Compró una casa en la ciudad con el dinero que le había dado Shakespeare. A eso siguieron años de soledad. Mantenía el contacto con él por correo aéreo, para eso servían los pájaros, y a través de Cornelius Cerebus, el librero. Odessa nunca había llegado a conocer a Cornelius pero sabía que su madre pasaba a verle a menudo. Tenía una librería al otro lado de la ciudad.

Entre tanto, en el diario, las cosas no le iban bien a su madre: más soledad, más tristeza. Las cartas de Shakespeare eran lo único que la animaba.

Shakespeare, Shakespeare, constantemente ese tal Shakespeare, pero en ninguna parte ponía que Shakespeare fuera su padre.

Se saltó unas cuantas páginas. De pronto vio su nombre.

No sé qué hacer con Odessa. No tiene ni idea de lo peligroso que es lo que hace. ¿Cómo puedo protegerla si no escucha y con la mala costumbre que tiene de salir por las noches y soltar aviones con poemas por las calles? Cree que no lo sé pero las madres saben esas cosas.

Odessa tragó saliva. Y ella que creía que era tan fácil llevar a su madre al huerto.

¿Por qué Odessa es tan desobediente? Se limita a asentir poniendo esa inocente mirada de corderito, pero en cuanto me doy la vuelta hace lo que quiere. Acabará costándome otra vez la vida.

Su madre exageraba. ¿La muerte? Tampoco era para tanto. Además nunca la había pillado nadie.

Hasta aquella noche, por supuesto. Aquella noche había cambiado todo.

Que nos encuentren es una cuestión de días. Los espías de Mabarak están por todas partes.

¿Mabarak? Era la primera vez que oía ese nombre. ¿Era quien les había enviado a aquellos engendros y cerdos? ¿No había visto ya ese nombre en el diario? Retrocedió unas páginas. Sí, allí estaba. Mabarak era un traidor y un renegado; le habían expulsado de Scribópolis tras una fuerte disputa.

Pasadas un par de páginas leyó:

El olor que recorre la ciudad es el olor de los cerdos deformes. ¡Gnorks! ¿Cómo han podido dar con nosotras?

A Odessa le dio un vuelco el corazón. ¡Su madre sabía quiénes eran esos cerdos! Gnorks. Y las buscaban a ellas. ¿Por qué?

He tenido tanto cuidado... Los poemas de Odessa deben de haberles puesto sobre la pista. ¿No he sido suficientemente severa con ella?

¡Más que severa! Por eso no te preocupes.

Si Odessa no hubiera sido tan desobediente, jamás nos habrían encontrado.

¡Sí, échame otra vez la culpa!

¿Por qué Shakespeare no da señales de vida? Tengo que ponerme en contacto con él, tengo que pedirle ayuda. Pero es demasiado tarde. Tendré que hacerlo yo misma. Tengo que distraerlos. Tengo que alejarlos, que proteger a Odessa hoy mismo.

Su madre había salido con el propósito de alejar a los gnorks. Se le cortó la respiración; de modo que sí habían secuestrado a su madre. Pero ¿por qué? ¿Qué querían esos gnorks de su madre? Odessa retrocedió unas cuantas páginas. Sus ojos se detuvieron en una frase que la hizo jadear.

Aunque he de reconocer que los poemas de Odessa son preciosos. Tiene el talento de su padre.

A Odessa casi se le cae el libro de las manos. ¡Su padre! ¡Así que tenía padre! Volvió a leer la frase.

Aunque he de reconocer que los poemas de Odessa son preciosos. Tiene el talento de su padre.

¿Qué conclusión podía sacar de ahí? Que su padre era escritor y, al parecer, uno bueno porque tenía talento. ¡Y ella había heredado ese talento! Era como si el mundo se hubiera detenido. ¡De él venía su afán por escribir poemas!

Olvidó de golpe todo lo vivido aquella noche. Incluso dejó de sentir el dolor de su mano. Se sentía profundamente unida a su padre, más allá del tiempo y del espacio.

Le habría gustado retener aquella sensación para toda la eternidad pero su felicidad enseguida dio paso a querer saber más. ¿Dónde estaba él? ¿Quién era? Continuó pasando páginas rápidamente.

La siguiente frase que leyó le impactó como una descarga eléctrica.

¡Quién sabe qué tonterías haría Odessa si se enterara de que su padre la está buscando!

¿Qué? ¿Su padre la estaba buscando?

Las letras bailaban ante sus ojos. Rápido, ¿cuándo había escrito aquello? Hacía un año. Así que llevaba más de un año buscándola. ¿Y su madre nunca se lo había contado? Dejó caer el libro y miró hacia delante.

¡Qué maldad!

¡Odessa llevaba toda su vida soñando en los tejados con un padre y él la estaba buscando por las calles! Cuántas veces tal vez le habría visto dando traspiés por las calles, abordando a la gente, poniendo una antigua foto ante su nariz. Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¡No la había olvidado después de tantos años! ¡La quería! ¡Quién sabe si en aquel momento estaría recorriendo las calles! Pero ¿por qué había esperado tanto? ¿Estaría en peligro? ¿Habría sufrido alguna horrible mutilación por sangre de dragón, que es ácida y penetra cualquier armadura, durante sus largos vagabundeos y tardado años en sobreponerse a la vergüenza de esa mutilación y por eso era ahora cuando se atrevía a aparecer? ¡No importaba! ¡Ella le quería!

Debía seguir leyendo. La respuesta a todo lo que había ocurrido aquella noche estaba en aquel libro.

No debe encontrarla. La utilizará.

¿Qué tontería era aquélla? ¡Por supuesto que debía encontrarla, la quería!

Jamás debe encontrarla.

¡Claro que sí!

¡Jamás! Haré todo lo posible, todo, para mantenerla oculta.

—¡No tienes ningún derecho! —gritó—. ¡Si mi padre quiere encontrarme, puede hacerlo!

Si la encuentra, todo estará perdido.

—¡No! ¡Todo estará ganado! ¿Es que no lo entiendes?

Odessa nunca lo entenderá. Debo protegerla de sí misma. No debe enterarse de quién es su padre. Es demasiado curiosa. Le buscaría.

Las manos de Odessa aferraron el libro. Lo cerró. Nunca se había sentido tan traicionada. ¡Qué maldad la de su madre! De pronto todo encajaba: todos esos años de soledad, todo ese secretismo, su madre que le ocultaba todo un mundo, ¡una ciudad que no existía! ¡Escritores muertos! ¡Correo utilizando pájaros! ¡Gnorks! ¡Pero lo peor era que su padre la estaba buscando y su madre nunca se lo había contado!

Su madre era la persona más egoísta que haya existido jamás. ¡No le importaba nada su hija! ¡Nada! ¿Cómo podía ser tan malvada? Y ahora, además, había dejado que la secuestraran por lo que Odessa no podía ni gritarle ni tirarle cosas a la cabeza. ¡Ojalá estuviera allí su padre! ¡Al menos él la quería! ¡Él la trataría como a una princesa!

¿Por qué temía su madre que su padre la encontrara? A veces los padres separados podían llegar a odiarse con tal intensidad que parece imposible. ¿Acaso temía que Odessa se fuera con él en busca de aventuras? ¿Que intentara seguir sus pasos y convertirse en escritora? ¿Qué había de malo en ello? Tenía talento.

—¡Bueno, tienes razón! —gritó—. ¡Me iré con él! ¡Estoy hasta las narices de esta vida!

Volvió a abrir el libro con brusquedad, como si él fuera el responsable de todos los errores de su madre. Lo único que podía hacer era continuar leyendo, aunque lo que le apetecía era destrozar el diario. Habría preferido no encontrarlo. Sollozaba de rabia y de tristeza. Le lloraban los ojos de furia contenida. Apenas podía seguir leyendo lo que ponía. Se secó las lágrimas con la manga, pero las letras seguían borrosas. A sus ojos no les pasaba nada, lo que ocurría era otra cosa: las letras se difuminaban en el papel. El diario estaba absorbiendo la tinta.

Odessa acercó el libro a la vela. ¿Sería una misteriosa tinta? ¿No debería de haberlo expuesto a la luz de la vela?

Todas las páginas estaban en blanco. ¡Ahora no! ¡Justo ahora que iba a averiguar quién era su padre!

Sostuvo el libro encima de la vela.

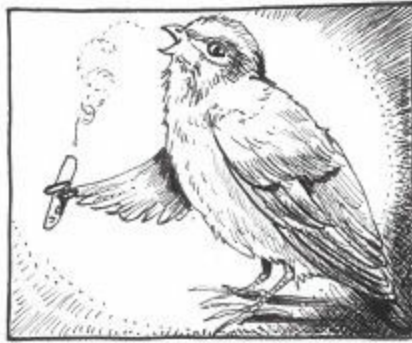
—¡Devuelve esas letras! ¡Te prenderé fuego!

El papel empezaba a tostarse cuando una voz profunda resonó detrás de ella.

—Yo que tú no lo haría.

La voz parecía cansada pero autoritaria, y pertenecía claramente a alguien con tos de fumador.

Ludovico Aquila



Odessa soltó el libro de repente. Se incorporó de un salto golpeando con el pie la vela que cayó y se apagó.

Tanteó el suelo con la mano. La puerta tenía puesto el cerrojo. No podía haber entrado nadie. Quien fuera debía de llevar espiándola todo ese rato. Encontró la vela y la encendió, pero ¿era una buena idea? Ahora ella era visible pero el misterioso con tos no.

¡Otra vez esa tos de fumador!

Procedía de la izquierda, junto a los ventanales. Había cortinas largas. Alguien podía ocultarse fácilmente detrás.

Empuñó el candelabro y se deslizó hasta las cortinas; no sobresalía ningún zapato. Estiró el brazo libre, fuera, la lluvia chocaba contra el ventanal, y descorrió las cortinas de un tirón.

Nadie.

Respiró con alivio.

A la izquierda del ventanal había una jaula con pájaros y en su interior lechuzas de distintos tamaños, un cuervo y dos pequeñas grajillas. Encima de la jaula continuaba aquel canario amarillo mojado. Las lechuzas tenían los ojos entrecerrados, las grajillas iban de un lado a otro y la miraban. De pronto cayó en la cuenta de algo: ¿no eran las grajillas unos pájaros inteligentes como los minás o los papagayos? ¿No podían hablar?

—¿Habéis sido vosotras? —susurró.

Las grajillas ladearon la cabeza pero se mantuvieron calladas como tumbas.

Se sintió ridícula. Había perdido el norte por todo lo ocurrido: el shock de que su padre la estuviera buscando, el dolor de la mano y el secuestro de su madre. Lo de aquella voz debía de haberlo soñado.

Acercó la cara hasta el pequeño pájaro amarillo que estaba sobre la jaula mirándola con indiferencia.

—¿Sabes si alguno de tus amiguitos es capaz de parlotear?

El pajarito estiró una pata hacia atrás y desplegó las alas.

—Ésos no son mis amigos, pequeña —dijo. Su voz sonó grave y cascada—. Y seguro que no son capaces de parlotear —añadió en tono burlón—. Son una panda de lechuzas que se dedican al correo.

A Odessa se le abrió la boca.

El pájaro saltó a la mesa y sacudió las gotas de lluvia de sus plumas.

—¿A qué vienen tantas voces, niña? Estaba echándome una cabezadita y me has despertado.

—¿Tú tú sa sabes ha hablar?

El pájaro arqueó la ceja.

—¿Y tú tú sa sabes tar tar tartamudear?

Voló hasta el escritorio y comenzó a revolver los papeles.

—¿Por qué no iba a saber hablar? Tu propia madre me enseñó; ciento veintiocho idiomas: ruso, arameo, navajo y otros tantos, más cuatrocientas diecisiete lenguas de animales. ¡Ajá! —exclamó.

Había encontrado la caja de los puros.

—¿No me crees? —preguntó mientras abría la caja con el ala. Se puso de puntillas gritando tan alto como podía—: ¡Iaaa! ¡Iaaa! —después volvió a hablar en tono normal—. Burros. Parece fácil pero no lo es, lo complicado es la entonación. Entre paréntesis: eso significa «cierra la boca, bostezar es de mala educación».

Odessa cerró la boca.

El animal olió el puro y con una destreza que no habría esperado de él, se lo puso en el pico.

—Acerca esa vela, niña.

Odessa sostuvo la llama delante del puro. El pájaro aspiró a pleno pulmón y soltó una gran bocanada de humo. Odessa agitó la mano.

—Pequeña, eres exactamente como tu madre te describió: el pelo revuelto, esa sonrisa que nadie consigue borrarte de la cara, esa mirada burlona en los ojos, una ceja más alta que la otra...

—¡Eh!, si no te gusta lo que ves mira para otro lado.

—...esa eterna mochila colgada. Pero tienes los ojos bonitos como tu madre. De todos modos ella tiene razón: pareces demasiado inocente para el carácter que tienes y te creía más alta.

—Tú también eres bastante pequeño, señor Gorrión.

A una velocidad sorprendente, el pequeño pájaro subió dando saltitos por su brazo hasta llegar al hombro, donde apretó los ojos acercándolos a su nariz.

—¿Has dicho gorrión? Escúchame bien, niña, voy a perdonártelo porque acabamos de conocernos, pero sólo lo diré una vez: soy un *Serinus Canarius* de la noble estirpe de los *Fringillidae*. Nadie ofende a nuestra familia impunemente.

Extendió las alas e infló el pecho como una rana toro.

—¡Me llamo Ludovico Aquila! ¡Defensor de los huérfanos y los oprimidos! ¡Salvador

de la patria y las mujeres en apuros! —exclamó, tras lo cual perdió el equilibrio, cayó de su brazo volcando hacia delante y aterrizó patas arriba en el escritorio. Se incorporó con dificultad y se sacudió—. Pero los amigos y las mujercitas me llaman Ludo A.

—Escucha, Ludovico Aquila, Ludo A., o lo que sea, creo que tiene mucho mérito que sepas hablar, pero...

—¿Dónde está Calíope? Habíamos quedado. Llevo una hora aquí mojado.

Odessa suspiró.

—¿Y quién es Calíope? Ya tengo bastantes misterios que resolver.

Ludo A. la miró con aburrimiento.

—No te hagas la tonta. Calíope es tu madre.

—Mi madre se llama Gertrudis.

Ludo A. echó una risotada que acabó en una serie de toses agónicas. Odessa creyó que se ahogaba. Iba a darle golpecitos en la espalda pero no sabía si era buena idea.

—¡Gertrudis! ¡Cajá, cajá! ¡Ésa sí que es buena! —escupió un gargajo en el suelo—. Gertrudis es un seudónimo, pequeña. Hablemos un momento en serio, su verdadero nombre es Calíope. ¿No irás a decirme que nunca has oído hablar de Calíope? ¡Es la musa más grande de todos los tiempos!

Odessa recordó que en el diario de su madre ponía que era una musa y que estaba perdiendo sus poderes.

—Hasta donde yo sé, mi madre no hace cosas de musas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque es mi madre.

—Pequeña, ni siquiera sabes qué hace una musa.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Ah, no?

Ludo A. esperó.

Odessa guardó silencio. No lo sabía. Empezaba a estar harta del pequeño pájaro. Vale que supiera hablar, pero era increíblemente arrogante.

Ludo A. sonrió de oreja a oreja.

—Las musas —explicó— son mujeres que inspiran a los artistas para que escriban sus mejores poemas, sus obras de teatro más arriesgadas, sus novelas más profundas. Les susurran historias al oído o les proporcionan sueños y visiones. Calíope es la más grande de las nueve. Es la musa de los poemas épicos y los relatos heroicos. ¡Inspiró a Shakespeare para que escribiera *Romeo y Julieta*, *Hamlet* y *El rey Lear*! Tu madre es la mejor, pequeña. Cuando naciste abandonó Scribópolis a altas horas de la noche, nadie sabe por qué. Un asunto lamentable. A todo esto, ¿qué pensabas hacer con ese libro?

—Nada —respondió intentando ocultar el diario de su madre tras su espalda. Sintió que la había pillado. Ludo A. empezó a dar vueltas a su alrededor. Ella se iba pasando el libro de una mano a la otra pero él fue mucho más rápido.

–¡El diario de Calíope! ¡Ostras! ¿De dónde lo has sacado? ¡Conozco a alguien que pagaría por esto!

Ella lo tiró sobre el escritorio.

–Puedes quedártelo. No pone nada. El estúpido libro se ha tragado todas las letras. Ya ni siquiera consigo abrirlo.

–¿Y te sorprende?

–¿Qué quieres decir?

–Pide disculpas.

–¿Perdón?

–Al libro. ¿Cómo te sentirías si alguien pusiera tu culo encima del fuego?

–Vamos, no es más que un libro.

–¿Acaso tu madre no te ha enseñado nada? Los libros también tienen sentimientos. Un libro sólo revela sus secretos si él quiere. ¿Dónde lo has encontrado?

Odessa contó lo sucedido aquella noche sin entrar en mucho detalle. Cuando mencionó lo de los hombres con aspecto de cerdo a Ludo A. se le endureció la mirada.

–¡Gnorks! ¡Ay, si Shakespeare se entera de esto! Aunque no entiendo cómo han logrado encontrar a tu madre. Se ocultaba muy bien.

Odessa mantuvo la boca cerrada. Nadie tenía por qué saber que sus pequeñas salidas nocturnas habían desencadenado todo.

Quería continuar leyendo el diario y desvelar el secreto de su padre. Tal vez el pájaro tuviera razón y el libro se hubiera cerrado cuando ella se enfadó. Lo sostuvo en una mano y con la otra se retiró el pelo hacia atrás.

–Ya no estoy enfadada, querido diario. Estoy tranquila, muy tranquila.

El diario ni se inmutó.

–No lo estás diciendo en serio –comentó Ludo A. Odessa le dirigió una mirada de enfado y continuó hablando–. Oh, pequeño diario, eres tan encantador con tus pequeñas y bonitas letras... ¡Pero quiero leerte! ¡Ahora! ¡Estúpido montón de papel! –lo tiró al suelo, lo recogió, lo dejó y volvió a agarrarlo enseguida. Acarició la tapa–. Diario de mi corazón, vamos, vamos, no creerás que lo de estúpido montón de papel lo decía en serio, ¿verdad? Enséñale tus bonitas letras a la tía Odessa.

–¿Qué te pasa en la mano? –preguntó Ludo A.

–Nada –Odessa tapó la herida con la manga–. Me he caído entre ortigas.

–Intenta convencer de eso a tu madre. Enséñamelo.

Ella enseñó la mano llena de pequeños moratones. El dolor atravesaba la piel hasta llegar a su sangre e iba subiendo por sus venas hasta pasar de la muñeca.

–¿Qué aspecto tenía? –preguntó Ludo A. con severidad.

–¿Quién?

–El que te ha mordido.

–Era una araña, una tropical. Estaba entre los plátanos.

–¿Llevaba manto?

—¿Quién, la araña?

—¡El que te ha hecho eso, boba! ¿Cómo se movía? ¿Tenía cara? ¿Se deslizaba sobre los adoquines como si fuera sobre una cámara de aire?

—¿Conoces a esos engendros?

No sin desgana, Odessa contó su encuentro con los engendros y cómo la enloquecían con su zumbido de radios rotas.

—¡Husmeadores!

Ludo A. miró hacia la puerta como si pudieran entrar en cualquier momento.

—Tenemos que irnos de aquí, pequeña. No tengo ni idea de qué quieren de ti, pero cuando los husmeadores buscan a alguien, lo encuentran.

—¿Qué quieren de mí?

—No quieras saberlo, pequeña, créeme.

—Deja de tratarme como a una niña pequeña. No tengo miedo, enseguida me los quité de encima.

Ludo A. reflexionó sin apartar los ojos de la puerta.

—Escucha, pequeña, ningún mortal ha visto qué hay debajo de esos mantos, pero una cosa es segura: antes eran personas. Cuenta la leyenda que son escritores renegados, sirvientes de Mabarak que le desobedecieron y a los que castigó de forma horrible: hizo que los insectos se los comieran vivos y éstos tomaron sus cuerpos y sus almas. Son insensibles al frío. Nadie sabe cómo matarlos. El manto es mágico y mantiene todo unido pero debajo, con forma de persona, hay una pasta asquerosa formada por un hervidero de insectos: hormigas, gusanos, moscas, saltamontes, gordas arañas peludas llenas de...

Odessa se tapó los oídos. ¡Ella había metido la mano en esa pasta!

—¿No decías que no tenías miedo? —se burló Ludo A., pero enseguida volvió a preocuparse—. Hay que tratar esa herida y rápido. El veneno de esos asquerosos insectos se mezcla con la sangre y se abre camino hasta el corazón. Normalmente uno enloquece de dolor antes de que el veneno llegue a él.

—¿Me voy a morir?

—Todos vamos a morir, pequeña. Todos somos alimento para los gusanos.

—Pero ¿cuándo?

—Es un gran misterio. Algunas personas tienen achaques toda su vida y llegan a los ciento diez, otras están sanas como una manzana y ¡pum!

—Me refería a que... ¿voy a morir por el mordisco? ¿Aquí? ¿Ahora?

—¿Si no te curan en menos de veinticuatro horas? Sí. Entonces podría cantar una canción sobre tu tumba, pero no hemos llegado a ese punto —se acercó a saltitos hasta un tarro—. De momento puedes taparlo con una compresa de rábano picnate, una receta secreta de tu madre. Con eso aguantarás hasta que lleguemos a Scribópolis. Las hermanas B. tienen libros de hierbas. Ellas son las únicas que pueden salvarte.

Con una espátula, Odessa sacó del tarro un pegote de pasta marrón y lo extendió sobre su mano. Apestaba a plantas podridas, pero notó de inmediato su acción calmante.

Agarró con los dientes el extremo de una venda que encontró junto al tarro y empezó a enrollarla en su mano.

—Pero lo que no entiendo es qué quieren de ti esos husmeadores —murmuró Ludo A. mientras tanto para sí mismo—. Mabarak no envía a sus husmeadores así como así. En cualquier caso no por una niña tan pequeña e insignificante.

Odessa hizo como si no hubiera escuchado lo último.

—¿Ién es ese Mabarak eralidá? —masculló ella con la venda aún entre los dientes.

—Olvida ese nombre, pequeña. No debería haberlo mencionado.

—¡Tengo derecho a respuestas! ¡Estoy harta de tanto secreto! ¡Mi madre siempre me ha ocultado todo! ¡Durante toda mi vida!

Ludo A. carraspeó y escupió en el suelo.

—Tienes razón, algún día debías de conocer la verdad y éste es un buen momento, antes de que iniciemos nuestro peligroso viaje. Pero ¿por dónde empiezo? Hay tantas cosas que no sabes... Y si no sabes nada de Scribópolis, tampoco puedes comprender a Mabarak, y para comprender qué es Scribópolis deberías saber algo sobre escritores.

—Cuéntame.

Ludo A. se sentó sobre la caja de puros y cruzó sus pequeñas patas.

—Hace años, los escritores eran perseguidos por la gente que pensaba que los libros eran algo demoníaco y que inducían malas ideas en las personas. Quisieron quemar todos los libros, preferiblemente junto a los escritores. Estos últimos lo dieron todo por perdido y se retiraron a un desierto montañoso donde fundaron una colonia. Cada vez más y más escritores fueron allí. Lo llamaron Scribópolis, Scrilandia.

—¿Esa tal Scricosa es la ciudad en la que vivía mi madre?

—Scri-bó-po-lis. Tu madre es famosa en todo el mundo. Ella fue la primera musa que se estableció en Scribópolis. Los escritores la llevaban en palmitas. La ciudad no tardó en convertirse en una floreciente colonia en la que los escritores vivían en armonía con las musas. Escribieron sus obras maestras que llevaban en caravanas al mundo habitado, a los lectores que les seguían siendo fieles.

—¿No podían los propios lectores ir a buscar sus libros?

—Los escritores tenían demasiado miedo de que surgiera otro loco que incitara a la gente a quemar todos los libros y colgar a los autores.

—Pero eso ya no ocurre, ¿verdad?

—Todo se repite, pequeña, todo se repite. Y los escritores eran especialmente vulnerables al vivir todos en la misma ciudad, lo que los convertía en un blanco fácil. La ubicación exacta de Scribópolis también es secreta. La ciudad no se encuentra en ningún mapa. Los escritores vivieron durante años en la pobreza hasta que hicieron el mayor descubrimiento después del fuego, un descubrimiento que cambiaría el mundo: encontraron la forma de que los libros cobraran vida.

—¿De que cobraran vida? ¿Te refieres a que les salieran patas y andaran por ahí?

—Escucha, pequeña, quiero explicártelo pero tienes que dejar de hacerte la tonta.

Libros con patas. ¡Bah! ¿Dónde me había quedado? Ah, sí, que los escritores encontraron una forma de que los libros cobraran vida, lo que significa que con el Polvo de Musa podían dar vida a su contenido.

—¿Polvo de Musa?

—Sí, Polvo de Musa, ya sabes, un fino polvo blanco obtenido al moler la humedad ocular solidificada de una musa conmovida hasta el llanto. Es verdad que no sabes nada, ¿eh, pequeña? Tu madre tiene cajas llenas. Allí, son esas pequeñas cajas plateadas que hay sobre el escritorio. Ha llorado mucho estos últimos años. El Polvo de Musa es el bien máspreciado sobre la tierra. Lo esparces sobre un libro y lo que pone en el papel cobra vida. En un principio los escritores sacaron verdura, fruta, pan y carne de los libros, y vino, mucho vino. Scribópolis se convirtió en una ciudad rica y floreciente.

Ludo A. estaba muy emocionado y columpiaba las patas.

—¿Eres capaz de imaginar todo lo que se podía conseguir? Imagina que tienes un libro sobre los mejores puros cubanos...

—¿Y eso qué tiene que ver con Mabarak?

—¿Con quién?

—Mabarak. Ibas a hablarme de Mabarak.

—Escucha, pequeña, quiero contártelo todo pero si no paras de interrumpirme, no lo haré. Mabarak era uno de los escritores más grandes de Scribópolis —continuó diciendo con un visible enfado—. Su nombre completo es Sir Edward de Mabarak. Era el mejor amigo de Shakespeare.

—Ese tal Shakespeare escribe cartas a mi madre.

—No me sorprende en absoluto, esos dos están muy unidos.

—¿Él es mi padre?

—Podría ser. Hay muchos cotilleos sobre tu madre y Shakespeare.

—¿Pero cómo puede ser mi padre un escritor que ha muerto hace años?

—No está muerto, pequeña, está vivito y coleando. Ya te lo explicaré. Ahora escúchame. Shakespeare y Mabarak siempre salían juntos; donde veías a uno, veías al otro. Estaban hasta altas horas de la noche volcados sobre pergaminos mientras el vino corría en abundancia. Escribían los poemas más brillantes, subían a los tejados y los recitaban bajo la luz de la luna. Nunca hubo dos escritores más fraternales bajo el firmamento. Bonitos tiempos aquellos. Pero la oscuridad se apoderó del corazón de Mabarak. Pensó que él era mejor escritor, mientras que Shakespeare tenía mucho más éxito. El monstruo verde de la envidia hizo pedazos su amistad. Se distanciaron. Con el fin de aventajar a Shakespeare, Mabarak se propuso escribir un libro que sería mucho mejor que todos los demás libros juntos, un libro que sustituiría a todos los demás, Librus: el Libro de los Libros.

Cuando dijo eso último, había bajado la voz como si aquel libro fuese algo a lo que ella debiera tener mucho miedo.

—¿Qué tiene de terrible un libro que es mejor que todos los demás? Si está bien escrito,

no tiene nada de malo, ¿no es así? No es más que un libro, ¿verdad?

—Librus no iba a ser un simple libro. Mabarak no quería escribir un libro que reflejara el mundo como hacen los buenos libros. Quería escribir uno que creara el mundo. Y no un mundo de fantasía sin más, no: el mundo, el mundo real. Lo que Mabarak escribiera en Librus ocurriría en la realidad. Si escribía que el mundo se vería envuelto en penumbra, el mundo se envolvería en penumbra. Si lograba su propósito sería más poderoso que un dios. Podría escribir que los dioses no existen y no existirían dioses. Con Librus dominaría el mundo y, por lo tanto, también al resto de los escritores, sobre todo a Shakespeare. Si escribía que era mejor escritor que Shakespeare, sería mejor escritor. Los demás escritores se convertirían en sus marionetas sin siquiera darse cuenta de ello.

—¿Pero no podría utilizar el libro para hacer cosas buenas también? Traer la paz a la tierra, eliminar el hambre, curar enfermos.

Ludo A. apagó el puro y cogió otro.

—Dame fuego, niña.

Odessa acercó la vela. Ludo A. dio una calada y estudió la cara de ella.

—Eres muy entusiasta, pequeña.

—¡Me parece una idea estupenda! Imagina que con sólo escribir unas frases en papel se pudieran solucionar todas las desgracias del mundo, revivir especies de animales extinguidos... ¡Es genial!

—Eso es lo que pensaban algunos escritores; admiraban a Mabarak por su audacia y visión. Pero otros eran mucho más prudentes. ¿Qué ocurriría si el libro cayera en manos de un déspota o de un loco?

—Entonces...

—¡Exacto! Habría demasiado poder en un solo libro. Entre los escritores se entabló una fuerte discusión. Ellos intentan traer a la vida nuevos mundos a través de sus historias. Mabarak pretendía justo lo contrario; intentaba someter la vida real a un libro. Hizo uno que dirigiría al mundo. Consideraron que traicionaba todo lo que defendían los escritores. Mabarak no hizo caso y continuó trabajando febrilmente; pasaba días enteros yendo de una estancia de su estudio a otra sin comer ni beber. Buscaba en antiguos manuscritos una fórmula secreta para el papel que serviría de base para su monstruoso libro. Recorría las calles por la noche mascullando solo. Sus carcajadas resonaban en los estrechos callejones. Se fue a las minas de Gwynfynydd en busca del material perfecto para una pluma que pudiera escribir en aquel papel. Entre tanto, Shakespeare continuaba escribiendo y cada obra de teatro se convertía en una obra maestra. Shakespeare se hizo más y más famoso, Mabarak más y más envidioso.

Ludo A. dejó de hablar, carraspeó y volvió a escupir en el suelo.

—Nadie sabe exactamente qué ocurrió después, pero una cosa es segura: el plan de Mabarak fracasó. Logró acabar el papel y la tapa de Librus, pero no consiguió escribir nada en él. Se desesperó y se volvió loco. Una noche desapareció y nadie ha vuelto a

verle. Librus fue puesto a buen recaudo para que nadie pudiera escribir nunca en él. Algunos murmuran que Mabarak vive en un castillo gigantesco que nadie ha visto jamás y que sigue tramando sus oscuros planes: dominar el mundo, hundir Scribópolis y vengarse de Shakespeare.

—¡Allá él! —dijo Odessa—. Pero ¿qué quiere de mí?

—No tengo ni idea.

Miró su puro pero por su expresión preocupada, Odessa dedujo que sabía más de lo que estaba dispuesto a contar.

Él se levantó de un salto.

—Mete esos puros en tu mochila. Nos vamos.

—¿Nos vamos?

—A Scribópolis.

—¿Nosotros? No puedo irme, mi madre está secuestrada. Tengo que esperar una llamada. Tengo que pagar el rescate.

Ludo A. se echó a reír.

—No va a haber ninguna llamada, niña. No hay rescate. Ya no se te ha perdido nada aquí. Si los gnorks han secuestrado a tu madre, los únicos que pueden ayudarla se encuentran en Scribópolis.

Tal vez el pequeño pájaro tuviera razón. Ella no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Era evidente que Ludo A. sabía más que ella. Si él decía que debía ir a Scribópolis, tal vez fuera lo mejor que podía hacer. Y una ciudad llena de grandes escritores y jóvenes talentosos la atraía. Llevaba toda su vida deseando aventuras, pero ahora dudaba: todo era demasiado real y Scribópolis parecía una ciudad tan bulliciosa... Tal vez echase de menos su soledad, sus paseos nocturnos por los tejados.

—¿Qué voy a hacer en Scribópolis?

—Te va a encantar, créeme. Scribópolis es la ciudad más prodigiosa que hayas visto jamás. Escritores famosos dan clase a los jóvenes con más talento de todo el mundo. Conocerás a Shakespeare, a Dostoievski...

—¿Escritores muertos? ¡Puf!

—No están muertos, son inmortales. En un ritual, cada año se devuelven la vida los unos a los otros sacándose de sus libros.

—¿Cómo?

—Te lo contaré por el camino. Mete de una vez esos puros en tu mochila. El camino es peligroso y unos cigarros siempre vienen bien. Una cosa antes de ponernos en marcha: en las expediciones peligrosas siempre hay alguien que toma el mando. Así debe ser. El que fuma puros es el que manda. ¿Está claro?

—¿Está mi padre en Scribópolis?

—No sé quién es tu padre, pequeña. Hay muchas probabilidades de que averigüemos más en Scribópolis. Mete de una vez esos puros en tu mochila. No tenemos un segundo que perder.

Odessa puso la mano sobre la caja de puros, pero volvió a dudar.

—No puedo irme. Mi padre me está buscando. Puede aparecer en cualquier momento. Llevo toda mi vida esperándole.

—¡Los husmeadores no tardarán en venir!

Ludo A. revoloteó alrededor de su cabeza mientras ella se esforzaba para que no le metiera el puro en el ojo.

—Escucha, niña. Puedes sentarte en tu tejado y fantasear sobre lo bonita que sería la vida con un padre o puedes ir a buscarlo. Si está en alguna parte, será en Scribópolis.

—Yo...

—Fantasear en tu tejado o buscar a tu padre: tú eliges.

A Odessa le costaba trabajo pensar con aquel aleteo alrededor de su cabeza. Se sentía febril, emocionada, esperanzada y asustada al mismo tiempo. Su padre era lo más importante de su vida; daría lo que fuera por encontrarlo, pero por mucho que deseara aventuras, sentía que no estaba preparada.

—Pero ¿cómo llegaremos? Has dicho que Scribópolis está en el desierto.

—Conozco un camino mucho más corto. No está exento de peligro, pero si algo de la sangre de tu madre corre por tus venas, meterás de una vez los puros en tu mochila y podremos irnos.

—Pero...

—¡METE LOS PUROS EN TU MOCHILA! ¿O es demasiado difícil para ti?

—Pero no puedo. Tengo que quedarme, mi padre...

—Pues quédate. Sigue soñando en tu tejado con un padre mientras los gnorks secuestran a tu madre y Mabarak amenaza Scribópolis —él levantó el pico—. Debería haberlo sabido: eres una blandengue. Tu madre veía algo más en ti, pero yo siempre lo he dicho: no eres más que una adolescente, una niña de trece años del montón.

—Pero es que no comprendes que...

—¡Puf, niñas! Todas son iguales. Llegado el momento se cagan en los pantalones.

—¡Eh, las niñas también son valientes!

—Claro, claro. Y los elefantes pueden volar.

Él saltó al alféizar del ventanal.

—¡Con dios!

En aquel momento oyeron un cristal que se rompía en la lejanía. En la escalera sonaban pasos.

Cerdo chamuscado



Había luz debajo de la puerta que retumbó por un fuerte golpe.

—¡Rápido! —gritó Ludo A.—. ¡Debajo del escritorio!

Odessa apagó la vela y se escondió a toda velocidad en aquel pequeño espacio.

—¡Los puros! —exclamó Ludo A.—. ¡Has olvidado los puros!

Odessa palpó el escritorio y sacó un puñado de puros de la caja. Apenas había retirado la mano cuando el marco de la puerta se hizo astillas. La puerta cayó de forma atronadora.

Una peste indescriptible invadió la biblioteca: un tufo a ropa podrida y a carne de cerdo mojada.

Odessa tenía miedo pero no pudo evitar mirar.

Los gnorks, que eran unos diez, parecían pequeños y rechonchos, casi cuadrados, no más altos que un niño de doce años pero mucho más fuertes y malvados. De sus túnicas de cuero negro salían brazos peludos. De su cintura colgaban hachas, mazas y extrañas armas que Odessa no podía identificar. Bajos sus cascos llenos de abolladuras y que parecían demasiado pequeños para sus enormes cabezas, asomaba el inconfundible hocico de un jabalí con dientes apuntando hacia todos lados. Y sobre ese hocico brillaban ojos pequeños y astutos.

Odessa ajustó las correas de su mochila a los hombros; estaba preparada por si tenía que salir corriendo.

Dos gnorks llevaban una maleta de la que sobresalía la manga de un vestido. Era la ropa de su madre. ¡Estaban robando la ropa de su madre!

—¿Para qué quieren la ropa de mi madre? —susurró.

—Ni idea —respondió también en susurros Ludo A.—. Pregúntaselo a ellos.

Los gnorks tiraron libros al suelo e hicieron pedazos las estanterías.

—¡Los cerdos no tienen modales! —masculló Ludo A.—. Escucha, pequeña, ¿me acompañarás ahora? He estado pensando. Estoy seguro de que tu padre se encuentra en Scribópolis.

—¿De verdad?

—Confía en mí.

Pero no confiaba en él. Estaba segura de que sólo lo decía para que le acompañara.

Uno de los gnorks más grandes animaba a los demás.

—Buscan el diario —susurró Ludo A., que al parecer entendía la lengua gnork—. Temen que Mabarak les mande a los husmeadores si no lo encuentran.

¡El diario! ¡Lo había olvidado por completo! Continuaba en el suelo donde lo había dejado cuando se untó la pomada, a unos cinco metros de donde se encontraba ahora.

No tenía ni idea de por qué Mabarak quería conseguir a toda costa el diario de su madre, pero no podía permitirlo. Era suyo.

Un gnork se detuvo delante del escritorio. No llevaba zapatos. Sus peludos dedos de los pies casi la rozan. La peste de sudor ácido que chorreaba por sus peludas piernas era insoportable. Él cogió algo del escritorio y lo mordió. Trozos de puro cayeron al suelo. El sonido de paladear y masticar paró. Ella oyó que cogía algo. Él volvió con los demás con la vela aún humeante en la mano.

Los demás le rodearon. Uno tras otro volvieron la cabeza y enseñaron los dientes; sus babas cayeron goteando al suelo.

Odessa se refugió más en el escritorio, pero Ludo A. no estaba impresionado.

—Prepárate —susurró—. Se han dado cuenta de que aquí hay alguien más. Todo apunta a que tendremos que luchar.

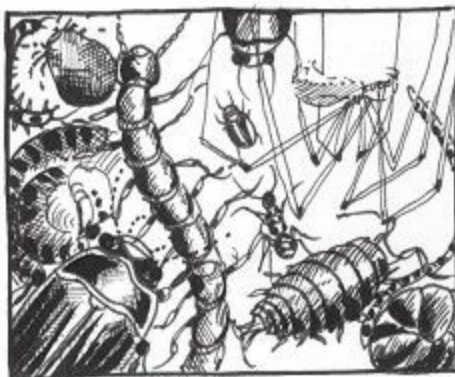
—¿Te has vuelto loco?

—¿Has visto lo que han hecho con mis puros? Ellos se lo han buscado.

Entre tanto, uno de los gnorks había encontrado el diario. Se arrodilló. Con una mano levantaba una antorcha y con la otra alcanzó el libro.

¡No! ¡Eso no! El diario era la única fuente de la que disponía para averiguar más cosas sobre su padre. Odessa salió de debajo del escritorio de un salto y se lo arrebató delante de sus patas de cerdo picadas de viruela. Por un momento el gnork pareció confuso, pero se recuperó a tiempo para agarrarla. Odessa cayó de plano al suelo dando con la barbilla en las losas. Su garra se aferró a su tobillo como un cepo de hierro. Ella se dio la vuelta y golpeó con todas sus fuerzas el hocico que, al parecer, debía ser una zona sensible porque el gnork la soltó llevándose las manos a la nariz. Por desgracia para él había olvidado que sostenía una antorcha y se le prendió el pelo. Chillaba como un cerdo para gran regocijo de los demás que no podían más de la risa. El gnork incendiado daba vueltas y cayó sobre un montón de libros que también se incendiaron. Odessa se incorporó con dificultad, sacó sus patines y antes de que los gnorks fueran conscientes de lo que pasaba, salió patinando por los pasillos, bajó las escaleras y abandonó la casa con Ludo A., como un experto acróbata, a su lado.

I.c.i.a.r.



–¡Guau, niña! ¡Eso ha estado guay! ¿Tú lo has visto? ¡Ese gnork tenía el pelo ardiendo!

Odessa miró hacia atrás. Las llamas salían por el tejado y los ventanales estallaban por el calor. No había vuelta atrás.

–¡Por aquí, rápido! –gritó Ludo A.

La condujo por callejuelas hasta una parte de la ciudad a la que ella nunca iba. En el suelo no tenía ni idea de dónde se encontraba porque siempre andaba por los tejados.

Estaba muy confusa; llevaba toda la vida queriendo aventuras pero las había imaginado muy diferentes, con un padre que habría ido a buscarla para llevarla a hacer largas expediciones y una madre que, llorando, intentaba retenerla. Ahora habían secuestrado a su madre, tenía que cargar con un irritante canario y buscaba una ciudad que no existía llena de escritores que debían de llevar años muertos.

Continuaba lloviendo a cántaros.

Ludo A. aterrizó en su cabeza. Sus pequeñas garras le hacían cosquillas.

–Lo conseguiremos –dijo él–. En Scribópolis estaremos a salvo. Los gnorks no encontrarán nuestro rastro, son demasiado torpes. Los husmeadores son los únicos que pueden seguirlo con esta lluvia.

–¿Cómo llegaremos a Scribópolis? –preguntó Odessa a la que ni se le pasaba por la cabeza ir patinando hasta allí.

–Por la puerta.

–¿La puerta?

–Iciar.

–¿Iciar?

–¿Acaso tu madre no te ha enseñado nada? I.C.I.A.R.: Inicia Camino Inventando Alguna Respuesta. En resumen: Iciar. Es el camino más rápido entre la ciudad y Scribópolis. Entras por una de las puertas y, ¡ale-hop!, sales por otra en la Biblioteca de

Scribópolis. No es una puerta normal sino un portal. El último de una larga estirpe de portales. Fueron contruidos con la madera del corazón de un baobab sagrado. Es lo que los une a todos. Vamos, niña, no me digas que ni siquiera sabías eso. ¡Pero si lo sabe hasta un niño de teta! ¡A la derecha!

A Odessa le parecía increíble que un pájaro supiera hablar, pero menudo carácter. Y lo que no quería era que fuera a decirle qué tenía que hacer, pero él era el único que sabía lo que ocurría, así que era mejor estar a buenas con él.

Se detuvo para recuperar el aliento.

—¡Vamos! —exclamó Ludo A.—. ¡Nada de holgazanear! No tenemos tiempo.

Cuando entró en la siguiente calle tuvo una extraña sensación y aminoró la marcha. Algo no cuadraba; las sombras eran antinaturales, demasiado oscuras, demasiado densas. Las formas no se correspondían con las casas, como si un mal dibujante hubiera añadido al tuntún formas negras a la calle.

—¡Vamos! —gritó Ludo A.—. Pareces un caracol resfriado.

Odessa se detuvo.

—Las sombras —dijo—. Pasa algo con esas sombras.

—¿Qué?

—Mira su forma. No encajan.

La luna atravesó un instante las nubes y entonces Ludo A. también lo vio: las sombras se movían. Desde todos los lados se acercaron a ellos sombras oscuras e informes que se deslizaban por el suelo y se levantaban adoptando forma humana.

Husmeadores.

Odessa notó en el pelo cómo a Ludo A. se le encogían las patas. Rápidamente se dio la vuelta preparándose para salir patinando, pero por ese lado también se acercaban sombras. Ahora que sabía lo que había debajo de aquellos mantos tenía más miedo que antes.

—No digas una palabra —susurró Ludo A.—. Déjame hablar a mí.

—¡No queremos problemas! —gritó—. ¡Si nos dejáis ir, no tendréis nada que temer!

Sus palabras surtieron poco efecto. Los husmeadores se acercaron más zumbando como radios rotas.

—No olvidéis que soy un pájaro —dijo Ludo A.—. Vosotros sois insectos. Los pájaros comen insectos. Vale, tal vez seáis muchos, pero tengo todo el tiempo del mundo.

Odessa cogió un adoquín del suelo. No estaba dispuesta a entregarse sin oponer resistencia. Si tenía que morir, antes espachurraría tantos de esos asquerosos insectos como le fuera posible.

—A mi señal, sígueme —susurró Ludo A.

Los husmeadores formaron un círculo y estiraron los brazos. No tardarían en agarrarla con miles de agujones y garras.

—¡Ahora! —gritó Ludo A.—. ¡Al ataqueeee!

Como una bala de cañón, voló directamente hacia la cara del husmeador más

adelantado. Éste se agachó para esquivar a Ludo A., o mejor dicho, se desplomó convirtiéndose en una masa informe. Antes de que pudiera levantarse y adoptar forma humana, Odessa cogió carrerilla y saltó encima teniendo mucho cuidado de que las garras del resto de los husmeadores no la tocaran. Las ruedas de sus patines soltaron chispas al entrar otra vez en contacto con la calle.

No miró hacia atrás. La calle estaba muy lisa y cogió tal velocidad con sus patines que los husmeadores no tuvieron ninguna posibilidad.

—¿Qué te había dicho? —jadeó Ludo A., aterrizando en su hombro—. Los husmeadores te encuentran siempre. ¡A la izquierda! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡A la derecha! ¡Aquí otra vez a la izquierda! No seguirán el rastro. Por suerte no son rápidos. Esos mantos empapados les frenan y además debajo también hay masas de insectos lentos: cochinillas, tijeretas, gordas orugas peludas...

«Cállate», pensó Odessa, «no quiero saberlo».

Él la condujo hacia una parte vieja de la ciudad, a un callejón sin salida a la sombra de una iglesia. Al final había una pequeña librería.

—Esos patines son fantásticos. Yo también quiero unos. ¡Alto! Es aquí.

Cornelius Cerebus



—Ésta es la pequeña tienda de libros de Cornelius Cerebus —dijo Ludo A. Miró hacia atrás para comprobar si los habían seguido—. Entra, pequeña, rápido.

Encima de la puerta había una campanilla que sonó cuando Odessa empujó la puerta. Un olor viciado le entró por la nariz. Todo estaba cubierto por una capa de polvo como si en años no se hubiera vendido un libro. Tampoco era tan extraño: los libros no tenían precio sino tarjetas en las que ponía: DEMASIADO CARO, NO ESTÁ EN VENTA o SAL A LA CALLE A JUGAR. Al fondo de la tienda, una débil luz brillaba sobre un mostrador tras el cual escribía un hombre pequeño y rechoncho. Llevaba unas gafas gruesas tras las que chispeaban unos ojos avispados.

En cuanto los vio, se incorporó de golpe, correteó entre los libros amontonados en el suelo, agarró a Odessa por el brazo y la empujó hacia la puerta.

—Los libros se han agotado. ¿Sería tan amable de salir del local?

Se asustó al ver a Ludo A. en medio del vano de la puerta abierto de patas. Detrás de él cayó un relámpago que lo iluminó.

—¡Tú! —exclamó Cornelius Cerebus con asombro—. ¿Qué significa esto?

—Necesitamos tu ayuda, gordito —respondió Ludo A.—. Esta noche han pasado muchas cosas. Odessa es hija de Calíope.

A Cornelius se le cayeron las gafas de las orejas y quedaron colgando de un cordón. Volvió a colocarlas sobre su nariz.

—¿Hija de Calíope? ¡Dios mío! ¡Y que yo tenga que vivir esto! ¡Entra, querida niña! ¡Coge un libro! ¡Elige! Mis libros son tus libros. ¿Qué tal está tu querida madre? Se iba a pasar por aquí ayer por la noche pero no la vi. ¿Tienes alguna novedad?

Odessa quería decir que su madre había sido secuestrada pero Cornelius no dejaba de parlotear.

—Siempre es tan puntual. Habíamos quedado a las diez. Soy el único amigo que tiene en la ciudad. ¡Esa pobre mujer! ¡Con ese futuro, esos poderes! ¡La más grande de todas las musas! Y ahora esto: debe ocultarse en esta pobre ciudad en la que sólo leen libros cuatro gatos —le pellizó la mejilla—. Recuerdo cuando vino con un pequeño paquete bajo

el brazo, con el pelo revuelto por el viento y lágrimas en los ojos. Pero, señorita, le dije, ¿qué hace usted por la calle tan tarde? Vi que lloraba y que tenía miedo de que viera lo que llevaba en brazos. Pero, señorita, le dije, no tendrá miedo de..., ¿verdad? ¡Pero si soy el librero! Abrazó el paquete como si temiera que fuera a quitárselo. Son sus libros favoritos, pensé, ejemplares raros y primeras ediciones, los lleva a todas partes, pero sobresalía un pieccecito y pensé... –se secó una lágrima–. ¿Tú eras aquel bebé? Cuéntame, ¿eras tú aquel precioso paquetito? ¡Ven a mis brazos! –la abrazó con sus cortos brazos y la estrechó contra su polvoriento pecho. Ella estornudó–. Yo te he cambiado los pañales, te he echado talco en el culito, y ¡mira esas mejillas sonrosadas que tienes ahora, esos ojos pícaros! ¡Pero si estás empapada!

Desapareció en la trastienda y regresó con una toalla.

De pronto se le ensombreció la cara. Se volvió hacia Ludo A.

–¿Qué hace ella aquí? No podía salir de casa bajo ningún concepto. ¡Tiene que volver allí!

–Ya no tengo casa –dijo Odessa mientras se secaba el pelo.

–¡Qué me estás contando!

–Se ha quemado.

–¡No digas tonterías! –exclamó mirándola con severidad–. Tomar el pelo a señores respetables es de muy mala educación.

–Escucha, viejo –interrumpió Ludo A.–. Tenemos prisa. Hemos venido por Iciar.

Cornelius se asustó.

–¿Iciar? Ni hablar. Iciar está fuera de servicio. ¿Me permites un momento? –preguntó dedicando una amplia sonrisa a Odessa–. Coge un libro y siéntate allí como una niña buena. Los hombres tenemos que hablar de cosas de mayores.

Llevó a Ludo A. a un rincón donde nervioso, comenzó a susurrar. Odessa fingía estar curioseando los libros pero aguzó los oídos.

–¡No puede pasar por Iciar! Iciar está resabida, es vieja y caprichosa. No es de fiar. Suele llevarte al lugar equivocado. Siempre he dudado de ella. Me pregunto si está hecha de buena madera. Tuve que prometerle a Calíope que, pasara lo que pasara, Odessa jamás traspasaría Iciar. ¡Tuve que jurarlo por mi honor de librero! Quién sabe dónde saldría.

–No deberías haberlo hecho, viejo. Odessa tiene que ir a Scribópolis. Y vamos a utilizar a Iciar, y punto. Y no te preocupes por Calíope: la han secuestrado.

–¡Vaya tontería! Nadie sabe que vive en esta ciudad.

–Los gnorks, sí.

Cornelius reflexionó.

–¿Está Mabarak detrás de todo esto?

–¿Entiendes ahora por qué tenemos que utilizar a Iciar, gordito?

–No quiero tener nada que ver con esto. Si quieres ir a toda costa a Scribópolis, ve a pie o espera a una caravana de libros. Recibiré una entrega dentro de poco.

—No va a poder ser, viejo. Scribópolis está a meses de distancia por la ruta de los camellos y la pequeña está herida. No aguantará tres días.

—Haberlo dicho. Puedo curarla. Tengo un triple doctorado en Herbología.

Se dirigió hacia Odessa con una amplia sonrisa.

—¿La niña tiene pupita? Enséñasela al tío Cornelius.

Odessa se quitó la venda. Cornelius cogió su mano y la miró por encima de las gafas.

—Pequeños moratones. ¿A que no pasa nada? Te quedan muy monos.

—¿El señor triple herbólogo no reconoce ese mordisco? —preguntó Ludo A.—. ¿El mordisco de un husmeador?

—¿Un husmeador?

Cornelius se llevó la mano al corazón.

—¡Mis pastillas! ¡Mis pastillas del corazón!

Abrió cajones y tiró polvos y pastillas al suelo. Encontró un bote de píldoras moradas que sostuvo delante de la luz. Tragó un puñado. El sudor le cubría la frente.

—Son doce —dijo Ludo A. con malicia—. Pueden llegar en cualquier momento.

Cornelius tomó otro puñado de pastillas.

—¡Harán polvo mis libros! —exclamó con desesperación. Fue hacia sus libros y los acarició—. ¡Mis pobres libros! ¡Tengo que salvarlos!

—Hus-me-a-do-res —dijo Ludo A.

Cornelius tragó el resto de las pastillas, se dio la vuelta y señaló a Odessa como si fuera el mismísimo diablo.

—¡Ella! ¡Ella tiene que irse de aquí! ¡Seguidme!

La agarró por el brazo y tiró de ella por un pasillo estrecho y oscuro a un ritmo sorprendentemente rápido para su rechoncha figura. Bajaron escaleras y después recorrieron un pasillo muy, muy largo. Odessa apenas podía seguirlo. Ludo A. se posó en su hombro.

—¿No sería mejor que hiciéramos lo que dice e ir con la caravana? —preguntó ella.

—Nunca sigas el consejo de libreros polvorientos —respondió Ludo A.

—¿Por qué no?

—Porque antes de que te des cuenta te conviertes en uno de ellos.

Entre tanto, Cornelius no paraba de lamentarse.

—Calíope se pondrá furiosa cuando se entere de que Odessa ha ido a Scribópolis... pero tiene que hacerlo... Husmeadores en la ciudad... ¿adónde va este mundo?

—Es culpa tuya, guardapolvos —dijo Ludo A.—. Tú les has permitido entrar a través de Iciar.

Cornelius se detuvo. Odessa casi choca contra él.

—¡Nadie entra por Iciar sin mi consentimiento! —exclamó apuntando con un dedo hacia arriba.

—No puedes vigilarla —añadió Ludo A.—. Eres demasiado viejo. No tienes ningún control sobre ella.

—¡Y encima eso! Para salir por aquí, los husmeadores deben de haber pasado por otro ejemplar de Iciar y eso es imposible. Sólo hay dos Iciar: una aquí y una en la Biblioteca de Scribópolis. Lo sabes de sobra.

—Olvidas los ejemplares supuestamente perdidos.

—Fueron destruidos en el incendio de la mina del rey Snowfels III.

—Eso dicen, pero se dicen tantas cosas... Tal vez las puertas no fueron destruidas. Tal vez alguien pudo rescatarlas del incendio. Tal vez alguien vendió las puertas a otro alguien que ahora está sacando provecho de ellas.

—¿Mabarak?

—Tal vez.

Cornelius tuvo un escalofrío.

—Entonces Scribópolis ya no está a salvo.

Continuó andando deprisa.

Al final del pasillo había una puerta tras la cual se encontraba una pequeña habitación en cuyo centro y sobre un suelo de baldosas, había una puerta solitaria y mal conservada. La pintura estaba desconchada y el buzón metálico oxidado. Sobre la puerta brillaba una bombilla. Detrás de la puerta no había nada. Uno podía rodearla. Era sorprendente que la puerta se mantuviera en pie.

—Vamos, puerta estúpida, despierta, tengo clientes para ti. Pon la mano en el picaporte —dijo a Odessa—. ¡Vamos!

Odessa puso la mano en el picaporte. Una voz ronca salió por el buzón.

—¡Alto! ¡Antes la respuesta!

Odessa miró interrogante a Cornelius.

—Tienes que dar una respuesta; sólo así se abrirá —explicó dando vueltas a su dedo en la sien.

Odessa nunca había hablado a una puerta.

—¿Cómo voy a responder si no haces ninguna pregunta?

La puerta no respondió. Odessa se sintió ridícula. Intentó bajar el picaporte.

—¡Alto! ¡Antes la respuesta! —volvió a sonar la voz por el buzón.

—Vamos, di algo —pidió Ludo A.—. No importa qué. Siempre se abre.

Odessa suspiró. ¿Cómo iba a responder sin saber la pregunta?

—Vale... ¿Napoleón?

La cerradura de Iciar se abrió haciendo clic. Al mismo tiempo se echó a reír con tantas ganas que hizo repiquetear al buzón.

—¡Napoleón! ¡Cómo es posible! ¡Muy mal! ¡Mal mal mal! ¡Tonta tonta tonta! Me refiero a la respuesta, por supuesto —hizo que su voz sonara más baja y misteriosa—. Al fondo de la cueva.

A Odessa le apetecía dar una patada a la puerta. ¿Cómo iba a saber la respuesta si la puerta no hacía ninguna pregunta? Pero se contuvo. Se preguntó a qué respondería aquella misteriosa frase de «al fondo de la cueva», y enfadándose no conseguiría nada.

—¿A qué te refieres? —preguntó con fingida amabilidad—. ¿Qué hay al fondo de la cueva?

—Ts-ts-ts —golpeteó el buzón de Iciar—. Eres tú la que tiene que responder, no yo.

Odessa se encogió de hombros. Con aquella puerta no se podía hablar. Bajó el picaporte, se despidió de Cornelius que se apretaba el corazón con las manos, y pasó por la puerta.

Un precipicio inesperado



Esperaba aterrizar sin más al otro lado de Iciar y que todo no resultara ser más que una gran broma, pero ante sus ojos se extendía un gigantesco pasillo con altísimas columnas de mármol y preciosos tapices rojos. Por alguna parte sonaba el choque de armas y un débil lamento.

—¡Esto no es la Biblioteca de Scribópolis! —exclamó Ludo A.—. ¡Debemos regresar!

Odessa llegó justo a tiempo de meter el pie entre la puerta.

Cornelius le dio una patada en el pie.

—¡Vete! —gritó.

Ella apoyó el hombro en la puerta y empujó tan fuerte como pudo. Entró rodando en la habitación y aterrizó encima de Cornelius en medio de una nube de polvo.

En ese momento sonó a lo lejos la campanilla de la tienda.

Cornelius y Odessa se quedaron inmóviles en el suelo. Continuaba habiendo silencio. Cornelius apartó a Odessa.

—¡Los husmeadores! ¡Tenéis que marcharos de aquí!

Se incorporó con dificultad y, con una fuerza sorprendente para su baja estatura, la agarró y le hizo atravesar la puerta de un empujón. Ludo A. voló con ella.

Odessa cayó sobre un suelo rocoso al borde de un precipicio. Un viento caliente y arenoso le cortó la cara. Detrás de ella, Iciar se cerró dando un portazo.

Ludo A. se posó a su lado. Le costaba mantenerse en pie con aquel viento.

—¡Si esto es la Biblioteca de Scribópolis, me trago todas mis plumas!

Habían salido por la puerta de una pequeña cabaña al filo de un precipicio.

—Cornelius tenía razón —dijo Ludo A.—. Iciar no es de fiar. Pero por el momento estamos a salvo. Los husmeadores no nos seguirán. Iciar se cansa enseguida; tarda al menos dos horas en volver a abrirse. Y aún así, ellos no saben que hemos salido aquí en lugar de en la Biblioteca de Scribópolis.

—¿Cuántas Iciar hay en realidad? —preguntó Odessa.

—Es evidente que ésta —dijo señalando la puerta de la cabaña, que era una copia perfecta de la Iciar que había en la librería de Cornelius, sólo que la pintura de esta puerta estaba más desconchada todavía—, la de Scribópolis, la de Cornelius, y ya van tres, y además aquella por la que salimos la primera vez al pasillo de mármol con los tapices rojos —el viento lo empujó hacia atrás y regresó dando saltitos con la cabeza contra el viento—. Creí que ya sólo funcionaban la de Cerebus y la de Scribópolis, pero al parecer los ejemplares supuestamente perdidos están operativos de nuevo. Shakespeare tiene que ser puesto al corriente de esto. Scribópolis ya no está a salvo. Por suerte no estamos lejos de allí. ¡Mira!

Odessa miró a la lejanía.

Era una vista magnífica. El precipicio se elevaba sobre un valle boscoso que acababa en prados y una franja de arena desértica, y detrás de ella en campos que rodeaban una ciudad tan prodigiosa que Odessa no podía ni imaginar que hubiera sido construida por el hombre.

—Scribópolis —dijo Ludo A.—. ¿No es bonita? Si todo va bien, estaremos a salvo a la puesta del sol.

Odessa jamás había visto una ciudad como Scribópolis, totalmente amurallada y con edificios caprichosos en colores arena. Incontables torres parecían rivalizar por ser la más grande, pero no podían competir con una cúpula gigantesca acabada en una aguja que destacaba como una seta sobre las demás. Detrás de ella, en la lejanía, había un terreno desértico con un fondo de montañas escarpadas.

El sol se encontraba justo encima de la ciudad y se reflejaba en los tejados.

Odessa se protegió los ojos con la mano. Delante de ella había un mundo nuevo, una vida nueva. Se preguntó cómo la recibirían en la ciudad. Una ciudad llena de escritores famosos le parecía algo tan emocionante... Tal vez, sólo tal vez, llegara a convertirse en uno de ellos. Deseaba convertirse en escritora como su padre. En alguna parte, en una de aquellas casas, vivía él. Le gustaría tenerle a su lado. Necesitaba sentir la seguridad de su abrazo.

Entre tanto, Ludo A. había ido a echar un vistazo en la cabaña a través de un agujero del tejado.

—Aquí vive un salvaje o ha habido una pelea; todo está patas arriba. En cualquier caso es escritor porque está llena de libros y plumas de ganso. No tengo ni idea de qué hace aquí. Desde este lugar puede vigilar Scribópolis e ir donde quiera porque su puerta principal es una Iciar.

Siguieron el borde rocoso hasta encontrar un sendero que descendía entre los arbustos aunque era muy estrecho en algunos lugares. Odessa iba muy atenta a dónde pisaba, porque el sendero se había desmoronado en algunas zonas y sobresalían raíces de árboles que crecían hacia la pared del precipicio.

En la lejanía sonó un trueno. Oscuras nubes se agruparon sobre la ciudad.

—Tenemos que salir del bosque antes de que oscurezca —dijo Ludo A.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre en ese bosque?

—Nada —respondió Ludo A.—. Hay árboles.

Tuvo la sensación de que le ocultaba algo.

La ciudad y el valle desaparecieron tras una cortina gris. El aire se volvió más frío y enseguida una fuerte lluvia azotó su cara.

El sendero pasó a ser una masa de barro deslizante y piedras escurridizas. A Odessa le costaba no resbalar y apoyó una mano en la pared rocosa.

—¡Aguanta! —exclamó Ludo A., que era empujado una y otra vez hacia atrás por el viento—. ¡Ja, ja, ja! Esto me gusta, Ludovico Aquila, capitán del salvaje... —dijo desapareciendo después. Ella miró hacia atrás pero la lluvia le golpeaba la cara.

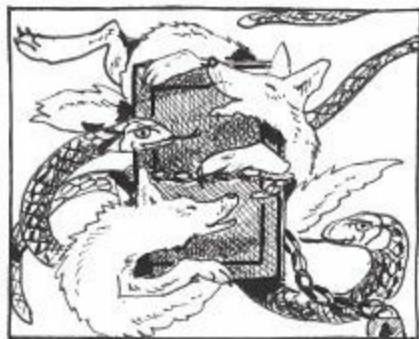
El empinado sendero se convirtió en un río. Ya no veía dónde ponía los pies. Acabaría arrastrándola. Avanzó pasito a pasito cubriéndose los ojos con una mano y apoyando la otra en la pared.

A ese paso no llegarían a Scribópolis antes de la puesta del sol y eso si conseguían llegar.

—Hay una cueva un poco más adelante —gritó Ludo A., que volaba hacia ella con todas sus fuerzas aunque sin lograr alcanzarla—. ¡Aguanta! —gritó mientras el viento se lo llevaba de nuevo.

Justo en el momento en el que ya no se atrevía a avanzar ni a retroceder, Odessa notó que en la pared rocosa se abría una oquedad oscura.

Al fondo de la cueva



Odessa recorrió una oscura galería y llegó al interior de una cueva en la que aún humeaban los restos de una hoguera. En un lado ardían dos antorchas y junto a una pared vio paja sobre la que habían dormido y ropa que desprendía un olor rancio. Alguien utilizaba la cueva como escondite. ¿Sería amigo o enemigo? No importaba. Con aquella climatología cualquiera era amigo.

Ludo A. secó las plumas de su cola cerca del fuego.

—¡Ajá! ¡Qué gustito! ¡Ups! ¡Guau! ¡Cómo quema!

Al final de la cueva había una galería apuntalada.

—Antes se excavaba aquí en busca de oro y plata —dijo Ludo A.—. Estas rocas proporcionaban el mejor oro y plata del mundo para fabricar estilográficas. Hay toda una red de galerías. Hace años que dejaron de usarse, aunque parece que algún loco se ha puesto a excavar por su cuenta —contó y tumbándose en la paja añadió—: bueno, niña, es hora de echar una cabezadita.

Se dio la vuelta y no había pasado un segundo cuando empezó a roncar como un mini elefante.

Odessa se escurrió el pelo reflexionando sobre lo ocurrido: los husmeadores, el secuestro de su madre, los gnorks que habían destruido su casa, su padre que la buscaba. ¿Llegaría por fin a conocerlo en breve? Le echaba tanto de menos... Se preguntó cómo la recibirían los scribopolitanos o como quisiera que se llamaran. ¿Con amabilidad u hostilidad? Seguro que todo iría bien, ¿acaso no era hija de una musa?

Se quitó la venda de la mano. Los moratones le llegaban hasta debajo del codo. Sentía el veneno subiendo por las venas como pequeñas agujas; si llegaba a pasar de su hombro, paralizaría su corazón.

Se tumbó en la paja. Debía descansar para que su corazón latiera más despacio y el veneno se extendiera más lentamente. Intentó dormir pero no podía; tal vez sólo le quedaran unas horas de vida. Si se dormía tal vez nunca volviera a despertar. No quería morir. No ahora. No ahora que sabía que su padre la estaba buscando. Debía resistir.

Tenía toda una vida por delante. Una vida nueva en una ciudad de escritores llena de gente amable que la querría. Resistir, aguantar el dolor. Resistir. Tranquilidad.

Intentó centrar sus pensamientos en otra cosa. Las palabras de Iciar rondaban por su cabeza. «Al fondo de la cueva.»

Después de dar muchas vueltas acabó durmiéndose.

Se despertó de golpe. Estaba oscuro. No tenía ni idea de cuánto había dormido. Fuera había dejado de llover. Ludo A. continuaba roncando como un elefante en miniatura.

Había silencio pero la había despertado un lamento desgarrador, como el de un animal enjaulado forcejeando con sus cadenas. ¿Lo habría soñado?

Volvió a oírlo. Era un llanto como el de un lobo herido. Sonaba débil y muy lejano. Procedía de la galería de la mina. «Al fondo de la cueva.»

Odessa se levantó y cogió una antorcha de la pared. Si Iciar no hubiera actuado con tanto misterio, ella nunca se habría atrevido a hacer lo que estaba tramando, pero le había picado la curiosidad. Tenía que saber qué había al fondo de la cueva.

¿Despertaría a Ludo A.? Decidió que no. Tenía la sensación de que, lo que le esperaba en la cueva, sólo estaba destinado a ella.

Reunió todo el valor que tenía, apartó algunas telas de araña y se adentró en la galería de la mina.

Los puntales estaban en mal estado. La galería se había derrumbado en algunas zonas y tuvo que atravesar a gatas pasos estrechos. Lo que estaba haciendo no era sensato pero pensaba en su padre. Él era valiente. Él nunca renunciaría a una aventura. A él no le asustaría un pasadizo tan oscuro. Aquella idea le infundió valor.

Llegó a una bifurcación. El lamento rebotaba en la pared rocosa. Escuchó con atención.

Torció a la izquierda.

Unos murciélagos salieron disparados a su lado. Los golpeó con la antorcha.

Otra bifurcación.

A la derecha.

El pasadizo descendía.

Tenía que memorizar el camino que había recorrido: primero a la izquierda, después a la derecha, de modo que a la vuelta era derecha-izquierda. ¿O era izquierda-derecha cuando fuera en sentido contrario?

En esta ocasión la galería no estaba apuntalada sino que era una hendidura natural en la roca. Tenía que tener cuidado con dónde ponía los pies; el suelo estaba lleno de simas traicioneras. No tenía ni idea de a qué profundidad se encontraba ya.

Volvió a oír el gruñido y el llanto grave parecido al de un lobo. Cerca. Agarró la antorcha con más fuerza. Era su única arma.

Al final de la galería había una estrecha apertura. La atravesó a duras penas y apareció

en una zona espaciosa. Se había mentalizado de que podían ocurrirle las cosas más extrañas pero aquello superaba todo.

Un gigantesco libro, tan alto como ella, estaba encadenado a la pared. De él salían cabezas de serpiente y fauces de lobo que siseaban y aullaban. Brazos y garras tiraban de las pesadas cadenas que envolvían al libro y que estaban unidas por un candado de hierro macizo.

Aunque Odessa se había quedado boquiabierta, no se sentía amenazada. Sentía que la rabia del libro no iba contra ella.

En condiciones normales habría gritado de miedo, pero otra sensación la dominaba; era como si se sintiera unida al libro y tuviera la obligación de liberarlo.

Encajó la antorcha en una grieta de la pared, habló al libro en voz baja y se acercó muy despacio. Las cabezas de lobo gruñeron pero ella continuó como si supiera qué debía hacer. Estiró la mano. Los lobos y las serpientes le gruñeron y sisearon, pero no la atacaron. Siguió hablando al libro en voz baja, tranquilizadora, mientras se acercaba paso a paso. Las cabezas la rodearon. Estiró la mano entre los lobos y las serpientes hasta tocar la gruesa tapa de cuero. Un temblor sacudió el libro. Odessa lo acarició. Las cabezas y las garras se tranquilizaron, se encogieron y volvieron al interior. El libro se fue haciendo cada vez más pequeño entre convulsiones y sacudidas, y no tardó en tener el formato de un libro normal.

Si bien este libro estaba muy lejos de ser normal: había sido encuadernado en cuero grueso, y en la tapa tenía adornos dorados y símbolos que Odessa no lograba identificar.

Continuó hablándole despacio mientras se quitaba dos horquillas del pelo. Abrió el candado y las cadenas cayeron al suelo. El libro cayó en sus brazos. Lo acarició hasta que el gruñido pasó a ser un suave ronroneo parecido al de un gato. Se sentó y lo puso en su regazo.

El libro se abrió solo. Una radiante luz procedente de las páginas que brillaban como polvo de estrellas bañó de inmediato la cueva. Extraños aromas de países lejanos llegaron a su cara. Un aire sofocante ondeó su pelo. Imágenes de paisajes que nunca había visto pasaron ante sus ojos. Cada imagen escondía toda una película y cada película todo un mundo, como si no tuviera fin. No sabía qué le estaba ocurriendo. Era como si estuviera flotando en el universo, veía todo de principio a fin, desde el átomo más pequeño hasta el sistema astral más grande. Era como si todo lo que hubiera ocurrido en el mundo estuviera contenido en aquel libro. Era abrumador. Quería apartar la mirada pero no podía.

Sin embargo, en el papel no había una sola letra. Las páginas estaban immaculadas. Sintió un impulso irresistible de escribir, describir todo lo que veía, el mundo tal como debería ser.

Nunca se había sentido tan bien. Era como si llevara toda su vida esperando aquello. Ya no sentía dolor. Se sentía poderosa y completamente feliz.

De pronto vio a su madre en el libro. Se maquillaba ante un espejo en una habitación

que tenía una cama con dosel. Odessa parpadeó. ¿Era una imagen del pasado o del presente? Su madre había sido secuestrada por los gnorks, ¿cómo podía pintarse con tanta despreocupación? No parecía una prisionera. Se peinaba. En una silla había un lujoso vestido. La puerta de la habitación se abrió. Alguien entró y...

La visión desapareció. Una mano demacrada arrancó el libro de las manos de Odessa. Un tipo vestido de monje que parecía furioso estrechó el libro contra sus harapos. El libro creció de manera evidente en sus brazos. El tipo apenas podía sostenerlo. Miró a Odessa y al libro y después al revés como si estuviera viendo al diablo. Tenía el pelo de punta como si le estuviera dando corriente y echaba fuego por los ojos.

—¡Tú! —gritó—. A Librus nadie puede... ¡Tú!

Retrocedió y se internó a toda velocidad en una galería mientras empujaba con todas sus fuerzas la cabeza de un lobo de vuelta al interior del libro.

Odessa continuaba mareada por todas las imágenes que tenía en la cabeza. ¿Qué había gritado aquel monje loco? ¿Tú? ¿La conocía de algo? Ella nunca le había visto. ¿Y Librus? ¿Había dicho Librus? Ése era el libro del que había hablado Ludo A. El libro que había diseñado Mabarak. El libro en el que quería atrapar el mundo.

Tenía que ir tras el monje loco, se tratara de Librus o no. El libro le pertenecía. Lo sabía. Con ella estaba tranquilo, con el monje loco, furioso y rebelde.

Agarró la antorcha. Los túneles tenían tantas ramificaciones que no tardó en perderle la pista. ¿Izquierda? ¿Derecha? Oyó un grito y algo parecido a una caída. Venía de la izquierda. Corrió por la galería y estuvo a punto de tropezar con el libro que estaba monstruoso y gruñendo cerca de una sima. No había ni rastro del monje.

Odessa tuvo que esforzarse al máximo para calmar al libro, pero parecía que Librus la reconocía y la dejaba hacer. Odessa lo tranquilizó y acarició hasta que recuperó sus dimensiones normales. Lo metió en su mochila, cogió la antorcha con la mano derecha y se marchó corriendo de allí.

Pasadas tres galerías miró hacia atrás. No había ni rastro del monje loco.

Se detuvo ante una bifurcación. Esperaba haberlo memorizado bien: izquierda, la siguiente bifurcación a la derecha, ¿o era a la izquierda? No, a la derecha.

Regresó a la cueva.

Ludo A. estaba despierto. Parecía preocupado.

—¿Dónde estabas, pequeña? Te he buscado por todas partes.

—Por ahí. Estaba despierta —respondió jadeando—. He ido a explorar la cueva.

Ludo A. frunció el ceño.

—No puedo protegerte si te vas a saltar sola por ahí —dijo con desaprobación—. ¿Y bien? ¿Has encontrado algo? Pareces muy sofocada.

—No. Me ha asustado un murciélago.

No tenía ni idea de por qué mentía. ¿Era por codicia o por falta de confianza? Pero en aquel momento no le apetecía compartir su descubrimiento con Ludo A.

Él la miraba interrogante pero después se relajó.

–Tenemos que continuar –dijo él–. Hay que curar tu herida y yo necesito un puro con urgencia.

Continuaron descendiendo por la pared rocosa. Aún estaba oscuro pero había dejado de llover y la luna iluminaba el sendero.

Odessa volvió la vista una última vez hacia la cueva en la que había encontrado a Librus. No entendía por qué el monje loco había gritado «¡Tú!» como si la conociera. Nunca se habían visto, ¿verdad?

¿Y qué significaban aquellas imágenes de su madre? Esperaba encontrar en Scribópolis la respuesta a todas sus preguntas.

Llegaron al pie del precipicio.

–Silencio ahora –dijo Ludo A.–. Tenemos que atravesar el bosque.

Árboles susurrantes



El bosque era frío, verde y brumoso. Los árboles viejos y poderosos.

Siguieron un sendero cenagoso que serpenteaba entre las raíces de los árboles.

Odessa se mantenía en pie ante la idea de que Scribópolis no quedaba lejos. Finalmente podría descansar. Descansar, descansar, descansar en una cama de sábanas blancas, con ropa seca, té y galletas.

De pronto oyó una voz susurrando cerca de su oído.

—¿...ella...? ¿Ella es...?

Asustada volvió la cabeza, pero no había nadie.

Continuó andando.

Otra vez lo mismo cerca de su oído.

—...hola, niña... Hola, niña de pelo revuelto...

Se dio la vuelta. Nadie.

¿Le habría llegado el veneno al cerebro? ¿Se estaba volviendo loca?

—...hola, niña de pelo revuelto...

Contuvo la respiración.

—¿...qué haces en nuestro bosque...?

Eran los árboles. El crujido de sus hojas sonaba como un suave murmullo.

—¿Tú oyes eso? —susurró Odessa.

—Álamos temblones —dijo Ludo A. escupiendo después en el suelo—. No les escuches. Hablan por hablar. Vamos, date prisa.

Pero el crujido no cesó.

Ludo A. comenzó a cantar a viva voz:

¡Soy un leñador y me siento bien!

¡Toda la noche descanso y todo el día trabajo!

—¡Silencio! —gritó Odessa—. ¡Quieren contarme algo!

Pero Ludo A. continuó cantando y volando.

Odessa se detuvo.

El susurro se hizo más fuerte, como avivado por un aire repentino.

—¿...ella...? ¿Ella es...? —dijeron los árboles.

Y entonces de pronto, de forma ensordecedora, como un coro de miles de voces:

—¡Ella es la Verdadera!

Tras lo cual empezaron a susurrar entre ellos de forma nerviosa, y Odessa ya no logró entender nada. Se tapó los oídos.

—¡Alto! —pidió.

El crujido se detuvo con brusquedad.

Se cruzó de brazos.

—Vale, os escucho, ¡pero no habléis todos a la vez!

Señaló a un joven abedul.

—¡Tú! ¡Tú primero! ¿Qué tienes que decir?

El árbol guardó silencio.

Odessa se sintió ridícula pero no pensaba desistir.

—¡Vamos! ¿Qué tenéis que decir? ¿Quién es «Ésa»? ¿Soy yo? ¿Y a qué os referís con lo de «la Verdadera»?

Un susurro recorrió los árboles pero no dijeron nada.

Ludo A. se acercó volando. Inspiró profundamente.

—Esa peste. Gnorks. No están lejos.

De la lejanía llegaba el sonido de hachas abriéndose camino por el bosque. Se acercaba con rapidez.

—¡Ay, no! —suspiró Odessa—. ¡Otra vez esos cerdos, no!

Salir corriendo no tenía sentido, estaba harta y agotada. Los gnorks no tardarían en alcanzarla.

—Por aquí —dijo Ludo A. desapareciendo tras la cobertura de hojas de un sauce llorón. Las delicadas hojas del viejo sauce llegaban al suelo y colgaban alrededor del tronco como una cortina. El tronco en sí era viejo y nudoso y a Odessa no le costó trepar por él. Se acomodaron a unos tres metros del suelo donde el tronco se dividía en dos. Era bastante acogedor y estaba cubierto de musgo y, aunque una cascada de finas hojas la ocultaba totalmente a la vista, ella podía ver lo que ocurría fuera del árbol.

Por allí venían más sucios que de costumbre. Sus túnicas negras y sus armaduras estaban cubiertas de barro. Iban descalzos, llevaban espinilleras en sus patas peludas y torcidas, e iban armados hasta los dientes con hachas y espadas curvas. Gruñendo y refunfuñando se abrían camino a hachazos. Con sus malvados y pequeños ojos parecían niños pensando travesuras. Odessa sintió que los árboles temblaban de furia. Susurraban insultos que los gnorks no parecían oír.

Los gnorks hicieron un alto a escasos metros del árbol en el que se escondía Odessa. Hubo una fuerte discusión durante la cual señalaban a su alrededor. No la habían descubierto, ¿verdad?

—Se han perdido —susurró Ludo A.—. Tienen hambre y sed. Están enfadados con su jefe. No saben dónde está él o mejor dicho, ella, porque hablan de una mujer.

Los gnorks cortaron ramas al tuntún y las amontonaron. Los árboles temblaban horrorizados. Los jabalíes sacaron vasijas y no tardaron en sentarse a beber y a gruñir alrededor de una hoguera en la que asaban ratas y turones aún vivos ensartados con la punta de sus espadas.

Aquello era el fin; los gnorks la encontrarían, o el veneno de los engendros acabaría con ella. Nunca saldría viva de aquella noche.

—Están discutiendo —susurró Ludo A.—. Quieren atacar Scribópolis.

Un gran gnork mantenía el hacha en alto.

—¡Atacaremos Scribópolis! Está llena de escritores, maldita sea. Bramil dice: ¡masacremos a esa gentuza!

—¡Haré una hoguera con sus malditos libros! —gritó otro.

—Y yo asesinaré a sus mujeres e hijos —añadió otro más.

Aquello fue acogido con gruñidos de entusiasmo.

—¡El único escritor bueno es el escritor muerto!

—¡Escritor frito!

—¡Escritor asado!

Hubo grandes risas y gruñidos. Sonaba como si sorbieran sopa por la nariz.

—Una vez agarré a un escritor por la pierna y...

Ludo A. no quiso traducir el resto por mucho que Odessa insistió.

—¡Ya no soy una niña! —susurró ella enfadada—. ¿Pero qué tienen en contra de los escritores?

—Algo bastante lógico: que escriben cosas malas de ellos —respondió Ludo A.

—¿Como por ejemplo?

—Que son pequeños y gordos, y apestan como una letrina atascada.

—Y así es, ¿no?

—Pero eso no quiere decir que les guste que escriban sobre ello.

—¡Qué tontos!

—Los escritores también lo escriben, y a los gnorks eso les gusta todavía menos. Son unos seres muy frustrados. En realidad deberían haber sido orcos: hombres de una pieza, grandes y fuertes. Mabarak los sacó de *El Señor de los Anillos*, pero como no dispone de Polvo de Musa, y utiliza otro que no funciona la mitad de bien, todo lo que saca de los libros es deforme. Así que, para gran frustración de los gnorks, no son orcos grandes y fuertes sino pequeños, gordos y apestosos gnorks.

—Silencio —susurró Odessa.

Uno de los cerdos se incorporó, eructó y se dirigió al sauce llorón en el que se encontraba Odessa. Ésta se pegó más al tronco. ¿La había descubierto? El gnork apartó la cortina de hojas y se acercó al tronco. Odessa podía oírle olisquear. Se encogió tanto

como pudo. El gnork olió el tronco, se desabrochó el pantalón y una peste tremenda subió. El árbol se estremeció. A Odessa le dieron arcadas.

Entre tanto el gnork gritaba a los demás:

—¡Llevamos días buscando a Ergolas, ese Señor de las Minas! Nunca encontraremos a ese loco. Hay demasiadas galerías en esas rocas.

—Ese tal Ergolas no existe —gruñó otro—. Y el libro tampoco. Nadie lo ha visto nunca.

—Librus —susurró Ludo A.—. Están buscando a Librus. Mabarak debe de creer que Ergolas, el Señor de las Minas, lo ha escondido en alguna de las cuevas que hay en el precipicio —explicó mirando con preocupación.

El Señor de las Minas debía de ser aquel monje loco con el que Odessa se había encontrado en la cueva. Pensó en el extraño libro que tenía en la mochila. Esperaba que se estuviera quieto. Continuaba sin saber por qué no le había contado a Ludo A. lo del libro, pero ahora no había tiempo.

El gnork por fin se abrochó el pantalón. Volvió junto a la hoguera, se metió una rata medio chamuscada entre los dientes y arrancó una pata.

—¡Cuando encuentre al Verdadero, de un mordisco le parto en dos! —gritó—. Le aplastaré como si fuera un grano en el culo de Gnarl.

Todos rieron menos un pequeño gnork que gruñó con fuerza.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Odessa.

—No tengo granos en el culo —tradujo Ludo A.

Odessa le miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no. Aquel pequeño. Eso ha dicho, que no tiene granos en el culo. ¡Chist! Están hablando de Mabarak.

—¿Confías en Mabarak? —preguntó un gnork—. Nos prometió ratas que comer y escritores a los que retorcer el pescuezo. Dice que es más poderoso que todos los escritores de Scribópolis.

Un gnork escupió una flema negra en el fuego.

—Cuentos. Si Mabarak es tan poderoso, ¿por qué no ataca Scribópolis?

—¡Cierra tu apestoso hocico! Te va a oír. ¡Te convertirá en un husmeador!

—¡Los husmeadores no me dan miedo!

—¿Ah, no?

—¡Me gustan crudos!

—¿Ah, sí?

—¡Los parto en dos!

—Bueno, eso te vendrá bien. Tienes uno justo detrás de ti.

El gnork se levantó impulsado por el pánico, tropezó con su armadura y cayó en la hoguera. Subió un tufo a pelo de cerdo chamuscado. Salió gateando del fuego y rodó por la arena. Los otros gnorks le echaron aguardiente y volvieron a meterlo a patadas en la hoguera. Se morían de la risa. La peste a pelo chamuscado no se podía soportar. Odessa

se tapaba la boca con la mano para no gritar. Por mucho que odiara a los gnorks, le parecía terrible tener que ver a uno quemándose vivo.

Un látigo restalló en la noche. Una mujer joven, vestida totalmente de cuero negro, salió de la maleza. Tenía una larga melena oscura y centelleantes ojos oscuros. El cinturón que rodeaba su cadera estaba lleno de cuchillos. Los gnorks volvieron la mirada con hostilidad pero al ver a la mujer, retrocedieron.

Ella no dudó un momento; enroscó su látigo en el cuello del gnork y lo sacó a rastras de la hoguera. El gnork rodó por el suelo quejándose. La mujer le puso una rodilla en el cuello, le aplastó la cara contra la tierra y abrió sobre él una vasija de agua que siseó en su espalda.

Miró a los demás con severidad. El fuego iluminaba su cara con un resplandor fantasmal.

—¡Vaya mujer! —exclamó Ludo A.—. Quiero su número de teléfono. Aunque no comprendo por qué es la jefa de una banda de jabalíes. ¿Has visto lo bien que le queda ese pantalón de cuero?

Los gnorks se reunieron alrededor de la mujer. Su risueño gruñido se convirtió en una gran protesta.

—Están hartos —dijo Ludo A.—. Quieren atacar Scribópolis.

—Cerdos malos —dijo la mujer—. ¿Acaso habéis olvidado que Lancelot y los caballeros de la mesa redonda vigilan Scribópolis? Lancelot puede él solo con toda una banda. De un solo espadazo es capaz de cortar diez de vuestras estúpidas cabezas —los gnorks se llevaron la mano a la nuca—. Debemos esperar. Mabarak tiene un plan para que Scribópolis se arrodirle. Su Polvo de Musa se acabará en breve y entonces atacaremos.

Ludo A. frunció el ceño.

—Eso es imposible; la gente de Scribópolis puede producir tanto Polvo de Musa como desee —susurró—. De ser cierto, la situación es más grave de lo que pensaba. Scribópolis no puede sobrevivir sin Polvo de Musa.

—¡Queremos quemar escritores! —gritaron los gnorks—. ¡Asar mujeres y niños! ¿Por qué Mabarak no hace más gnorks?

El resto de los gnorks gruñeron asintiendo.

—¡Aún quedan gnorks en los libros!

—¡Hermanos!

—¡Camaradas!

—¡Jabalíes!

—Haremos lo que Mabarak nos ha ordenado —dijo la mujer con parsimonia—. Tenéis que encontrar a Ergolas y al libro. ¿O acaso estáis cuestionando mi mando?

Los gnorks gruñeron.

—¿Por qué tantas penurias por un estúpido libro? —preguntó uno de ellos.

La mujer tenía una sonrisa en los labios.

—¿Acaso no conocéis todavía el poder de los libros? —con un gesto despreocupado

sacó de su bolsillo interior un libro tan negro como su vestimenta y lo sostuvo en alto—. ¿Tal vez necesitáis un breve recordatorio?

Los gnorks dieron un paso atrás. Los más valientes echaron mano a sus hachas.

La mujer dejó el libro sobre la espalda del gnork chamuscado que continuaba tumbado quejándose bajo su rodilla. Ella lo abrió y comenzó a hojearlo.

—Alegraos de que Mabarak aún no tenga auténtico Polvo de Musa y deba apañárselas con zoquetes como vosotros. Pero su poder crece. Dentro de poco descubrirá el secreto del polvo. Entonces podrá sacar de los libros a verdaderos canallas. Aquí está —puso un dedo sobre la página—, el *Ficus Benghalensis*, también llamado baniano. Un árbol muy peculiar cuyas semillas germinan en la copa de otro árbol, tras lo cual sus raíces y ramas crecen alrededor de su árbol huésped para acabar estrangulándolo lentamente. Con el paso del tiempo sólo queda el baniano rodeando el vacío que una vez ocupó su anfitrión.

—¿Qué trama? —preguntó Odessa a la vez que la mujer le provocaba escalofríos.

—Pretende sacar un baniano del libro —respondió Ludo A.—. Pero no lo conseguirá, no tiene Polvo de Musa. Sólo lo tiene Scribópolis y las provisiones de polvo están bien vigiladas. Mabarak lleva años intentando dar con la fórmula química para copiarlo pero hacen falta las lágrimas de una musa y él no las tiene. Por eso hasta ahora todo lo que ha sacado de los libros es deforme.

La mujer soltó de su cinturón una bolsita de cuero y la dejó junto al libro sobre la espalda del gnork. Con las yemas de los dedos sacó una pequeña cantidad de polvo verde.

—¿Verde? —preguntó Ludo A.—. El Polvo de Musa no es verde, es transparente, cristalino, como el diamante.

La mujer cerró los ojos.

Ludo A. se puso a dar saltitos de un lado a otro de un tocón.

—Hum, es buena, ella es buena.

—¿Qué está haciendo? —susurró Odessa.

—Se está identificando, poniéndose en el lugar de un baniano. La identificación es la única manera de sacar algo de un libro. Un árbol es difícil porque es un ser vivo. Pero no lo logrará. No con ese polvo.

El gnork chamuscado escarbaba en la tierra pero la mujer mantenía la rodilla firme sobre su cuello. Esparció polvo sobre el libro. Éste cayó lentamente. Durante un instante no ocurrió nada pero después el libro empezó a sacudirse y se hinchó como si estuviera a punto de explotar.

—¡No es posible! —exclamó Ludo A.—. ¡No puede ser!

El libro se abrió desgarrándose. De él salieron ramas y raíces que se enroscaron como serpientes alrededor del gnork que gritaba. Odessa no podía creer lo que estaba viendo. Era terrible y portentoso a la vez. El gnork continuaba escarbando en la tierra pero no tardó en quedarse quieto.

—¡Ese polvo es mejor que todo lo que ha hecho Mabarak hasta ahora! —dijo Ludo A.

Odessa nunca le había visto tan alterado.

La mujer del cuero negro esparció un poco más de polvo sobre el libro. Los gnorks aferraron sus hachas preparándose para defenderse, pero la vegetación dejó de crecer, reforzó su agarre del gnork y volvió al interior del libro arrastrando al gnork muerto. Odessa tuvo que contenerse para no gritar.

—¡Olé! ¡Un gnork menos! —comentó Ludo A. sin más—. Ya sólo quedan diez mil.

El libro se recompuso hasta cerrarse y poco después ya no tenía nada de especial.

La mujer se levantó y guardó el libro. Enrolló su látigo.

—Haréis lo que os ha ordenado Mabarak, encontraréis el libro y se lo llevaréis.

—¿Tendremos entonces nuestra recompensa? —preguntó un gnork.

Una oscura sonrisa se dibujó en la boca de la joven.

—No temas. Si encontráis el libro, me encargaré personalmente de que recibáis la merecida recompensa.

Los gnorks la vitorearon, lanzando huesos de rata roídos al aire.

Pero aún no estaban del todo convencidos.

—Pero ¿y si el Señor de las Minas usa Librus contra nosotros? —preguntó uno.

—El Señor de las Minas no puede escribir en Librus, sólo puede hacerlo el Verdadero, y Mabarak sabe quién es. Sus husmeadores ya están en camino.

Ludo A. se cayó de culo.

—¿Qué? ¿Mabarak sabe quién es el Verdadero? ¡Tenemos que ir a Scribópolis! ¡Informar a Shakespeare! Rápido, bajemos del árbol.

—No hables tan alto —susurró Odessa—. ¡Nos van a oír! ¡No podemos bajar del árbol! ¡Nos verán!

—¡Esto es grave! ¡Oh, esto es grave! —pió Ludo A.

—¿Qué tiene de importante ese tal «Verdadero»? —preguntó Odessa con un recuerdo vivo de lo que los árboles le habían susurrado.

—Escucha, pequeña, Librus, el Libro de los Libros, ¿recuerdas el libro que Mabarak había hecho para atrapar al mundo? Bueno, cuando intentó escribir en él, Librus se negó. Por más que Mabarak lo intentó, no logró poner una letra sobre el papel. Se enfureció. No tardó en darse cuenta de que, aunque hubiera fabricado el libro, no era él quien lo escribiría. Recorrió las calles de Scribópolis gritando su furia, la desesperación le hizo subirse al tejado de la Biblioteca y estaba tirándose de los pelos cuando de pronto vio una predicción en las estrellas. La predicción del «Verdadero», del «Elegido», del que reuniría todos los poderes y podría dar vida a todos los libros o, si utilizaba mal su poder, podría dominar el mundo. La predicción aparece una vez al año en el cielo de Scribópolis. Todos la conocen de memoria.

Un día, en la oscuridad de la noche, ha de nacer
quien elegido entre muchos ha de ser,
quien la Pluma ha de dominar.
Primer nacido de Musa y Humano

quien al Libro de los Libros ha de amansar.
Quien por todos será venerado
como lo Verdadero, como lo Más Grande bajo Luno.

«¡Qué poema tan tonto!», pensó Odessa.

—¿Y quién es el afortunado? —preguntó.

—Nadie lo sabe. Todos los chicos de Scribópolis desean ser él.

—¿Y por qué no una niña?

—Porque la predicción habla de «elegido, nacido, venerado...». ¿Estás sorda?

Odessa ocultó su decepción. Así que se trataba de un chico. ¿Por qué le habían dicho los árboles que ella era la «Verdadera»? ¡Puf! Álamos temblones. Ludo A. tenía razón; hablaban por hablar.

Vale, ¡qué tontería! ¿Cómo se le había pasado siquiera por la cabeza? ¿Cómo iba a ser ella la Verdadera? Una niña que nunca salía, que nunca había estado en Scribópolis. ¿Cómo iba a disponer poderes para salvar al mundo? Ella no era nadie. Tenía que buscar a su padre. Eso era todo.

—¡Vamos! ¡Moved esos culos! —la mujer hizo restallar su látigo sobre las cabezas de los cerdos—. ¡A las montañas y no volváis hasta haber encontrado a Librus!

Los gnorks se marcharon rápidamente dejando tras de sí un caos de patas de rata mordisqueadas y ramas humeantes. En cuanto sus gruñidos dejaron de oírse, Odessa y Ludo A. bajaron del árbol.

El resto del viaje transcurrió con dificultad. La estancia en el árbol no había beneficiado en nada a Odessa. Al bajar del árbol casi se desmaya. Pasó media hora sentada contra el tronco para recuperar fuerzas. No le hacía ni falta mirar su brazo; el veneno debía de sobrepasar el codo. Estaba segura de que era sólo cuestión de horas el que su corazón dejara de latir, o incluso minutos. Deseaba tener la fuerza necesaria para llegar a Scribópolis y poder morir en los brazos de su padre.

Los árboles ya no susurraban. Que hubieran perdido el habla, tal vez fuera una impresión suya.

—¿Ludo A.?

—¿Qué ocurre, pequeña?

—¿Qué es Luno?

—¿Luno? Exacto. Bien visto, pequeña. Ése es el problema. Nadie lo sabe. Ni siquiera Shakespeare. Durante años se ha buscado en todo tipo de libros oscuros el significado de la misteriosa palabra, sin resultado. Algunos creen que es una abreviatura.

—¿De caballuno?

—No seas tan simplona. De Literariamente Único Neonato Omnipotente, o algo así.

«¡Tonterías!», pensó Odessa. Pero no dijo nada.

Durante el resto del camino, Ludo A. parecía compungido y estuvo más callado que al comienzo. De vez en cuando la miraba con unos ojos extraños y escrutadores.

Odessa tenía que pararse a menudo a descansar.

Al cabo de un rato llegaron al linde del bosque. Ante sus ojos se extendían prados y campos, y en la lejanía una grandiosa ciudad amurallada con edificios irregulares. Junto a la gigantesca cúpula salía el sol.

Ludo A. suspiró aliviado.

—Scribópolis, *I'm back!*

Sir Lancelot y los caballeros de la mesa redonda



Odessa apenas había salido tambaleándose del bosque cuando unos diez caballeros se abalanzaron sobre ellos; caballeros medievales con resplandecientes armaduras, túnicas largas y cascos con plumas.

—Lancelot y los caballeros de la mesa redonda —dijo Ludo A.—. Shakespeare los sacó de un libro, *Camelot*, para defender a Scribópolis de los gnorks.

Odessa se llevó las manos a la cara. Creyó que iban a arrollarla pero los caballeros, dando un brusco tirón de las riendas, detuvieron a los caballos cerca de sus temblorosas piernas.

—¡Alto vos, extranjera! —exclamó Lancelot—. ¿De dónde venís y adónde vais? ¿Cuáles son vuestros planes e intenciones?

—Hey, alegres donceles —dijo Ludo A.—. ¿Qué, danzando por ahí?

—Mis planes e intenciones... —balbuceó Odessa— son nobles y... —no se le ocurría nada—...vale. Aquí mi acompañante alado y volador y yo misma, caminamos y volamos hacia Scribópolis y... a aquella ciudad de allá.

Ludo A. se moría de risa.

El caballero más impresionante desmontó. En su cinturón destellaba una espada adornada con piedras preciosas.

Ludo A. saludó llevándose el ala a la ceja.

—Eh, Lanci, ¿todo guay? ¿Cómo está Ginebra?

La armadura del caballero crujió cuando éste se arrodilló y puso su mano en el hombro de Odessa.

—Delicada joven, no tema. No pretendemos causarle daño ni mal alguno. ¿Quién sois? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Me llamo Odessa —respondió ella entre suspiros—. Quiero ir a Scribópolis porque allí se encuentra mi padre, y estoy cansada y enferma y ¡quiero acostarme!

El caballero la miró profundamente a los ojos leyendo en ella como un libro.

—¿Quién es vuestro padre y protector?

—¿Que quién era su padre? Odessa volvió a suspirar.

—Vive en Scribópolis. Es un escritor famoso —respondió ella.

Se sentía incómoda, como si la hubieran pillado en una mentira, pero el caballero se dio por satisfecho con la respuesta y se incorporó.

—Sir Galahad, Sir Kay, acompañad a esta joven dama hasta las puertas de aquélla, la ciudad de Scribópolis. Ocupaos de que no sufra ningún daño ni desgracia. Apresuraos. La dama se encuentra enferma amén de perturbada y necesita cuidados amén de asistencia.

Un caballero, que se presentó como Sir Galahad, subió a Odessa a su caballo sentándola delante de él. Ludo A. fue trepando por el cuello del animal dando saltitos hasta llegar a su cabeza.

—¿Por qué no hacéis los demás muchachos también algo útil? —dijo él—. Hay gnorks en el bosque.

—¿Gnorks amén de sucios cerdos? —preguntaron los caballeros.

—Sí, claro, y sí, por supuesto —respondió Ludo A.

Los caballeros agarraron sus espadas y espolearon sus caballos hacia el bosque.

—¡Atrapad a los cerditos! —exclamó Ludo A. tras ellos.

Él se aferró a la cabeza del caballo.

—¡Vamos, capitán, pon tu animal en movimiento, no tenemos todo el día! —y en cuanto arrancaron, comenzó a cantar una canción—:

Oehoe oehoerend hard

Kwamen zie doar angescheurd.

[Yuhu, más que deprisa

Venían a toda pastilla.]

Odessa jamás había montado a caballo. A pesar del dolor que ya le llegaba al hombro, sentía una extraña felicidad. Disfrutaba de la velocidad y del viento en la cara. Y allí, tras aquellos muros que se acercaban a pasos agigantados, cambiaría su vida. Allí conocería a su padre. ¿Se parecería a Sir Lancelot? ¡Eso sería magnífico! Pero qué tramaba su cabeza, ni siquiera sabía quién era su padre. ¿Y si el encuentro era decepcionante? ¿Y si él sintiera indiferencia o no la quisiera? La dominó un miedo que intentó sacarse rápidamente de encima. Por supuesto que él la quería, así era, la estaba buscando, ¿no ponía eso en el diario de su madre? Y ¿por qué iba a buscarla si no la quisiera? Si su madre no la hubiera mantenido oculta, él la habría encontrado hacía mucho tiempo. Volvió a enfadarse con su madre y a sentirse mal. Hundió la cabeza en las crines del caballo.

Ludo A. se dio la vuelta y se sentó entre las orejas del animal.

—Esos gnorks no saben lo que les espera amén de lo que les va a pasar —dijo dando

botes—. No son muchos caballeros pero son imbatibles. Uno solo de esos caballeros vale más que veinte de aquellos gnorks amén de cerdos.

Tras ellos, Scribópolis se dibujaba contra el sol de la mañana. Las casas irregulares, las torretas y sobre todo la gran cúpula sobresaliente, recordaban a Odessa a las ciudades de cuento de *Las mil y una noches*.

—Ya lo verás, niña, Scribópolis es magnífico —dijo Ludo A.—. ¡Ajajá! ¡Placer! ¡Puros! ¡Periquitas! Larga vida a los libros con vida propia.

Alrededor de la ciudad se había despejado todo para hacer sitio a extensos campos de libros colocados en hileras. De ellos crecían tomates, patatas, judías y calabazas. Había libros de los que crecían comidas ya preparadas como pizza margarita y cochinillos con salsa cazadora y perejil en las orejas. De un libro crecía incluso una mesa puesta para dos, con velas y todo. Había un campo de muebles y otro de ropa. De otro libro sobresalía media diligencia. Junto a ella había hileras de libros de los que salían cabezas de vaca. A Odessa le dio pena.

Galopaban junto a campos en los que se secaba papel blanco como la nieve. Odessa no sabía que el papel podía ser tan bonito.

—En ninguna parte del mundo se hacen tantos libros como aquí —dijo Ludo A.—. Talaron todos los árboles hasta que cayeron en la cuenta de que también podían sacar árboles de los libros. ¡Los muy lince!

Los jinetes pasaron por un prado con gansos. Los animales armaron un alboroto de mil demonios. Algunos de ellos estaban medio pelados.

—Ocas egipcias —explicó Ludo A.—, las mejores plumas son las del trasero. Arrancas una, le sacas punta y, ¡ale-hop!, tienes una estilográfica. A los escritores y a los estudiantes de Scribópolis les encantan.

—¿En Scribópolis vive gente aparte de escritores y estudiantes? —preguntó Odessa.

—No del todo, Scribópolis es una ciudad secreta. Por supuesto también hay encuadernadores y cosedores de libros, tipógrafos e ilustradores, y traductores y redactores, pero si por casualidad se topan con vagabundos o turistas perdidos, los drogan con historias hasta que no saben dónde se encuentran. Cuando vuelven a sus casas, todo el mundo cree que están locos.

Se acercaban a la puerta. Los jinetes detuvieron a sus caballos. Sir Galahad desmontó y ayudó a bajar a Odessa.

—Adiós, joven dama. Feliz viaje.

Los caballeros se dieron la vuelta y desaparecieron en una nube de polvo.

Odessa miró la puerta maciza de roble que se elevaba ante ella. Al otro lado le esperaba una nueva vida.

Ludo A. estaba totalmente emocionado.

—¡Llama a la puerta! —exclamó.

Odessa llamó hasta que le dolieron los nudillos.

Un postigo se abrió.

—¿La contraseña?

Odessa miró interrogante a Ludo A.

Ludo A. voló hasta el postigo.

—Abre o te rompo los dientes —dijo él.

Odessa le miró con cara de preguntar: ¿qué estás haciendo?

—Ésa es la contraseña —explicó él sin inmutarse.

Y, en efecto, el postigo se cerró, se descorrieron cerrojos y la puerta se abrió.

Parte 2

Scribópolis



—¿Te encuentras bien, pequeña? —preguntó Ludo A.—. Estás empapada en sudor.

—Sí, sí —masculló ella. Pero no se encontraba nada bien, sentía un dolor horrible en el hombro y escalofríos le recorrían la espalda.

Por suerte, el esplendor de las calles de Scribópolis la distraía. Las casas eran bonitas y estaban cuidadas y pintadas de colores tierra, arcilla amarilla, rojo veneciano y siena tostado. Había ancianas sentadas delante de las puertas encuadernando libros, en los tendederos había papel secando, y por todas partes flotaba el olor a papel y a tinta recién impresos.

Había tiendas de plumas, papelerías con hermosos papeles hechos a mano y, sobre todo, librerías, muchas librerías.

La mayoría de ellas estaba especializada en un único tipo de libro: *Historias de caballeros duros*, *Adolescentes infelices*, *Curiosidades secretas para chicos listos*, *Enamorada de un vampiro*, *Misterios medievales de las abadías*, *Poemas herméticos* —Odessa no tenía ni idea de qué significaba hermético, pero no parecía muy sugerente—, *Thrillers sangrientos con zombis supervivientes*, *Lenguaje bello sin relato*. Éste se encontraba en la ventana de una librería en la que también se vendía *Obra Prestigiosa Ilegible*. «¿Para qué servirá eso?», pensó Odessa.

Pero ya sabía que allí se iba a encontrar como en casa. Sobre todo si pensaba que era donde había nacido, y que su madre y su padre se conocieron en ese lugar. Allí, tal vez en el pequeño puente Casanova por el que estaban pasando, o tal vez allá, bajo los pinos de la plaza Jean Valjean.

Todas las calles tenían nombre de escritores o personajes famosos. Cruzó el pasaje Oliver Twist por la calle Lao-Tsé, torció a la izquierda en el ramal Hamlet, atravesó la plaza Goethe, descansó en el estanque Ofelia en el que flotaban preciosos nenúfares y continuó por el puente Molly Bloom. Le faltaban ojos para ver todo.

Todo el mundo iba vestido con ropa de su época favorita: damas con vestidos y pelucas empolvadas o vaqueros ajustados, hombres con traje y bombín o con

bombachos y cuello de encaje, chicos con túnicas griegas y niñas con miriñaques. Todos se mezclaban en un batiburrillo multicolor.

Pero la ciudad que una vez fue bella, mostraba signos de decadencia. La amenaza de guerra marcaba su sello en la vida cotidiana. Algunas tiendas tenían bajadas sus persianas metálicas, y en distintos lugares la gente cargaba todas sus posesiones, la mayoría libros, en un carro para huir de la ciudad. Y por todas partes había pequeños grupos hablando acaloradamente. Volvían la vista hacia ella con desconfianza.

—¿Falta mucho? —preguntó ella.

—Si te dieras más prisa, no —respondió Ludo A.—. Scribópolis está construida sobre siete colinas. Tenemos que ir a aquella de allí —dijo señalando a la lejanía—. ¡Vamos, caracol!

A medida que se internaban en la ciudad, Ludo A. se sentía más alterado, como un caballo que huele su establo. Torcieron una esquina y llegaron al pasaje Huckleberry Finn.

—¡Ajá! —gritó él rebosante de felicidad—. ¡Ahí lo tienes! ¡Quédate aquí, vuelvo enseguida!

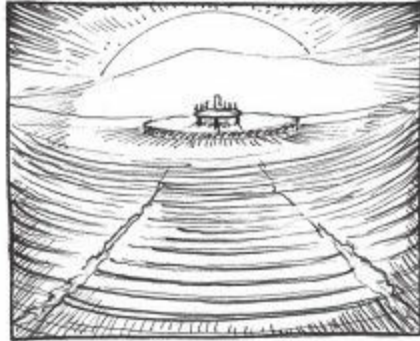
Antes de que Odessa pudiera preguntar qué ocurría, él entró volando en un estanco.

Odessa apoyó la espalda en una pared. ¿Era necesario? Cada vez estaba más mareada, apenas podía mantenerse en pie, y ¡el señor gorrión la arrastraba por media ciudad para conseguir sus apestosos puros! Estaba harta de él, de él y lo mandón que era. Pero debía mantenerlo como amigo; era su único apoyo.

Volvía a sentir el dolor con toda su intensidad. Se arremangó; tenía el brazo amoratado por las ampollas, y bajó rápidamente la manga.

En la lejanía resonó una campana. La gente de la calle se miró asustada, dejó caer lo que tenía entre manos y se apresuró hacia la fuente del sonido. Odessa se apartó, pero por su lado pasaba tal cantidad de gente y tan rápido que no pudo mantenerse erguida. La masa la arrastró, no tenía fuerza para oponerse. De lo único que debía preocuparse era de no caer y ser pisoteada por la multitud. No lograba ver por qué calles pasaba; tenía la nariz aplastada contra la espalda de un tipo grande cuya chaqueta olía a alcohol y tabaco. Se sintió como una hormiga en un hormiguero. Levantó la barbilla para ver si Ludo A. llegaba pero no había rastro de él. ¿Volverían a encontrarse?

Dostoievski



El sonido de la campana se intensificó. Dos calles más allá la marea humana se agolpaba en la parte alta de un antiguo anfiteatro. Unos pasos más y se habría precipitado por las gradas.

El anfiteatro, de forma semicircular, consistía en gradas irregulares esculpidas en las rocas y un escenario circular en la parte inferior sobre el que había una larga mesa tras la que estaban sentadas varias personas. La silla central, que tenía cierto parecido con un trono, estaba llamativamente vacía. Detrás del escenario no había una pared sino que se desplegaba una preciosa vista del valle que había más abajo. Odessa nunca había visto un teatro tan grande. Debía de tener capacidad para veinte mil personas.

Las gradas estaban a punto de llenarse. Se metió entre las colas de gente hasta que encontró un lugar junto a una niña pecosa en el que pudo sentarse. Entre el público había pocos adultos, también pocas niñas, casi todo eran chicos. Todo el mundo hablaba acaloradamente a la vez. Por todas partes se mencionaba el nombre de Mabarak. Algunos lo nombraban no sólo como si le temieran sino también como si le admirasen.

—¡Atrapar el mundo en un libro! Eso es algo que se te tiene que ocurrir —dijo un chico cerca de ella.

—Mabarak está como una chota —respondió otro girando el dedo en la sien.

—Eso lo dices ahora —añadió el primero—, pero ¿y si lo consigue? ¿Qué dirás entonces?

—Los libros sirven para dar vida a las historias, es lo que nos ha enseñado Shakespeare, no para atrapar la vida en una historia.

—¡Mabarak es un escritor más grande que Shakespeare!

El otro chico le dio una patada y empezaron a pelearse.

La campana dejó de sonar. Una voz tronó en el anfiteatro.

—¡Silencio!

Se hizo un silencio absoluto.

—¡Siéntense!

Todo el que aún estaba de pie, se sentó.

En ese momento Odessa pudo verlo todo bien: en la parte delantera del escenario había un atril con un vaso de agua y un micrófono, y detrás un hombre con barba deshilachada, cejas grandes y pobladas, y chaqueta desgastada de pana. Parecía un vagabundo pero irradiaba una gran voluntad. Sin duda era autor de cosas grandiosas.

—¿Quién es ése? —susurró a la niña que tenía al lado.

La niña, un par de años más joven que Odessa, era pelirroja, pecosa, y tenía los ojos más vivarachos que Odessa hubiera visto jamás. Miró a Odessa como si viniera de Marte.

—¿Eres nueva o qué? ¡Es Dostoievski! Uno de los escritores más grandes de todos los tiempos. ¿De verdad no le conoces? Escribe libros muy gordos repletos de dramas humanos. Pero es mejor no provocarle; es muy irascible. Todo el mundo le teme.

—Ah.

Entonces Odessa se dio cuenta de que él llevaba un hacha colgada del cinturón. Eso era algo extraño en un escritor. Bueno, eran tiempos de guerra, quizá quería estar preparado para cualquier cosa y necesitara el hacha para defenderse contra la invasión de los gnorks.

En el centro del escenario había una larga mesa tras la que había sentadas unas diez personas, sin duda, los escritores inmortales. Odessa observó con atención. Tal vez alguno de ellos fuera su padre. ¿Pero cuál? No eran como ella había imaginado a su padre. El de la izquierda del todo estaba demasiado gordo, el de la derecha demasiado calvo, el que tenía al lado demasiado emperifollado. Pero debía de ser uno de ellos. Aquel de la barba blanca parecía un tipo duro; a él sí le veía en el papel.

—¿Eres nueva? —preguntó la niña pecosa.

Odessa asintió.

—Soy Wiki. Es agradable ver a otra niña; esto está plagado de chicos.

—Odessa.

—Ésos son los docentes del Consejo de Escritores —dijo Wiki—. El de la barba blanca es Hemingway, sólo piensa en cazar y pescar. El de la corona de laureles es Dante. El emperifollado que tiene al lado, ese del clavel verde en la solapa, es Oscar Wilde. Y ese de allí, el del gran bigote de morsa, ¿lo ves?, ¿ese que está recostado tamborileando los dedos sobre su barriga? Ése es Flaubert. El delgado que está junto a él con las orejas de soplillo y ojos negros como el azabache es Kafka. Ése sí que es un tío peculiar, siempre inventa frases que nadie entiende.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! —exclamó Dostoievski—. ¡La situación es grave! Esta noche han robado el Mortero de los Titanes.

Se produjo un rumor enorme.

—¿El Mortero de los Titanes? —preguntó Odessa.

—Un cuenco especial con su correspondiente mazo para convertir las lágrimas de musa en polvo —respondió Wiki—. Esas lágrimas son más duras que el diamante. El Mortero las machaca de una forma especial por lo que no pierden su poder, y el polvo es

suficientemente fino para traspasar el papel. Sin el Mortero no podemos hacer Polvo de Musa.

Todo encajó de pronto. Así que aquél era el plan del que hablaban los gnorks en el Bosque Susurrante: Mabarak había robado el Mortero de los Titanes para que Scribópolis no pudiera hacer más Polvo de Musa, y ahora él, con el Mortero y su fórmula secreta, podría hacer tanto Polvo de Musa como quisiera.

—No hay motivo para que cunda el pánico —dijo Dostoievski.

El pánico se desató.

Él dio un golpe en el atril con la mano abierta.

—He dicho: ¡NO HAY MOTIVO PARA QUE CUNDA EL PÁNICO!

De inmediato se hizo un silencio absoluto.

—Aún nos queda una reserva de Polvo de Musa. Está protegido y queda racionado hasta nueva orden. Nadie puede utilizarlo sin autorización escrita.

El público comenzó a refunfuñar, pero enmudeció en cuanto Dostoievski lanzó una mirada furiosa.

—Por el momento nuestra reserva es suficientemente grande, pero un día se acabará porque sin Mortero no hay polvo y ya sabéis lo que eso significa: no podremos sacar comida de los libros, ¡ni vino! Tendréis que cultivar patatas, incluso pelar las judías con vuestras propias manos.

Él disfrutaba visiblemente de la ola de asco que recorría el público.

Un chico levantó la mano. Dostoievski no le dio la palabra.

—No, Jan-Fritz, eso no os exime de vuestras clases, pedazo de inútil. ¡Trabajaréis después de clase! ¡El que no trabaje será castigado! ¡El que no vaya a clase será castigado! ¡El que utilice Polvo de Musa sin autorización será castigado! ¡Cualquier delito será castigado! —todas las cabezas se agacharon—. Pero no os dejéis abatir, también hay buenas noticias: ¡tengo una seria sospecha sobre la identidad del ladrón! Me apuesto la barba a que sé quién ha robado el Mortero de los Titanes. ¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! —hizo una pausa. La tensión podía cortarse—. ¡Hay un traidor entre nosotros!

Hubo gritos de horror.

—¿De quién está hablando? —susurró Odessa. Wiki se encogió de hombros.

—Aún no hay pruebas contundentes pero todo apunta a un único culpable. ¿Quién —dijo dando un golpe en el atril con la mano abierta— conoce los secretos del Mortero de los Titanes como ningún otro? ¿Quién —volvió a golpear el atril— huyó hace años de Scribópolis como un ladrón en la noche? ¿Quién —pumutiliza a Iciar con frecuencia? ¿Quién —pum— ha tenido siempre una gran amistad con Shakespeare?

«Menudo alborotador», pensó Odessa. Si Dostoievski fuera su padre, se ofrecería en adopción.

—¿Qué tiene contra Shakespeare? —susurró.

—Esos dos siempre están discutiendo. Shakespeare fue elegido presidente del Consejo

de Escritores porque, muy a pesar de Dostoievski, todo el mundo le considera el escritor más grande.

—Espero noticias de Pegaso para confirmar mis sospechas. Encontramos restos de polvo junto a Iciar. El ladrón ha abusado de su humor voluble para entrar en Scribópolis y robar el Mortero de los Titanes. ¡En plena noche! —¿qué importaba que hubiera sido de noche o de día?—. Por desgracia, Iciar no nos pudo decir su nombre; de esa puerta no sale una palabra sensata. Como castigo la hemos encadenado —un sonoro «oh, no» se elevó en el público—. ¡Claro que sí! Habéis oído bien: Iciar está encadenada. Shakespeare guarda la llave. Eso significa que ya no habrá más salidas secretas, más escapadas a escondidas —miró con severidad al resto de escritores que se sumergieron en sus papeles—. Iciar es territorio prohibido. ¡Quien se acerque a ella será desterrado para siempre!

Odessa comprendió por qué no había salido en Scribópolis cuando pasó por Iciar en la tienda de Cornelius. La puerta no se podía abrir en la ciudad porque estaba rodeada por una cadena, así que debía abrirse en otra parte; primero en aquel castillo misterioso con tapices rojos y después en la cabaña del precipicio.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! El plan del ladrón es evidente: le ha llevado el Mortero a Mabarak. Podemos suponer que en este mismo momento Mabarak ríe diabólicamente con el Mortero de los Titanes en sus manos. Su poder crece y con su poder también aumentan sus seguidores —miró con dureza a su alrededor—. Todo el mundo sabe la facilidad que tiene para embaucar almas simples —algunos chicos bajaron la mirada—. ¡Hay incluso idiotas —dijo Dostoievski resoplando—, que aseguran que Mabarak es un escritor más grande que yo! —Odessa habría podido oír cómo caía un alfiler. El silencio duró hasta que Dostoievski volvió a golpear el atril con la palma de la mano—. ¿Y qué hace Shakespeare? Revive a los caballeros de la mesa redonda. Diez caballeros. ¡Diez caballeros! Soltó una risa despectiva. Y mientras tanto, los gnorks deambulan por estas tierras, nuestros espías no regresan, desaparecen escritores, y ya sabéis qué suerte han corrido, pero no debemos preocuparnos porque Shakespeare nos defiende con diez caballeritos. Yo os digo: ¡necesitamos una dirección más fuerte! ¡Una mano firme que intervenga antes de que sea demasiado tarde! ¡Tenemos que devolver el golpe ahora que aún podemos! Tenemos que movilizar un ejército. El mayor ejército de todos los tiempos. Un ejército con los mejores soldados que haya habido nunca: espartanos, romanos, vikingos, visigodos, con comandantes como Napoleón, Julio César y Alejandro Magno. Sólo así podremos aplastar a Mabarak y a sus gnorks en una enorme batalla que pasará a la historia como la Madre de Todas las Batallas —sonó un aplauso dudoso. Muchos chicos palidecieron—. Veo vuestras caras pálidas, pero el tiempo de ser débiles ya ha pasado. Cualquier muestra de debilidad favorece a nuestro enemigo y a los que son seducidos por sus promesas. Lo único que puede salvarnos es una guerra total. Por desgracia, Shakespeare se opone —negó con la cabeza ante tanta incompreensión—. Shakespeare considera que debemos ser «pacientes». Shakespeare

considera que encontraremos a Librus y al Verdadero y que éste vencerá a Mabarak y a sus gnorks –soltó una risa despectiva.

Por aquí y por allá se oyó el respaldo del público, pero no demasiado. Al parecer Shakespeare también tenía seguidores y no estaban dispuestos a fallarle. Hubo un tira y afloja entre los chicos que estaban a favor de Dostoievski y los que estaban a favor de Shakespeare. Odessa creía que Dostoievski les llamaría al orden, pero parecía divertirse.

En ese momento Ludo A. aterrizó en el hombro de Odessa echando una gran bocanada de humo.

–¿Dónde está Shakespeare? –preguntó–. No le veo por ninguna parte.

Odessa apartó con la mano el humo dulzón del tabaco. Estaba enfadada con él pero a la vez se alegraba de que hubiera vuelto. Le resumió lo que había pasado.

–¿Un traidor en Scribópolis? –Ludo A. no parecía sorprendido–. Puf, ¿qué esperabas con todos estos escritores? Seguro que Dosto, ese estúpido ludópata, ha vuelto a apostarse la barba, ¿no? Todavía me debe dinero.

Dostoievski consideró que ya estaba bien.

–¡Silencio! –bramó.

El alboroto disminuyó.

–Mabarak tiene el Mortero de los Titanes, sus espías se han puesto en marcha para encontrar a Librus y al Verdadero. Ese libro monstruoso significará la muerte de todo aquello por lo que luchamos. ¡Cuando tenga a Librus y al Verdadero no seremos más que marionetas en sus manos!

–En lo que a ti se refiere, eso sería todo un avance –se limitó a decir Ludo A.

–Tenemos que organizar una expedición para poner fin a la terrible sombra que se cierne sobre el mundo. Una expedición que deberá irrumpir en el castillo de Mabarak, robar el Mortero de los Titanes, destruir su laboratorio secreto y castigar con dureza al ladrón.

Tal vez fuera una coincidencia pero en el momento en el que Dostoievski dijo «castigar», la luz del sol destelló en su hacha dando directamente en los ojos de Odessa.

–Debido a los innumerables peligros que les esperan, sólo los más valientes, los mejores, los que tengan mayor talento de nosotros podrán formar parte de la expedición.

Sonó un aplauso ensordecedor.

–¡Viva Dostoievski!

–¡Viva nuestro héroe!

–¡Nuestro salvador!

Dostoievski recibió el aplauso sin interrumpirlo, pero después hizo un gesto de renuncia.

–Por desgracia, yo soy demasiado viejo; el espíritu es joven pero el cuerpo se resiente.

Hubo risas ahogadas que enseguida enmudecieron por las miradas severas de Dostoievski.

–¡Esta campaña requiere juventud! ¡Valor! ¡Perseverancia! La expedición debe ser

pequeña. Tres miembros que puedan recorrer estas tierras de forma rápida y desapercibida. Son pocas personas, pero un grupo pequeño puede más que todo un ejército. Para estar seguros de que van los mejores, haremos una selección rigurosa: los candidatos tendrán que pasar tres pruebas. Pruebas que demostrarán todo su talento, pruebas que reflejarán los peligros a los que se verán expuestos, pruebas que requerirán valor, astucia y tenacidad, y también una gran dosis de imaginación que habéis adquirido en las clases de vuestros excelentes profesores. Que los dioses de la escritura os sean propicios y se apiaden de vuestra alma.

Inclinó la cabeza.

En el público se percibía una sorprendente falta de entusiasmo.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Comprendo vuestro miedo; la posibilidad de regresar con vida es pequeña. Pero pensad que quien regrese vivo, será venerado como un héroe. El Consejo de Escritores en pleno —señaló a todos los escritores que tenía detrás— escribirá una oda en alejandrinos para el héroe que traiga de vuelta el Mortero de los Titanes, en la cual sus proezas serán magnificadas y sus pasos en falso diluidos.

Varios chicos reaccionaron con entusiasmo.

—Los candidatos pueden inscribirse en esta mesa con Kafka hasta pasado mañana a la puesta del sol. Los alumnos del quinto y sexto año quedan inscritos automáticamente.

Un chico que llevaba mucho tiempo haciendo gestos a Dostoievski desde un lateral, subió al escenario.

Dostoievski tapó el micrófono. Miró con enfado al chico. Éste le susurró algo al oído. La cara de Dostoievski se iluminó. El joven hizo una reverencia y abandonó el escenario.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Mis sospechas acaban de ser confirmadas —miró con aire triunfante a su alrededor—. Sé con toda certeza quién es el ladrón del Mortero de los Titanes.

Todo el mundo estaba en vilo.

—Se nos acaba de informar de que una de las nueve musas ha desaparecido sin dejar rastro. Una musa que durante años ha llevado una vida oculta y retirada en una ciudad humana. Llevaba tiempo sospechando que se había pasado al lado oscuro, pero Shakespeare no quería escucharme. Él envió nuestro intrépido corcel de batalla, Pegaso, para que la recogiera y la trajese aquí. Pero el propio Pegaso ha desaparecido.

Incredulidad y murmullos.

—¿Quién es Pegaso? —preguntó Odessa.

—Pe es un rocín alado amigo de las musas —respondió Ludo A.—. Se lo tiene muy creído: cree que sabe volar. ¡Puf!

—Creo que le he visto —dijo Odessa—. Casi me tira al sobrevolarme cuando yo intentaba escapar de los husmeadores.

—¿Qué? ¿Ese viejo rocín?

—Quería precipitarse sobre los gnorks pero silbé y tropezó contra una cuerda —a ella le

daba la impresión de que eso había pasado en otra vida.

—Chist —dijo Ludo A.—. Dostoievski va a decir quién es el ladrón.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Todo indica que esa odiosa musa entró en Scribópolis utilizando a Iciar, secuestró a Pegaso y, montada en su lomo, ha llevado a Mabarak el Mortero de los Titanes. No cabe traición mayor. ¡Una musa que conoce todos nuestros secretos, que contribuyó al nacimiento de nuestra ciudad! ¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! ¡Estoy hablando de Calíope!

El nombre sonó como un trueno en el cielo despejado. Todo el mundo comenzó a hablar a la vez. Era evidente que Dostoievski estaba disfrutando.

—Eso es una tontería —dijo Odessa a Wiki—. Mi madre no es una traidora, la secuestraron los gnorks, yo estaba delante.

Wiki la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Siempre he sabido que Calíope no era de fiar —continuó diciendo Dostoievski—. ¿Quién no conoce su oscuro pasado? ¿Quién no recuerda que era amigueta de Mabarak? ¿Que huyó de Scribópolis como un ladrón en la noche? Calíope siempre ha sido una traidora. Calíope siempre nos ha engañado.

Odessa no pudo reprimirse. Cómo se atrevía aquel mandril a insultar a su madre. Se levantó. La cabeza le daba vueltas. Wiki le tiró de la manga.

—¡No lo hagas, no le llesves la contraria! ¡Ay, ay, ay!

No le importaba.

—¡Mentira! —gritó.

Al instante, todas las miradas se fijaron en ella. Odessa notó que se ponía colorada, pero su madre era inocente.

—¡Calíope no es una ladrona! —exclamó—. ¡La han secuestrado los gnorks!

—¿Cómo te atreves a interrumpirme? —bramó Dostoievski.

—¿Cómo te atreves a culpar a Calíope? ¡Vagabundo! ¡Mentiroso!

Si la mirada de Dostoievski hubiera podido matar, Odessa habría muerto.

—¿Qué sabes tú de Calíope? —rugió Dostoievski.

—¡Más que tú!

—¿Y cómo vas a saber tú más de una musa que yo, si se puede saber?

Wiki volvió a tirarle de la manga. Odessa se soltó y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Porque es mi madre!

Se armó un jaleo tremendo que sólo se calmó después de que Dostoievski diera varios golpes en el atril.

—¿Qué dices? ¿Calíope, tu madre?

—¡Sí, mi madre! ¡Y además se llama Gertrudis!

El anfiteatro estalló en risas. Dostoievski se echó hacia atrás.

—¡Calíope no puede ser tu madre! —exclamó en tono de burla.

—No le escuches —dijo Ludo A.

—¿Cómo va usted a saberlo? —preguntó Odessa.

—Porque, pequeña señorita sabelotodo, Calíope es una musa y las musas, como todo el mundo sabe, al menos todos los que aprenden la lección, están predestinadas a los dioses. Las musas no tienen hijos humanos.

Odessa sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Miró a Ludo A. que, a su vez, miraba el extremo de su puro. Todo comenzó a girar: la gente que la rodeaba, Dostoievski, todo el anfiteatro. Sintió un pinchazo como si finas agujas salieran disparadas de su hombro a su corazón. Se desplomó y continuó descendiendo como si cayera en un pozo sin fondo.

Cuando el girar se detuvo, se vio a sí misma desde cierta altura tumbada sobre la grada del anfiteatro.

En la lejanía sonó una campana.

Las hermanas B.



Odessa se despertó arropada por un cálido edredón y con la cabeza hundida en un montón de almohadas. Se sentía perezosa y cansada.

—¡Se ha despertado! —oyó que exclamaba alguien.

Se incorporó un poco. En la habitación decorada con gusto había tres escritorios y libros por todas partes. La rodeaban tres chicas de veintipocos años hablando animadamente. Las tres llevaban delantales y el pelo recogido en un pequeño moño.

—Estamos tan orgullosas de ti.

—¡Cómo te enfrentaste a Dostoievski!

—¡Inconcebible!

—Y en lo más duro de la pelea...

—¡...cómo te desmayaste!

—¡Y todo el mundo empezó a gritar!

—¡Creímos que habías muerto!

Odessa no lograba intercalar una palabra; en cuanto una se callaba, otra empezaba a hablar.

—Pero qué maleducadas somos.

—No nos hemos presentado.

La mayor hizo una pequeña reverencia.

—Charlotte Brontë.

La mediana hizo una pequeña reverencia.

—Emily Brontë.

La pequeña hizo una pequeña reverencia.

—Anne Brontë.

—Somos las hermanas Brontë —dijo Emily con bastante pedantería.

—Pero todos nos llaman las hermanas B. —añadió Anne.

—¿Quieres una galleta? —preguntó Emily—. Las hemos hecho nosotras.

—Te hemos preparado ropa nueva.

–¿Qué tal tu mano? –preguntó Charlotte.

Entonces fue cuando Odessa vio que tenía la mano herida en un libro. Era como si le hubieran cortado el brazo a la altura de la muñeca y el muñón descansara sobre la página del libro abierto. Pero conservaba la mano porque podía mover los dedos que sentía fríos y pegajosos.

–Tu mano está a salvo –dijo Charlotte–. El libro es un antiguo ejemplar de hierbas.

–De la bruja Wivina –explicó Emily riendo entre dientes.

De pronto, unos dedos nudosos agarraron la muñeca de Odessa. Ella gritó. Quiso retirar la mano pero no pudo hacerlo.

Charlotte puso una mano sobre el hombro de Odessa.

–Tranquila. Wivina te cuidará bien. Tiene mal carácter pero es la mejor curandera que puedas imaginar.

Odessa sintió que aquellos dedos nudosos extendían una pasta sobre su mano. Puso cara de asco. Las niñas rieron.

–¡Es increíble lo mucho que has aguantado desde que te mordieron esos horribles monstruos! –dijo Emily.

–¿Cómo eran?

–¡Cuéntanos!

–Todo el mundo sabe que existen pero nadie los ha visto nunca de cerca.

Odessa aún no se había repuesto del susto pero contó lo mejor que pudo que los husmeadores la persiguieron por los tejados y bajo la lluvia. Contó cómo eran y que su susurro como de una radio rota casi la vuelve loca. Que se atrevió a dar un desesperado salto mortal para escapar, que los gnorks habían secuestrado a su madre e incendiado su casa y que entró en un mundo nuevo con Ludo A. atravesando a Iciar. Las hermanas contenían la respiración, se agarraban de la mano, exclamaban «¡oh!» y «¡ah!» y aplaudían.

Odessa no habló de Librus; ése era su secreto. Tal vez se lo contara a Shakespeare, o a su padre, o a ambos, porque era probable que Shakespeare y su padre fueran la misma persona. Pero por el momento no era asunto de nadie más. Librus era suyo. Y si el libro tenía realmente esos poderes mágicos, ella debía de encargarse de que no cayera en las manos equivocadas. Y de no ser ella la Verdadera, antes quería saber quién lo era y qué pretendía hacer con Librus. Hasta entonces no podía confiar en nadie.

Había llegado su turno de preguntar sobre Scribópolis. Las hermanas B. hablaron sin cesar.

–Antes no se apreciaba mucho a los escritores. Vivían en la pobreza en buhardillas. Algunos tenían éxito, pero no eran felices. Se reunían en Scribópolis para escribir. Eso cuando no era más que un lugar abandonado al borde del desierto con apenas un par de casas. Aquí estaban a salvo y podían escribir sus obras maestras sin interrupciones. Las musas los ayudaban.

–Si sólo viven escritores, ¿de dónde salen todos esos niños? –preguntó Odessa.

–Todos los años salimos a buscar a los niños que tienen más imaginación y los traemos aquí.

–Con el consentimiento de sus padres, por supuesto.

–Los niños deben tener talento, pero también resistencia.

–Y una voluntad de hierro.

–Y estar preparados para renunciar a todo por el arte.

–Reciben clases de los mejores escritores sobre las materias más dispares.

–Dramas sangrientos.

–Desgarrador mal de amores.

–Espías secretos.

–Traición ladina.

–Guerras apoteósicas.

–Nosotras damos Pasión, romanticismo y vientos apasionados que golpean las ventanas en alturas escarpadas.

–No es una locura si existe un curso sobre ello. Incluso hay uno sobre la descripción de huellas en la piedra de alguien que acaba de andar descalzo sobre la hierba.

–Es muy difícil.

A Odessa todo le parecía igual de emocionante. Le gustaría tanto convertirse en escritora como su padre...

–¿Por qué nunca vinisteis a buscarme? –preguntó. Temía la respuesta; tal vez no tuviera suficiente talento, tal vez habían leído sus poemas y decidido que no eran lo bastante buenos y por eso nunca habían llamado a su puerta.

Las hermanas intercambiaron entre sí una mirada de desagrado y suspiraron.

–Nadie sabía que existías.

–Nadie sabía que Calíope tenía una hija.

–Te mantuvo escrupulosamente oculta.

–Calíope es un caso extraño.

–Ella era muy feliz aquí. Todos los escritores la querían –dijo Charlotte–, pero de pronto empezó a irle cada vez peor y desapareció.

–¡A altas horas de una noche oscura y tormentosa! –exclamó Emily–. ¡El viento soplaba entre los sauces!

–¡Fue una catástrofe!

–Desde que se fue, lo del resto de las musas es un caso perdido; son muy caprichosas e imprevisibles.

–Calíope era la más grande de todas.

–Su hermana mayor.

–No supimos nada de ella durante años y, de pronto, reapareció. Ya no era la misma; evitaba a todo el mundo y sólo quería hablar con Shakespeare.

–Siempre había sido su musa favorita.

–Pasaban horas sentados en un banco y daba la impresión de que él la estuviera

consolando.

–Pero nadie sabía que tenía un bebé.

–Que una musa tenga un bebé es...

–¡Inaudito!

–¡Impensable!

–¡Inadmisible!

–¿Por qué? –preguntó Odessa–. ¿Qué tiene de malo?

–Las musas son seres míticos. ¡Las musas están predestinadas a los dioses!

–¡No pueden tener un bebé con un humano así como así!

–¡Si no, pierden todos sus poderes!

–Por eso nadie se cree que eres hija de Calíope.

–¡Pero nosotras sí! –dijo Emily.

–¡Eres igual que tu madre!

–¡Tan apasionada!

–¡La forma en la que te enfrentaste a Dostoievski!

Aplaudieron.

Ayudaron a Odessa a sentarse en una silla. Ella depositó el libro en el que tenía metida la mano sobre sus rodillas. Wivina, la bruja, extendió una nueva capa de pomada en sus dedos.

Charlotte continuó hablando de Scribópolis mientras las otras dos hermanas lavaron el pelo de Odessa en un barreño con un champú a base de huevos crudos.

–Los escritores decidieron mantener en secreto la ubicación de Scribópolis. Algunos continuaron viviendo entre la gente y sólo venían a escribir, atravesando Iciar, pero la mayoría lo abandonó todo y se estableció aquí definitivamente. En las caravanas, una vez al mes, llevaban sus libros al mundo habitado. La ciudad crecía despacio pero continuó siendo pequeña hasta que los escritores descubrieron que podían sacar cosas de los libros utilizando el Polvo de Musa.

–¿Es difícil? –preguntó Odessa.

–¡Ay, sí!

–¡Pasan años hasta conseguirlo!

–Y cualquier cosa puede salir mal.

–En primer lugar por un libro caminan todo tipo de personajes. Si no estás atento sacas el equivocado y entonces tienes un dragón en la cocina en lugar de un adorable enanito.

–Y la mayoría de los personajes no quiere que los saques de su historia. No comprenden que hay un mundo fuera del suyo. A veces eso resulta muy difícil de explicar. La mayoría de la gente cree que lo que ven es todo lo que hay. Cuando resulta que no es el caso, se quedan totalmente desconcertados. De modo que a algunos personajes es mejor dejarlos tranquilos, el impacto les mataría. A otros hay que prometerles que reescribirás su historia convirtiéndolos en héroes.

—A Lancelot tuvimos que prometerle que conseguiría a Ginebra —dijo Emily con los ojos rebosando de alegría.

—Pero, si alguien como Lancelot sale de su libro, ¿no deja su propia historia abandonada? —preguntó Odessa.

—Sí, así es, pero Lancelot comprendió que en aquel momento nuestra lucha era más importante que la suya. Aquí se está librando una guerra entre todas las historias. Si no ganamos esta guerra, ya nadie estará a salvo, en ningún libro.

—¿Pero se puede sacar cualquier cosa y a cualquier personaje del libro que sea?

—No, hay una serie de condiciones. El libro tiene que estar bien escrito.

—Tan bien que el lector pueda sentir la historia como si fuera verdadera.

—Debe sentir el viento soplándole en el pelo, el agua salpicándole la cara.

—De un mal libro nunca se saca nada.

—Así que el escritor necesita una musa.

—¡Un libro escrito sin musa no vale nada!

—¡Trabajo en cadena de producción!

—¿Y qué hace una musa? —preguntó Odessa, que sentía fascinación por todo.

—¡Las musas inspiran a los escritores!

—Se encargan de que a un escritor le lleguen pensamientos a la cabeza que de otro modo jamás se le ocurrirían, de que vea cosas que de otro modo jamás vería.

—Sacan a la superficie sus deseos más profundos y sus mayores temores para que pueda plasmarlos mejor en el papel.

—A veces es divertido —dijo Emily—, pero a veces da un poco de miedo.

Las hermanas tuvieron un escalofrío.

—Las musas son unos seres bastante volubles —explicó Anne—. Nunca se sabe de qué humor van a estar.

—Y si quieren pueden cambiar de forma.

—Clío es la peor.

—Más ahora que no está Calíope.

—Clío es una mala pécora.

—Hace que todos pierdan la cabeza. Se cree la más guapa. ¡Puf!

Emily levantó la nariz.

Si la madre de Odessa era una musa, eso explicaba muchas cosas: su carácter difícil y por qué podía cambiar de humor tan rápidamente.

—Los escritores enseguida se dieron cuenta de que podían hacer otra cosa con el Polvo de Musa —continuó diciendo Charlotte—. Si lo esparces en la página en la que estás, te introduces en la historia.

Odessa recordó el gnork que había sido arrastrado al interior del libro.

—¿Y no es peligroso? —preguntó.

—Depende del libro —respondió Charlotte—. Pero no es para tanto. La barrera entre vivir en un libro o vivir en la realidad no es tan grande como solemos pensar.

—Quién sabe si nosotras también estamos viviendo en un libro —dijo Anne—. *Las aventuras amorosas de las hermanas B.*

—La vida real es tan aburrida a veces... —añadió Emily.

—Los libros están mejor estructurados —continuó diciendo Anne.

—Y los chicos son mucho más agradables.

Las tres hermanas suspiraron a la vez.

Charlotte contó que Scribópolis creció hasta convertirse en una ciudad rica llena de placeres y fiestas. El descubrimiento del Polvo de Musa lo había cambiado todo. Había sido la revolución más grande después del fuego. Algunos escritores trajeron a la vida a sus personajes, se enamoraron de ellos y se fueron a vivir juntos. Otros prefirieron su mundo de fantasía al real, se metieron en sus libros para no volver a salir.

Scribópolis no tardó en convertirse en un gran caos; todo el mundo hacía lo que quería. Los escritores traían a la vida cualquier cosa: molinos de viento, robots, dragones, chicas de vida alegre, extraterrestres, sicarios medievales. Los escritores habían descubierto un poder que no controlaban. Aquello no podía continuar así y fundaron un consejo: el Consejo de los Inmortales.

Lo primero que hizo el Consejo fue establecer unas normas sobre quién y a qué se podía dar vida. De ahí en adelante, todo el que deseara utilizar Polvo de Musa debía presentar una solicitud. Los personajes a los que se daba vida debían dar su consentimiento expreso. Los escritores que querían meterse en un libro para continuar viviendo con sus personajes debían declararlo. Kafka llevaba un diario. Los libros en los que había escritores eran apartados para que no les pasara nada.

—¿Quiénes son los inmortales? —preguntó Odessa.

—Son los escritores más grandes de todos los tiempos: Shakespeare, Dostoievski, Flaubert, Kafka...

—Hay decenas de ellos.

—Una vez al año celebran un Ritual de Inmortalidad por el cual se convierten realmente en inmortales. Es muy emocionante.

—Cada uno de los escritores escribe un libro sobre lo que ha hecho durante el año y lo que tiene pensado hacer al año siguiente para sí mismo y para Scribópolis. Coloca el libro en el centro de un círculo, se sube en él, se rocía con Polvo de Musa y desaparece en su historia. Entonces viene la angustiada espera mientras el resto de los escritores lo lee. Si les gusta lo que ha escrito lo sacan un año más joven...

—¿Y si no les gusta?

—Lo dejan dentro.

—¡Pero eso es horrible! —Odessa imaginó tener que estar apresada dentro de un libro contra su voluntad.

—Por supuesto, cualquiera de esos escritores continúa viviendo, ya no en la verdadera Scribópolis sino en la Scribópolis que él mismo describió en su libro.

—Así que más le vale escribir bien —dijo Emily.

—Por eso sólo se atreven a hacerlo los mejores escritores. Los malos tienen demasiado miedo a quedar atrapados en sus propias estúpidas elucubraciones. Un premio Nobel no es ninguna garantía.

—Nosotras también somos inmortales —comentó Emily con orgullo.

Odessa miró a las hermanas con admiración. ¡Eran tan jóvenes!

—Pero no vamos a las reuniones. Son aburridas.

—¡Tan aburridas!

—Mabarak también fue inmortal —dijo Charlotte—. Pero fue desterrado y va envejeciendo.

—¿Pero él no dispone también de polvo? —preguntó Odessa—. Podría meterse en un libro y pedir a un cómplice que le saque un año más joven, ¿no es así?

—Su polvo es inútil. Todo lo que Mabarak saca de los libros es deforme. ¿Por qué si no iba a robar el Mortero de los Titanes? Para poder hacer polvo auténtico.

—Y nosotros ya no —dijo Emily con tristeza.

—Scribópolis está condenada —añadió Anne—. Se acabará la comida.

—Lo que más teme el resto de los escritores es dejar de ser inmortales —continuó Emily—, porque necesitan el Polvo de Musa para su Ritual de Inmortalidad.

—¿Por qué no atacáis a Mabarak con un gran ejército? —preguntó Odessa—. Podéis sacarlos de los libros como dice Dostoievski. ¿Acaso no es buena idea?

—¡Es tan... estúpido! —exclamó Anne—. ¡Todo el polvo se acabaría de golpe! Y no nos quedaría nada. ¡Dostoievski es un jugador!

—¡Quiere arriesgarlo todo, jugárselo todo, asumir grandes riesgos, apostar todo a una!

—Pero algunos le dan la razón. Ahora que hay guerra, consideran a Shakespeare demasiado blando y no han olvidado que él y Mabarak fueron amigos.

—Hemos pensado sobre lo del ejército —dijo Charlotte—, pero no es tan sencillo como parece; hacer aparecer un ejército, no significa que los soldados vayan a hacer lo que se les pida. Antes de que te des cuenta se han vuelto contra ti. Y Shakespeare no quiere luchar. Cree que luchar es una solución estúpida, algo para gente que no es capaz de manejar una situación con palabras. Él cree que las historias deben servir a la paz y no para hacer la guerra.

—También hay algunos que esperan que el Verdadero se dé pronto a conocer y nos salve de Mabarak.

—Pero también los hay que piensan que el Verdadero no nos ayudará. Si no, ¿por qué no se ha dado ya a conocer? Tienen miedo de que se alíe con Mabarak.

Anne secó el pelo de Odessa que seguía sintiéndose muy cansada. Las hermanas la ayudaron a acostarse y se sentaron al borde de la cama.

—¿Dónde está Shakespeare? —preguntó Odessa—. Tengo que hablar con él.

Las hermanas suspiraron.

—Shakespeare se ha marchado.

—¡Estamos tan intranquilas!

–Ha ido al Oráculo de Delfos.

Aquello era un contratiempo. Odessa deseaba conocerle para preguntarle si él era su padre.

–¿El Oráculo de Delfos? –preguntó ella. Había aprendido tantas cosas nuevas últimamente que tenía dolor de cabeza.

–Un oráculo es alguien que predice el futuro –explicó Charlotte con paciencia–. La mayoría de las veces es una anciana que remueve en ollas o que lee vísceras de ratas. El Oráculo de Delfos es el mejor de todos. Es un antiguo oráculo griego sacado de un libro.

–Pero un buen día llegó un dragón.

–De siete cabezas.

–Y no quedó satisfecho con la predicción que ella le hizo.

–Así que se la zampó.

Emily rió.

–Por suerte los dones de predicción de la anciana pasaron al dragón –dijo Charlotte–. Ahora las siete cabezas predicen el futuro.

–Pero no deja de ser un dragón, por supuesto. Si tiene hambre es mejor que te mantengas apartado.

–¿Shakespeare ha ido a pedir consejo a un dragón? –preguntó Odessa llena de incredulidad.

–¡Y escupe fuego! –Emily se tapó la cara–. ¡Ojalá no haya achicharrado a Shakespeare!

Antes de que las chicas salieran de la habitación, Odessa preguntó algo que tenía desde hacía mucho en la punta de la lengua.

–¿Sabéis quién es mi padre?

Las hermanas suspiraron.

–Nadie sabe quién es tu padre –respondió Charlotte.

–Tu madre no se lo ha contado a nadie.

–¿Shakespeare? ¿Es él?

Las hermanas intercambiaron una mirada.

–Podría ser...

–Pero...

–La verdad es que...

–No lo sabemos.

El plan de Odessa



Odessa no logró dormir aquella noche. Que la bruja de un libro extendiera un ungüento en su mano cada hora, tampoco ayudaba.

Intentó leer el diario de su madre para averiguar más cosas sobre su padre, pero no tuvo sentido; por más que lo intentó, el diario permaneció hermético como un niño caprichoso al que no le gustan las coles de Bruselas.

Odessa se sentó al borde de la cama, metió los pies en las zapatillas y se levantó. Miró por la ventana. Las luces de la ciudad se iban apagando una tras otra.

Necesitaba espacio para pensar. Abrió la ventana y se subió en pijama al alféizar. Después de una subida difícil, se sentó en el tejado. La noche era cálida y no hacía viento.

Scribópolis era una ciudad preciosa, pero tan grande... ¿Cómo iba a encontrar allí a su padre? No podía abordar por la calle a todos los escritores y preguntarles, por favor, si eran su padre. Se reirían de ella.

Deseaba que fuera Shakespeare; él y su madre habían tenido algo especial y era el escritor más grande de todos los tiempos. A él sí le veía como padre. Tal vez ella hubiera heredado su talento. ¡Ojalá volviera con vida de su encuentro con el dragón de siete cabezas! Imagina que, cuando estaba a punto de conocer a su padre, se lo hubiera zampado un monstruo.

Pero no podía desearlo demasiado, sino la decepción sería mayor.

Que no fuera Dostoievski. ¡Qué cascarrabias tan odioso! ¡Cómo se atrevía a acusar a su madre! Tal vez no fuera perfecta, ¡pero no era una ladrona!

Se apoyó en una chimenea. Su madre era la única persona que sabía quién era su padre y había sido secuestrada por una banda de gnorks. ¡Típico! Nunca estaba cuando Odessa la necesitaba.

Su pensamiento se dirigió hacia el libro que tenía en la mochila: Librus. Todo lo que estuviera escrito en él, se haría realidad. ¿Y si escribía que encontraba a su padre y que su madre era inocente? ¿Sería tan sencillo tener el mundo en sus manos? ¿Dos trazos de

pluma y todo arreglado? Pensarlo le daba escalofríos; tanto poder en las manos de una sola persona. Pero la tentación era grande.

¿Qué más podría escribir? *Con lágrimas en los ojos, Dostoievski se arrodilló en el anfiteatro suplicando perdón a Odessa.* Eso le enseñaría. *Todos los chicos le tiraban tomates a la cabeza.* Por primera vez desde que había dejado su casa, se echó a reír.

Por supuesto, eso era una tontería. Librus estaba destinado al Verdadero. Tal vez el libro se había dejado domar por ella, pero el Verdadero era el único que podía escribir en él y la predicción de Luno decía que el Verdadero era un chico.

Miró hacia arriba. Había muchas estrellas pero nada parecido a una predicción.

La bruja le agarró la muñeca y extendió otra capa de ungüento en su mano. Que la cuidara alguien que ni siquiera era visible continuaba provocándole una extraña sensación. Quería dar las gracias a la bruja de alguna manera, pero ¿cómo?

—¡Gracias! —exclamó al libro.

Ludo A. llegó volando.

—No seas tonta —dijo él—. No puede oírte. Está dentro de un libro.

—Yo estoy bien, gracias... —respondió ella.

—¿Preparada para inscribirte, pequeña?

—¿Inscribirme?

—En las pruebas.

—¿Las pruebas?

—Te vas de expedición.

—¿Qué?

—¿Cómo si no vas a liberar a tu madre, tontita?

A Odessa no se le pasaba por la cabeza ir de expedición. Ésta debía ir al castillo de Mabarak para recuperar el Mortero de los Titanes mientras que su plan era esperar a que Shakespeare regresara para preguntarle si era su padre.

—¿Cómo voy a liberar ahora a mi madre? Ni siquiera sé dónde está.

—Está con Mabarak. Los gnorks la secuestraron y la llevaron a su castillo. Está más claro que el agua. Escucha: la expedición irá al castillo de Mabarak para robar el Mortero y tú irás en ella y liberarás a tu madre. Sencillo, ¿no?

—¿Sencillo?

Parecía algo más propio de caballeros y héroes.

—Escucha, pequeña, Dostoievski está convencido de que tu madre es una traidora y que trabaja para Mabarak. Si tú no la encuentras antes de que lo haga otro, su vida valdrá menos que una colilla. Eres la única que puede demostrar su inocencia.

—Mi padre la salvará —dijo Odessa dudando—. Él es un héroe.

—Ay, deja ya de fantasear, pequeña. ¿Tu padre un héroe? No tienes ni idea de quién es. Tu madre es la única que lo sabe.

No le gustó que se metiera de ese modo en sus asuntos pero no dijo nada.

—¿Es demasiado difícil para la niña? ¿Te hago un resumen? Mami es la única que sabe

quién es el papi de la niña. Si la niña no encuentra a su mami, la niña nunca sabrá quién es su papi.

Le apetecía retorcerle el pescuezo.

—Acéptalo, pequeña, el camino hasta tu padre pasa por tu madre, y el camino hasta tu madre se hace participando en la expedición. Así que la pequeña ha de ir, le guste a la pequeña o no.

—Pero en las pruebas sólo pueden participar los mejores estudiantes. Yo haría el ridículo.

—Haces más el ridículo fantaseando en tu tejado. Métete en la cama, descansa, inscríbete, gana las pruebas, libera a tu madre, devuelve el Mortero de los Titanes y serás una heroína. ¿Dónde está el problema?

—Vale, vale —respondió ella. Tal vez Ludo A. tuviera razón.

Se dio cuenta de que si a su madre le pasara algo, y ella no hubiera hecho lo posible para ayudarla, se sentiría eternamente culpable.

—Me inscribiré, pero antes tengo que librarme de este latoso libro en el que tengo la mano.

Orfeo



Odessa patinaba por las calles con Ludo A. sentado sobre su hombro. Se sentía mucho mejor ahora que las hermanas B. la habían librado del libro de hierbas. Del mordisco de los husmeadores no quedaba ni rastro.

Cuando contó a las hermanas B. que iba a participar en las pruebas, ellas reaccionaron con desbordante entusiasmo.

—¡Hazlo!

—¡Sigue a tu corazón!

—Ama las escarpadas alturas, los rugientes vientos mientras la lluvia te golpea la cara sintiéndote deliciosamente infeliz, y mientras un rayo parte el mundo...

Y no dejaron de decir cosas por el estilo.

Odessa se quedó todo el día en la cama para coger fuerzas. Cuando se levantó, ya avanzada la tarde, hacía un bonito y cálido día. Ahora tenía que darse prisa. Debía inscribirse antes de la puesta del sol y éste apenas sobresalía de los tejados.

Pasó delante de una pequeña tienda llena de libros rosas con forma de corazón. *Poemas de amor: 100 maneras de decir cuánto te quiero. Dilo con las estrellas, el mar, granos de arena y mucho más.* La tienda de al lado era tres veces más ancha: *Celos y traición: 1.000 razones por las que te odio.* Algo más allá había una tienda muy estrecha; tuvo que forzar la vista para poder leer las letras: *Prospectos de medicinas.* Junto a ella se encontraba una tienda pintada de negro con sangre falsa en las ventanas: *Zombis, vampiros y otros sanguinarios seres de la muerte.* Amaba aquella ciudad.

El sonido de sus patines en el pavimento sonaba como música en sus oídos, pero ¿eran sus patines? Se detuvo y metió las ruedas. Estaba oyendo música de verdad. No dentro de su cabeza sino que procedía de pequeñas callejuelas. Alguien cantaba en la lejanía. Odessa apenas podía distinguirlo, el sonido se acercaba y se alejaba flotando, y como burbujas de jabón, explotaba junto a su oído.

—Orfeo —dijo Ludo A.—, ese chico es capaz de hacer llorar a las piedras con su canto.

Odessa sabía que no disponía de tiempo, tenía que inscribirse antes de la puesta del sol, pero la música era tan bella y conmovedora, y tan dolorosamente triste a la vez...

Sintió un impulso irresistible de ir hacia ella. A pesar de las protestas de Ludo A., siguió la canción por un laberinto de callejuelas. Tras una breve búsqueda llegó a una plaza y allí, bajo un magnífico tilo milenario, había un chico de unos diecisiete años de delicada figura y con el pelo muy rizado cantando con tanta tristeza que Odessa creyó que se le iba a romper el corazón.

El chico estaba arrodillado ante una estatua y se acompañaba con una lira. A su alrededor y sobre su cabeza rizada había herrerillos y petirrojos escuchando, tristes, con la cabeza gacha.

Odessa se detuvo a la entrada de la plaza para que él no la viera.

Cantaba una historia sobre un amor perdido, Eurídice, que por su culpa había muerto por segunda vez. La primera había podido salvarla. Él había bajado al inframundo fascinando con su canto a Hades, el rey de aquel mundo. El monarca se conmovió tanto que la liberó. «Vete», había dicho Hades, «Eurídice te seguirá. Pero no mires atrás hasta haber salido del inframundo o no volverás a verla». Orfeo se había marchado pero no oía pasos a su espalda. ¿Le seguiría Eurídice? ¿Habría mentido Hades? Miró hacia atrás y al instante se arrepintió. Allí iba ella andando por las piedras sin hacer ruido. Él extendió los brazos pero ella se difuminó ante sus ojos y fue atraída de nuevo hacia el inframundo.

Orfeo lloró de una forma tan desgarradora que los árboles del lugar se secaron. Por su culpa, Eurídice había muerto por segunda vez.

Odessa no pudo contener las lágrimas y empezó a llorar en alto.

Orfeo dejó de tocar y volvió la vista. Los petirrojos y los herrerillos levantaron el vuelo. Odessa temió que él se hubiera enfadado por haberle escuchado a escondidas, pero la miró con comprensión. Parecía tan distinto a los chicos duros de su ciudad a los que, sentada en los tejados, tan a menudo había visto beber y pelear. Quería pedirle el favor de que continuara tocando, decirle que nunca había escuchado algo tan bonito, pero no se atrevió a romper el silencio en el que aún resonaba la música.

—¿No podrías volver a pedir a Hades que la libere? —acabó preguntando entre lloriqueos.

Orfeo negó con la cabeza.

—Por más que supliqué no pude volver a entrar en el inframundo —su voz también era hechizante cuando no cantaba—. Canté una canción nueva que superaba a todas las demás, al menos eso era lo que yo creía, pero Hades fue implacable. Me marché con el corazón en un puño. Perséfone, la mujer de Hades, vino tras de mí. No podía hacer nada contra la voluntad de su marido, pero si lograba hacer una estatua de un solo bloque de mármol, sin fisuras ni grietas, podría insuflarle el alma de mi amada. Así Eurídice, aunque petrificada, estaría conmigo para toda la eternidad. Pedí consejo a distintos escritores porque no conozco a escultores, pero Shakespeare fue el único que comprendió mi dolor. Devolvió a la vida a algunos de los escultores más famosos de todos los tiempos: Pigmalión, Miguel Ángel, Bernini y Rodin. Les canté mi historia. Ellos

se conmovieron y decidieron ayudarme. Hicieron traer mármol de Carrara y trabajaron juntos en la estatua más bella del mundo: la que ahora tengo delante, la estatua de Eurídice.

Odessa no podía más que darle la razón; nunca había visto una estatua tan bonita.

—Cuando estuvo acabada, la llevé al inframundo en un carro tirado por un burro. Perséfone cumplió su palabra e insufló en la estatua el alma de Eurídice. No podía hacer nada más. Me despedí y traje la escultura aquí, bajo el viejo tilo. Éste era su lugar favorito. Le parecía tan precioso... Todos los días le canto mi canción más hermosa con la esperanza de que reviva, pero no lo consigo —su voz sonaba más triste que al principio—. Mis canciones no son lo bastante buenas.

Odessa tenía un nudo en la garganta. Ludo A., que se había posado en Eurídice, parecía menos impresionado.

—¡Ánimo, saco de rizos! —exclamó él—. Mira el lado positivo: ella es guapa y silenciosa, ¿dónde se encuentra una mujer así?

Odessa le lanzó una dura mirada.

Le habría gustado quedarse para conocer mejor a Orfeo, pero sabía que no disponía de tiempo. El brillo del sol apenas rebasaba los tejados.

—Tengo que irme —dijo ella—. ¿Vas a participar en las pruebas?

—Tengo que hacerlo —respondió Orfeo—. Los chicos de sexto están inscritos automáticamente.

—¿Sabes qué tenemos que hacer?

—No, pero espero que las pruebas sean tan peligrosas que me hagan morir y así Perséfone insufla también mi alma en la estatua para poder estar con mi amada para toda la eternidad.

Kafka



Ludo A. iba delante de Odessa indicando el camino. Ella patinaba tan rápido como podía. El sol bajaba rápidamente tiñendo de naranja algunas ventanas. Debía llegar a tiempo, ya había perdido mucho escuchando a Orfeo, pero se alegraba de haberlo hecho. No lograba quitárselo de la cabeza. ¡Qué devoción, qué amor sentía aquel chico!

Una oleada de chicos, que probablemente regresaba del anfiteatro, vino a su encuentro. Ella se abrió paso entre ellos. Un chico duro, de músculos inflados, estuvo a punto de tirarla. Él llevaba una camiseta con las mangas recortadas y el pelo rapado, que acababa en la nuca en forma de pluma. En la camiseta ponía: *LA LITTÉRATURE C'EST MOI!*

¡Qué bruto! Seguro que pensaba que podía ganar las pruebas haciéndose el duro.

Cuando llegó a la grada superior del anfiteatro estaba empapada en sudor. Los últimos chicos acababan de irse. El único que quedaba en el escenario, tras una mesa, era Kafka con un gran libro.

Kafka era un hombre alto y delgado, con las orejas despegadas, una gran nariz ganchuda y ojos negros como el carbón. El último rastro de sol brillaba en su pelo azabache.

—Nuestro buen amigo Kafka —dijo Ludo A. con una voz que rezumaba desprecio.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Odessa.

—Es un tipo difícil.

Se apresuró a bajar las escaleras y chocó jadeando contra la mesa.

—Inscríbame —dijo sin aire.

Kafka cerró el libro.

—¡Qué lástima! ¡Demasiado tarde!

—¿Qué?

—El sol se ha puesto.

—Pero...

—Lo siento —dijo Kafka.

Ludo A. saltó a la mesa.

—El sol brilla sobre tu estúpida cabeza, orejotas. Si te levantas, lo verás.

Kafka se levantó. El sol le dio directamente en la cara. Volvió a sentarse con evidente malhumor, abrió el libro y mojó su pluma en el tintero.

—Nombre —masculló él.

—Odessa.

—¿Odessa? —preguntó mirándola—. ¿La chica de ayer?

—¿Cómo que la chica de ayer?

—La que se desmayó y montó una escena durante el discurso de Dostoievski.

—¿Y qué?

No le gustó que él la llamara «la chica de ayer».

Kafka volvió a cerrar el libro.

—Perdón. No puedo inscribirla. Sólo puedo inscribir alumnos —dijo levantándose—. Que tenga un buen día.

—¡Pero tengo que ir! Tiene que inscribirme.

—Escucha, niña, no sé de dónde vienes pero aquí hay normas, y la norma catorce dice: «sólo pueden inscribirse alumnos». Tú no eres alumna, ¿es correcto?

—Sí, pero...

—Asunto zanjado.

—¡Pero Calíope es mi madre! Tengo que rescatarla.

Kafka volvió el libro hacia ella con brusquedad.

—Mire usted aquí —dijo señalando con un dedo un trozo de papel pegado al pie de una página en el que ponía: «Artículo 14: las pruebas sólo están abiertas a alumnos y profesores que hayan recibido clase al menos durante un mínimo de tres años completos».

Daba la impresión de que habían escrito aquel párrafo con el propósito de fastidiarla.

—¡Pero eso es una tontería!

—Una tontería no es una norma. Si no siguiéramos las normas todo sería un desastre. Tú no eres alumna, no puedes participar. Resígnate.

Pero Odessa no pensaba resignarse. Puso los ojos de corderito más grandes que pudo y pestañeó.

—¡Por favor, déjeme intentarlo! ¿Qué importa una inscripción más o menos? Vengo de muy lejos, tengo que encontrar a mi pobre madre. Sin mí estará perdida. ¿No podría hacer una excepción por una sola vez? Leeré todos sus libros —dijo con la voz más dulce que pudo—. Seguro que me parecen mejores que los de Dostoievski.

Dio la impresión de que Kafka se había salido de sus casillas pero se repuso.

—Eso es muy amable, pero las normas son las normas. ¿Qué sería de nosotros si no siguiéramos las normas? ¡Imagínate! Además, con toda sinceridad, es mejor que no participes. Aún no se ha inscrito ninguna chica y las pruebas son demasiado peligrosas.

Odessa se sintió realmente ofendida.

—¿Qué tienen de malo las chicas? —preguntó.

–Vamos, todo el mundo sabe que los chicos, tanto a nivel físico como intelectual, son superiores a las chicas.

¡Ese tío continuaba viviendo en la Edad Media!

–¡Las chicas y los chicos son iguales! ¡Las chicas también saben pelear! ¡Las chicas también tienen cerebro!

Kafka sonrió.

–Tenerlo es una cosa y utilizarlo, otra.

Era como si estuviera hablando con una pared. Miró con impotencia a Ludo A. que estaba inclinado sobre el libro de normas.

–Apártate, pequeña, yo me encargo de esto. Inscríbeme –ordenó a Kafka.

Kafka miró a Ludo A. con fastidio.

–No puedo inscribirle, es usted un pájaro, un *Serinus Canarius*, si no me equivoco.

–Y tú un cangrejo de río, un *Astacus Astacus*, como no me inscribas rápidamente.

–Las normas dicen que...

–En las normas no pone nada sobre la inscripción de miembros de especie plumosa.

Kafka hizo un corto silencio y después dijo:

–Eso no cambia nada, usted no es un alumno.

–Yo ya iba a clase cuando tú todavía jugabas con el tintero, calzonazos.

–¿Y puedo preguntar a qué clases?

–Póquer para atrevidos, Esgrima para expertos, El secreto que encierran los cotilleos femeninos, Puros a través de los siglos y Predominio mundial para avanzados.

Kafka abrió mucho los ojos.

–¿Predominio mundial para avanzados? ¿El curso prohibido? Es imposible. Predominio era un curso de Mabarak. Todo el que hizo aquel curso se ha pasado a su bando.

–Bueno, yo no. Inscríbeme, orejón. Las normas son las normas.

Kafka mojó su pluma en el tintero a regañadientes.

–¿Nombre?

Ludo A. desplegó las alas.

–¡Ludovico Aquila! ¡Defensor de huérfanos y viudas! ¡Salvador de la patria y alrededores! ¡Temor de fanáticos y burócratas! ¿Te lo delecto?

Kafka lo escribió meticulosamente. No había levantado la pluma del papel cuando Ludo A. cayó de espaldas quedando patas arriba.

–¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Volvió a levantarse.

–¡Qué lástima! Estoy enfermo. No puedo participar. Odessa me sustituirá.

–¿Qué?

Ludo A. se tocó la barriga.

–Tengo retortijones –dijo eructando–. Odessa me sustituirá.

–¡Está fingiendo! –gritó Kafka poniéndose rojo–. ¡Esa niña no puede participar! ¡Lo

sabe perfectamente! Las normas...

Ludo A. volvió a tirarse de espaldas.

—¡Ay! ¡Uy! ¡Buurrrp!

Kafka golpeó con furia la mesa.

—¡Puede estar tan enfermo como quiera! Sabe que no puedo inscribir a la niña de ayer.

Ludo A. se incorporó con dificultad.

—¿Inscribir? ¿Quién ha hablado de «inscribir»? Odessa no se inscribe, sustituye. ¿Acaso no conoces tus propias normas? Artículo 12 bis: «En casos urgentes, todo el que esté enfermo podrá ser sustituido por una persona de su elección». Odessa no va a inscribirse, ella sustituye.

Kafka se puso las gafas y estudió el reglamento.

—Artículo 12 bis... todo el que esté enfermo... sustituido...

—Es una norma estúpida, pero es una norma —dijo Ludo A. con delicadeza—. Y qué sería de nosotros si no siguiéramos las normas, ¿eh? ¡Imagínate!

Kafka se arrancó las gafas y apuntó a Ludo A. con un dedo.

—Eres muy hábil pero te lo advierto: ¡te arrepentirás de esto! —y señalando a Odessa dijo—: ¡Y tú más!

Inscribió a Odessa como suplente, cerró el libro y se marchó a toda prisa.

—Pues sí que ha sido fácil —comentó Odessa. Su recibimiento en Scribópolis la había decepcionado mucho: primero Dostoievski se había reído de ella en un anfiteatro lleno, y ahora Kafka no quería inscribirla.

—¡Ay, pequeña!, no te lo tomes a pecho. Kafka es un papanatas. Yo me lo desayuno.

Una cosa estaba clara: a Kafka lo quería como padre tan poco como a Dostoievski. Pero además se sentía molesta por otra cosa.

—¿Mabarak te ha dado clase? ¿Y además de Predominio mundial? ¿Por qué no me lo habías contado?

—¡Vaya!, podrías darme las gracias, pequeña. Sin mí jamás habrías logrado inscribirte.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Te ha dado clase Mabarak?

—Eso fue antaño, niña, hace mucho tiempo. Mi vida es más larga de lo que crees. Puedes decir de él lo que quieras, pero Mabarak es un gran escritor, y daba bien las clases. ¿Por qué me miras así, pequeña? Que venga de Mabarak no quiere decir que trabaje para él ni que le obedezca ni nada de eso.

—¿Que vienes de Mabarak? ¿Qué quieres decir con eso? Creí que ibas a sus clases.

—Eso también, pequeña, pero además me trajo a la vida sacándome de un libro.

—¿Que Mabarak te trajo a la vida?

—Acabo de decírtelo, pequeña. Tienes que ir a que te miren los oídos.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—No quería asustarte, pequeña. Tal vez no confiaras en mí.

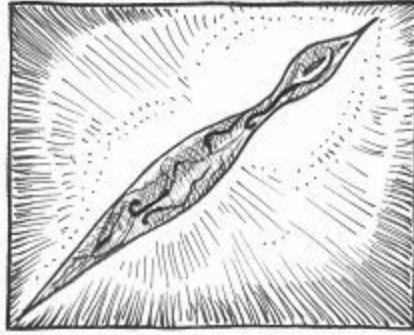
—Y ahora sí, ¿no?

—Escucha, pequeña, que Mabarak sea mi padre espiritual no quiere decir que sea su

esclavo. No soy un espía doble ni nada por el estilo. No tengo nada que ver con él. Ese tío está loco. ¡Ni siquiera entiende de puros!

Y con eso acabó la discusión.

La Piedra de obsidiana



Las hermanas B. estaban atónitas.

—¿Qué? ¿Que Kafka no quería inscribirte?

—¿Qué dijo de las chicas?

—¡Cómo se atreve!

—¡Porque nunca ha encontrado a una mujer!

—¡Eres nuestra heroína!

—¡Nosotras te apoyaremos pase lo que pase!

Odessa preguntó en qué consistían las pruebas. Le parecía espantoso haberse inscrito en algo de lo que no tenía ni remota idea de qué trataba.

—Mañana pondrán un cartel con la primera prueba en la plaza del viejo tilo. Ése es el centro de Scribópolis. Allí es donde el Consejo de Escritores coloca los comunicados importantes —dijo Charlotte.

—Una cosa es segura —apuntó Emily—: las pruebas serán difíciles y peligrosas.

—El Consejo sólo quiere enviar a los mejores estudiantes.

—Mejor así, a fin de cuentas los ganadores tendrán que irrumpir en el castillo de Mabarak y robar el Mortero de los Titanes.

Al día siguiente, Odessa se puso pronto en marcha. Apenas había dormido intrigada por saber cuál sería la primera prueba.

Pasó patinando por imponentes escuelas antiguas. A través de las rejas de una puerta vio un gran patio en el que no se paraba de leer y escribir. Chicos muy bien vestidos con corbata deambulaban por allí con montones de libros impecables. Bajo los árboles había chicos con el pelo revuelto tumbados mirando a la lejanía que, de vez en cuando, escribían una palabra. Odessa imaginó que su padre y su madre habrían estado allí. Más adelante, cuando todo hubiera pasado, iría a clase a aquel lugar.

Se dio cuenta de que algunos chicos tenían la mano vendada como si se hubieran

quemado. Lucían la venda con cierto orgullo, como si fuera una condecoración. Escribir no era peligroso, ¿verdad?

Odessa continuó patinando por callejuelas cálidas y polvorientas.

La mayoría de los chicos con los que se iba encontrando ni la miraban, pero otros lo hacían con altanería.

Poco a poco se fue perdiendo.

Se detuvo junto a un grifo para calmar la sed. Estaba a punto de apretar el grifo cuando oyó que Wiki, la chica pecosa, la llamaba.

—¿Pero qué haces? ¡Eso es tinta!

Odessa se habría dado cabezazos contra la pared. ¿Cómo iba a llegar a encontrarse en Scribópolis como en casa si hacía semejantes tonterías?

—¿Se nota mucho que no soy de aquí? —preguntó.

—Eres la única que va por la calle sin ningún libro. ¿No te habías dado cuenta?

Odessa se preguntó qué otros errores estaría cometiendo. En la mochila llevaba a Librus y el diario de su madre, pero no quería alardear de ello.

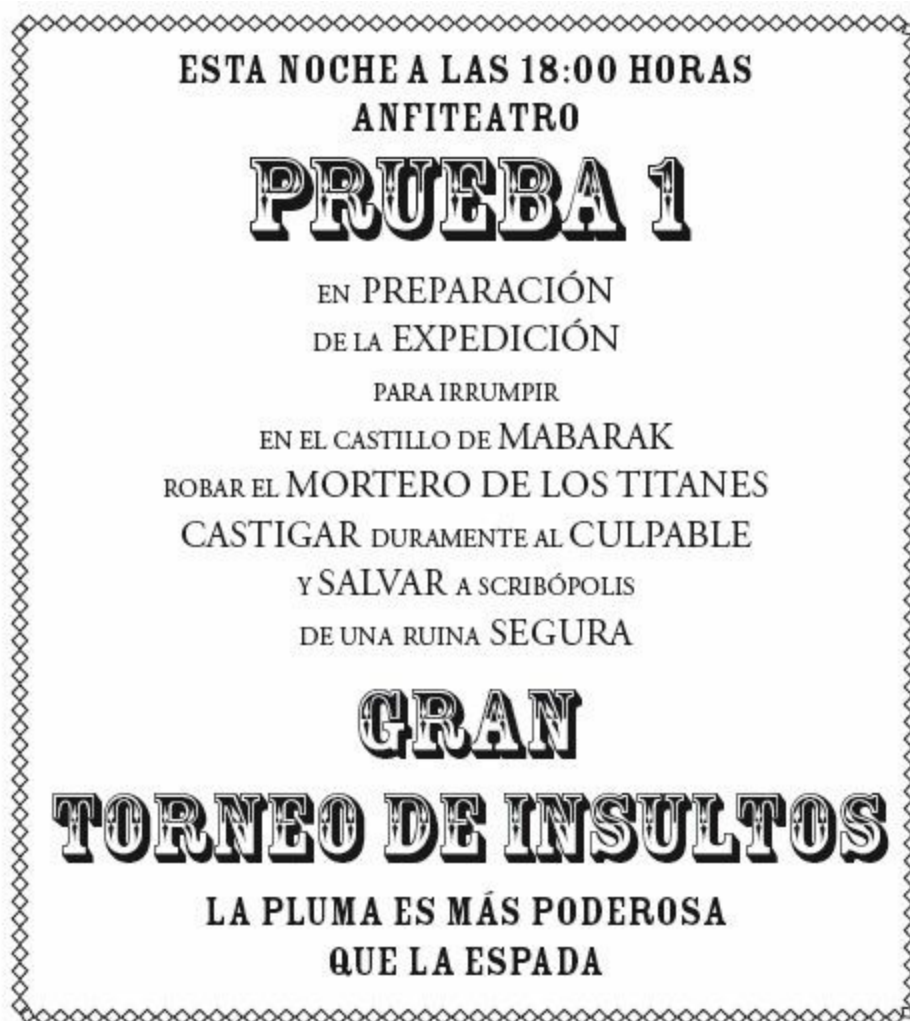
—Ten, coge uno de mis libros —dijo Wiki—, así no llamarás tanto la atención.

Una pandilla de chicos que iban haciendo eses por las calles estuvo a punto de arrollarlas.

—No les prestes atención, están fingiendo —explicó Wiki—. Algunos chicos creen que deben estar borrachos para poder escribir bien. Otros piensan que deben sufrir para contar una buena historia. Escribir es una profesión difícil. Hay fábulas de todo tipo al respecto.

Odessa dijo que buscaba la plaza del viejo tilo y que se había perdido. Wiki la acompañó; estaba impresionada porque Odessa fuera a participar en las pruebas, ella no lo haría ni en un millón de años.

Cuando llegaron junto al viejo tilo, había una muchedumbre. Odessa y Wiki se abrieron paso. En el árbol había un edicto.



—¡Empezamos bien! —exclamó Wiki—. ¡Un torneo de insultos! Seguro que ha sido idea de Dostoievski.

—¿Un torneo de insultos? —preguntó Odessa que no tenía ni idea de qué era eso.

—Cada uno tiene que elegir a alguien e insultarle de la forma más grosera posible. Puede resultar muy cruel. Ganarán los chicos de sexto; todos están yendo a clase de Insultos y sarta de blasfemias y les encanta.

—¿Y cuál es la intención de un torneo así?

—La de ver la fuerza que tienes con las palabras. Se puede herir a alguien con una espada, pero hacerlo con palabras resulta mucho más doloroso. Una herida de palabra es difícil de curar y dura años. Algunas personas nunca llegan a curarse de los insultos que les dijeron de pequeños y van enloqueciendo poco a poco.

Pero Odessa se sintió aliviada. Esperaba algo difícil: tiro con arco, lucha o puenting. Insultar a alguien no parecía tan complicado aunque no sabía qué iba a decir ni a quién iba a elegir.

Dio la impresión de que Wiki podía leer sus pensamientos.

—¿A quién vas a elegir? ¿Conoces a alguien?

—No. O sí, ayer conocí a un chico. Estaba cantando debajo del viejo tilo, pero no quiero insultarle a él.

La cara de Wiki se iluminó.

—¿Orfeo? ¿Has conocido a Orfeo? ¿Y habló contigo? ¡No lo dices en serio! ¿No es guapo? Todas las chicas están enamoradas de él, pero él sólo tiene ojos para su estatua —dijo suspirando—. Me gustaría ser una estatua; reviviría en el acto por él. Algunas chicas se empolvan de blanco de arriba abajo para llamar su atención.

«¡Puf, chicas!», pensó Odessa.

No podía elegir a Orfeo. Él era el único que había sido amable con ella. Quería insultar a alguien que lo mereciera. ¿A Dostoievski? La idea era tentadora, pero ¿se atrevería? Nunca pensó que alguna vez llegaría a preocuparle cómo insultar a alguien, pero debía hacerlo lo mejor posible, no podía hacer el ridículo en su primera intervención en público, y su anterior visita al anfiteatro no había sido un éxito. Sólo le quedaban un par de horas para inventar algo.

—Pilla a uno que esté lleno de granos.

—¿A alguien que no conozco? Eso es de mala educación.

Algo más allá había unos chicos muy ocupados practicando en el césped. Odessa y Wiki se sentaron aparte y miraron. Los insultos volaban a su alrededor. El chico duro con el pelo en forma de pluma, ése que casi tira a Odessa cuando iba de camino a ver a Kafka para inscribirse, machacó a un chico tras otro y sacó músculo.

—¿Quién es el siguiente? ¡Venid, mariquitas!

—Ése es Stulo —dijo Wiki—. Todos los chicos le temen. Tiene más músculo que cerebro.

Odessa sintió una punzada en el estómago. Ojalá nadie la eligiera en el anfiteatro, pero seguro que eso no iba a pasar porque nadie la conocía.

—¿Por qué tienen todos esos chicos la mano vendada? —preguntó—. ¿Pertenecen a alguna sociedad secreta?

—Esperan ser el Verdadero —respondió Wiki.

—¿Uno se convierte en Verdadero por llevar una venda?

Wiki rió.

—Por supuesto que no. Vamos, te lo enseñaré.

Llevó a Odessa a una gran plaza un poco más alejada, con bancos bajo unos árboles que daban mucha sombra, y en el centro había una gran fuente formada por mil plumas que lanzaban chorros de agua. Wiki tiró de Odessa hacia la parte norte de la plaza, donde, sobre un pedestal con tres escalones, había una extraña roca.

La piedra era semitransparente. El sol la atravesaba proyectando bonitos y brillantes colores. En el centro de la roca había algo, pero Odessa no lograba ver qué era.

—He aquí la piedra de Mabarak —dijo Wiki—. Es obsidiana pura.

—¿Qué tiene dentro?

—Una pluma. La Pluma. La llamamos la Pluma en la Piedra. Es la Pluma reservada al Verdadero. La única con la que se puede escribir en Librus.

Wiki explicó que en Librus sólo se podía escribir con una pluma de la obsidiana más pura; no admitía otra cosa. La obsidiana es un vidrio volcánico. Mabarak había buscado durante mucho tiempo en las minas que había más allá del Bosque Susurrante, hasta encontrar la roca de lava perfecta que contuviera los minerales adecuados. Con la ayuda de Ergolas, el maestro de las minas, trajo la roca a Scribópolis. Hizo construir un horno especial en el que la calentó y, debido a las temperaturas extremas, se convirtió en vidrio. En el centro se cristalizó la Pluma.

—Tú sabes qué es cristalizar, ¿verdad? —preguntó Wiki.

—Sí —respondió Odessa, que no tenía ni idea.

—Algo cristalizado se parece a la sal o la escarcha en una ventana. Comienza con un pequeño punto que crece hasta convertirse en una flor o, en este caso, en una pluma. Mabarak calentó tanto la roca que se volvió como el cristal y en el centro, muy despacio, se formó una pluma. Dedicó años enteros a eso y nunca pudo terminar su obra. Cuando huyó tuvo que dejar atrás la Piedra. La Pluma está acabada pero continúa en su interior.

—¿Y cómo se saca?

—La roca reacciona al calor de la mano. Si se pone la mano encima, ésta comienza a bullir y la mano entra sola, como si fuera mantequilla. Pero nadie ha logrado todavía llegar a la Pluma. Nadie soporta la temperatura. La predicción dice que sólo lo logrará el Verdadero.

—¿Pero no dice la predicción que el Verdadero es hijo de una musa? Y las musas no pueden tener bebés humanos, ¿no?

—No, pero Dostoievski dice que lo de «nacido de una musa» no hay que tomarlo literalmente, que significa algo así como «el que fue inspirado por una musa» y, por supuesto, lo somos todos. Todos los estudiantes quieren ser el Verdadero. Lo darían todo por serlo.

—Pero no entiendo qué quieren hacer con esa Pluma si no tienen a Librus.

—Incluso sin Librus, la Pluma es un símbolo importante. El que logre sacar la Pluma de la piedra demostrará que es el Verdadero y será admirado por todo el mundo, y a la mayoría de estos chicos eso les parece mucho más importante que salvar el mundo. Darían literalmente un brazo a cambio de algo de respeto y adoración.

—A mí me parecería espantoso tener tanta atención —dijo Odessa.

—Así que lo intentan —continuó diciendo Wiki—. Cuanto más se queman el brazo, más cerca han estado de la Pluma. Lo consideran una condecoración. Cuanto más larga es la venda, más son el Verdadero.

—¿Por qué no lo intenta nadie con un palo o un gancho?

—Los palos se queman, las hachas se astillan, a las sierras se le rompen los dientes. Lo han intentado todo, de verdad. La piedra sólo reacciona a la mano —Wiki sonrió—. Una vez lo intentaron con una pata de cerdo. ¡Cómo chillaba el animal!

Odessa deslizó la mano por la piedra, que comenzó de inmediato a bullir.

—¿Estás loca? —gritó Wiki.

Odessa retiró la mano enseguida. ¿Qué se le había pasado por la cabeza? Acabaría llena de quemaduras y todos los chicos se reirían de ella y la acusarían de ser orgullosa.

Un pequeño grupo de diez chicos se dirigía hacia la piedra con solemnidad.

—Siéntate, esto va a ser divertido —dijo Wiki.

Se sentaron. Llevaban largas capas y todos estaban vendados. Detrás de ellos iban dos chicos con cubos de agua. Uno se separó del grupo, le dio su capa a otro y se acercó a la piedra.

El chico se quitó la venda y se la dio a sus ayudantes haciendo una inclinación. Tenía la mano llena de quemaduras. Ya lo había intentado varias veces pero debía de creer que había aprendido lo suficiente como para volver a intentarlo. Extendió una capa de crema en su mano.

—Eso no sirve para nada —dijo Wiki.

Los otros comenzaron a cantar rítmicamente. El chico puso la mano sobre la piedra. En el lugar de contacto, la piedra adquirió un brillo rojo. Poco a poco, su mano fue desapareciendo en el interior de la roca. El chico apretó los dientes. El sudor le brillaba en la frente. Su mano iba penetrando más y más en ella. El cántico aumentó. Su mano había desaparecido por completo. Él tenía la cara roja como un tomate. Diez centímetros más para llegar al codo. De pronto gritó. Quiso retirar la mano, pero la roca la sujetaba como queriendo castigarle por su orgullo. El resto de los chicos le agarraron y tiraron de él hasta soltarle. Éste rodó por la hierba llorando de dolor. Le echaron agua en la mano. Abatido, se quedó sentado. Los chicos le untaron crema en la piel y le pusieron la capa sobre los hombros. Le entregaron con solemnidad una venda nueva dorada que él aceptó con dignidad.

—Los únicos que ganan con esto son las tiendas de vendajes —comentó Wiki—. Te ofrecen vendas de todos los colores y tamaños.

A Odessa no le quedaban más de dos horas y continuaba sin saber a quién iba a insultar. Esperaba que las hermanas B. le aconsejaran.

Lo hicieron a pleno pulmón, pero no sacó mucho en claro.

—¡Confía en tu intuición!

—¡Deja que las palabras fluyan solas!

—¡Confía en ti como hacemos nosotras!

—¡Eres hija de una musa!

«Sí, sí, será verdad», pensó Odessa, «pero no soy nadie y yo soy la que tiene que hacerlo».

Ludo A. tampoco fue de mucha ayuda. Él reflexionó.

—Tienes razón, es difícil encontrar a alguien al que merezca la pena insultar entre esos gusanos nasales y culos de rana. Yo elegiría a Dostoievski, pero temo que no haya pañales bastante grandes para su trasero cuando se cague encima en cuanto yo abra la boca. No, me insultaría a mí mismo. Diría: «Ludo A., eres el ser más admirable que

haya nacido o nacerá en el universo y vastos alrededores. El deslumbrante brillo de tu precioso plumaje apenas es superado por tus elegantes patas, tu pico refinado y aristocrático, tu penetrante mirada aguileña y tu aguda inteligencia que...».

–Eso no es ningún insulto –dijo Odessa interrumpiéndole.

Ludo A. soltó una nube de humo.

–Pequeña, cualquiera que tenga ojos se da cuenta de inmediato que es un insulto terrible porque, en realidad, ¡soy tan grandioso que las palabras se quedan cortas para describirme!

«Estás tan lleno de ego que pareces un toro cebado», pensó Odessa.

Ella no había adelantado nada.

Se preguntó qué haría su padre. Imaginó que en sus lejanos viajes, en posadas oscuras en las que se reunía todo tipo de seres extraños, lograba callarlos a todos. Él no temía nada. Él avergonzaría a todos aquellos chicos engreídos. Él tomaría el camino más difícil.

Él elegiría a Dostoievski.

La pluma es más poderosa que la espada



Cuando llegó, el anfiteatro estaba prácticamente lleno. Ludo A. iba sentado en su cabeza y disfrutaba; en el agitado anfiteatro se sentía como en casa. El ambiente era como el de un partido de fútbol.

Odessa se abrió paso entre la masa. Se sentó entre dos chicos que le sacaban una cabeza y que ni la miraron. El sol le daba de lleno en la cara. Aquélla era su nueva ciudad, su nueva familia. Dentro de muy poco sería uno de ellos. Deseaba tanto ser amiga de todos... En realidad quería que todos ganaran, lo que, por supuesto, no era posible; debía ganar ella, tenía que liberar a su madre.

En la parte delantera del escenario había un micrófono. Detrás se encontraba la mesa de los profesores. El trono del centro continuaba vacío.

—Shakespeare aún no ha regresado —dijo Ludo A. Odessa deseaba que el dragón no le hubiera devorado, le necesitaba y tenía muchas preguntas que hacerle.

Dostoievski y Kafka estaban enzarzados en una fuerte discusión. Kafka hacía gestos de disculpa y señalaba un trozo de papel. Dostoievski levantó la nariz.

De mal humor se dirigió al micrófono. Una sola mirada furiosa y todo el anfiteatro enmudeció.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! —hizo una pausa— y chica de ayer —aquello sonó como una pulla.

Todo el mundo rió.

—¡Silencio! ¡La pluma es más poderosa que la espada! Con la primera prueba veremos si podéis demostrarlo. El primer examen pondrá a prueba vuestro talento como escritores. Para dar a todo el mundo las mismas posibilidades, hemos optado por un torneo de insultos.

Hubo gritos de júbilo.

—Ya conocéis el sistema: os iré llamando por orden de inscripción. Cuando os nombre, os situaréis detrás del micrófono, diréis por qué participáis y el nombre de la persona a la

que queréis insultar. Ésta se pondrá de pie y mantendrá la cabeza alta. No se permiten insultos al padre o a la madre. Por el contrario, los dirigidos al cuerpo de profesores, sí.

Hubo un silencio de muerte. Era evidente que nadie se atrevería a hacerlo.

—El honorable foro de profesores dará su puntuación. Los veinte mejores pasarán a la segunda ronda, que pondrá a prueba vuestra capacidad de identificación. Los siete mejores de esa segunda prueba pasarán a la tercera. Necesitaréis todo vuestro valor, perseverancia e inventiva para concluirla con éxito. Los supervivientes... —tosió—. Los tres mejores, quiero decir, serán verdaderos héroes. Tendrán que irrumpir en el castillo de Mabarak y recuperar el Mortero de los Titanes que la muy traidora de Calíope ha robado de una forma tan infame.

Odessa apretó los puños.

—¡Mucha suerte! Que las musas os asistan. El resultado se colgará mañana en el viejo tilo. Roberto Pedrosilla: ¡es tu turno!

Un chico lleno de granos se levantó del susto y bajó las escaleras medio a trompicones.

Dostoievski bajó el micrófono.

—Hola —dijo Roberto Pedrosilla—. Yo participo porque quiero ser un héroe... —se oyeron risas—. Quiero serlo desde hace mucho tiempo... es un sueño... eh... sí, pues eso más o menos... Elijo a Guillermo del Cerro.

Al fondo, a la izquierda, se levantó un chico. Todas las miradas se dirigieron a él.

El chico de detrás del micrófono balbuceó:

—Así que... eh... Guille, eres un cabeza de chorlito. Llevas unas gafas gordas y, eh... tienes la nariz tan plana como una moneda. Eres un error de la madre naturaleza. Ya está. Lo siento, Guille.

A Ludo A. le supo a poco.

—Esa cagarruta de cerdo confitada no sería capaz de insultar a un gusano aunque le saliera de su propia oreja.

Así continuó durante un rato, soltando un insulto tonto tras otro. Todos los chicos querían ser «un héroe» porque estaban «predestinados», o porque lo «llevaban en la sangre». Hubo risas por narices, dientes y piernas torcidas. Ludo A. no dejaba de hacer pequeños comentarios:

—Caracol sobaquero. Mira esa rana mocosa.

Odessa sentía pena de los chicos del público que se levantaban para ser insultados. Tenía que ser terrible estar ahí mientras todo el mundo te miraba. La mayoría de los chicos se hacían los chulos pero a algunos les dolía y acababan encogiéndose. Odessa nunca había pensado que las palabras pudieran tener un poder tan destructor.

¿Por qué no elegía nadie a Dostoievski? Si había sido capaz de pensar en una prueba como aquella debía de ser un tío horrible. Pero nadie se atrevía a elegir a un profesor.

Hasta que un chico lo intentó. Tenía la cara roja de furia contenida.

—Le elijo a usted, señor Dostoievski. Usted, señor, es el profesor más despiadado que

he conocido. No tiene corazón. ¡Es usted un borracho! ¡Un ludópata! ¡Su barba es un nido de piojos! ¡Pero hasta ellos dan mejor clase que usted! ¡Los libros que escribe no merecen la tinta que se ha gastado!

Reinaba un desagradable silencio. Se podía oír cómo cae un alfiler.

Dostoievski miraba impassible al chico.

—Está bien, no voy a negarlo —dijo—, pero ¿cuándo van a llegar esos insultos? ¿O eso era todo?

El chico bajó la cabeza y se retiró.

Después de eso nadie se atrevió a elegir a un profesor.

Los insultos continuaron. Odessa empezó a aburrirse y a pensar en otras cosas. Aún no sabía a quién iba a elegir. Volvió a preguntarse qué haría su padre. Tal vez él elegiría a todos los chicos y les daría una lección. ¿O iría a por Dostoievski? Cómo odiaba a aquel hombre. Vale que fuera un gran escritor, pero tenía un carácter de mil demonios. Había que ver cómo insultaba a algún pobrecito con su chaqueta desgastada, sus ojos inyectados en sangre y su barba deshilachada. Uno podía creer que tuviera la barba llena de piojos. Por supuesto, juzgar a alguien por su apariencia no era correcto, pero no se trataba sólo de su aspecto sino de su forma de comportarse: cómo estaba allí agitando los brazos y vociferando por el micrófono. Se compadecía tanto de su víctima... ¿Qué le pasaba a aquel hombre?

A Odessa le dieron un codazo en las costillas.

—¡Au! —se quejó.

El chico que tenía al lado señalaba con temor a Dostoievski.

—¡Levántate! —gritó éste—. Rápido.

—¿Qué?

—¿Qué tal si la niña de ayer fuera tan amable de levantarse de una vez? —resonó la voz de Dostoievski por los altavoces.

Odessa se encogió todo lo que pudo pero el chico de al lado la empujó con tanta fuerza que casi la hace caer de cabeza. Ella se levantó con todas las miradas fijas en ella y se puso colorada como un tomate.

Detrás del micrófono había un chico con dientes de conejo y pecas.

—Elijo a la niña —dijo él—, a la niña de ayer. Miradla ahí de pie, tan tonta, tan pequeña, un saltamontes tiene más cerebro que ella, una cucaracha más fuerza. ¿Por qué será? ¿Cómo es posible? La respuesta es sencilla: ¡es una niña!

Se desencadenó una fuerte risa. Los chicos patearon en el suelo. A Odessa no le hizo ninguna gracia pero el aplauso martilleaba en sus oídos. Ella que deseaba que Scribópolis se convirtiera en su nueva casa, hacerse amiga de todo el mundo, y ahora todos se reían de ella y no podía devolver el insulto porque debía esperar su turno. Por suerte aquello pasó y el chico de dientes de conejo se sentó.

Pero se equivocaba. No había hecho más que empezar.

El siguiente chico también la eligió a ella. Y el siguiente. Y el otro. A partir de aquel

momento, todos eligieron a la niña de ayer. Los insultos no hicieron más que empeorar, la risa aumentaba. Y siempre se reían de ella por ser una niña.

Odessa se hacía la dura y fingía que los insultos no le afectaban pero estaba hundida por dentro. ¿Por qué eran tan crueles? ¿Porque era una niña? ¿Porque era nueva? ¿Porque quería participar en la prueba sin ser alumna? ¿Porque era hija de una musa y ellos no?

Pero lo peor no eran los insultos, lo que se le clavaba en el corazón como un cuchillo era, sobre todo, la unanimidad con la que se reían de ella. ¿No había nadie que la defendiera? Nunca se había sentido tan sola.

«No son más que palabras», se dijo, «no son más que palabras». Pero si no eran más que palabras, ¿por qué hacían tanto daño?

Entre tanto, ella continuaba buscando un insulto con el que acallar a todo Scribópolis. Esperaba que fuera su turno. Daría una lección a todos aquellos chicos, pero ¿cómo? Seguía sin tener ni idea de lo que iba a decir.

Un chico dijo que iba a recitar un poema titulado «La utilidad de las chicas».

Hizo una profunda reverencia.

Y guardó silencio.

Todo el mundo esperó con ansia.

El chico continuó callado.

Tras un minuto y medio de silencio dijo con una amplia sonrisa:

—Y eso era «La utilidad de las chicas».

A Dostoievski se le saltaban las lágrimas de tanto reír.

—¡Muy bonito! —exclamó—. ¡Formidable! ¡Y una verdad como un templo!

El chico volvió resplandeciente a su sitio.

Ludo A. consideró que ya estaba bien, voló hacia el chico y le susurró algo al oído. El chico se asustó y agachó las orejas.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Odessa con curiosidad.

—La verdad —respondió Ludo A.—. Nada hiere tanto como la verdad.

Odessa se preguntó qué verdad podía usar para insultar a alguien, pero no se le ocurría nada.

Pasó una hora. Pasaron dos horas. Y los chicos continuaban eligiéndola. ¿No había nadie de su parte? Buscó con desesperación a Orfeo, pero no había rastro de él. ¿No había dicho que iba a participar? Aunque prefería que él no estuviera, que no la eligiera también. De eso no podría sobreponerse.

—¡Orfeo! —gritó Dostoievski—. ¡Es tu turno! ¿Dónde estás, gandul? ¡Melenudo observador de nubes! ¡Idealista! Un día y otro...

—¡Aquí! —sonó la voz de Orfeo. Estaba en la parte más alta del anfiteatro. Tenía paja en el pelo como si hubiera pasado el día tirado en el campo meditando. Llevaba una guitarra eléctrica colgada del hombro y un amplificador en la mano derecha. Odessa se preguntó qué pensaba hacer con aquello.

Odessa continuaba de pie porque todo el mundo la elegía. ¿Podía tomarse a mal que Orfeo también lo hiciera? Pero cuando éste pasó junto a ella le hizo el gesto de que se sentara. Ella respiró con alivio.

Orfeo subió al escenario y enchufó el cable del micrófono al amplificador.

Dostoievski rió disimuladamente.

—¿Y quién tendrá el honor y placer de ser insultado por nuestro hermoso chico florido, por él, que, miradle, se insulta a sí mismo con su guitarra llena de florecillas?

En efecto, la guitarra de Orfeo tenía pintadas flores y un símbolo de la paz.

Orfeo enchufó la guitarra y sin mirar hacia atrás dijo:

—Vosotros.

—¿Quién? —preguntó Dostoievski como si no hubiera oído bien.

—Vosotros, los profesores.

—¿Piensas que vas a poder insultarnos con tu canto angelical?

Orfeo, que seguía sin volver la vista, asintió y en el micrófono dijo de forma alta y clara:

—Elijo a los profesores. A todos ellos.

Los profesores se levantaron de mala gana. A alguno le costó sacar la barriga de debajo de la mesa. Orfeo esperó pacientemente.

—Tu osadía te perderá —dijo Dostoievski entre dientes.

Orfeo giró los botones de su guitarra a la derecha, puso el pie sobre el pedal de efectos y tocó un acorde.

Lo que siguió fue lo más extraño que Odessa hubiera oído nunca, algo muy diferente al dulce canto de Orfeo bajo el viejo tilo. Los acordes que tocaba se entremezclaban y subían de volumen hasta convertirse en un huracán de sonido. En el anfiteatro se levantó aire. Los papeles revolotearon. Los chicos se taparon los oídos. Orfeo se dejó caer de rodillas, tensó los músculos de su cuello y gritó en el micrófono. Odessa no comprendía nada. El sonido continuaba subiendo. Las nubes se agruparon y cubrieron el anfiteatro de oscuridad.

El cielo estalló en una tormenta que arrasaba con todo; los chicos tenían que sujetarse a las gradas para no salir volando, los profesores caían al suelo, llovía a cántaros y el sonido seguía subiendo con Orfeo en el centro del ciclón y aún no había acabado: en aquel momento su guitarra imitaba el sonido de una ametralladora y bombas estallando. Era como si se hubiera desencadenado una guerra y el anfiteatro fuera un cráter. Dostoievski corrió por el escenario tapándose la cara con los brazos. Apenas lograba avanzar. Se dejó caer sobre el alargador y tiró del enchufe. El sonido se detuvo y la tormenta se aplacó. Los chicos salieron de debajo de las gradas empapados y atemorizados.

—¡Es una vergüenza! —jadeó Dostoievski apartándose el pelo mojado de la cara—. ¡Una vergüenza! Esto es un insulto a todos los artistas que ha habido y habrá. ¡Esto es un insulto a todo por lo que luchamos! ¡Esto es un insulto al Arte!

—Misión cumplida —dijo Orfeo con voz acaramelada.

—¡Calla! ¡Tú eres una vergüenza! ¡No mereces el talento que tienes! ¡Te expulso de la escuela! Estás descalificado.

Orfeo miró a los miembros del jurado en busca de apoyo, pero al parecer éstos temían a Dostoievski que echaba espumarajos por la boca y hacían como que recogían sus papeles.

A Odessa le pareció muy injusto. Quería ponerse de pie de un salto y gritar que Orfeo merecía ganar, pero no se atrevió.

De pronto alguien comenzó a dar palmas, despacio pero con claridad.

Todo el mundo se giró.

Al borde del anfiteatro había un hombre. Llevaba una impecable chaqueta de terciopelo negro, un pantalón del mismo tejido y un llamativo cuello medieval de encaje. Era calvo pero tenía algo de atractivo y noble. Llevaba un fino bigote, barba de una semana y un pendiente en la oreja izquierda. Bajó las escaleras aplaudiendo despacio. Según iba pasando, los chicos se levantaban y comenzaban a aplaudir con él.

—Y ése —dijo Ludo A. con cara resplandeciente— es Shakespeare.

—¡Shakespeare! ¡Shakespeare! —aclamaba el público. Cuando subió al escenario, todo el anfiteatro aplaudía.

Estrechó la mano de Orfeo.

—Muy original —dijo en el micrófono—. Por lo demás estoy de acuerdo con mi respetable compañero Dostoievski: nunca había oído un insulto más hermoso a todos los artistas. ¡Enhorabuena!

Todo el mundo aplaudió y Odessa como la que más.

Dostoievski se disponía a protestar pero Shakespeare le detuvo.

—Tienes el pelo revuelto —dijo—. Ve a secarte. Yo tomo el relevo.

Dostoievski echó fuego por los ojos pero se retiró.

Se recogió el agua del escenario y se recopilaron los papeles. Shakespeare ocupó su sitio en el trono entre el resto de escritores y el torneo de insultos continuó.

Odessa se alegraba de que Orfeo lo hubiera hecho tan bien. Seguro que pasaba a la siguiente ronda. Cuando él volvió a su sitio, le guiñó un ojo. Aquello fue el rayo de esperanza más bonito del día.

Pero ella ya no tenía tiempo para pensar en él; sólo tenía ojos para Shakespeare. ¡Qué aspecto tan noble y distinguido! No era un aventurero como ella imaginaba a su padre pero no se dejaba avasallar por Dostoievski. ¡Y qué mirada tan inteligente! Le apetecía abalanzarse sobre él, abrazarlo y preguntarle si era su padre.

Pero no le pareció buena idea hacerlo ante toda aquella gente. Debía de haber alguna razón por la que nadie sabía quién era su padre y no era difícil de encontrar: su madre era una musa. Las musas no podían tener hijos con los humanos. Fuera quien fuera su padre, él la había deshonrado. El amor de Shakespeare por Calíope era un amor prohibido, por eso nadie debía saber que tenían un hijo en común. ¿Acaso él no debería

haber sabido, mejor que otros escritores, que las musas estaban predestinadas a los dioses? Si Odessa se abalanzaba sobre él y le preguntaba si era su padre delante de toda aquella gente, él lo negaría, aunque sí lo fuera, para proteger a Calíope. Y ella, Odessa, se sentiría decepcionada.

Debía encontrar la forma de hablar a solas con él.

Entre tanto los chicos continuaban eligiéndola y echándole en cara los insultos más groseros posibles. Todos excepto uno: Stulo, el chico duro que estuvo a punto de arrollarla una vez, el chico que tenía el pelo en forma de pluma.

Él llevaba una camiseta sin mangas en la que ponía: *SHAKESPEARE IS HISTORY*.

Se colocó detrás del micrófono abierto de piernas. Mientras hablaba hacía sonidos como «chis-bum chis-bum», y extendía los brazos como si estuviera rapeando sin parar de saltar, primero sobre un pie y luego sobre el otro.

—Yo participo, yo soy el jefe, ésta es mi misión, liberar la población, mírame a los ojos, si no hay comprensión, te daré mamporros.

Eligió a Orfeo. A Odessa no le gustó que eligiera a su único amigo, pero también se alegró de poder sentarse un rato porque le empezaban a doler las piernas.

Orfeo se levantó.

—Orfeo te ha tocado, tú mariquita, tú afeminado, chis-bum chis-bum chis-bum, no tienes sitio entre nosotros, tu pelo es demasiado largo, si vienes aquí te haré papilla porque ya eres papilla, papillote, chis-bum chis-bum —etcétera.

Odessa admiraba a Orfeo por el orgullo y la inmovilidad con los que aguantaba como si las palabras le resbalaran.

Stulo acabó su interminable insulto haciendo un paso de break-dance girando sobre su cabeza. Cosechó un sonoro aplauso. Ludo A. bostezó.

Todos los chicos que le siguieron volvieron a elegir a la niña de ayer. «¡Qué horror que Shakespeare tenga que conocerme así, como la niña de ayer, la sufridora de Scribópolis!», pensó ella. Ojalá pudiera permanecer tan inmóvil como Orfeo ante todos esos insultos. Pero se sentía tan pequeña...

Empezaba a hacerse tarde. El sol se puso y se encendieron los faroles.

Ella era la última.

—Y para terminar, la niña de ayer —dijo Dostoievski—. Ven aquí delante.

Le temblaban las piernas mientras bajaba por las gradas. ¿Era por cansancio o por nervios? Según iba pasando oía risas ahogadas, pero en cuanto miraba al chico directamente a los ojos, éste se ponía colorado.

Subió al escenario. Allí estaba, sola ante una panda de chicos eufóricos que continuaban disfrutando de lo mucho que la habían humillado y que reían de antemano ante la idea de que una renacuaja como aquélla intentara insultar a alguien.

Le apetecía rendirse, meterse en la cama y llorar bajo las sábanas, pero no tenía elección; debía liberar a su madre.

—Démonos un poco de prisa —dijo Dostoievski—. ¿A quién o a qué va a insultar nuestra

niña de ayer? ¿A una flor, tal vez? ¿A una mariposa?

Ella le miró con frialdad.

–Si no encuentras a ningún chico –añadió Dostoievski bajando el micrófono–, elige un escarabajo o una mosca de la fruta –dijo, casi muriéndose de risa.

No había escapatoria. Odessa se armó de valor.

–Me llamo Odessa y no soy de ayer –balbuceó ella.

Todo el mundo se echó a reír.

¡Cuánto machito bobo, chulo y seguro de sí mismo! ¡Cuánto le gustaría dar a todos una lección! Esperó a que hubiera silencio.

–Participo para liberar a mi madre porque es inocente.

Esta vez hubo insultos y abucheos. Algunos chicos que no estaban dispuestos a seguir escuchando semejante tontería se levantaron.

Dostoievski cogió el micrófono.

–Permaneced sentados –bramó–. Dad una oportunidad a la niña. Debemos ser generosos incluso con los seres inferiores.

–No –soltó Odessa–. Que sigan de pie. ¡Todos deben ponerse en pie!

–¿Qué quieres decir? –preguntó Dostoievski.

–Los elijo a todos. ¡A todos!

Algunos chicos se quedaron sorprendidos de pie. Otros hicieron un gesto de protesta. ¡Bueno y qué! ¡Era una niña! No era capaz de insultar a una hormiga.

Dostoievski tapó el micrófono con la mano.

–¿Te has vuelto loca? ¿Sabes lo que te estás echando a las espaldas? ¡Esos chicos se vengarán de ti! ¿Por qué no insultas a Orfeo? Él es inofensivo, o si no ¡insulta a tu gorrión!

Ludo A. estuvo a punto de atacarle.

–¿Has dicho gorrión? ¡Tú, escritorucho de séptima generación venido a más que hace trampa jugando a los dados!

Dostoievski se puso rojo como un tomate.

–Tú cierra el pico –dijo–. Tú no participas en la competición, no puedes insultarme. Hiciste que te sustituyeran.

–Pequeño tramposo –respondió Ludo A.–. ¡Tú con tus dados cargados! ¡Ay, mira, he vuelto a sacar un seis! ¡Ay, qué suerte tengo! ¡Todavía me debes dinero, vagabundo!

Odessa golpeó el micrófono.

Dostoievski la miró con furia.

–Usted también –dijo ella.

–¿Qué?

Odessa intentaba mirarle con confianza en sí misma pero por dentro temblaba como un flan.

–Usted también. También le elijo a usted.

Pero ¿qué estaba haciendo?

—¿Qué?

Se dio la vuelta y miró hacia el jurado. Kafka recogía sus papeles preparándose para marcharse. Flaubert tenía las manos cruzadas sobre su barriga y estaba recostado riéndose. Goethe contaba alguna ocurrencia a Dante.

—¡Vosotros también! —exclamó ella.

Los miembros del jurado la miraron con sorpresa.

—¡Hay normas! —protestó Kafka.

—¡Y las normas son que todos tenéis que levantaros! ¡Os elijo a todos!

Una ola de indignación recorrió el anfiteatro. ¿De dónde sacaba la niña de ayer el valor para insultar a los escritores? ¿Y además a todos?

A Odessa le hubiera gustado decir que Orfeo y Shakespeare podían quedarse sentados, pero tal vez eso llamara demasiado la atención. Esperaba que ellos la perdonaran; después se lo explicaría.

Pasó algo de tiempo hasta que todo el mundo estuvo en pie. Todos los chicos la miraban con chulería y desafiantes, Dostoievski con sus ojos llameantes, Kafka apretando la mandíbula preparado para verla hacer el ridículo, preparado para abuchearla.

¡Y ella continuaba sin saber qué iba a decir! ¿Qué estaba haciendo?

Cerró los ojos. Sólo veía manchas. ¿Acaso iba a desmayarse como pasó durante el discurso de Dostoievski?

«Ayúdame, papá, dame palabras. Eres el único con el que puedo contar. Si realmente soy hija tuya y tú eres un gran escritor, dame palabras, dame frases. Ayúdame a encontrarte.»

Los chicos se impacientaron.

Odessa se aisló del jaleo. Se concentró en las manchas que veía y que se iban perfilando tomando forma de letras; letras de color amarillo chillón contra un fondo rojo que flotaban en la parte interna de sus párpados. Las letras se enlazaron formando palabras, las palabras frases y las frases un poema.

Pidió silencio y dijo:

Aunque seáis chicos fuertes como Atila,
Y yo una niña pequeña como una hormiga,

Los chicos se miraron unos a otros sin comprender. Aquello no era un insulto, era simplemente la verdad.

Aunque la de grandes héroes sea vuestra presencia,
Y yo no tenga nada que decir con inteligencia,

Aquello no era un insulto, era una oda a lo duros que eran los chicos. Los pechos se hincharon. Y sí, ella tenía razón, no era muy inteligente.

Aunque al mundo hagáis papilla, papillote,
Y yo sea un tonto, un pequeño angelote,

Hubo un murmullo de admiración. «¡Qué bonito! ¡Qué bonito!» Algunas personas aplaudieron. Los profesores negaban con la cabeza. Shakespeare era el único que escuchaba con un brillo en los ojos. ¿Qué significaba aquella mirada? ¿Era la mirada de un padre animando a su hija? Pero ella no podía perder la concentración, no en aquel momento.

—¿Puedo pedir silencio? —preguntó—. Aún no he terminado. Me queda un verso para cerrar.

Hubo más murmullos de asombro y después se hizo el silencio. Odessa se tomó su tiempo, hasta que fuese posible oír un alfiler cayendo.

Y aunque vuestra chulesca barbilla tenga un hoyuelo,

Mientras había chicos por todas partes tocándose la barbilla con aprobación, Odessa pronunció sus últimas palabras con una desesperante lentitud.

Cuando en la cama estáis acostados,
Sabéis que de mí estáis enamorados.

La última palabra cayó como una bomba.

—¿Enamorados?

—¿Qué?

Se armó un jaleo tremendo.

—¿Cómo se atreve!

—¡En absoluto!

—¡Buh!

Aquel era el peor insulto que habían oído nunca.

—Vamos, vamos —dijo Odessa echando un poco más de leña al fuego—. No tenéis por qué avergonzaros. Reconocedlo: en vuestros sueños más íntimos todos estáis enamorados de niñas como yo.

Los chicos manifestaron su indignación a gritos y pateando. Los profesores levantaron los brazos. Odessa pestañeó y repartió besos a dos manos. Ludo A. rodaba por el escenario de la risa.

Odessa golpeó el micrófono.

—Estáis profundamente ofendidos —afirmó—. He ganado.

Fue entonces cuando los chicos se enfadaron de verdad. ¡Ella no había ganado en absoluto! ¡Ellos no estaban ofendidos! Tal vez el chico que tenían al lado sí, pero ellos no. Empezaron a pelearse.

Shakespeare dio un paso hacia delante con una sonrisa en los labios. Un chico le subió

el micrófono. Con un solo gesto, el anfiteatro se tranquilizó.

–¿Cómo te llamabas?

–Odessa.

Le miró a los ojos intentando ver una mirada de reconocimiento. Durante un instante él pareció... ¿qué?, ¿asombrado?, ¿desconcertado? ¿Era consciente de que tenía a su hija delante? En cualquier caso no dio muestras de ello.

–Odessa, en verdad ha sido un bello poema, una bella composición, una bella ejecución y una conclusión sorprendente, con el veneno al final. Podría haberlo escrito yo. ¡Enhorabuena!

Se inclinó ante ella. Orfeo aplaudió y después, uno tras uno, el resto de los chicos y finalmente todo el anfiteatro.

Odessa notó que se sonrojaba. «Podría haberlo escrito yo», era el cumplido más bonito que le habían hecho nunca. ¿Sería consciente de que su talento lo había heredado de él? ¿Cómo podía acabar tan bien un día que había empezado tan mal? Sólo faltaba una cosa para que su felicidad fuera completa. Volvió a mirar a Shakespeare con ojos interrogantes. «Dilo, por favor, dilo! ¡Di que eres mi padre!»

Él le puso una mano en el hombro. ¿Era un gesto paternal?

–Tienes talento –dijo él.

Después se dirigió al público.

–Gracias a todos por vuestra valerosa participación. Ahora el jurado deliberará. El resultado se expondrá mañana en el viejo tilo. ¡Mucha suerte!

Una ración de Polvo de Musa



Las hermanas B. no sentían más que admiración por Odessa.

—¡Cómo se la has pegado a esos chicos!

—¡No se dieron ni cuenta!

—¡Enamorados!

Soltaron unas risitas.

—Les tocaste el punto más sensible.

—¡Machitos duros!

—¡Fue muy valiente!

—¡Tendrías que haber visto sus caras!

—¡Están tan enfadados!

A Odessa se le ensombreció la cara, aquello no era lo que hubiera querido. ¿Cómo iban a admitirla en Scribópolis si todo el mundo estaba enfadado con ella?

Las hermanas querían saber de dónde había sacado aquel poema. No podían creer que lo hubiera inventado ella misma. Odessa contó con detalle que las palabras flotaban ante sus ojos, que procedían de su padre, que él le había ayudado. Las hermanas se miraron con la expresión de «está bastante loca», pero Odessa no se dejó sacar de sus casillas. Aquella era la prueba de que era hija de un gran escritor.

—Shakespeare dijo que podría haberlo escrito él —añadió.

Las chicas miraron a Odessa con tal admiración que llegó a sentirse incómoda.

—¡A nosotras nunca nos han hecho un cumplido tan bonito!

Por supuesto que Odessa se alegraba de que Shakespeare la apoyara, pero habría preferido que la hubiera reconocido como hija. Era muy distinguido y tenía una mirada muy inteligente, y era el único en Scribópolis que no se dejaba avasallar por Dostoievski.

No se había atrevido a preguntárselo delante de tanta gente. Tenía que encontrar la forma de verle a solas para hacerle la pregunta que decidiría su felicidad: ¿eres mi padre o no? Tendría que armarse de valor. La decepción sería grande si él no lo era.

—¿Por qué fue al Oráculo? —preguntó.

—Quería saber si el Verdadero vencerá a Mabarak —respondió Charlotte—. Dostoievski cree en una guerra total, pero Shakespeare cree que el Verdadero le vencerá.

—¿Y qué ha dicho el Oráculo?

—Según dijo Shakespeare, sus respuestas estaban divididas.

—¿Qué se puede esperar de un dragón con siete cabezas? —dijo Emily.

—La cabeza más vieja del dragón dijo que, en efecto, el Verdadero vencería a Mabarak. Llego a decir que era la única forma. Pero las seis cabezas más jóvenes dijeron justo lo contrario. Están convencidas de que el Verdadero se convertirá en un cómplice de Mabarak, y que entonces todo estará perdido. En este momento los Inmortales están más divididos que nunca: un bando está con Shakespeare que quiere esperar al Verdadero, el otro con Dostoievski que quiere comenzar una guerra total lo antes posible.

Odessa debía hablar con Shakespeare. Debía contarle la predicción del Bosque Susurrante. ¿Y si los árboles tenían razón y ella era la Verdadera? Y debía contarle que sabía dónde estaba Librus. Esas noticias eran importantes para él y, al estar agradecido, podría preguntarle en el acto si era su padre y él lo admitiría y aquél sería el día más bonito de su vida.

Pero de inmediato se le cayó el alma a los pies. Tal vez se sintiera tan avergonzado de tener una hija con una musa que no se atreviera a reconocerlo, ni a ella, ni después de haberle contado todo. El estómago se le puso del revés ante la idea de que él dijera que no.

Se quedó un buen rato mirando hacia delante, oscilando entre la curiosidad y el miedo. De su respuesta dependían tantas cosas... No lograba decidirse. Lo mejor era prepararse para la segunda prueba, si es que la seleccionaban, pero no dudaba de su sonada victoria.

Una masa de gente le cerraba el paso cuando estaba llegando al viejo tilo. Se abrió camino. Apartó un codo que tenía en la cara y leyó el edicto clavado en el árbol; era la séptima. Orfeo estaba justo antes que ella. ¡Qué injusto! Orfeo y ella deberían haber ganado. El chico de «La utilidad de las chicas» había vencido. ¡Menuda tontería! Stulo había quedado segundo. ¡Puf! Y además, esos grandes escritores, ¡puf!, habían escrito mal su nombre: Hodessa. Pero lo más importante era que pasaba a la siguiente ronda.

Leyó el resto del cartel.

Se esperaba a los veinte seleccionados a las doce en punto en el anfiteatro, donde se les daría una ración de Polvo de Musa. Kafka ampliaría las instrucciones in situ. Además todos los participantes tenían derecho a sacar un libro de la Biblioteca. Para ello debían presentarse antes de las seis ante Herman Melville, su director.

—Melville el loco —oyó mascullar a alguien—. Me alegro de no estar ahí.

Cuando las hermanas se enteraron de que había quedado la séptima, se ofendieron.

—¡Fuiste la mejor!

—¡La más aguda!

–Tu poema estaba muy por encima de los demás.

–Salvo el de Orfeo –dijo Anne.

–¡Ese chico es un cielo! –exclamó Emily con un hondo suspiro.

–Dostoievski no habrá querido darte ningún punto –añadió Charlotte.

Cuando las hermanas oyeron en qué consistía la segunda prueba se miraron confundidas. Iban a decir algo pero guardaron silencio.

Por fin Charlotte tomó la palabra.

–Traer a la vida algo de un libro es un arte sumamente complejo. Es lo último y lo más difícil que aprenden los alumnos.

–Cuesta mucha energía.

–Y se necesita un buen libro.

–Ni los mejores libros pueden ser utilizados más de un par de veces.

–¿No hay nada fácil que yo pueda aprender enseguida? –preguntó Odessa.

–Bueno, siempre puedes empezar con algo pequeño –respondió Charlotte sin demasiado entusiasmo.

–Cuanto más pequeño, más sencillo resulta.

–Cuanto más grande, más difícil.

–Si sacas un elefante, es mejor que después tires el libro.

–Por no hablar del sol.

–Las cosas muertas son mucho más fáciles, por supuesto.

–La arena es fácil.

–El aire.

–No voy a ganar con aire y arena –dijo Odessa.

–Hay una escala de fácil a difícil –explicó Charlotte–, que empieza por las cosas muertas, pasa por plantas y animales hasta llegar a personas, desde un simple campesino a caballeros y héroes, y termina en reyes y princesas famosos.

–No te preocupes, ningún estudiante sacará una persona de un libro; son demasiado jóvenes, sólo los profesores pueden con las personas.

–La mayoría intentará sacar algo grande.

Cuando Odessa llegó al anfiteatro, ya había una larga cola de chicos. Kafka se encontraba en el escenario repartiendo bolsitas.

Stulo, el chico con el pelo en forma de pluma, estaba allí sacando músculo, y Orfeo también había llegado.

–No estuvo bien que todos los chicos te eligieran –dijo.

–Gracias por no elegirme tú –respondió ella.

–Pero los pusiste en su sitio. ¡Qué risa!

–Yo no quería insultarte, pero no podía decir que eras el único que podía quedarse sentado; al resto de los chicos les habría extrañado.

–No te preocupes por eso –dijo con expresión amable–. Lo comprendí y no me sentí insultado porque tu poema es cierto: yo amo a las chicas como tú.

Se puso roja como un tomate y se volvió rápidamente hacia donde estaba Kafka.

—Todos recibiréis una ración de Polvo de Musa. ¡Usadlo con sensatez! —exclamó Kafka—. Podéis practicar con él, pero debéis procurar que os quede suficiente para la prueba. Para proteger de sí mismos a los más tontos de vosotros, reservaremos un poco de polvo que os daremos durante la prueba. Ésas son las normas.

Cuando le llegó su turno, Kafka le pasó una bolsita muy pequeña. ¿Lo estaba soñando o la bolsa de Stulo era tres veces más grande? Ya fuera porque Kafka creía que ella era tan tonta que guardó todo el polvo para la prueba o porque hubiera una regla que dijera que las chicas recibían menos y no había nada que hacer porque las normas son las normas, y bla bla bla, ella no podía dejar las cosas así.

—Tengo demasiado poco.

—Todo el mundo recibe polvo en función de los años de estudio —respondió Kafka—. Una cantidad demasiado grande resulta peligrosa en manos de gente no cualificada. ¡Ni siquiera eres alumna! Si de mí dependiera, no recibirías nada de polvo, pero Shakespeare me ha obligado a hacer una excepción. ¿Eres consciente de lo que me ha pedido? ¡Hacer una excepción a las normas!

Era como si Shakespeare le hubiera obligado a cometer un asesinato.

Cuando las hermanas B. vieron la bolsita, se indignaron.

—¿Esto es todo? —preguntó Anne—. ¡Si apenas da para practicar!

—¡No te quedará nada para la prueba!

—¡Qué injusto! Algunos chicos ni siquiera necesitan practicar, tienen suficiente experiencia, pueden reservar todo su polvo para la prueba.

—No lo conseguirás —dijo Charlotte llevándose las manos a la cara.

Emily soltó una llave que llevaba colgada al cuello y se dirigió con decisión hacia uno de los escritorios. Abrió un cajón y sacó una pequeña caja. La abrió y cogió una bolsita.

—Aquí tienes. No es mucho pero te ayudará.

—¡Emily! ¿De dónde has sacado eso? —preguntaron las otras dos hermanas.

—Es mi provisión personal. ¿Qué? ¿Acaso una chica no tiene derecho a una cantidad adicional?

Odessa estaba muy agradecida a Emily.

—Ahora sólo necesitas un libro —dijo Anne—. ¿Has pensado ya en alguno?

—Tengo que sacar uno de la Biblioteca —respondió Odessa.

—Es un lugar prodigioso —comentó Charlotte—. Te va a encantar.

Emily se llevó el dedo a la sien y lo hizo girar.

—Pero Melville está loco.

—No es peligroso, ¿verdad? —preguntó Odessa.

—No, sólo está loco. Cree que una gran ballena blanca merodea por uno de sus libros. Quiere capturarla pero nadie ha visto nunca al animal.

La Biblioteca de Scribópolis



La Biblioteca se elevaba como un gigantesco templo en el centro de la ciudad destacando por encima de todo. Las vidrieras de vivos colores y las grandes cúpulas que ascendían desde los muros como si fueran setas, se veían a su vez ensombrecidas por otra cúpula gigante que acababa en forma de aguja.

A ambos lados de la amplia avenida que llevaba hasta allí, había colosales estatuas de escritores cuyos ojos parecían seguir a Odessa.

Ella se detuvo ante el gran portón de roble en el que se abría una pequeña puerta.

Entró con Ludo A. sentado sobre su hombro.

Salió a su encuentro una mezcla de olores tan intensa que estuvo a punto de marearse. No sólo era el olor seco de papel, tinta y libros manoseados que ya había olido en la biblioteca de su madre, sino también todo tipo de olores que no lograba identificar y que no eran propios de una biblioteca: el olor de plantas silvestres y animales, de pumas, cacao, vainilla y mar.

Por dentro, la Biblioteca resultaba aún más abrumadora que por fuera; gigantescas estanterías se entrecruzaban y eran tan altas que parecían no tener fin. Muy por encima de ellas había pasillos y puentes colgantes.

¿Cómo iba a encontrar algo en aquel laberinto?

En el vestíbulo había una gran prensa.

—Es la prensa de Gutenberg —dijo Ludo A.—, el inventor de la imprenta. En esta prensa se imprimió el primer libro.

El mostrador, tras el cual debería encontrarse un bibliotecario, estaba vacío.

—¿Melville? —llamó Odessa.

No hubo respuesta.

—¡Melville, viejo loco! ¿Dónde estás? —bramó Ludo A. cuya voz resonó entre las estanterías. Cuando el eco se hubo apagado volvió a haber un silencio absoluto.

No le quedaba más remedio que ponerse a buscar un libro ella misma.

Odessa paseó entre los estantes. Nadie podía haberse leído todos aquellos libros.

¿Cuántos libros se podían leer durante una vida? ¿Cuántos libros se podían escribir durante una vida? Su madre le había contado que Enid Blyton escribió más de setecientos. Se preguntó cuántos libros llegaría a escribir ella.

Odessa se abrió paso por un estrecho pasillo y fue a parar a una sala circular cuyas paredes estaban formadas por estanterías de decenas de metros de altura. Poco después cruzó un puente colgante y gateó por un oscuro túnel también formado por estantes.

Se perdió sin darse cuenta.

—Te has perdido, pequeña —dijo Ludo A.

—¿Y tú qué? Yo nunca había estado aquí. ¿Por qué no me guías tú?

—Quédate aquí, pequeña. Voy a explorar.

Se fue antes de que le diera tiempo a detenerle. ¡Lo que faltaba! Allí estaba ella.

Esperó, esperó y esperó, pero Ludo A. no volvía. Lo mejor que podía hacer era buscar ella misma el camino. Gateó por otro túnel. En la lejanía veía el brillo de pequeñas luces y se dirigió hacia allí.

Notó una oleada de perfume dulzón. Se tapó la nariz. En un cartel de la pared leyó: SECCIÓN DE NOVELA ROSA, HISTORIAS ROMÁNTICAS PARA CHICAS ROMÁNTICAS, JÓVENES Y MAYORES. Los libros eran de color rosa y parpadeaban como luces navideñas. Tenían títulos como: *Atrapada en tus ojos oscuros*, *Ardiendo por tus fogosos deseos* y *Ven a mi ferviente caza*. A Odessa se le pusieron los ojos en blanco y continuó andando deprisa.

Siguió por un pasillo polvoriento con libros semi podridos hasta llegar a un espacio circular despejado en cuyo centro, sobre el suelo desnudo y para su asombro, había una puerta solitaria.

Era idéntica a la de la tienda de Cornelius, Iciar, sólo que este ejemplar estaba mejor conservado y rodeado por una pesada cadena sujeta con un gran candado.

Así que aquélla era la puerta que su madre había usado para visitar a Shakespeare a escondidas. Lástima que estuviera candada; si no, Odessa habría podido ir un momento a su casa. Algo de ropa limpia no le vendría mal.

Pero ¿en qué estaba pensando? ¡Ya no tenía casa! Los gnorks la habían quemado.

De pronto se oyeron sonoras pisadas al otro lado de la puerta. Odessa la rodeó pero no vio nada.

—¡Ayúdame! ¡Pobre de mí! —sonó una voz ronca al otro lado.

Alguien golpeó la puerta con todas sus fuerzas.

—¿Quién está ahí? —balbuceó Odessa—. ¿Cornelius? ¿Eres tú?

—...*help*... suplicar... me van a...

Alguien corría peligro, pero ¿quién? y ¿dónde? ¿Era en la librería de Cornelius? ¿O en el precipicio? ¿O en el castillo de los tapices rojos?

Hubo silencio.

—Iciar, ¿qué ocurre? —preguntó Odessa.

—¡Puag!

Iciar se abombó como si fuese a vomitar por el tremendo golpe que recibió de repente.

—¡Yanapariway!

—Ábrete, puerta estúpida —dijo Odessa.

—No puedo —respondió Iciar sin más—. La cadena.

—¡Husmeadores... ukwafwa...! Me van a...

Odessa tiró de la cadena pero no logró moverla.

—El candado —dijo Iciar.

Fuera quien fuera el que corría peligro, Odessa no podía abandonarlo a su suerte. Los husmeadores le matarían con su mordisco envenenado. Se quitó dos horquillas del pelo, las dobló y las metió en el candado.

—¡Ayúdame!

—¡Aguanta! ¡Estoy a punto de abrirla!

—...rápido... te daré oro... todo mi oro... conozco las minas, las galerías...

De pronto reconoció la voz. Era Ergolas, el Señor de las Minas, el monje loco que le había arrancado Librus de las manos en la cueva.

Se quedó paralizada; ella le había robado a Librus y, sin duda, querría recuperarlo. ¿Sabría que ella estaba al otro lado? ¿Era una trampa?

—No me toques... ¡Ah! Yo no lo tengo... lo juro... ella... la chica causa de todas mis desgracias... —a lo que siguió un alargado «¡Aaaaay!» y después el silencio.

Odessa metió las horquillas en el candado; fuera el monje loco o no, los husmeadores causarían al desgraciado una muerte dolorosa. No podía permitirlo. El candado comenzó a moverse y cayó al suelo seguido por la tintineante cadena. Sintió el corazón latándole en la garganta. Puso la mano en el picaporte y...

—¡Alto! —exclamó Iciar—. ¡Antes la respuesta!

—¡No tengo tiempo para esas tonterías, Iciar! ¡Ábrete!

—¡Antes la respuesta!

—...Napoleón... la torre Eiffel...

Iciar se tronchaba de risa.

—Nunca aprenderás.

—¡Ábrete, Iciar! ¡Alguien corre peligro!

—¿La torre Eiffel? ¿He visto alguna vez a una niña tan tonta como tú? No. O tal vez, a lo mejor, una vez...

—¡Ábrete, puerta estúpida, o te daré una patada!

—¡Eh, eh!, ¿nos estamos volviendo maleducadas? Te he pedido algo fácil, ¿vale? ¿No quieres saber la respuesta? Te la daré de todos modos. La respuesta era: tu padre.

Y diciendo esas palabras, se abrió.

Odessa se quedó petrificada.

—¿Mi padre? ¿Sabes quién es mi padre?

Pero Iciar no dijo una palabra más.

Odessa tiró del picaporte.

—¡Dime quién es mi padre! ¡Maldita puerta! ¡Habla! ¡Dilo!

Iciar callaba como una tumba. Odessa dio una patada a la puerta que se abrió de par en par. Odessa vio directamente el misterioso pasillo con las columnas de mármol y los tapices rojos; el pasillo en el que había salido con Ludo A. la primera vez que atravesó Iciar.

El pasillo estaba vacío. Los husmeadores se habían llevado a Ergolas. El único rastro de lucha era un desgarró en uno de los tapices de la derecha.

Odessa cerró a Iciar con todas sus fuerzas.

—¡Y ahora tú me vas a decir quién es mi padre o te hago astillas! ¡Te llenaré de pintadas!

Pero de allí no volvió a salir una palabra por más que moviera el picaporte o pateara la puerta.

—¡Tú misma!

Odessa recogió la cadena y la ató todo lo fuerte que pudo. Iba a cerrar el candado con la misma furia cuando un hombre con una pata de palo se abalanzó sobre ella. Él llevaba un gorro de marinero y un impermeable enormemente largo empapado, como si acabara de escapar de una tormenta. Tenía cejas oscuras, ojos furiosos y barba cuadrada.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡No tengo libros y menos para ti!

Su pata de palo no era auténtica sino que estaba atada a su rodilla como en las películas.

—¿Qué se te ha perdido aquí, marinera? ¡Conozco a los de tu especie! ¡Os lleváis libros y nunca los devolvéis!

Aquél debía de ser Melville, el bibliotecario loco.

—Me he perdido —dijo Odessa. Aún rabiaba por culpa de Iciar.

—¿Te has perdido? —preguntó agarrándola—. ¿Eres una espía de Mabarak?

—No...

—¿Has venido a leer libros oscuros?

—Yo...

—¿A visitar secciones secretas?

—¡No! ¡Suéltame!

—¿En qué clase estás?

—No soy una alumna. Mi madre...

Él acercó su cara a la de ella. Le apestaba el aliento.

—¿Querías usar a Iciar? ¡Querías dejar entrar a tus amiguitos secretos!

—En absoluto...

—¡Joven e inocente! —exclamó mientras sus ojos se hacían más pequeños—. Sí, esos son los más peligrosos. Una pequeña loba con piel de cordero, jeso es lo que eres! ¡Y sin que uno se dé cuenta, le clavas un puñal por la espalda!

Odessa se zafó.

—¡Cierra la boca, idiota! ¡Soy Odessa! ¡No soy una espía! ¡Me he perdido y estoy

harta harta y harta!

—¿Te has perdido? —dijo de pronto mirándola con unos ojos grandes y tristes—. ¡Pobre niña! ¡Totalmente sola! ¡Perdida en esta biblioteca indómita! ¡Sin madre! ¡Sin padre! —de sus ojos salían lágrimas—. ¡Y nadie que la quiera! ¡Ven con papá! —la apretó contra su pecho empapado.

Ella se libró del abrazo.

—Escuche, señor Melville, estoy buscando un libro. Tengo que participar en la segunda prueba.

Él la miró con ojos de perro abandonado.

—Participa en la segunda prueba. ¡Y ni siquiera es una alumna! ¡Pobrecita! ¡Condenada al fracaso! ¡La risa de Scribópolis!

—¡Limitate a darme un libro!

Entonces él la miró como si ella viniera de Marte.

—¿Un libro? ¿A qué te refieres? ¿Un libro?

—¡Un libro! ¿No es esto una biblioteca?

—Si un libro te encuentra a ti, marinera de agua dulce, puedes llevártelo.

—Querrá decir si yo encuentro un libro.

—¿Encontrar un libro tú? Tú no encuentras un libro, el libro te encuentra a ti. Los libros eligen por quién quieren ser leídos.

—¿Y cómo lo hacen? —preguntó empezando a estar harta de aquel loco.

—¡Los libros se iluminan! ¿Cómo si no iban a encontrar a la gente? ¡Pobrecita! La gente es tonta, como tú, agarran todo lo que brilla, y los libros lo han comprendido, así que se iluminan débilmente, justo lo suficiente para que alguien lo agarre sin saber muy bien por qué. Así es como los libros eligen por quién quieren ser leídos.

Él rebuscó en sus bolsillos y le puso en las manos un trozo de papel desgastado. Era un plano dividido por colores. Parecía el mapa de un pirata. Melville plantó un dedo nudoso en el centro del papel.

—Estamos aquí, junto a Iciar —explicó y deslizó el dedo índice por el mapa—. Las zonas oscuras, aquí y aquí, están prohibidas: conocimientos secretos. Las zonas rojas son monstruos o animales mitológicos, están llenas de dragones y bestias de grandes garras. ¡Mantente alejada! Verde: tigres y animales de la jungla, nada para ti, pescadora de gambas. Tienes que ir aquí, al rosa: romanticismo y amor adolescente.

Odessa arrugó la nariz; aquélla era la sección del perfume.

—Azul: caballeros y castillos. Las partes grises son subdivisiones, no debes ir allí, tienen sus propios adjuntos a bibliotecario —acercó su cabeza a la de ella y puso los ojos en blanco—. ¡Los adjuntos están locos!

—Anda que no podríamos hablar de ti —dijo Ludo A., que acababa de llegar.

Melville lo miró con enfado.

—¿Qué has dicho?

—Que si al estar tan mojado tienes goteras en la azotea —gritó Ludo A.

Melville miró al pequeño pájaro con ojos llameantes y después se volvió de golpe hacia Odessa.

—Si yo estuviera en tu lugar, iría aquí —puso el dedo en una zona amarilla—. Libros de cocina. Es apropiado para ti. Las chicas tienen que cocinar. Con algo de suerte sacarás una zanahoria o un bulbo de apio. ¡Ja, ja, ja! ¡Podrás hacer sopa! Pero si ves una gigantesca bestia blanca pululando por las estanterías, blanca de la cabeza a la cola, no intentes cazarla tú sola. ¡Es mía! ¡Aaaadiós!

Se dio la vuelta dando una sacudida a su impermeable y se alejó cojeando.

¿Libros de cocina? ¡Puf!, ¿qué se había creído? Ella les enseñaría lo que valía.

Después de mucho buscar, encontró lo que quería: la sección roja. Monstruos y animales mitológicos. Estaba oscura y olía a musgo y a estiércol fresco. Entre las estanterías que crujían como ramas en la noche corría un aire sofocante. Se abrió camino con dificultad esperando que algún libro se alegrara de su llegada pero ninguno se iluminó.

Odessa logró coger un libro de la estantería. Era antiguo y tenía una gruesa encuadernación de cuero. Pero por más fuerza que hizo no consiguió abrirlo. Lo intentó con otro, y otro y otro más. Todos los libros permanecieron cerrados.

Entonces... ¿tigres y animales de la jungla? ¿No habría allí algún libro con osos panda o koalas que la quisiera? Ahora que lo pensaba, uno de esos pequeños osos panda rojos estaría bien, podría impresionar en el anfiteatro.

Miró el mapa y fue hacia allá. Cruzó un puente colgante, reptó por un túnel y salió a la sección de animales salvajes. Hacía calor y había humedad como en una selva tropical. Entre las estanterías colgaban lianas y olía a plantas podridas. Pero después de una hora no había encontrado nada o, mejor dicho, ningún libro la había encontrado a ella. Ni los libros de los insectos más rastreros estaban interesados en ella.

Decepcionada se fue a la zona de libros de cocina. Los veía desde lejos. Los libros la recibieron centelleando con entusiasmo.

Sacó uno que parpadeaba en color amarillo y azul y estaba prácticamente saltando de emoción.

La historia del rábano. V parte: la temprana Edad Media.

¿La historia del rábano? ¿Quinta parte? Lo devolvió enseguida.

Cogió otro libro.

La patata: ¿cómo pelarla? ¿cómo hacerla papilla? VII parte: el norte.

¿El norte de una patata? «Voy a vomitar», pensó.

Pero después de horas deambulando por la biblioteca no encontró nada mejor que *La historia del rábano*. Lo metió en su mochila con desgana. Tal vez, pensaba intentando autoengañarse, hubiera un caballero en su interior. ¿No trataba de la Edad Media? Pero ¿qué tipo de caballero? Uno que cultivaba rábanos.

Tenía el desagradable presentimiento de que durante la segunda prueba se iba a poner en ridículo sin remedio.

La historia del rábano



Odessa se dirigió a la plaza de la fuente en la que el resto de los chicos ya estaban practicando.

La plaza estaba a rebosar de gente. Algunos chicos vitoreaban cuando sacaban un perro o un gato de un libro. Otros maldecían sus intentos fallidos. De algunos libros borboteaba una papilla, de otros salía un humo oscuro. Se sentó a cierta distancia y observó; esperaba poder aprender algo de ellos. No debía llamar la atención el hecho de que no tuviera ni idea de cómo empezar. Vio libros que se sacudían y temblaban como si tuvieran contracciones. La forma en la que algunos libros se rasgaban le hizo pensar en un parto. Algunos libros estaban a un lado rotos. Los encuadernadores intentaban repararlos al instante.

Había visto suficiente. Se dirigió al lateral de la plaza con la esperanza de que nadie se fijara en ella y dejó *La historia del rábano. V parte: la temprana Edad Media* en el suelo. Leyó un fragmento.

—El rábano. Véase cómo este precioso fruto subterráneo, encarnado por fuera, blanco como la nieve por dentro...

¿Precioso fruto? Estúpidos tubérculos, eso es lo que eran.

Vio que Stulo sacaba de su libro una liebre tras otra. ¡Parecía tan fácil! Decidió observarle a conciencia.

Él murmuró alguna cosa.

Fácil.

Cerró los ojos durante un instante.

Eso también podía hacerlo ella.

Echó una pequeña cantidad de polvo sobre el libro.

Y ¡ale-hop! ¡Una cabra!

Los demás chicos aplaudieron.

Si aquel idiota era capaz de hacerlo, ella también. Cerró los ojos. Murmuró algo.

—¡Oh, rabanitos, frutos de la tierra, venid a mí!

Echó un poco de polvo en la página.

Y ¡ale-hop!

Abrió los ojos.

No pasó nada.

Algunos chicos la miraron con burla. Ella les devolvió desafiante la mirada hasta que ellos apartaron la vista. Ya no le importaba lo hostiles que fueran; en su ciudad había vivido mucho tiempo sin amigos y, si allí había podido, aquí también.

No podía pedir consejo a Ludo A., no había ni rastro de él. Desde que estaban en Scribópolis, él siempre estaba fuera, como si tuviera asuntos más importantes que hacer que ayudarla. Ella tenía la sensación de que le ocultaba algo. Cuando le hablaba de ello, él respondía que no tenía por qué saberlo todo, que tenía asuntos familiares que resolver que no tenían nada que ver con ella. Bueno, que hiciera lo que quisiera pero ¿por qué tanto misterio?

Tras unos diez intentos, la bolsita de Polvo de Musa que le había dado Emily estaba medio vacía y aún no había visto ni el pelo de un rábano.

¡Ojalá estuviera allí su padre! Él es escritor. Él conocía Scribópolis. Él sabría lo que ella debía hacer. Le echaba de menos como el desierto a la lluvia.

Dostoievski se encontraba en la lejanía hablando con alguien que llevaba un rato mirándola. La ponía de los nervios.

Iba a sacar la lengua cuando aquella persona se encaminó de pronto hacia ella. No podía verlo o verla bien. Él parecía difuminado, como alguien que anda en el calor del desierto. ¿Era una chica? ¿Una anciana? No, era un hombre grande y musculoso. De pronto lo vio con mucha nitidez. Un gran sombrero cubría su cara sin afeitar y quemada por el sol, y arrojaba una sombra sobre sus oscuros ojos. Se le cortó la respiración; había salido de sus sueños con sus inteligentes ojos oscuros y encendidos y un hoyuelo en la barbilla.

Él se acercaba a ella con decisión. No podía creerlo. Se quedó petrificada. Él se sentó a su lado y la rodeó con un brazo.

Ella sentía la sangre bombeando por sus venas, latiéndole en la cabeza. No podía ser. No podía ser. Que aquello fuera así, sin liberaciones, sin dramas, como si él hubiera salido de la nada, no concordaba con sus fantasías.

—¿Papá?

Él la miro con unos ojos llenos de comprensión. Sus labios esbozaron una sonrisa.

Ella comenzó a temblar sin parar. Él le cogió la mano. La tranquilidad con la que él la cogía le quitó toda la inseguridad. Lloró.

—Tranquila —dijo él con voz grave—. Ya estoy aquí, ¿no es así?

Ella quería decirle lo mucho que le había echado de menos, que le quería más que a nada en el mundo. Quería preguntarle por qué la había abandonado, de dónde salía tan inesperadamente y si siempre se quedaría con ella, pero de sus labios no salió ningún sonido. ¿Qué importancia tenía eso?

Ella apoyó la cabeza en su hombro apretando la cara contra la camisa que olía a desierto y aventuras en lugares lejanos.

Ahora todo cambiaría. Él no volvería a dejarla nunca. No necesitaban palabras para entenderse: él era su padre, ella estaba en casa. Ya no podía pasarle nada. Por su parte, el mundo podía desmoronarse.

Algunos estudiantes se golpearon entre ellos y señalaron con burla en su dirección.

No le importaba que se rieran de ella. Aquellos papanatas no comprendían lo mucho que había esperado ese momento. ¿O es que nunca habían visto una lágrima? Echó los brazos al cuello de su padre. Podían quitarle todo: las pruebas, el Mortero de los Titanes, Kafka, Dostoievski, el Polvo de Musa, Iciar, Mabarak, Librus, el Verdadero, ya no tenía nada que ver con eso. Su padre había llegado.

A lo lejos, Orfeo venía hacia la plaza. Le hizo señas. ¡Cuánto se alegraría por ella!

Orfeo se acercó pero parecía de mal humor. Se colocó delante de ella con las piernas separadas y los brazos cruzados.

—¡Deja eso!

Odessa no entendía nada. ¿A qué se refería? ¿Qué es lo que tenía que dejar?

—¡Déjalo! —repitió.

Él no se refería a ella sino a su padre.

—¿Qué estás haciendo? ¡Déjala tranquila! ¡La estás confundiendo!

Su padre apartó la cabeza de Odessa de su hombro. Ella le miró con asombro.

—No te preocupes tanto —dijo él con una voz que de pronto sonaba mucho más aguda—. Ya ves que es lo que ella quiere, ¿no es así?

—¡Deja ahora mismo de hacerlo!

Odessa nunca había visto a Orfeo tan enfadado.

—No lo hagas —balbuceó ella. Tenía la sensación de estar a punto de caer en un profundo abismo.

—¡Eh, no seas tan cascarrabias, tío! —exclamó su padre ahora con una voz claramente de chica—. ¿No ves que lo está pidiendo? ¿Puedo evitar que me pida que yo adquiera este aspecto?

Él iba a levantarse pero Odessa se aferraba a él como a un salvavidas. Él la apartó.

—A ella le gusta —dijo su padre a Orfeo—. ¿No ves cómo le brillan los ojos?

—¡Mala pécora! Ya has causado bastante daño.

—¡Puf! ¡Aguafiestas! ¿Acaso prefieres esto?

Una niebla envolvió a su padre. Odessa parpadeó. Su padre se hizo más pequeño. Su pelo negro se volvió rubio y rizado, y ante sus ojos se convirtió en una chica bellísima de preciosos ojos verdes y melena rubia y rizada que se acarició en un gesto desafiante.

Odessa la reconoció de inmediato; era la chica de la estatua ante la que tocaba Orfeo, Eurídice.

—¿Así mejor, cielo? —la chica extendió los brazos—. ¡Oh, Orfeo! ¡Sálvame! ¡Canta para mí! ¡Devuélveme a la vida!

—¡Para, Clío! ¡No juegues conmigo!

—Vamos, vamos, chico duro, no seas tan cascarrabias. Estoy viva, soy real. No soy una estatua. Aquí estoy. Siente mi corazón.

Le cogió de la mano pero él la apartó. Ella estuvo a punto de caer al suelo. Volvió a ser difusa, delicada, más pequeña. Sus rizos rubios se convirtieron en una larga melena plateada de brillo azulado que le llegaba por debajo del culo. Continuaba siendo deslumbrantemente hermosa, pero fría y terrible. Llevaba una corona de laurel. No podía tener más de catorce años.

—Vete, Clío —dijo Orfeo—. Ya has hecho bastante daño por hoy.

—¡Puf! ¡Tú tienes la culpa! ¡Explícalo tú! Lo has estropeado todo. Esta chica nunca había sido tan feliz como lo era hace un momento.

Clío se marchó pavoneándose mientras decía mirando hacia atrás: «¡Puf! ¡Perdedores!».

Y antes de que Odessa se hubiera repuesto de su asombro, su silueta volvió a hacerse vaga y poco después una vieja decrepita y borracha caminaba por la plaza eructando entre sonoras carcajadas.

—¿Pero...? —balbuceó Odessa a la que le temblaba todo el cuerpo.

—Tranquila, Odessa. No era tu padre, era Clío. Es una musa.

Odessa golpeó el pecho de Orfeo con sus puños.

—¿Qué has hecho?

Él la agarró por las muñecas.

—No era tu padre. Era una musa. Ellas, las musas, pueden adoptar la forma que nos inspira los sentimientos e ideas más elevados, o la forma de lo que uno más desea. En tu caso era tu padre, y Clío ha abusado de ello. Clío es una adolescente cruel.

Odessa apretó los puños.

—¡Ah! ¡La muy imbécil! ¡Espera que le clave las uñas en la cara! ¡La arañaré de arriba abajo!

—Clío es una mala pécora.

—¿Una mala pécora? ¡Una imbécil! ¡La próxima vez que la vea desearé un facóquero lleno de piojos! ¡Que se convierta en eso!

Los chicos de la plaza habían dejado de practicar para no perderse el espectáculo que estaba dando Odessa.

Orfeo la abrazó hasta que se tranquilizó. Era agradable. El tiempo parecía haberse detenido hasta que Orfeo le levantó la barbilla.

—Vamos, tienes que practicar —dijo él.

Pero Odessa tenía otra pregunta.

—Esa chica rubia, ¿era ella...?

Él asintió.

—Clío intenta dar a la gente donde más le duele, y en mi caso es Eurídice. Vamos, he visto que estabas practicando. Enséñame lo que sabes hacer.

Odessa sabía que aún no sabía hacer nada, pero quería impresionar a Orfeo. Cerró los

ojos y metió los dedos en la bolsita de Emily. Ya no quedaba mucho allí dentro. Vació la bolsa en la palma de su mano. Esparció el polvo sobre el libro y... no ocurrió nada. Había desperdiciado el último resto de polvo.

Dio una patada al libro.

—¡Odio los rábanos! ¿Por qué a mí no me sale nada y a ellos sí? Llevo aquí todo el día. Todos se ríen de mí. Estoy haciendo el ridículo.

—Yo te ayudaré —dijo Orfeo—. Empecemos por el principio. Antes de nada tienes que sentir al rábano. Tienes que quererlo.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Quererlo? ¿A un rábano?

—Tienes que cargar de amor aquello que quieres que aparezca. Tienes que identificarte y darle tu energía.

—¿Identificarme con un rábano? ¡Sí, claro! Tengo mejores cosas que hacer.

—Es la única forma, Odessa, créeme. Debes intentar imaginar qué siente un rábano.

Ella suspiró.

—¿Y cómo lo hago?

—Pregúntate qué piensa.

—¿Qué piensa un rábano?

—Cuáles son sus deseos, con qué sueña.

—¿Con qué sueña un rábano?

—Odessa, comprendo que todo esto resulta algo extraño, pero debes aprender a respetar al rábano.

—¿Respetar? ¿A una verdura tan tonta?

—Odessa...

—Vale, vale —dijo ella—. Lo comprendo. Lo intentaré. Intentaré respetar al rábano aunque no tenga sentido. Se me ha acabado el polvo.

—Puedes practicar con el mío —afirmó Orfeo.

Era muy amable por su parte pero no podía aceptarlo.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí, ya me las apañaré. Tú concéntrate en el rábano.

—Pues vale.

Ella cerró los ojos. Aquella vez tenía que conseguirlo. No estaba dispuesta a desperdiciar el polvo de Orfeo como había hecho con el de Emily.

—Así que imagino que soy un rábano —masculló—. Tengo dos hojitas en la cabeza... pequeñas raíces blancas en el culo... me siento... —¿cómo se sentía un estúpido rábano?— ...me siento... embarrado. Deseo el sol... y sueño con... con zanahorias... y... calabazas... ¡grandes calabazas!

Esparció polvo sobre el libro.

Un temblor recorrió la página y aparecieron los extremos de dos pequeñas hojas. ¡Funcionaba! Era capaz de hacerlo. Estaba fuera de sí, pero había cantado victoria

demasiado pronto; las hojas no sólo dejaron de crecer sino que se marchitaron delante de sus ojos. Odessa tiró de ellas pero se rompieron y el resto desapareció en el libro que se cerró.

—¡Rábano tonto, imbécil y miserable! —exclamó Odessa.

Entre tanto, Orfeo había sacado un marsupial y dos pequeños osos panda rojos que le hacían trenzas en el pelo.

—Me rindo —dijo ella con lágrimas en los ojos—. ¡Jamás lo conseguiré! ¡Y tampoco quiero ser un rábano! ¡Quiero ser un unicornio! ¡O un grifo! ¡Algo impresionante!

—Debes empezar con cosas pequeñas, Odessa. ¿Cómo pretendes sacar un unicornio de un libro si ni siquiera eres capaz de identificarte con un rábano?

—¡A los rábanos habría que gasearlos!

Orfeo rió.

—Ven, intentémoslo juntos, tal vez así funcione.

Se situó a su espalda colocando un brazo debajo del de ella.

—No debes obligar al rábano. Él elige salir o no. Debes entregarte a él. Suelta la mano como si tocaras el piano.

Ella se sentía extraña teniendo a Orfeo tan cerca.

—Frota el polvo, lanza un poco hacia arriba y suéltalo con cuidado para que caiga en forma de nube sobre el papel y llegue un poco a cada letra de la página. Así.

Juntos soltaron el polvo. Éste cayó lentamente sobre el libro que pareció absorberlo. Un temblor sacudió el libro y aparecieron dos hojas que esta vez no dudaron; crecieron fuera de la página, seguidas por un rábano tan grande como una pelota de tenis.

—¡Guau! —exclamó Odessa—. ¡Guau! ¡Este rábano sí que es grande!

—Ahora tú —dijo Orfeo—. No utilices demasiado polvo pero tampoco te quedes corta. Utiliza el necesario para sacar un rábano del libro.

—Vale —respondió Odessa.

El corazón le latía en la garganta. Frotó algo de Polvo de Musa entre sus dedos y lo lanzó hacia arriba, exactamente como Orfeo le había enseñado. El polvo cayó planeando sobre el libro en forma de una fina nube. Un temblor recorrió el papel. Poco a poco aparecieron dos hojitas en la superficie seguidas de un pequeño rábano con raíces y todo. Odessa estaba radiante de alegría. ¡Lo había logrado! ¡Algo que a los demás les costaba años de prácticas, lo había conseguido ella en apenas unas horas!

Orfeo sonreía dándole ánimos.

Pero entonces Odessa miró al rábano y se le volvió a caer el alma a los pies. El rábano no se parecía en nada al de Orfeo; era pequeño y estaba mustio, y tenía las raíces podridas. ¿Cuánta impresión iba a causar en un anfiteatro lleno con eso?

Decepcionada dio el rábano a una cabra y miró cómo sus mandíbulas trituraban lentamente la verdura hasta hacerla papilla.

Lo más grande bajo Luno



–Clío es una mala pécora –dijo Emily.

–Es una imbécil –añadió Odessa.

Acababa de contar la mala jugada que le había hecho Clío.

–Pero necesitamos a Clío –comentó Charlotte–. Sin musas, los escritores no ponen nada que valga la pena sobre el papel. Se pasan el día borrachos como cubas.

–Se pasan el día peleando.

–Y necesitamos sus lágrimas.

–Las musas están intratables desde que Calíope se marchó.

Un hondo suspiro.

–Clío echa de menos a Pegaso. Nada le gustaba más que pasar el día cabalgando sobre las nubes montada en su lomo.

–Yo no puedo hacer nada –dijo Odessa que continuaba sintiéndose culpable por haber silbado al caballo alado provocando que acabara herido.

Aquella noche, cuando se sentó en la cama con la mochila al lado, vio que emitía una débil luz. La abrió con cuidado. El diario de su madre estaba iluminado. ¿Estaría preparado para que lo leyera? ¿Lograría ella desvelar por fin sus secretos? Sacó el diario de su mochila con dedos temblorosos por la emoción teniendo cuidado de que no rozara a Librus; su tapa subía y bajaba como si estuviera dormido. A Odessa le parecía prodigioso que Librus estuviera tan tranquilo con ella. ¿Por qué el Libro de los Libros había elegido estar a su lado si ella no podía ser el Verdadero al no ser un chico?

Se acomodó en la cama con el diario en el regazo. Éste se abrió de forma incitadora.

Muchas páginas continuaban en blanco, pero se podían leer algunos fragmentos sueltos. Sabía que debía ser amable con el libro; sólo entonces aparecerían las letras.

Logró distinguir algunas palabras diseminadas por la página: *Asusta, nonato, loco, Libro de los Libros...* Algunas palabras se fundían formando frases.

Está obsesionado con su libro. Él lo llama el Libro de los Libros.

Hablaba de Mabarak.

Todo el mundo dice que se está volviendo loco. Por primera vez, temo que tengan razón.

Bueno, tenían razón: Mabarak se había vuelto completamente loco.

Pero Mabarak no le interesaba. Ella quería leer cosas sobre su padre. Continuó hojeando el libro.

Disfruto con su entusiasmo por nuestro bebé nonato.

Aquello era bastante más interesante; hablaba de su padre.

Es como si para él significara un mundo. Pero sólo habla de nuestro hijo. Eso me asusta. No sé si será una niña.

Aquello fue un duro golpe. Su padre habría preferido tener un niño. Estaba decepcionado con que fuera una chica. Odessa tragó saliva. Algunos hombres querían tener un niño a toda costa, ocurría a menudo, como el rey de Inglaterra, que mandó decapitar a su mujer porque no podía darle un varón. Había tenido seis mujeres. ¿Su padre era de éstos? ¿Ése era el motivo por el que la había abandonado? Pero de eso hacía mucho tiempo, sin duda él ya lo habría superado. Y todos los padres desean un niño pero, si al final es niña, se alegran mucho y ella se convierte en su gran tesoro, ¿no era así? ¿Sí, verdad?

Empiezo a estar intranquila. Nuestro bebé nacerá dentro de poco. Me da miedo que le decepcione. Él desea que sea niño, pero cuando ella llegue seguro que la quiere.

Exacto. Su padre la quería. ¿Acaso no la estaba buscando?

A pesar de ello, no podía quitarse la idea de la cabeza, ¿la habría abandonado su padre por ser una niña? Shakespeare nunca haría algo así. Eso era más propio de Dostoievski. ¡Puag!

Las siguientes páginas estaban en blanco. Después se hablaba de ella.

Esta tarde estuve en el parque con Odessa. Cada día me asombra más el poder que encierra. Cada día estoy más convencida de que es ella. Me sorprende cada día pero no lo comprendo, la predicción hablaba de un chico.

¿Qué predicción? Odessa sólo conocía una y era la de Luno.

Odessa es muy insegura a veces. Ojalá tuviera la confianza en sí misma que tiene su padre. Entonces podría con todo.

Siempre lo mismo: su padre, su padre, su padre y ningún nombre.

—¡Quiero un nombre! —gritó con enfado.

Las letras comenzaron a difuminarse.

—¡Lo siento! —dijo rápidamente—. No estoy enfadada. No... —pero ya era demasiado tarde; el papel absorbió la tinta. Furiosa, Odessa guardó el libro—. Si no quieres ayudarme, vuelve a tu rincón.

Estaba muy tensa. Media hora después continuaba dando vueltas en la cama. Así nunca lograría descansar. Necesitaba un tejado.

En camión y descalza salió por la ventana y subió al tejado. Ahora que podía utilizar las dos manos le resultaba bastante más fácil trepar.

Era una despejada noche desértica con preciosas estrellas, más bonitas que las que había visto en su ciudad; dorados ojos centelleantes brillando en un cielo azul intenso.

Según había dicho Ludo A., aquella noche, entre Orión y Alfa Orionis, aparecería la predicción del Verdadero en el firmamento. Dostoievski descubrió la predicción hacía mucho, cuando Mabarak aún trabajaba en Librus. Desde entonces, aparecía una vez al mes en el cielo, con la luna nueva, exactamente a medianoche.

Un día, en la oscuridad de la noche, ha de nacer
quien elegido entre muchos ha de ser,
quien la Pluma ha de dominar.
Primer nacido de Musa y Humano
quien al Libro de los Libros ha de amansar.
Quien por todos será venerado
como lo Verdadero, como lo Más Grande bajo Luno.

Ludo A. le había explicado cómo debía de unir las estrellas. Era algo muy difícil, matemática avanzada, fuera lo que fuera eso.

Esperó hasta medianoche.

Entre tanto intentó tranquilizarse, pero no lo consiguió; no podía quitarse de la cabeza el encuentro con su falso padre. Había desencadenado demasiadas emociones. ¡Aquella imbécil de Clío! Ahora le echaba todavía más de menos. Pero en realidad se alegraba de que aquella imbécil no fuera su padre; ya no deseaba un padre imaginario, quería uno de verdad. Ya no hacía falta que fuera guapo y llevara un amplio sombrero que tapara su cara sin afeitar. También podía ser calvo y llevar un cuello medieval de encaje y un pendiente en la oreja izquierda. Y no quería que su padre le cayera del cielo, quería ganárselo.

Continuaba enfadada con Iciar. Por fin había encontrado a alguien que sabía quién era

su padre, y resultaba ser una puerta chiflada. ¡Ojalá tuviera un hacha! ¡No iba a quedar una astilla sana!

Aquello de «tu padre», ¿a qué pregunta respondía? ¿A quién es Shakespeare? Sí, podía ser y sonaba bien.

A todo esto, ¿sabrían los profesores que existían otros accesos a Iciar? Ya era la segunda vez que aparecía en aquel misterioso pasillo con tapices rojos: la primera en la tienda de Cornelius, el librero, y ahora aquí, en la Biblioteca. Por aquellas grandes columnas de mármol y aquellos tapices rojos era evidente que el pasillo pertenecía a un castillo. ¿A qué jugaba esa puerta? ¿Acaso quería tender una trampa a Odessa?

«Me van a...» No podía sacarse las voces de Ergolas de la cabeza. Era probable que los husmeadores ya lo hubieran matado o, en el mejor de los casos, le estuvieran torturando.

Era algo horrible.

Y no había podido hacer nada por él. O sí, pero estaba tan enfadada con Iciar que ni lo había intentado.

«¡Ah! Yo no lo tengo... lo juro... ella... la niña causante de todas mis desgracias», había gritado. No se le ocurría más que una cosa que le hubiera pertenecido: Librus. Los husmeadores no tardarían en darse cuenta de ello.

Por suerte, en Scribópolis estaba a salvo y tampoco podían seguirla atravesando Iciar porque estaba bajo candado.

Tragó saliva.

¿Había cerrado el candado de Iciar?

Intentó visualizar lo ocurrido: había puesto la cadena alrededor de Iciar, había colgado el candado, Melville se le había echado encima...

Se echó las manos a la cara. ¡Había olvidado cerrar el candado! ¡Iciar estaba abierta! ¿Cómo podía ser tan estúpida?

Si Dostoievski descubría que había dejado a Iciar abierta iba a convertirse de verdad en «la niña de ayer». ¡La encerraría en un libro!

«¡No pude evitarlo!», se dijo.

«¿Evitarlo?», se respondió. «Los gnorks irrumpirán en Scribópolis. ¡No dejarán títere con cabeza! ¡Y todo por tu culpa!»

«Fue culpa de Melville. ¡No debería haberse abalanzado sobre mí como un loco enfurecido con su falsa pata de palo!»

«¡Tú tienes la culpa!»

«Pero...»

«¡Cállate! ¡Tú tienes la culpa!»

Ella guardó silencio.

«¡Tienes que volver!»

«¿Qué?»

«¡Tienes que volver, listilla! ¡Tienes que cerrar a Iciar!»

«¡Ah, no!», exclamó dando un paso atrás. «No volveré a esa oscura Biblioteca. ¡Posiblemente ya esté llena de gnorks!»

«¡Tienes que hacerlo! Si alguien descubre que has dejado abierta a Iciar te convertirás de verdad en la niña de ayer! ¡Te encerrarán en un libro! ¡*La niña y los siete vampiros!*»

«¡Vale!», pensó suspirando. «Lo haré, pero deja de dar la lata.»

Se levantó. Era medianoche. La predicción estaba en el cielo. En aquel momento carecía de importancia.

Un día, en la oscuridad de la noche, ha de nacer

... y bla bla bla.

Bueno, la verdad es que había que estar muy predispuesto para verlo. Las letras no tenían orden ni concierto. Ladeó la cabeza. Algo no encajaba. Daba la impresión de que Dostoievski hubiese unido mal las letras. Aquella línea no debía acabar allí, ¿no debería seguir hacia abajo? Y ¿no debería continuar hacia la siguiente? Haciendo eso se convertía en una a. ¿Qué salía entonces? ¡Por supuesto, Luna! ¡No Luno!

¡El más grande bajo la luna!

Eso sonaba mucho mejor.

Dostoievski se había equivocado; aquel tipo tal vez supiera escribir, pero de matemáticas ¡ni hablar! Él y su matemática avanzada.

Odessa decidió revisar todo, tal vez el resto de la predicción también estuviera mal. Aquella o era una a. Y aquélla también. Dostoievski había cometido el mismo error en todas partes: ¡donde había una o debía haber una a! Ese masculino siempre era un femenino.

Poco a poco fue tomando consciencia.

Un día, en la oscuridad de la noche, ha de nacer
quien elegida entre muchos ha de ser,
quien la Pluma ha de dominar.
Primera nacida de Musa y Humano
quien al Libro de los Libros ha de amansar.
Quien por todos será venerada
como la Verdadera, como la Más Grande bajo Luna.

Era como si todo el mundo se inundara de luz. ¡El Verdadero no era un niño! ¡El Verdadero era una niña! La primera niña nacida de una musa y un humano. Llevaban todo ese tiempo buscando a la persona equivocada. Dostoievski no podía creer que en todas partes pusiera femeninos, así que donde tenía que haber una a, había puesto una o. ¡De ahí aquel incomprensible Luno!

Y si la Verdadera era una niña...

Su corazón se aceleró.

Si ella era la Verdadera todas las piezas del puzzle encajaban: la predicción de los

árboles susurrantes, el poder que su madre había descubierto que tenía, la facilidad con la que había visto un poema flotando ante sus ojos, la tranquilidad que Librus sentía con junto a ella. Por eso la había ocultado su madre todos aquellos años. Ella sabía que Odessa era la Verdadera y, como haría una madre preocupada, quería protegerla. ¡No pretendía en absoluto esconder a Odessa de su padre, quería protegerla contra Mabarak! Pero de un modo u otro, éste había descubierto que el Verdadero era una niña. Cuando se enteró de que Calíope tenía una hija, echó cuentas y decidió secuestrarla. Eso es lo que había ocurrido. Los gnorks no la habían encontrado porque andaba por los tejados como todas las noches, así que habían secuestrado a su madre.

La cabeza empezó a darle vueltas.

«¡Tranquila, Odessa! ¡Tal vez te estés equivocando! Vuelve a leer la predicción, a fin de cuentas no entiendes nada de matemática avanzada. Tal vez Dostoievski tenga razón después de todo, ¿verdad? Tal vez sea Luno, ¿no?»

Miró fijamente las estrellas.

No, Luno sonaba ridículo. Cuanto más miraba más ridículo resultaba.

¿Luno?

¡Era luna!

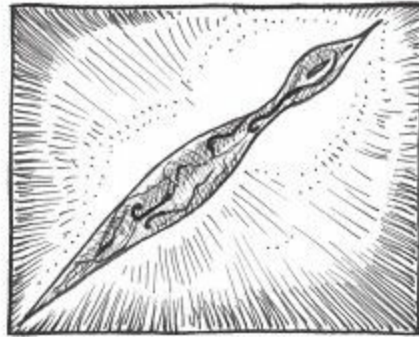
¡La Verdadera era una chica!

Y Dostoievski era imbécil.

Y si la Verdadera era una chica, ¿quién iba a ser si no ella?

Sólo había una forma de asegurarse: la Pluma en la Piedra.

La Pluma en la Piedra



Odessa se deslizó junto a los fríos muros de las casas poniendo mucho cuidado en que no la viesen los grupos de caballeros que patrullaban las calles.

Excepto por un chico que daba vueltas a la Piedra, la plaza estaba desierta. Odessa se escondió en un portal. El chico tocó la roca con vacilación pero retiró la mano asustado y la rodeó un par de veces más hasta que por fin se marchó.

Odessa esperó un largo minuto hasta asegurarse de que no había caballeros cerca. Cuando el silencio fue absoluto, salió de las sombras.

La Piedra irradiaba una luz azul. Odessa podía ver la Pluma que contenía. Era de una belleza embriagadora y proporcionaba un brillo adicional en el interior de la Piedra como si fuera un corazón latente.

Odessa se arremangó. ¿Se atrevería a hacerlo? Ser la Verdadera, sería fantástico, ¡así demostraría quién era ella realmente! Pero de no serlo se quemaría y al día siguiente tendría que llevar una venda. Sentiría una vergüenza enorme. Ya podía oír las risas de los chicos. ¡La niña de ayer también creía que era la Verdadera! ¡Ja, ja, ja!

Frotó el bloque que de inmediato cambió de color poniéndose al rojo vivo. Odessa retiró la mano. No le apetecía en absoluto tener que pasearse con la mano vendada. Ya se iba a poner al día siguiente bastante en ridículo con sus rabanitos.

Tal vez no quería ser la Verdadera. ¡Era tanta responsabilidad! Shakespeare contaba con el Verdadero para vencer a Mabarak. ¿Cómo iba a hacerlo ella?

Pero no se le ocurría otra forma mejor de impresionar a Shakespeare. Si ella era la Verdadera, él estaría orgulloso y tal vez entonces reconociera que era su padre.

Apoyó la mano en la Piedra, que de nuevo comenzó a ponerse al rojo. Introdujo la mano.

Era como meter la mano en arcilla, pero a cien grados de temperatura. El calor le subía por la mano. Le comenzó a arder la cara. Su frente se cubrió de sudor. Si no era la Verdadera, debería tener ya quemaduras hasta el codo. Podía ver el brazo a través de la

Piedra. Podía incluso mirar a través de su brazo como si se hubiera vuelto de cristal al igual que la Piedra.

Profundizó más.

Apenas soportaba el dolor. Si la Piedra se solidificaba, quedaría atrapada hasta el hombro y, ¿quién la ayudaría a soltarse? Debería de haber ido con alguien, con Orfeo. Sólo faltaban unos centímetros. Casi podía tocar la Pluma. No podía rendirse ahora.

Apareció Ludo A. y empezó a revolotear alterado alrededor de su cabeza.

—¿Estás loca? ¿Qué haces? Eres transparente.

Sus dedos tocaron la Pluma.

En el momento que la tocó, un rayo de luz inundó la plaza. Al principio no tenía ni idea de dónde procedía, pero después comprendió que la luz salía de ella: de sus ojos, de su boca, de sus manos; fluía de ella como si también se hubiera vuelto de obsidiana. Una fuerza, una lucidez y una determinación que nunca había sentido, recorrían su cuerpo. Sus dedos se cerraron en torno a la Pluma.

Retiró la mano y la luz se apagó al instante.

Cayó al suelo temblando, con la Pluma como un corazón latente en su mano que seguía siendo transparente como si fuera de cristal. Ató la Pluma con un cordel a su cuello y la escondió bajo su ropa. La mano recuperó la normalidad en el acto.

La Piedra se apagó y perdió su transparencia, pero no se cerró como ella esperaba; en el lugar por el que había metido el brazo quedó un agujero abierto.

Ludo A. la miraba con los ojos como platos y el pico colgando hasta el suelo.

—¡Guau! ¡Chica! *Spooky!* ¡Tengo todas las plumas de punta! ¡Repite eso, ha sido guay! ¡Parecías un faro! Podrías ganar dinero con eso, jovencita. Abastecer de electricidad a todo el país. Desapareciste de pronto y no podía verte y ahora... ¡has vuelto! ¡Guau!

Por las calles resonaron pisadas apresuradas. Debía marcharse. Aquella antorcha de luz debía de haber sido visible a kilómetros de distancia. Todo Scribópolis estaba revuelto.

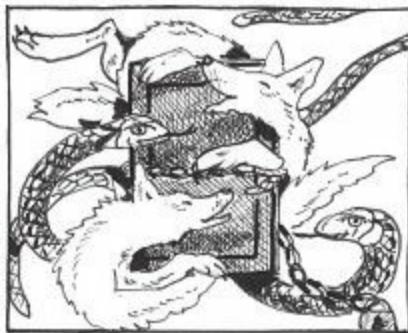
No podía pensar con claridad. La Pluma ardía contra su pecho. Necesitaba un tejado para tranquilizarse.

Miró a su alrededor.

Un tejado alto.

Un tejado muy alto.

Conversación de alto nivel



—Así que eres la Verdadera —dijo Ludo A. mirándola de pies a cabeza—. Pues no lo pareces. Tu madre me lo contó pero nunca la creí. «¿Esa pequeñaja?», le dije yo. «¿Se supone que es la Verdadera?»

Odessa se pegó a los muros de un callejón. Pasó un grupo de profesores balanceando faroles. Se dirigían a la plaza y algunos de ellos aún llevaban puesto el gorro de dormir. Odessa iba hacia el tejado de la Biblioteca. Sería una auténtica escalada pero necesitaba tranquilidad para pensar y no se le ocurría un lugar más seguro que el tejado más alto de la ciudad.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Que eres una pequeñaja? —preguntó Ludo A. levantando una ceja—. Vale, eres una pequeñaja.

—¡Que mi madre sabía que yo era la Verdadera!

—Eh, tranquila, pequeña. Tu madre no quería que lo supieras. Quería que crecieras de una forma normal hasta convertirte en una enana normal, ¿sabes?

«Bueno, lo ha conseguido», pensó Odessa. ¿Normal? Ella era la Verdadera, la que iba a escribir Librus, la que debía salvar a Scribópolis y vencer a Mabarak.

Debería de sentirse emocionada por todas las aventuras vividas y las que le quedaban por vivir, pero tenía dudas y miedo. ¿Cómo podría soportar semejante peso sobre sus hombros cuando ella misma no tenía ni un hombro sobre el que descansar?

Deseaba encontrar de una vez a su padre y que Ludo A. dejara de burlarse de ella, pero era evidente que no pensaba hacerlo.

—¡Jamás hubiera sospechado que el Verdadero tuviera este aspecto! Mírala ahí, a la heroína de la que depende el mundo, la que escribirá la historia que cambiará al mundo, la llave del universo. ¡Tachán!

—¡Para ya! —exclamó Odessa.

—¡La Salvadora de Scribópolis! ¡La Vencedora de Mabarak el Terrible!

—¡No tiene gracia! ¡Yo no lo he pedido! Será mejor que vayas a ver qué pasa.

Ludo A. hizo un saludo militar.

—¡A sus órdenes, oh Soberana del Universo! Sus deseos son...

Le tiró un guijarro, que esquivó con facilidad, y se alejó volando aún con hipo de tanto reír.

Si aquello era una muestra de cómo reaccionaría el resto de Scribópolis, no tenía buena pinta, la querían tanto ya...

Odessa continuó deslizándose por las calles, escondiéndose en las sombras cada vez que pasaba un grupo de profesores o alumnos alterados.

Unos minutos después se encontraba ante la Biblioteca. El tejado, o mejor dicho los tejados, porque la Biblioteca era una maraña de torretas y cúpulas, parecía todo un reto. Uno muy diferente a los tejados de su ciudad; era alto, alto, alto.

Eligió un canalón, un conducto de hierro con gárgolas, y comenzó a trepar. Pasarelas y escaleras utilizadas para los trabajos de reparación ayudaban a pasar de un tejado a otro. Por difícil que resultara la escalada, estaba disfrutando. Necesitaba estar muy concentrada para encontrar el camino adecuado y el mejor agarre para sus manos. Escalar le despejó la cabeza.

Tras una larga ascensión, llegó a la base de la gran cúpula. Había un paso con una barandilla de forja formada por citas y nombres de poetas famosos.

Odessa se encontraba a tanta altura que tenía frío.

Bajo ella pululaban por las calles faroles como si fueran hormigas luminiscentes que corrían hacia la plaza, donde se amontonaban alrededor de la Piedra.

—¿Y ahora qué? —gritó ella—. ¿Quién es la Verdadera? ¿Seguiréis riéndoos de mí?

Estaba segura de que nadie podía oírla.

Cogió la Pluma con la intención de alzarla con gesto desafiante pero en cuanto la tocó, su mano se volvió transparente, después desapareció su brazo y a continuación todo el cuerpo. Toda ella era transparente. Se tocó el pecho y las piernas. Todo seguía en su sitio. Metió rápidamente la Pluma bajo su ropa y en el acto volvió a la normalidad.

El ruido de armas, en alguna calle muy por debajo de la altura en la que se encontraba, la asustó. Miró con atención hacia abajo pero no alcanzaba a ver qué ocurría, estaba oscuro. Herraduras repicaban en los adoquines. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Se había vuelto loca la ciudad? ¿Todo el mundo había empezado a luchar por la Pluma? El ruido de armas aumentó; espadas chocaban contra escudos.

Se desplomó.

«¡Bien hecho!», se dijo. «Gracias a ti toda la ciudad está revuelta, todo el mundo está luchando.»

Miró sus zapatos.

«No era ésa mi intención», comentó confundida.

«¿Que no era tu intención? ¡Vaya, muy bien! ¡La Pluma ha desaparecido! ¡Todo Scribópolis es presa del pánico! ¿Y qué dirán todos esos chicos si averiguan que eres la

Verdadera? ¡Te envidiarán! Lo has hecho muy bien. Has logrado que en Scribópolis te quieran aún más.»

«No puedo evitarlo», se dijo. «Yo...»

«¿Y los profesores? Nunca creerán que eres la Verdadera. Ya puedo oír los bramidos de Dostoievski: «¿Una chica? ¿Una chica? ¡Ni siquiera va a clase!».

«¡Dostoievski es estúpido! Que diga lo que quiera, pero yo tengo la Pluma.»

«Dirá que has hecho trampa, que tienes que devolverla, y ¿sabes qué más dirá? ¿No? Bueno, ¡dirá que no puedes ir en la expedición!»

«¿Por qué no? Sí iré. Tengo que rescatar a mi madre.»

«¿Rescatar a tu madre? ¡Serás tonta! ¿Crees que Dostoievski va a dejar ir a la Verdadera así como así? ¿Con la Pluma? ¿Hacia Mabarak? ¿Recuerdas lo que predijo aquel dragón? ¡Que la Verdadera se volvería cómplice de Mabarak! ¡Y ésa eres tú, mema!»

«Nunca seré cómplice de Mabarak. Odio a ese hombre. Ha secuestrado a mi madre.»

«¿Y qué dirá tu madre cuando vayas a “liberarla” al castillo de Mabarak?»

Eso era fácil.

«Tu madre se pondrá furiosa. ¡Lleva toda su vida intentando ocultarte y ahora la señorita va directamente hacia Mabarak! ¡Directamente a la boca del lobo! ¿Cuándo piensas empezar a usar tu inteligencia? Tienes la Pluma. Tienes a Librus. Mabarak te busca. Con Librus, contigo y con la Pluma, puede dirigir al mundo. Eres y tienes todo lo que él quiere. Y tú vas a servirse, sin más, en bandeja, con ningún coste y a cambio de nada.»

Ella no sabía qué decir.

«El Oráculo predijo que vas a trabajar para Mabarak. ¡Te convertirás en cómplice de Mabarak!»

«¡Tonterías!»

«¡El Oráculo lo predijo! Serás su cómplice.»

«El Oráculo es un dragón. ¡No sabe nada! Además eso sólo lo dijeron seis de las siete cabezas. La séptima dijo que el Verdadero vencería a Mabarak.»

«Seis contra una.»

«La séptima es la mayor, tiene más sensatez.»

«Sensatez, sí, tú de eso lo sabes todo.»

Ella sacó la lengua.

«Te obligará.»

«¿Ese dragón?»

«¡Mabarak, boba! Te obligará a trabajar para él.»

«Mabarak no tiene ningún poder sobre mí.»

«No sabes de lo que es capaz Mabarak. Te aturdirá con algún misterioso brebaje con sabor a sangre de murciélago coagulada.»

«No pienso beber nada de lo que me da Mabarak. No digas tonterías.»

«Tiene otras formas de obligarte.»

«¿Cómo por ejemplo...?»

«Tiene a tu madre. Si no haces lo que te pide la convertirá en una husmeadora.»

Odessa guardó silencio. Era cierto. Mabarak tenía a su madre.

«¿No comprendes que todo esto es una gran trampa? Mabarak ha secuestrado a tu madre para atraerte. Ha utilizado a Iciar para atraerte. Ese pasillo de tapices rojos es su castillo. Intenta apoderarse de ti de todas las formas posibles y lo conseguirá, y ¿sabes por qué? ¡Porque eres tonta! Dostoievski tiene razón: no puedes ir en la expedición. No tienes derecho a hacerlo.»

«¡Tengo que ir!»

«¿Cómo eres de retrasada?»

«Eh, un poco de educación...»

«Digo que eres retrasada. Mira que poner a todo el mundo en juego y ¿para qué? Para darte un pequeño gusto, porque Odessita quiere saber quién es su padre imaginario.»

«¡No es imaginario! ¡Es real y me quiere!»

«¿Sí? ¿Y cómo lo sabes?»

«¡Porque es así! ¡Cierra la boca!»

«No irás en la expedición y se acabó. Debes esconderte, como dice tu madre. Tienes que meterte en una caja y quedarte toda la vida allí.»

«No digas tonterías. ¿Acaso no tengo derecho a tener mi propia vida? ¿Acaso no tengo derecho a tener un poco de felicidad?»

«No lo tienes. Eres la Verdadera. ¡Debes estar en una caja!»

«Lo único que quiero es un padre. No es pedir demasiado, ¿verdad? Quiero un beso antes de dormir. Quiero estar en sus brazos y...»

«Y esa caja debe estar dentro de un baúl y el baúl bajo tierra.»

«¡Para ya! No voy a abandonar a mi madre a su suerte. Y Shakespeare cuenta conmigo; la Verdadera debe vencer a Mabarak. Ésa es mi misión. No voy a abandonar a Shakespeare.»

«Eres tonta, Odessa. Shakespeare es el único que cree que el Verdadero vencerá a Mabarak. El resto de los escritores dice que te convertirás en su esclava. No tienes ni idea de lo que Mabarak es capaz.»

«¿Y tú sí?»

Guardó silencio. Estaba totalmente confundida. Creía que en el tejado de la Biblioteca se iba a calmar pero se estaba volviendo loca a sí misma.

El gruñido de gnorks la asustó. ¡Gnorks! El sonido procedía de las calles, cerca, casi debajo de donde ella estaba, en las puertas de la Biblioteca. ¡Los gnorks habían irrumpido en Scribópolis!

Se golpeó la frente. Aún no había cerrado con candado a Iciar.

«¡Un aplauso para la Verdadera!», se dijo. «Bien hecho, Odessa. La Verdadera debe salvar Scribópolis y lo primero que hace es abrir las puertas a una banda de gnorks.»

«¡Cállate!» Estaba harta de sí misma. Guardó silencio y miró hacia delante con abatimiento.

«¿Qué piensas escribir?»

«¿A qué te refieres?»

«¡A qué vas a escribir en Librus, tontorrón! Tienes la Pluma, tienes a Librus, eres la Verdadera. ¿A qué estás esperando?»

«No tengo intención de escribir en Librus.»

«¿Por qué no?»

«No me atrevo. Y si vuelve a crecer. Este libro es salvaje.»

«¡Miedica!»

«¡Eh, yo no tengo miedo! ¿Es que no has visto que de él salían serpientes y cabezas de lobo?»

«Miedica.»

«¡Para ya! Y además, ¿qué debo escribir? No tengo ni idea. Es una responsabilidad tan grande... Todo lo que escriba ocurrirá de verdad. ¿Qué, si me equivoco? Imagina que escribo alguna tontería de la que luego me arrepienta. Ni siquiera sé si podré borrarlo.»

«¡Vamos, hombre!, todo el mundo desearía algo así como tener el mundo en sus manos con un par de trazos de su Pluma.»

«Pero ¿qué debo escribir?»

«No es complicado. Escribe: “Todos los frigoríficos se llenan solos” y nadie volverá a pasar hambre.»

«Y todo el mundo engordará y se enfadará conmigo.»

«Hum. Entonces escribe que todo el mundo es feliz siempre y en todas partes.»

Ella reflexionó. Con eso no podía equivocarse demasiado.

«Pero ¿y si alguien es feliz robando o metiéndose con otra persona, o aplastando ranas, o matando a su suegra? Y tampoco tiene por qué ser feliz todo el mundo siempre y en todas partes. Si la madre o el padre de alguien muere, puede ser un poco infeliz, ¿no es así?»

«Escribe entonces que a Dostoievski le cae un rayo.»

«Eso es cruel.» Pero le hizo reír.

«Escribe que Mabarak coge la peste negra.»

«No, nada de cosas malas.»

«Entonces escribe que hay paz en la tierra y todo el mundo va de la mano.»

«Eso les gustaría. ¿Y si a alguno le pica la nariz?»

Guardó silencio. Las cosas que a primera vista parecían buenas no siempre lo eran. Era complicado pensar algo que no perjudicara a nadie. Mabarak no dudaría; él llenaría a Librus con sus planes oscuros. Pero a ella le incomodaba. ¿Era bueno que alguien tuviera tanto poder como para poder decidir sobre la vida de los demás? Sólo había una cosa de la que estaba segura al cien por cien.

Se sentó con las piernas cruzadas sobre la fría pizarra y abrió la mochila. Sacó con

cuidado a Librus y lo puso sobre sus rodillas. La tapa oscilaba arriba y abajo como si respirase, pero por lo demás estaba tranquilo. Odessa soltó la Pluma que llevaba colgada del cuello y la cogió. Se volvió invisible de inmediato, pero ya se había acostumbrado a aquella sensación. Abrió Librus y apoyó la Pluma en el papel inmaculado pero le costó muchísimo escribir; era como si el libro le absorbiera la vida. Pero siguió adelante. Al ser invisible daba la sensación de que las letras aparecían por sí mismas en la página.

Tengo un padre.

Le encontraré.

Y estaremos juntos hasta en la muerte.

Volvió a cerrar el libro.

Nadie podía evitarlo ya: tenía un padre y le encontraría. Lo ponía en Librus.

La conspiración



La ciudad fue recuperando la calma.

Algunos faroles hacían guardia junto a la Piedra, los demás se dispersaban por las calles y fueron apagándose uno tras otro.

Odessa miró a las estrellas sobre los tejados. El cielo parecía tan apacible como si el tiempo se hubiera detenido.

Tomó una decisión; debía ir en la expedición. No podía abandonar a su madre a su suerte ni a Shakespeare.

Entre tanto nadie debía saber que ella era la Verdadera. Los chicos se morirían de envidia y Dostoievski jamás la dejaría ir.

Pero continuaba dudando si tenía derecho a ir hacia Mabarak ahora que tenía la Pluma y sabía que era la Verdadera. ¿No había nadie que pudiera aconsejarla? Pensó en el Oráculo de Delfos. Shakespeare lo había consultado, y si el Oráculo era lo bastante bueno para él, también lo era para ella. Al día siguiente iría al Oráculo para pedir consejo. Pero antes debía corregir su error y cerrar a Iciar.

Ludo A. llegó aleteando y aterrizó en la barandilla.

—Tendrías que haber visto cómo corrían —dijo resoplando—, como pollos sin cabeza. Todos en busca del Verdadero. Continúan pensando que es un chico, los muy imbéciles. Dostoievski está furioso. Ha decretado un toque de queda. El Verdadero dispone hasta mañana a primera hora para darse a conocer. Si no, se va a armar una gorda. Necesito un cigarro.

Y se marchó.

Lo que había sido una fácil ascensión resultó ser un descenso complicado. Los tejados estaban húmedos por el rocío y Odessa se sentía agotada. Se dejó resbalar un tramo sobre las piedras de pizarra y aterrizó en el canalón de una cúpula que tenía pequeñas vidrieras con angelitos tocando la trompeta.

Miró al interior.

Cogió una piedra del canalón, la sopesó un par de veces en su mano y la tiró a la ventana atravesando la cabeza de uno de los ángeles trompetistas. Metió la mano por el agujero y buscó el pestillo. La ventana se abrió y se deslizó al interior.

Por la noche, la Biblioteca resultaba aún más fantasmagórica que durante el día. Su única luz procedía de los ventanucos que había muy arriba, en el tejado.

Odessa deambuló entre las estanterías. No tenía ni idea de en dónde se encontraba. Atravesó pasarelas, bajó escaleras de caracol e intentó descender tanto como le fue posible.

Cuanto más se acercaba a la planta baja, más rastros de lucha encontraba: libros desordenados por el suelo, estanterías hechas pedazos. Los gnorks habían dejado un rastro de destrucción por la Biblioteca. Y era culpa suya. Había dejado abierta a Iciar.

En la lejanía parpadeaban pequeñas luces, luces rosas, la estantería de los Ramos florales. Los libros le hacían guiños como atracciones de feria. Esta vez se alegró de verlas porque desde allí sabía cómo llegar a Iciar.

—Tranquilos, chicos —dijo tapándose la nariz por el asfixiante olor a perfume—. Sólo estoy de paso.

Sacó el mapa de Melville. Si la estantería de Ramos florales estaba aquí, Iciar debía estar... —deslizó el dedo por el mapa...ahí.

Se abrió camino entre algunos pasillos completamente destruidos hasta llegar a un círculo abierto en el que se encontraba Iciar, o mejor dicho, colgaba Iciar: la puerta estaba casi fuera de sus bisagras.

Alrededor había libros, trozos de estantería y manchas negras: sangre de gnorks. En el suelo de mosaico había dos profundos surcos paralelos como si por él hubieran arrastrado un objeto pesado. Odessa se preguntó qué habrían podido robar los gnorks. ¿La prensa de Gutenberg?

Odessa colocó a Iciar como pudo en sus goznes.

—¡Qué brutos! —masculló la puerta a la que habían dejado maltrecha—. Les hice una pregunta tan fácil... «¿Quién es más tonto que una mata de habas?», pregunté. No es tan difícil, ¿a qué no? Pero sí, ellos son aún más tontos...

—...que una mata de habas —completó Odessa.

Sintió lástima por la puerta. Tal vez Iciar tuviera mal carácter pero no merecía aquello.

Al otro lado de Iciar Odessa podía ver el pasillo de mármol con los tapices rojos por el que habían irrumpido los gnorks. El pasillo del castillo de Mabarak, en él se perdían los restos del objeto pesado.

Odessa cerró la puerta, recogió la cadena y la ató con fuerza. Esta vez no olvidó el candado.

Bien, esto ya estaba. Ya podía empezar a buscar la salida. ¿Dónde estaría?

Tenía que pasar por allí y después a la derecha, ¿o era a la izquierda? No. ¿O sí? Ya no lo recordaba. Quería volver donde estaba Iciar y empezar de nuevo pero no lograba encontrarla.

Llegó a una sala en la que nunca había estado; una gran sala circular con altas paredes formadas por estanterías de libros. El suelo era un mosaico de personajes literarios famosos.

Aquel lugar debía de estar en el mapa. Odessa apoyó la espalda en una estantería y desdobló el mapa de Melville. El lugar era... éste. El mosaico del plano coincidía con el del suelo. Se había desviado de la salida más de lo que creía. Debía volver. Estaba doblando el mapa cuando de repente los libros que tenía detrás empezaron a empujarla.

La estantería que tenía detrás se abrió como una puerta.

Odessa fue acompañando el movimiento dando pequeños pasos hasta quedar casi aplastada detrás de la puerta entre los libros. Contuvo la respiración. Oyó pisadas subiendo una escalera. Una débil luz se extendió en el suelo y apareció una oscura figura que, en silencio, se dirigió al centro del mosaico. Sostenía un farol y miró a su alrededor. A Odessa le costó mucho darse la vuelta. Como la puerta no era más que una estantería llena de libros a través de la cual podía observar fácilmente, podía ver bien lo que ocurría.

Le dio un vuelco el corazón. ¿Era un husmeador? No, no podía ser. Los husmeadores flotaban sobre el suelo y aquel hombre se movía de forma normal.

El hombre oscuro dejó el farol y dio tres palmadas. Como por arte de magia, a cada dos metros del círculo se abrió una estantería, y en cada oquedad apareció una oscura figura con un farol.

Formaron un círculo sobre el mosaico y dejaron sus faroles ante ellos en el suelo.

Odessa no sabía qué hacer: si intentaba marcharse la verían, salir patinando no tenía mucho sentido, había libros y trozos de estantería por todas partes, y no sabía por dónde ir. La posibilidad de perderse e ir a parar directamente a sus brazos era grande. Por el momento estaba a salvo detrás de la puerta.

La primera figura oscura dio otra palmada y las puertas se cerraron. Odessa se tapó la boca con la mano. Se encontraba expuesta contra la estantería. Podrían verla. Sintió la Pluma golpeando bajo su ropa pero no se atrevía a utilizarla por miedo a que provocara un destello de luz que delatara su presencia. Por suerte estaba justo en la sombra que arrojaba uno de los hombres pero no podía quedarse allí mucho más tiempo.

Las oscuras figuras no prestaban ni la más mínima atención a lo que ocurría a su alrededor. Empezaron una fuerte discusión.

—¡El rayo de luz! ¿Lo visteis?

—¡Por supuesto! Se podía ver a kilómetros de distancia.

—Mabarak se enterará de que el Verdadero se encuentra en Scribópolis.

—Tal vez sus husmeadores ya estén en camino.

—Rompieron el candado de Iciar. Los gnorks han dejado un rastro de destrucción por la ciudad.

Odessa se dio la vuelta, tanteó entre los libros, buscó apoyo para sus pies y trepó por

la estantería. Se movía con una extremada lentitud por miedo a tirar algún libro o a que la balda crujiera bajo su peso.

–¡Mabarak tiene el Mortero de los Titanes!

–Nadie sabe dónde está Librus.

–Han robado la Pluma y el Verdadero no se da a conocer.

–Mabarak está tensando la cuerda. ¡Sólo es cuestión de tiempo que tenga todo en su poder!

–¡El final de los tiempos está cerca!

Odessa empezó a resoplar. Miró hacia abajo; estaba a cinco metros del suelo, una altura suficiente. Se acurrucó en una balda medio vacía, aprisionada entre los libros. Si no se movía no la verían.

–El sometimiento total de la tierra está cerca.

–¿Y qué hace Shakespeare?

–¡Puf! ¡Shakespeare!

–¿Cuánto tiempo más tiene que pasar para que se decida a hacer algo?

–¿Cuánto tiempo más va a quedarse al margen mirando mientras Mabarak despliega sus siniestros planes?

–Ha perdido el control.

–Es demasiado indulgente.

Hubo un murmullo de aprobación.

El hombre que había salido por la primera puerta, y que parecía el jefe, habló por primera vez y lo hizo con una voz cascada que infundía respeto. Odessa ya había oído aquella voz pero no lograba identificarla.

–Tal vez haya acabado el tiempo de Shakespeare. Tal vez deba ceder el sitio a una línea más enérgica.

Odessa no daba crédito a sus oídos; ¡una conspiración contra Shakespeare!

–No podemos darle de lado sin más –sugirió alguien–. Es nuestro mejor escritor y un buen dirigente.

–En tiempos de paz –dijo el de la voz cascada–. Ahora hay guerra. Shakespeare es demasiado indulgente. ¿Visteis cómo defendió a aquella niña? A la niña de ayer.

Hubo un murmullo de aprobación.

–Fue una equivocación.

–Pero no podemos darle de lado sin más, ¿no es así? Siempre es el que más votos obtiene.

–Dentro de poco tendrá lugar el Ritual de Inmortalidad. A veces ocurren accidentes.

Hubo un largo silencio.

Odessa contuvo la respiración. ¡Querían asesinar a Shakespeare!

–¿Y si Shakespeare tiene razón? –protestó alguien–. Él dice que debemos ser pacientes. Dice que el Verdadero hará frente a Mabarak.

–Nadie hace frente a Mabarak. El Verdadero no puede con Mabarak. Mabarak es

demasiado fuerte. Es el dueño de la palabra. Persuadirá al Verdadero. Le manipulará sin que siquiera se dé cuenta.

—Shakespeare dice...

—Shakespeare está en las nubes. El Verdadero no puede caer en las manos de Mabarak. El Verdadero traerá la desgracia al mundo. Es la caja de Pandora. Tenemos que encontrarlo antes que Mabarak.

—Pero Shakespeare es un hombre inteligente. ¿Y si tiene razón? ¿Y si sabe más que nosotros?

—Shakespeare no sabe de lo que habla. Incluso aunque el Verdadero no colaborara con Mabarak, es un peligro para el mundo. Ya sabéis cómo son los chicos: el poder se le subirá a la cabeza y se convertirá en un nuevo y peor Mabarak.

A Odessa le habría gustado decir: «Dejar de hablar mal de Shakespeare. Yo soy la Verdadera y no trabajaré para Mabarak, antes preferiría morir». Pero mantuvo la boca cerrada para que ese «morir» no ocurriera antes de lo que ella quisiera.

El hombre de la voz cascada retomó la palabra. Habló despacio como si hubiera pensado mucho sus palabras.

—¿No es mejor que muera una sola persona a que desaparezca todo Scribópolis?

Odessa se golpeó la cabeza con la balda de arriba. Apretó los dientes para ahogar un grito.

Hubo un largo silencio.

—Eso es asesinato.

—Asesinato, tal vez. Necesario, seguro. El Verdadero es una amenaza para la supervivencia de Scribópolis.

Odessa apenas se atrevía a respirar. Estaban preparando un asesinato, el asesinato del Verdadero, ¡su asesinato!

Si ellos supieran que estaba allí, no tardarían en pillarla. Al principio no caerían en la cuenta de quién era, pero encontrarían la Pluma y no tardarían en comprender que ella era la Verdadera y ejecutarían de inmediato sus siniestros planes.

Dejó de sentirse a salvo. Debía trepar más alto.

—Todos vosotros conocéis el poder de Mabarak. Si no encontramos al Verdadero antes que él... —el hombre de voz cascada medía mucho sus palabras—. Si no encontramos una solución definitiva al problema que supone para el mundo la existencia del Verdadero, nuestra vida y la de Scribópolis dejará de tener sentido.

Odessa salió con cuidado de su escondite. Estiró las piernas hasta que sus pies encontraron un apoyo. Se movió con más lentitud que hacía un rato. Sus pies alcanzaron una balda. Con una lentitud extrema trepó por la pared de libros.

Alguien levantó la voz.

—¿Acaso el lado oscuro se ha instalado en vuestro corazón? ¡Somos escritores! ¡No asesinos!

Pero el hombre de voz cascada no perdió su sangre fría.

—Tenemos que atrevernos a ver la verdad: con el Verdadero, el mundo está en peligro. Sin el Verdadero el mundo está equilibrado. Sin el Verdadero, la Pluma no es más que un simple instrumento de escritura y Librus no es más que un fajo de papel.

—¡Pero estamos hablando de asesinato! ¿Y si nos equivocamos? Nuestras manos estarán manchadas con sangre inocente.

—Exacto. Pero ¿qué importa la sangre de un solo inocente frente a la salvación del mundo?

Hubo silencio.

Odessa se encontraba a diez metros del suelo, esa altura era suficiente. Había encontrado otra balda en la que cobijarse cuando, a cuatro metros a su derecha, un libro comenzó a iluminarse. Probablemente un libro de cocina perdido que aprovechaba su presencia para ser leído.

—¡Ahora no! —susurró ella.

El libro comenzó a brillar con más intensidad contento de que Odessa lo hubiera visto.

—¡No! —exclamó entre dientes—. ¡No lo hagas! ¡No te quiero!

Pero el libro brilló aún más como una estrella solitaria en el cielo.

No quedaba más remedio que ir hacia allí. Si continuaba brillando, los conspiradores lo verían sin duda. Odessa se agarró al lateral de la estantería y fue deslizándose los pies por las baldas. Tuvo que meter la tripa para pasar algunos libros que sobresalían demasiado.

—¡Estúpido libro de cocina!

Si caía no tendrían ni que asesinarla; el hombre de la voz cascada se alegraría: ¡niña pequeña muere al estrellarse contra el suelo y el mundo se ha salvado!

Un poco más. Estaba a punto de llegar.

Con un pie en la balda y el otro balanceándose en el aire, se estiró hasta tener dolor de espalda. Sus dedos tocaron el libro que de inmediato dejó de brillar. Tenía un tacto diferente al resto de los libros; era evidente que no estaba en su lugar. Se disponía a sacarlo cuando uno de los conspiradores dijo: «¡Escuchad!».

Odessa se quedó rígida con una pierna en el aire y los dedos en el lomo del libro.

Los conspiradores aguzaron los oídos.

A Odessa estaba a punto de que le diera un calambre, pero no se atrevió a moverse. No podía soltar el libro porque volvería a brillar.

El silencio parecía eterno.

Hasta que de pronto, en la lejanía, resonó la pata de palo de Melville.

—Debemos darnos prisa —dijo el hombre de la voz cascada—. Melville está haciendo la ronda.

La discusión volvió a desatarse.

—Nunca se ha cometido un asesinato en Scribópolis.

Odessa sacó el libro de la estantería de un tirón y se lo puso entre los dientes. Lo mordió más fuerte de lo necesario.

Debía volver al hueco de la estantería. ¡Cuánta molestia por un estúpido libro de

cocina!

El hombre de la voz cascada abrió su manto. Ella vio el destello de un hacha en su cinturón. ¿Era Dostoievski? ¿No llevaba él una? No le sorprendía; si había alguien que quisiera destronar a Shakespeare, ése era él.

—Eso lo hace doblemente interesante —dijo el hombre del hacha—. Somos escritores. Un asesinato nos proporcionará material nuevo para escribir. Es un experimento interesante que puede enseñarnos mucho sobre el alma humana, sobre cómo tratar con el crimen y el castigo.

Odessa estaba a punto de vomitar. ¿Qué? ¿Dostoievski sería capaz de cometer un asesinato para poder escribir sobre ello?

Dejó el libro en la balda vacía en la que iba a esconderse y se acomodó. Quería leer el título pero estaba demasiado oscuro. Lo guardó rápidamente en su mochila por miedo a que volviera a brillar.

El sonido se acercó.

—¿Dónde estáis? —resonó la voz de Melville entre las estanterías—. ¿Acaso pensáis que os tengo miedo? ¡Señoritas de agua dulce! ¡Ja, ja, ja!

—En verdad, comprendo que haya reparos —dijo el hombre de voz cascada—, pero es la única solución razonable. Debemos apartar de esto a Shakespeare, debemos encontrar al Verdadero y eliminarlo. Pensadlo.

Dio unas palmadas y las puertas se abrieron.

Los conspiradores hicieron un misterioso gesto y tan rápido como habían aparecido desaparecieron cada uno por su puerta.

Apenas se había cerrado la última cuando Melville apareció echando espuma por la boca. En una mano llevaba una red y en la otra un arpón.

—¡Infames traidores! ¡Cómo os encuentre...! ¡Os echaré a los peces como alimento!

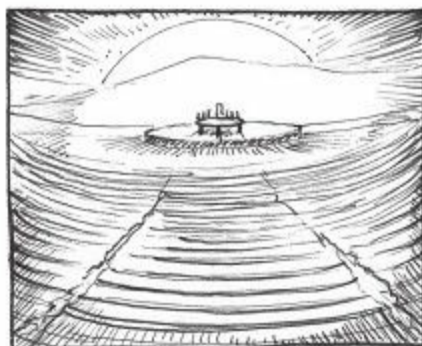
Odessa suspiró con alivio.

Melville hurgó con su arpón en las estanterías.

—¿Qué? ¿Todavía os oigo?

Y lanzando una última mirada furiosa, como siempre, se marchó.

El llamamiento al anfiteatro



Al día siguiente, la campana sonó temprano en señal de que todo el mundo debía reunirse en el anfiteatro. El sol aún estaba bajo pero todo indicaba que iba a ser un día muy caluroso.

Odessa siguió la corriente de estudiantes y profesores por las calles. Podía ver sus caras de confusión.

¡Habían encontrado al Verdadero! ¡Él salvaría Scribópolis! ¡Los protegería contra Mabarak! Pero la alegría no tardó en dar paso al miedo.

Si el Verdadero iba a salvarlos, ¿por qué no se había dado a conocer? ¿Se habría puesto del lado de Mabarak? ¿Estaría con él, reclinado sobre Librus atentando con la Pluma?

El miedo, a su vez, dio paso a la decepción y a la envidia porque, fuera quien fuera el que aquella noche hubiera robado la Pluma, eso sólo podía significar una cosa: no era ninguno de ellos. Así que todos los chicos se habían quemado la mano para nada. Fuera quien fuera el afortunado, él había hecho añicos su sueño.

En la entrada del anfiteatro había gran afluencia de gente. Los profesores retenían a todo el mundo, pedían a todos los estudiantes que se desataran los vendajes y exploraban los brazos en busca de quemaduras recientes.

Odessa se puso en la cola.

—¡La Pluma ha desaparecido! —susurró un chico.

—¡Ay, no! —respondió Odessa también en susurros—. ¿Quién ha sido?

—El Verdadero, por supuesto.

—¿Ya se saben quién es?

—No quiere darse a conocer.

—¡Ay, no! —exclamó llevándose las manos a la cara.

¡Imbéciles!

Entre tanto, Odessa había llegado al principio de la cola. Extendió las manos hacia Kafka.

—Sigue andando —dijo él con fastidio—. ¡Eres una chica!

—¿Y qué? —preguntó Odessa poniéndole las manos bajo la nariz en gesto desafiante. No había ni rastro de quemaduras.

—¡No tengo tiempo para estas tonterías! —exclamó Kafka apartándola y explorando al siguiente chico.

Odessa vio a Orfeo un poco más allá y estaba siendo inspeccionado por el propio Dostoievski.

—Esperemos que el Verdadero no seas tú —oyó que espetaba Dostoievski mientras estudiaba detenidamente los brazos de Orfeo que mantenía una notable calma.

Poco después buscaban juntos un sitio en el anfiteatro.

Tuvieron que empujar a la gente. El ambiente estaba tenso.

Odessa se alegró de poder sentarse al lado de Orfeo; si había alguien a cuyo lado se sintiera segura, ése era él. Admiraba su perseverancia, su serena devoción por su amada, su tranquilidad, su paz. Podía aprender muchísimo de él.

Pero ahora le ocultaba un secreto. ¿Y si le decía que ella era la Verdadera? Él, por supuesto, jamás la creería. No podía negarle la razón; apenas era capaz de sacar un rábano de un libro. Parecía casi una broma. ¿Cómo iba a ser el Verdadero alguien como ella?

—¿Qué ocurre? —preguntó él como si pudiera adivinarle el pensamiento.

Ella dudó.

—¿Qué tal está Eurídice? —preguntó. Se sentía como una cobarde—. ¿Tiene ya algo de color en las mejillas?

—Esta mañana no he tenido tiempo de verla. Iré después.

—Salúdala de mi parte.

—Gracias, lo haré. Tal vez ése sea el pequeño detalle que necesita para volver a la vida.

Continuó con los ojos fijos en ella como si quisieran decir: «¿Seguro que no pasa nada?».

Ella se armó de valor y abrió la boca, pero la voz de Dostoievski atronó en el anfiteatro.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores!

En el anfiteatro se hizo un silencio absoluto. Todos esperaban que Dostoievski tuviera noticias liberadoras.

—¡Esta noche han robado la Pluma!

Por todas partes resonaron «Ay, no» y «Estamos condenados».

«¡Qué comediantes!», pensó Odessa. «Como si no lo supieran.»

—¡Silencio! —bramó Dostoievski.

El murmullo se acalló.

—La búsqueda de quemaduras no ha dado fruto. ¡El autor no está entre nosotros!

«¿A no?» Tuvo que contenerse para no levantar la mano y saludar: «¡Hola! ¡Aquí estoy!».

—Y si el autor no está entre nosotros, la conclusión que sacamos es irrefutable: ¡quien ha sacado la Pluma de la Piedra no es el Verdadero sino un ladrón! Un ladrón rastrero, malvado y despreciable que ha robado la Pluma con artimañas y astucia. ¿Y cuál es su plan? Llevar la Pluma a Mabarak. Vimos su señal: un rayo elevándose en el cielo. ¡Visible a kilómetros de distancia! Seguro que Mabarak entendió el mensaje. Sabe que la Pluma ha salido de la Piedra y no descansará hasta tenerla en su poder —Odessa sintió la Pluma ardiendo bajo su ropa, contra su piel—. Pero esta noche han ocurrido más cosas. El mismo ladrón malvado, astuto y canalla que robó la Pluma... —«Niña de ayer, ladrona canalla», ya podían inventarse otra forma de llamarla, como la Verdadera, por ejemplo— ...¡ese mismo infame cómplice de Mabarak, forzó esta noche el candado de Iciar permitiendo la entrada de gnorks en nuestra querida ciudad!

Se desató el pánico.

—¡Que no cunda el pánico! —bramó Dostoievski.

El pánico aumentó.

—¡Que no cunda el pánico!, he dicho.

El bullicio enmudeció.

—Lancelot y sus caballeros de la mesa redonda vencieron a los gnorks, los hicieron retroceder, los apresaron y los despedazaron. El peligro ha cesado.

Hubo fuertes aplausos.

Dostoievski levantó una mano.

—No hay ningún motivo para alegrarse; muchos caballeros resultaron heridos quedando fuera de combate. Mabarak nos ha infligido un duro golpe esta noche, y el ladrón hará cuanto esté en su mano para llevarle la Pluma. Y cuando Mabarak tenga la Pluma y a Librus, estará un paso más cerca de su plan último: ¡el sometimiento de todo ser vivo! ¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! ¡Debemos encontrar al ladrón antes que Mabarak! No debemos descansar hasta encontrar a esa rata traidora... —«Y yo sé por qué», pensó Odessa. «Para asesinarla. Para asesinarme.»— ...y hacerle pagar por tan infame delito.

Se desataron vítores y abucheos.

Odessa miró a su alrededor. Si alguien llegara a enterarse de que tenía la Pluma, la lincharían en el acto.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Aparte de todas estas noticias sombrías también hay buenas nuevas: me enorgullece que hayamos podido convencer, no sin dificultad y tras hacer numerosas promesas, a los dos detectives más famosos de todos los tiempos para que salgan de sus libros. Les presento a... Sherlock Holmes.

Un hombre alto y delgado con una gabardina que llevaba un rato mirando desde un lateral dio un paso al frente. Llevaba una gorra con dos orejeras unidas sobre la cabeza con un lazo. Sacó la pipa de su boca e hizo una rígida inclinación, tras lo cual volvió a meter la pipa en su boca. Una llamativa nariz ganchuda destacaba en su cara alargada.

Sonó un efusivo aplauso.

—...y Hércules Poirot.

Un hombre pequeño y gordo con un traje bien cepillado, sombrero de paja y bigote rizado hacia arriba, dio un paso al frente. Sonrió sutilmente e hizo una breve inclinación de cabeza.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! ¡Cedo la palabra a nuestros venerados detectives!

Dostoievski hizo una inclinación y retrocedió unos pasos.

—Señor Holmes —dijo Hércules Poirot con cortesía—, ¿cuáles han sido sus hallazgos en este asunto?

Sherlock Holmes sacó la pipa de su boca. Sobre su gran nariz destacaban los ojos inteligentes y penetrantes con los que miró a su colega de forma aguda.

—El asunto es sencillo, mi querido Poirot. En vista de los arañazos en la parte interna del candado del que fue liberada Iciar, el mecanismo fue abierto por dos pequeños objetos de metal doblados, lo que me haría sospechar, de no ser por la reiterada seguridad de Dostoievski de que el autor sólo puede ser un chico, que ambos objetos, no demasiado grandes y de punta doblada, son las horquillas de una niña pequeña, una rosa y la otra azul celeste.

Odessa tragó saliva. Aún llevaba las horquillas. Simuló que le picaba la cabeza e intentó esconderlas entre el pelo.

—Impresionante —dijo Hércules Poirot—. De modo que dos horquillas. Pero el ladrón, mi querido Holmes, ¿qué sabe usted del ladrón?

—Mi querido Hércules, la cantidad de arañazos y su forma indican claramente que el ladrón, si bien sabía lo que hacía, no disponía de la habilidad de sus colegas adultos y más experimentados. Los temblorosos y nerviosos movimientos de muñeca que muestran los arañazos remiten a la mano insegura de alguien joven, yo estimo que de unos doce años, diestro, de metro cuarenta y cinco de altura, treinta y ocho kilos de peso.

Odessa se puso roja como un tomate. Creyó que todo el mundo la miraba pero por suerte todos los ojos se dirigían a los detectives.

Sherlock Holmes se dirigió a Hércules Poirot.

—¿Y cuáles son sus hallazgos, mi querido Hércules?

—Mi querido Sherlock —respondió Poirot rizando su bigote—, en lugar de andar observando candados con una lupa o gatear entre polvo, prefiero resolver este misterio desde mi sillón utilizando esto de aquí —se dio unos golpecitos en la frente—, mis pequeñas células grises. ¿Qué sabemos del ladrón? ¿Qué planeaba? ¿Qué intenciones tenía? ¿Tuvo una infancia difícil? ¿Por qué abrió primero a Iciar para después volver a rodearla con la cadena? Todo eso me evidencia que el autor no sabía lo que estaba haciendo. Es más curioso que inteligente, más caprichoso que organizado. Actúa sin pensar para después arrepentirse. En otras palabras, buscamos a alguien al que le importan un pepino las normas y no sabe qué lugar ocupa en el mundo —dijo

entrecerrando los ojos—. Me apuesto el bigote a que el autor tiene una relación complicada con su madre, suele hablar en alto consigo mismo y busca una fuerte figura paterna.

Odessa tragó saliva. Por suerte Dostoievski había logrado convencerles de que el ladrón sólo podía ser un chico. Sin querer apoyó la mano en el brazo de Orfeo. Él lo permitió.

Dostoievski se acercó dando grandes aplausos al micrófono. Los dos detectives hicieron una inclinación y se apartaron.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Mientras nuestros dos intrépidos sabuesos agarran al autor por el pescuezo, a nosotros nos espera una difícil tarea. El poder de Mabarak crece día tras día: tiene el Mortero de los Titanes, busca a Librus y han robado la Pluma. Como no puede ser de otro modo, ambos estarán en breve en su poder. Y no olvidemos a la traidora Calíope.

Si volvía a insultar otra vez a su madre, iba a saber lo que es bueno, fuera o no un escritor famoso.

—Pero todavía hay más. Aún no se ha hecho un inventario completo de los daños causados por esos gnorks, pero ya sabemos que algunas importantes obras de la sección Monstruos y animales mitológicos, como *Hijos de Drácula*, *Teseo y el Minotauro* y *Manual de supervivencia del zombi*, han sido robadas. Faltan todos esos libros.

Odessa podía oír a los estudiantes tragando saliva.

—Todo indica que Mabarak prepara un ataque frontal con los monstruos más horribles que la literatura haya producido jamás.

Un escalofrío recorrió el anfiteatro.

Dostoievski apoyó un codo en el atril y se inclinó hacia delante.

—¿Y el Verdadero? ¿Y el Salvador en el que habíamos puesto nuestras esperanzas? —rió con desprecio—. Si el que ha robado esta noche la Pluma ha sido el Verdadero, ¡es un ladrón! ¡Un desertor que simpatiza con el enemigo! ¡Un cobarde que no se atreve a darse a conocer! ¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Es una decisión complicada pero debemos atrevernos a afrontar la verdad: la paz ha fracasado. ¡Debemos prepararnos para la guerra total!

Hubo un vacilante aplauso.

«Ya empieza de nuevo», pensó Odessa. «Él y su guerra total, no hay nada que más desee.» Esperaba que Shakespeare interviniera pero estaba sumido en sus pensamientos. Parecía deshecho por los acontecimientos de la última noche.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Por supuesto, esta inevitable, única y adecuada decisión no puedo tomarla yo solo. Por eso cedo la palabra a Shakespeare. Como presidente del Consejo de Escritores le corresponde a él el honor de decidir dónde y cuándo iremos a la guerra.

Dostoievski se sentó entre fuertes aplausos. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

Shakespeare dio unos pasos hacia delante. Cosechó también aplausos pero menos

fuertes que los de Dostoievski.

–Estudiantes, colegas –su voz sonaba cansada–, los acontecimientos de esta noche nos han conmovido profundamente a todos. Oscuras nubes se ciernen sobre Scribópolis. Como acaba de decir mi eminente colega Dostoievski, cuya sabiduría y sagacidad están fuera de toda duda: el poder de Mabarak crece por momentos y amenaza la supervivencia de Scribópolis. La llamada a la guerra cobra fuerza. Una guerra total parece algo inevitable.

«No lo hagas», pensó Odessa, «no te rindas, no le des la razón a Dostoievski».

La voz de Shakespeare sonó de pronto mucho más firme.

–Pero la guerra jamás es una solución. La guerra es el último recurso para la gente que no dispone de palabras. La guerra siempre es una derrota. Sueño con un tiempo en el que la humanidad mire al pasado con asombro y no comprenda por qué hubo guerras. Por eso mi decisión está tomada: en estos tiempos difíciles debemos, más que nunca, esperar y confiar en el Verdadero.

Dostoievski se puso rojo como un tomate.

–Pero, estimados colegas –resonó su voz por el anfiteatro–, el Verdadero no se ha dado a conocer. ¡Es un ladrón! ¡Es un cómplice de Mabarak! –Shakespeare se dio la vuelta hacia Dostoievski–. Mi querido Dostoievski, su preocupación y devoción por Scribópolis son admirables y están fuera de toda duda, pero ahora debemos tener confianza. El Verdadero tiene sus motivos para no darse a conocer. Debemos respetarlo. Estudiantes, colegas, mi decisión está tomada: mientras yo sea presidente, no habrá guerra.

Dostoievski echaba fuego por los ojos. Odessa podía leer sus pensamientos: «¡Ya nos encargaremos de eso!».

Shakespeare se dirigió al público.

–Esta noche se realizará la segunda prueba según lo planeado. Os esperamos a todos en el anfiteatro a las seis. Sé que vuestra paciencia se está poniendo a prueba pero aguantad, confiad y preparaos. Mucha suerte.

Todo el mundo abandonó el anfiteatro.

Fuera había pequeños grupos de estudiantes discutiendo qué escribirían en Librus si tuvieran la Pluma.

Stulo, el chico con el pelo cortado en forma de pluma también estaba allí, al igual que Wiki.

–Yo escribiría que todo el mundo era igual de rico –dijo un chico–, y que vivía en casas igual de grandes, y llevaba la misma ropa y no hacía nada que no permitiera la ley.

–¡Qué aburrido! –exclamó Wiki.

Otro chico dijo que escribiría que todas las chicas estaban enamoradas de él.

–¡Puag! –soltó Wiki–. Como si eso le hiciera a uno feliz.

Stulo dijo que escribiría que él era el más rico, y adquiriría fortuna y fama, pero que

para eso no necesitaba ningún libro.

–¡Claro!, por los musculazos que tienes –añadió Wiki en tono de burla.

Y así continuaron.

–¿Qué escribirías tú? –preguntó Odessa a Orfeo. Sentía curiosidad.

–No utilizaría a Librus –respondió Orfeo–. No tengo ninguna necesidad de decir a la gente lo que tiene que hacer. ¿Y tú?

–Yo escribiría que encuentro a mi padre. ¿No escribirías que Eurídice vuelve a la vida?

Ella vio que dudaba.

Él se levantó.

–Voy a cantarle algo –dijo.

Ella dejó que se fuera; debía respetar el tiempo que pasaba con su amada. Mientras, podía prepararse mejor para la segunda prueba.

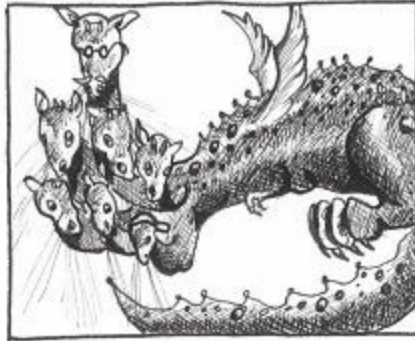
Casi había olvidado la segunda prueba, la de los rabanitos. Aquella noche la Verdadera iba a ponerse en ridículo. Ya se veía ante un anfiteatro repleto con un rábano arrugado en la mano. ¡Era tan frustrante!

No le apetecía nada practicar. Intentó autoconvencerse de que aquello podía esperar. Antes quería ir a pedir consejo al Oráculo. Éste determinaría si era seguro formar parte de la expedición, y si decía que no debía ir, ya no tendría sentido seguir practicando y se libraría de una vez de aquellos estúpidos rábanos.

Ludo A. le contó que el Oráculo residía en una gruta que se encontraba en una meseta del desierto a tres horas de distancia a pie. Dijo que estaba loca por querer ir a visitar a aquel dragón pero que si llevaba suficientes puros para el camino, estaba dispuesto a guiarla.

La ciudad continuaba totalmente alterada; todos se afanaban por encontrar al infame ladrón, así que nadie se fijó en una niña pequeña y un pájaro que salían sin llamar la atención por las puertas de la ciudad para dar un paseo en una tarde veraniega.

El Oráculo de Delfos



A Odessa le costaba avanzar por la arena suelta del desierto. El sol estaba alto. La ropa se le pegaba al cuerpo. Tenía la boca pastosa por la sed. Ludo A. iba sobre su hombro a la sombra de su cabeza.

El destino del mundo le pesaba sobre los hombros: Mabarak pretendía utilizarla para sus oscuros planes, los conspiradores querían asesinarla y más tarde tendría que realizar la segunda prueba con un libro sobre rábanos y todo el mundo se reiría de ella.

Habían ocurrido tantas cosas desde que practicó con Orfeo, que casi había olvidado que sólo podía hacer aparecer rábanos. Comenzó a darse cuenta de que nunca lograría superar la segunda prueba. «Soy la Verdadera», masculló, pero a cada paso que daba se sentía más y más pequeña. Su única esperanza era que su padre volviera a ayudarla como hizo en la primera prueba, pero... ¿era ella digna de él?

Al cabo de dos horas llegaron a la meseta. Tras una dura ascensión por piedras irregulares en la que Odessa había estado a punto de quemarse la mano por la elevada temperatura de las rocas, Ludo A. dio el alto.

—Aquí es —dijo él.

Señaló la entrada de una gruta.

Allí dentro se encontraba el Oráculo, un dragón con siete cabezas.

Odessa dudó. Él se había comido a una anciana. ¿Estaba bien de la cabeza? Pero ya que había llegado hasta allí, regresar era una tontería, ¿y no la había precedido Shakespeare?

Entró en la gruta.

El deseo de que en la gruta refrescara un poco se hizo añicos de inmediato. Había un calor humeante queapestaba a azufre. Odessa se abrió camino con los brazos extendidos entre los jirones de bruma. El pasadizo se abrió a un espacio amplio. En el suelo había alfombras agujereadas por el fuego a través de las cuales se filtraba un vapor amarillo y morado.

Odessa se quedó paralizada. Desde el otro lado de la gruta la miraban doce ojos rojos

como el fuego. Retrocedió unos pasos.

Pero era demasiado tarde: seis cabezas de dragón se abalanzaron sobre ella como serpientes que la olfateaban por todas partes. De los agujeros de su nariz salía un tufo a azufre tremendamente desagradable. Al final de cada cuello, que no parecía tener fin, había dos pequeños brazos como los de los *Tyrannosaurus rex*.

Una de las cabezas intentó apartar a las demás. Parecía mayor que las otras y llevaba unas pequeñas gafas y un fino bigote.

—¡Tranquilos, chicos! —dijo con una voz tan grave que hizo temblar los muros—. No tenemos por qué comernos a todo el que pasa por aquí. Es una niña pequeña. ¡Mirad que bracitos! ¡Apenas tienen carne!

—¡Tú no te metas, viejo! —bramó otro—. ¡Es jugosa! Ya tuvimos que dejar marchar a Shakespeare.

Una de las cabezas se lanzó sobre Ludo A.

—¡Hum! ¡El postrecito!

—¡Un canario! —exclamó otra cabeza.

—Delicioso con ciruelas.

Por la comisura de sus bocas salía una baba pegajosa que caía siseando al suelo.

—Hum —dijo Ludo A. sin inmutarse—. Dragón de siete cabezas, delicioso con perejil en las orejas y una manzana en la boca. Y hay suficiente para todos.

Odessa temió que Ludo A. hubiera firmado su sentencia de muerte, pero las cabezas de dragón se echaron a reír mostrando sus dientes podridos. Ella se tapó los oídos. La gruta retumbaba con tanta fuerza que caían trozos de roca.

Fue entonces cuando Odessa vio la última cabeza. Parecía bastante más joven que las demás y llevaba una gorra con la visera hacia atrás. Estaba en un rincón jugando con sus cortos brazos con algo parecido a una Game Boy. Odessa podía imaginar cuál había sido la suerte del niño al que debió pertenecer.

—¿Qué quieres, niña humana? —preguntó la cabeza más anciana.

Odessa se armó de valor.

—Vengo a ver al Oráculo de Delfos.

—¿El Oráculo de Delfos? ¿A esa anciana? —preguntó otra de las cabezas.

—Nos la comimos.

—¡Puag!

—¡Qué mal sabía!

—¡Era demasiado vieja!

—Un trapo rancio.

—La tuvimos tres días en el estómago.

—¡Qué fastidio! —exclamó Ludo A. con frialdad.

—Ahora estamos aquí y tenemos que predecir el futuro a cualquier niño idiota humano que pase.

Las cabezas pululaban alrededor de ella.

–Por suerte...

–...de vez en cuando...

–...nos comemos...

–...a uno.

–¡Tranquilos! ¡Tranquilos! –dijo la más vieja intentando echar hacia atrás al resto de las cabezas–. Debes perdonarlos, mi querida niña. Mis hermanos son molestos y maleducados, pero yo no puedo hacer nada; son familia y estoy unido a ellos.

–Déjanos al menos ese gorrión, viejo. Hace mucho que no probamos un manjar así. Le crujiremos como a un bombón.

Las cabezas se lanzaron de nuevo sobre Ludo A., que no movió un músculo.

–Escuchadme, chicos –advirtió Ludo A. encendiendo un puro–. Sois viejos, puedo comprender la equivocación, pero como volváis a decir gorrión una vez más, haré una barbacoa y os puedo adelantar que no será un pájaro lo que esté en el menú.

Las cabezas abrieron la boca para decir algo pero Ludo A. se les adelantó.

–Odessa, ¿continúas tú despachando con estos blandengues? Yo voy a jugar un poco con ese crío del rincón –dijo antes de salir volando hacia la cabeza más joven.

Ya que estaba sola, decidió hacer la pregunta que le había llevado allí.

–Según la leyenda, una vez nacerá un niño –dijo ella–, que reunirá todos los poderes y amansará a Librus. ¿Soy ese niño?

Las cabezas miraron a Odessa sin comprender.

–¡Eres demasiado pequeña!

–¡Y hueles tan raro!

–¡Oye! ¡Un poco de educación! –exclamó Odessa–. Sólo quiero saber si soy el Verdadero.

–¡Eres una niña!

–¡La predicción habla de un niño!

–Sí, sí –dijo Odessa–, pero la predicción habla de Luno y eso no encaja porque es Luna, así que se trata de un Ella en lugar de un Él y por tanto también puede ser una niña.

–¿El Verdadero? ¿Una niña?

Las cabezas estaban tan cerca de ella que temió que sus babas fueran a quemarle los zapatos.

–¿Y tú eres una niña?

–La última vez que miré, sí –respondió nada dispuesta a permitir que jugaran con ella–. Quiero que respondáis. Os comisteis al Oráculo de Delfos, sus poderes pasaron a vosotros y estáis obligados por leyes antiquísimas a responder a mis preguntas.

–Tiene razón –dijo la más vieja de las cabezas–. Debemos responder a sus preguntas –se dirigió a Odessa–. Puedes hacernos una pregunta a cada una, lo que supone siete preguntas, pero yo no contaría con la más joven, no dice una palabra sensata.

Así que seis preguntas.

Por supuesto, Odessa quería saber ante todo quién era su padre, pero le asustaba la respuesta, así que pretendía dejar esa pregunta para el final.

—Cabeza uno —empezó a decir ella bajando la voz y hablando muy despacio—, imaginaba que debía hacerse así—. ¿Pasaré la segunda prueba?

A la cabeza se le pusieron los ojos en blanco como si estuviera en trance. El cuello se sacudía como si tuviera algo dentro del cuerpo que buscara una salida. Odessa temió que fuera a devolver y se tapó la cara con las manos. La cabeza abrió la boca y soltó un sonoro eructo seguido por una humareda amarilla que apestaba a azufre. Odessa se tapó la nariz. ¡Puag! Podía cepillarse de vez en cuando los dientes. El resto de las cabezas miró la humareda que se deshizo poco a poco en jirones formando letras. «S» e «í». Sí.

De modo que sí, que pasaría la segunda prueba. Se quitó un peso de encima. No tenía ni idea de cómo pero no debía preocuparse, al parecer todo iba a salir bien. Por suerte, no había perdido el tiempo practicando con aquel estúpido libro de rábanos.

Entre tanto no perdía de vista a Ludo A., que jugaba con la cabeza más joven. Quería decirle con señas que dejara tranquila a aquella cabeza, pero parecía fascinado con el videojuego.

—¿A qué juegas? —oyó que le preguntaba.

—A Mabarakito —respondió el joven—. Tienes que introducir a un héroe que luchará contra Mabarak y sus husmeadores, pero él siempre gana. Nunca he encontrado a nadie lo bastante fuerte —hizo un gesto con la cabeza hacia Odessa—. ¿Cómo se llama tu amorcito?

—Ella no es mi amorcito —respondió Ludo A.—. No es más que una chica que conozco.

—¿Cómo se llama? ¿Qué número de pie calza?

La cabeza joven metió sus datos.

Odessa se asustó cuando la segunda cabeza estuvo a punto de apoyar la nariz contra la suya.

—¿Y bien? ¿Vas a decir algo? —bramó él.

Le apartó. ¡Qué cosa más horrible!

—Vale..., tengo una pregunta —dijo ella volviendo a bajar la voz—. ¿Es Dostoievski el jefe de la conspiración?

Ella sospechaba cuál sería la respuesta pero quería asegurarse.

Los ojos de la segunda cabeza se pusieron en blanco, palideció por completo y le entraron arcadas más fuertes que a la primera. Odessa creyó que se iba a poner mala. Abrió la boca, carraspeó de forma insufrible y echó una humareda que volvió a deshacerse formando una «s» y una «í».

¿Lo ves? ¡Lo sabía! Ella había reconocido el hacha que Dostoievski llevaba en el cinturón. ¡Ay, ese astuto, ruin, tramposo, falso, sinvergüenza jugador a dos bandas! ¡Debía informar a Shakespeare lo antes posible!

La siguiente cabeza se acercó de forma peligrosa. Debía inventar una pregunta rápidamente. Desde que era muy pequeña había tenido aquella visión de una familia feliz:

su madre y su padre juntos, sentados en un banco mientras ella, una adorable niña pequeña, jugaba a sus pies en la hierba bajo la luz del sol poniente.

–Cabeza tres –dijo ella con voz grave–, ¿se reconciliarán algún día mi madre y mi padre?

Los ojos de la tercera cabeza se pusieron en blanco y echó una enorme humareda que se convirtió en un t, una u, una p, una a... T-U-P-A-D-R-E-Y-T-U-M-A-D-R-E-Y-A-E-S-T-Á-N-J-U-NT-O-S.

–¿Qué? ¿Que su madre y su padre estaban juntos? Eso era imposible, ¿verdad? Su madre había sido secuestrada por Mabarak. Shakespeare estaba en Scribópolis. ¡Aquel dragón desvariaba! ¿O Shakespeare también había sido secuestrado por Mabarak? ¿O Shakespeare no era su padre? La cabeza comenzó a darle vueltas. ¿Su padre era otro escritor? ¿Y ese escritor entonces, al oír que Calíope había sido secuestrada, había ido al castillo de Mabarak como un héroe clandestino, totalmente solo, para salvarla? Odessa no sabía qué pensar.

–¿Tienes más preguntas o te como sin más? –gruñó la cuarta cabeza.

Ella la miró con enfado. Aquel dragón le estaba tomando el pelo. Ya no se fiaba de sus respuestas. Tenía que ponerle a prueba, hacerle una pregunta cuya respuesta ya supiera, y sólo había una de cuya respuesta estuviera segura al cien por cien.

Volvió a bajar el tono de voz.

–Cabeza cuatro, ¿encontraré alguna vez a mi padre?

–No –respondió la cabeza, que se alejó zumbando.

–¡Eh, vuelve aquí! –gritó Odessa–. ¡Estás haciendo trampa! ¡Debes poner los ojos en blanco y eructar una humareda!

–Tiene razón –dijo la más vieja–. Ésas son las normas. ¡Atente a ellas!

La cuarta cabeza giró la cabeza con evidente desgana. Sus ojos ya estaban en blanco. De nuevo hubo arcadas, de nuevo una humareda y de nuevo dos simples letras. «S» e «í».

–Sí.

Por supuesto que iba a encontrar a su padre, lo sabía, lo había escrito en Librus y lo que ponía en Librus ocurriría en la realidad. Pero aquello le dio que pensar; así que el dragón, después de todo, decía la verdad. ¿Cómo podían estar juntos su madre y su padre?

Mientras, la cabeza de dragón más joven jugaba como una empedernida.

–¡Toma! ¡Pam! ¡Ella es buena, tío!

–Hemos introducido tus datos –gritó Ludo A. emocionado–. ¡Lo haces bien, pequeña! ¡Guau! ¡Tienes que ver esto!

A ella le quedaban dos preguntas. La de quién era su padre la guardaría para el final, antes debía saber qué ocurriría si formaba parte de la expedición que se dirigía a Mabarak. ¿Le vencería? Se preguntó cómo iba a formularlo.

Se dirigió hacia la cabeza cinco.

—Pregunta si voy a comerte —dijo ésta. Extendió su lengua serpenteante hacia ella hasta meterla casi en su oreja.

¡Puag! Ella decidió darle una lección. Como castigo le haría soltar una respuesta larguísima.

—Cabeza cinco —empezó a decir bajando la voz—, cuéntame con tus propias palabras qué pasará en el encuentro entre el Verdadero y Mabarak.

Si los dragones pudieran echar llamaradas por los ojos, la habría convertido en humo, pero él estaba obligado por el poder del Oráculo. Se le pusieron los ojos en blanco, tosió, tuvo arcadas, tosió, tosió y echó una humareda tras otra que, juntas, formaron una frase completa. P-R-O-N-T-O-E-L-V-E-R-D-A-D-E-R-O-Y-M-A-B-A-R-A-K-E-S-T-A-R-Á-N-F-R-E-N-T-E-A-F-R-E-N-T-E-Y-E-L-V-E-R-D-A-D-E-R-O-S-E-A-L-E-G-R-A-R-Á-D-EV-E-R-A-M-A-B-A-R-A-K-Y-J-U-N-T-O-S.

—¿Qué? ¡Mientes! —exclamó Odessa desintegrando lo que quedaba de humareda—. ¿Alegrarme yo de ver a Mabarak? ¿A ese monstruo?

Las cabezas de dragón la miraron con burla.

—¿Acaso no te gusta el futuro? —preguntó la cabeza cuatro.

—¡Tío! ¡Qué raro! —gritó la cabeza más joven. La Game Boy temblaba en sus patas—. ¡Ella está ganando todo y a todos! Controla el juego. ¡Eso es imposible! —de la Game Boy salía humo y comenzó a pitar como una alarma de incendio—. ¡No puedo apagarla!

Game over! Game o...!, dijo una voz de ordenador. Al dragón se le cayó el juego de las garras que, tras caer, vibró y acabó explotando.

El más joven se dio la vuelta y miró a Odessa con los ojos muy abiertos.

—¡Es ella! —gritó—. ¡Es ella!

Las otras seis cabezas le miraron con sorpresa.

—Es ella —repitió la cabeza más joven—. ¡La Verdadera! La llave del universo. Si Mabarak la encuentra, todo estará perdido. ¡Matadla!

—¿Matarla? —repitió la cabeza cinco. Se colocó flotando delante de Odessa como para defenderla—. ¡No, si ella es la Verdadera debemos apresarla! ¡Esto es un golpe de suerte!

—¡Tiene que morir!

—Mabarak nos ha prometido catorce jóvenes vírgenes si la capturamos.

—¿Catorce jóvenes vírgenes? —preguntó la segunda cabeza—. No nos habías dicho nada.

—¡Tocamos a dos cada uno! —exclamó la cabeza cuatro.

—¡Tiene que morir!

—¡Que ser apresada!

—¡Que morir!

—¡Dejadla en paz! —dijo la más vieja—. ¡Si es la Verdadera debe vencer a Mabarak! ¡Ése es su destino! ¡Dadle una oportunidad!

—¡Se ha cargado mi videojuego! —se quejó el más joven—. ¡Tiene que morir! ¡No derrotará a Mabarak, se convertirá en su cómplice! ¡Asadla! ¡Escupid fuego! ¡Haced

algo! –abrió la boca pero de ella no salió más que una llamita del tamaño de la de una vela. El resto de las cabezas se rieron de él. La más pequeña mordió la oreja de la cabeza cinco con todas sus fuerzas.

–¡Pisoteadla con la pata! –propuso la cabeza tres.

La pata izquierda se levantó.

–¡Alto ahí esa pata! –pidió la cabeza cuatro. El cuerpo del dragón se tambaleó peligrosamente.

–¡Guau, tranquilos chicos! –habló la más vieja.

Ludo A. se interpuso entre Odessa y el dragón con las patas abiertas y escupió en el suelo.

–Haré un breve resumen –dijo él–. ¿Vosotros nos capturáis, nos atáis con una cuerda fuerte y fibrosa, la apretáis bien, nos entregáis a Mabarak que os pagará con catorce jóvenes vírgenes, él nos mata y vosotros seguís viviendo felices mucho tiempo?

Dio una calada a su puro, soltó una humareda y miró la punta incandescente como si no hubiera nada más importante en el mundo. Las cabezas del dragón le miraron con los ojos muy abiertos.

–¿Y a quién habían pensado las señoritas traer para hacer eso? –continuó diciendo Ludo A.

Dio una última calada al puro y lo tiró con cuidado bajo la gran uña de la pata derecha.

Las cabezas gritaron. Su torpe cuerpo saltaba sobre una sola pata por la gruta mientras las cabezas se agitaban enormemente hacia todos los lados escupiendo fuego.

–Pequeña –dijo Ludo A.–, hay horas de llegar y horas de marcharse y ésta, mi querida niña, es hora de correr –acabó de decir volando hacia la salida.

Odessa corrió tras él en la niebla con las manos por delante de la cabeza.

–¡Rápido! ¡Yo los detendré! –oyó que gritaba la más vieja.

Una enorme llamarada avanzaba por el pasadizo. Logró saltar por los pelos a un nicho que había en un lateral. El fuego le quemó el pelo.

Miró hacia atrás por si venía otra llama y continuó corriendo. Oyó un tremendo golpe. El pasadizo se derrumbó detrás de ella.

Eurídice



Odessa estuvo callada en el camino de regreso por el desierto.

Continuaba sin saber quién era su padre. ¡Había sido tan tonta! Eso era la primero que debería haber preguntado.

El dragón le había contado que su padre y su madre estaban juntos, pero ella no lograba atar cabos. Y si Shakespeare fuera su padre... él estaba en Scribópolis, su madre presa en el castillo de Mabarak. ¿Cómo podían estar juntos?

¿O acaso su madre había escapado?

No le sorprendería. Su madre era una musa, era capaz de embaucar a cualquier cosa y a cualquier persona.

Una serie de acontecimientos se desarrolló como una película ante sus ojos: Calíope había escapado y huido a la ciudad. Caminaba por la calle sola y destrozada. Para horror suyo, su casa había sido destruida por las llamas. Sin que nadie se diera cuenta había ido a ver a Shakespeare, llamado a su puerta y suplicado su ayuda, que Shakespeare, estuvo encantado de darle. Él la ocultaba en su propia casa. Por eso estaban juntos y la predicción encajaba. Y nadie debía saberlo porque Calíope continuaba siendo sospechosa del robo del Mortero de los Titanes. Si el resto de los escritores se enteraban de que Shakespeare daba cobijo a una ladrona, habría una sublevación. Odessa podía imaginar a Dostoievski despotricando. Obligaría a Shakespeare a dimitir. Él se convertiría en presidente del Consejo de los Inmortales y así nada se interpondría en su guerra total.

Odessa continuaba afanándose en avanzar por la arena suelta.

La anterior era muy verosímil, pero otra película se montó ante sus ojos.

En esta ocasión su madre no había escapado sino que Shakespeare había ido al castillo de Mabarak en un último intento de hacerle entrar en razón. Conservaba la llave de Iciar. Podía ir donde él quisiera. Sin que nadie lo supiera, había atravesado a Iciar yendo a parar al pasillo de los tapices rojos. Apeló a su antigua amistad. «Libera a Calíope», dijo. «Para esta guerra. Vuelve a vivir en Scribópolis. Allí está tu casa. Volvamos a ser amigos y hagamos de nuevo aquello en lo que somos buenos: escribir.» Pero Mabarak se rió de Shakespeare. Era inflexible.

Odessa se detuvo.

¿Y qué había ocurrido entonces?

¡Había capturado a Shakespeare! ¡Qué horror!

¡De ser cierto, no sólo tenía que liberar a su madre sino también a su padre!

Continuó andando. Las cosas se aclaraban más a cada paso que daba: debía formar parte de la expedición y vencer a Mabarak. Aquel terrible monstruo no sólo amenazaba a todo el mundo, sino también a su querida familia, y no debía tener miedo: vencería a Mabarak. Al menos si creía en el videojuego. Suspiró. ¿Era sensato basar el resto de su vida en el desenlace de un juego?

¡Había sido una tontería tomarse tan en serio a aquel dragón!

Tal vez no hubiera que tomarse las palabras tan literalmente y el dragón no se refiriera a que su padre y su madre estuvieran juntos en cuerpo y alma sino que estaban unidos espiritualmente, por encima del tiempo y el espacio, o algo así. Aquello parecía rebuscado pero con un Oráculo tan loco nunca se sabía. Tal vez estaban unidos en lo más profundo de su ser y el dragón se refería a que sus corazones estaban unidos y que se querían muchísimo.

Las cosas no hacían más que complicarse.

¿O estaban juntos en otro mundo? ¿No estarían los dos muertos, verdad? Un escalofrío le recorrió la espalda.

Cada vez dudaba más de las palabras del Oráculo. ¿Acaso no se equivocaba todo el mundo alguna vez? Nadie era infalible, ¿no era así? ¿Por qué el Oráculo sí? Y más un dragón con siete cabezas.

El dragón había recibido los poderes adivinatorios del auténtico Oráculo, una anciana, pero tal vez no había ido del todo bien. Tal vez durante la digestión de la mujer se hubiera perdido una parte de sus poderes, o las cabezas de dragón hubieran escupido un trozo porque sabía rancio. ¿No habían dicho eso? Digamos que una cuarta parte. Eso provocaría que una de cada cuatro respuestas fuera equivocada. De ser así aún había una probabilidad de que Shakespeare estuviera simplemente en Scribópolis y su madre estuviera presa en el castillo de Mabarak y que Shakespeare fuera su padre después de todo. Tal vez fuera una probabilidad muy pequeña, pero se aferraba a ella como un náufrago a una balsa.

Todos aquellos pensamientos le provocaron dolor de cabeza.

No lograba sacar de su mente la imagen de aquel dragón tambaleándose por la gruta y escupiendo fuego. Había tenido mucha suerte: tenía el pelo chamuscado y su ropa apestaba a azufre, pero nada más.

Sentía lástima por la cabeza más vieja que había intentado defenderla de sus hermanos. Por lo visto, tener familia tampoco lo era todo y en especial si uno estaba unido a ella.

—No tienes por qué ser siempre tan desafiante —dijo a Ludo A.—. Acabará siendo tu perdición.

—¿Te refieres a ese dragón? —Ludo A. la miró con sorpresa—. No representa nada. Además me llamó gorrión. No tengo por qué permitir que insulten a mi familia, ¿verdad?

—¿Es que nunca tienes miedo?

—¿Miedo? Lo intenté una vez pero no me aporta nada.

Poco después, ella volvía a patinar por las calles de Scribópolis de camino a la plaza del viejo tilo. Quería encontrarse con Orfeo. Necesitaba su tranquilizadora cercanía. A su lado se calmaba por completo. Se detuvo en un grifo para beber pero cayó en la cuenta de que un chorro de tinta le salpicaría en la cara.

El canto de Orfeo vino a su encuentro, pero algo no iba bien; podía notarlo en su voz. Cuando torció la esquina de la plaza le vio sentado en su lugar preferido, bajo el viejo tilo. Cantaba una canción desgarradora, tanto que no había ni pájaros escuchándole.

Odessa sintió un tremendo dolor en el pecho, como si el corazón le fuera a estallar. Había oído que se puede morir de pena, y ahora, además, lo creía. Cayó de rodillas y se tapó los oídos con las manos.

—¡Para! —exclamó.

Orfeo tocó otro acorde desmoralizador pero después se detuvo. Tenía la mirada perdida.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

A modo de respuesta, Orfeo señaló a Eurídice o al lugar en el que debería estar porque, donde normalmente se encontraba la escultura más bella creada por manos humanas, había un evidente vacío.

—¿Dónde está Eurídice? —preguntó ella.

—La han robado.

—¿Quién haría algo así?

—Los gnorks.

—¿Gnorks?

—Alguien debe de haberlos ayudado. Abrió el candado de Iciar; un cómplice de Mabarak, y dejó entrar a los gnorks.

Odessa tragó saliva. Recordaba las marcas del suelo alrededor de Iciar. El mosaico surcado por un objeto pesado que los gnorks habían arrastrado sobre él.

—¡Ánimo, chaval! —exclamó Ludo A.—. ¡Hay chicas de sobra! Pierdes una y encuentras diez —Odessa le miró con enfado, pero él continuó como si nada—. Y además, ¿quién dice que la han robado? Tal vez haya vuelto a la vida y se haya ido a comer algo, un trozo de pizza. Debe de tener hambre después de tanto tiempo.

Orfeo no le prestó atención.

—En el viejo tilo había una carta.

—¿Qué ponía? —preguntó Odessa.

Orfeo apartó la cabeza.

—Que... No puedo decirlo.

—No hace falta, si no quieres.

Intentó no sentirse herida porque él no compartiera su secreto con ella; debía ser respetuosa ante el dolor.

—Cada vez que intento salvarla, acabo haciéndole más daño. Nunca debí conocerla. No le traigo más que desgracias. En la carta pone que si quiero recuperarla debo hacer algo terrible. ¡Es una monstruosidad!

—No puede ser más terrible que abandonar a tu amada, ¿verdad?

Orfeo guardó silencio.

—Dime de qué se trata. Tal vez pueda ayudarte.

—No puedo decirlo.

—Pues cántalo —propuso Ludo A.

Odessa le miró con severidad.

—Si no hago lo que pone en la carta, la harán pedazos. Su alma morirá si es liberada; un alma sin cuerpo sólo puede sobrevivir en el inframundo.

Él la miró con unos ojos llenos de desesperación.

—Debería haberla dejado en el inframundo. Allí estaba a salvo.

—Entonces tienes que hacer lo que pone en la carta.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo. No hay nada más horrible que abandonar a las personas a las que quieres.

Hundió la cabeza un poco más.

Odessa acarició sus rizos.

—Nadie te tomará a mal que quieras salvar a tu amada. Hazlo por ella. Hazlo por el amor.

—Todo el mundo me odiará.

—¿Los estudiantes? ¿Los profesores? Que lo hagan. Yo te comprenderé. Te perdonaré.

—Me odiarás.

—¿Yo? ¿Cómo puedes decir algo así?

Puso una mano sobre la suya.

—No te odiaré, ¿vale? Escucha, a veces uno tiene que hacer cosas que van en contra de lo que uno siente, pero debe hacerlas porque están bien, porque es por el amor. Yo tampoco sé si todo lo que hago está bien.

Ella suspiró.

—Tengo que confesarte una cosa —ella no podía continuar mintiendo, mintiéndole a él, no en aquel momento—. Sé que suena raro y que tal vez no me creas, pero la desaparición de la Pluma... fui yo. Soy la Verdadera. Llevaba tiempo pensándolo; los árboles susurrantes en el bosque lo predijeron, pero no me atreví a hablar de ello, sonaba tan estúpido... Pero esta noche saqué la Pluma de la Piedra.

No sabía qué reacción esperaba encontrar: comprensión, admiración o tal vez incredulidad, pero fue como si su confesión le hiciera daño.

—¿No me crees? Es totalmente cierto. Ahora yo tampoco sé qué debo hacer. Si voy hacia Mabarak pondré a todo el mundo en peligro, pero no puedo hacer otra cosa, debo liberar a mi madre.

—Te creo —dijo él con una mirada muy triste.

Ella sentía muchísima lástima por él.

—¿Me prometes que harás todo lo posible para recuperar a tu amada? —preguntó levantando una mano—. Yo te prometo que nunca te odiaré, hagas lo que hagas, y que te ayudaré y apoyaré todo lo que pueda.

Ella ya tenía un plan: Librus podría servir.

—¿Lo prometes?

Él respiró hondo.

—Tal vez tengas razón. No tengo alternativa. Tengo que hacer lo que tengo que hacer.

Él levantó la mano.

—Lo prometo.

Ella le abrazó.

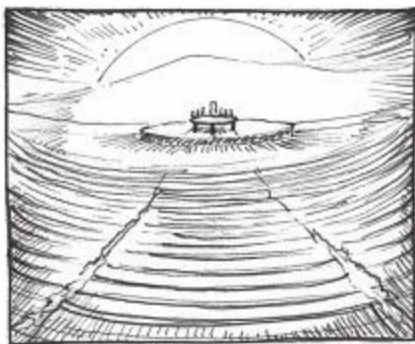
—No estás solo. Vamos a hacer esto juntos. Juntos vamos a ganar las pruebas, juntos vamos a ir hacia Mabarak y juntos le daremos su merecido. Tú por Eurídice y yo por mi padre y por mi madre. Y cuando la haya encontrado, haremos lo posible para encontrar y liberar a Eurídice. Te lo prometo.

En la lejanía sonó la campana del anfiteatro.

¡La segunda prueba!

Y ella no había practicado.

Lo rosa y lo gris



Cuando Orfeo y Odessa llegaron al anfiteatro, las gradas estaban hasta arriba. El sol continuaba alto, pero hacía menos calor que por la tarde.

Orfeo avanzaba arrastrándose como si tuviera que sacar los pies del fango a cada paso que daba. Odessa le animaba pacientemente como una madre a su hijo.

Encontraron un lugar en la parte alta.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —preguntó un chico detrás de ella.

Sí, era cierto, tenía el pelo chamuscado por el dragón. Tendría que cortar un buen trozo.

—Un pequeño accidente con los rulos —respondió ella.

El chico arrugó la nariz.

—¡Puf, chicas!

—¡Puf, chicos! —respondió ella.

Se alegraba de estar sentada al lado de Orfeo; se sentía más unida a él que nunca. Ambos tenían que soportar un terrible secreto: ella era la Verdadera, tenía a Librus y la Pluma. Él debía hacer algo terrible, tan terrible que ni siquiera ella podía saberlo. Pero debía hacerlo y ella iba a asegurarse de que lo hiciera. Él apoyó la cabeza en las manos. A ella le habría gustado encontrar la manera de consolarlo. Le puso la mano sobre el brazo.

—Todo saldrá bien, te lo prometo —dijo ella.

Los profesores subieron al escenario y ocuparon su lugar tras la larga mesa. La silla de en medio continuaba vacía. Shakespeare no estaba allí. ¿Habría ido al encuentro de Mabarak para liberar a su madre? Tal vez estuviera intentado hacerle entrar en razón una vez más, sin que nadie lo supiera, tal vez intentara apelar a sus antiguos lazos de amistad. Pero su alivio enseguida se convirtió en preocupación. ¡Ojalá Mabarak no le hubiera apresado! ¡Imagínate! ¡Imagina que le hubiera obligado a colaborar con él! A no ser que le lavaran el cerebro, o martirizaran, o le arrancaran la lengua y le sellaran los ojos con

una barra al rojo vivo... pero, aun así, él nunca accedería. Tal vez Shakespeare fingiera que sí porque debía proteger a Calíope y a su hija.

Debía intentar pensar en otra cosa.

¡Ojalá no le hubieran asesinado los conspiradores! No, tampoco debía pensar en eso, pero ¿no habían dicho que darían el golpe durante el Ritual de Inmortalidad? Para eso faltaban dos semanas. En cuanto Shakespeare regresara debía visitarle y contarle todo. Así podría detener a Dostoievski.

¡Míralo! Hablando del diablo...

Dostoievski se dirigió al micrófono a cuyo lado había una pequeña mesa.

Él parecía más volado que nunca con su barba deshilachada, su chaqueta desgastada, su pelo revuelto y, como siempre –¡el muy traidor!– con un hacha colgada al cinturón.

Hizo un gesto. El anfiteatro enmudeció.

–¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Nos encontramos en vísperas de una guerra total. En este mismo momento, mientras estamos aquí charlando a salvo, Mabarak prepara sus tropas para la guerra más grandiosa y bella que jamás haya tenido lugar. Una guerra que decidirá la suerte de este mundo y de los mundos que han existido o que vendrán –hizo una pausa como si lo que iba a decir a continuación le costara trabajo–. Pero tenemos otras cosas que hacer hasta nueva orden, al menos, según ha decidido Shakespeare, nuestro querido presidente del Consejo de Escritores –dijo poniendo un sospechoso acento en lo de «hasta nueva orden»–. Por eso estamos reunidos aquí, en este anfiteatro –mientras, fuera en el valle, resuenan tambores de guerra–, para asistir a la segunda prueba. Una segunda prueba que determinará quién pasará a la tercera y que, a su vez, decidirá quiénes son los vencedores que partirán en la expedición, una expedición cuyo objetivo es recuperar el Mortero de los Titanes, pero que posiblemente nunca llegue debido a la guerra que llama a la puerta. Pero, bueno, no hablemos de ello porque, al parecer, la guerra no es la solución según la decisión de nuestro querido presidente que vuelve a brillar por su ausencia –dijo dándose la vuelta y señalando la silla vacía de Shakespeare para demostrar al público quién era el culpable de la catástrofe que se cernía sobre sus cabezas–. De modo que la segunda prueba seguirá sin más, como si no ocurriera nada. Estimados estudiantes. Venerados colegas escritores. En la primera prueba habéis podido demostrar que sabéis manejar la pluma y escribir palabras afiladas. Habéis mostrado que la pluma es más poderosa que la espada. ¡Enhorabuena a los vencedores!

Hubo aplausos.

–En la segunda prueba, los candidatos supervivientes deberán demostrar que pueden identificarse con lo escrito y dar vida a las palabras. La intención, aquí, en este escenario, es que traigan a la vida aquello de lo que sean capaces. Para ello tienen la libertad de elegir un libro, palabra o frase. Sin embargo les hago una advertencia –dijo mirando con severidad al público–: espero que los candidatos utilicen su sensatez y no intenten nada que esté por encima de sus posibilidades como seres humanos, monstruos y animales

mitológicos, algo que es más que probable que Mabarak esté haciendo mientras nosotros estamos aquí tan tranquilamente. Pero, bueno, no mencionemos otra vez la guerra que llama a nuestras puertas y la sangre que correrá por nuestras calles. Hagamos como si no ocurriera nada y empecemos con alegría. La vida es mucho más sencilla para el que mete la cabeza bajo tierra como el avestruz y desconoce la horrible suerte, como la muerte, que le espera –había hablado tan rápido que estaba jadeando. Después continuó diciendo–: Se enfrentarán veinte chicos, o, para ser exactos, diecinueve chicos y una niña.

Aquello último sonó como una puya. ¿Cuándo dejaría de insultarla? ¿Acaso no tenía otra cosa que hacer aparte de su guerra total?

–Llamaré uno a uno a los candidatos. Ellos dirán su nombre y explicarán brevemente por qué quieren formar parte de la expedición. A continuación dirán el título del libro que van a utilizar. Aquí está Clío, nuestra encantadora asistente –Clío dio un paso al frente y otro atrás. Estaba deslumbrante. Algún chico se olvidó hasta de respirar–, que dará a cada candidato el resto de su ración de polvo.

«Estúpido pedazo de arrogancia», pensó Odessa que aún no había olvidado la mala pasada que le hizo la musa. Odessa se había sentido tan bien en los brazos de su padre..., pero cuando resultó que se trataba de Clío, se quedó completamente desconcertada.

–Los profesores otorgarán puntos. Los siete mejores pasarán a la siguiente prueba. El resultado se colgará mañana en el viejo tilo, si para entonces queda algo del viejo tilo, de la plaza y de Scribópolis, ahora que los gnorks están redoblando sus tambores de guerra. Pero, bueno, todo eso es banal, según Shakespeare. ¡Que ganen los mejores! ¡Jorge Bajopuerta! ¡Es tu turno!

Un chico delgado se levantó y bajó las gradas con un libro grueso bajo el brazo. Subió al escenario y se acercó al micrófono.

–Hola, soy Jorge Bajopuerta. ¿Que por qué participo? Siempre he deseado ser un héroe y ésta es mi oportunidad. Quiero salvar al mundo.

«¡Puf!», pensó Odessa. «Pues salva al mundo si tanto te divierte. Antes deberías saber qué siente uno al tener que salvar al mundo cuando no quiere hacerlo.»

–Mi libro se titula... –el chico miró con chulería al público–, *Reyes de Francia*.

Hubo gritos de asombro. ¿Acaso Jorge Bajopuerta iba a atreverse a sacar a una persona? ¡Y ni más ni menos que a un rey!

Pero no lo hizo. Tras mucho suspiro y quejido hizo aparecer un armario estilo Luis XVI, lo que provocó un aplauso educado pero débil.

Por muy bonito y sólido que fuera el armario –y era una joya–, no dejaba de ser un objeto muerto y aquello jamás vencería a algo vivo.

«Que se vaya olvidando», pensó Odessa. Hasta sus rabanitos eran mejores que eso.

Los tres chicos siguientes también participaban para salvar al mundo y todos hicieron aparecer objetos muertos. Era evidente que no lograrían pasar.

El de después lo hizo algo mejor; participaba «para mayor honor y gloria de sí mismo»

y, menuda sorpresa, para salvar al mundo. Llevaba un libro de insectos.

Se concentró tanto tiempo que pareció una eternidad y finalmente echó Polvo de Musa sobre el libro.

Durante un buen rato no ocurrió nada, pero después empezaron a aparecer pequeños e inquietos animales. Al principio salían del libro con precaución y curiosidad pero enseguida lo hicieron en cascada. Eran cucarachas que inundaron el escenario y al público, para desaparecer después entre grietas y hendiduras. Los chicos gritaban y se subían a las gradas.

A Dostoievski no le impresionó, cerró el libro con fuerza; aún sobresalían algunas patas.

–Vale, ¡pero eran muchas! –protestó el chico.

Odessa había mirado con intriga. A Orfeo, por el contrario, no parecía interesarle en absoluto. Estaba sumido en sus pensamientos.

–Aguanta –dijo ella–. ¿Qué libro tienes?

Él se frotó la cara como para despertarse y le puso un libro en el regazo: *Nakuru, maravilla de la naturaleza*. Era un libro sobre un lago de Kenia y no parecía muy emocionante. ¿Seguro que no había podido encontrar algo mejor? De él esperaba algo mucho más espectacular, pero continuaba siendo mucho mejor que lo suyo: *La historia del rábano. V parte: la temprana Edad Media*.

Ya podía oír a los chicos riéndose de ella y de sus rábanos.

Pero ¿de qué se preocupaba? El Oráculo había predicho que ella ganaría y si podía hacerlo con un libro sobre rábanos ¿para qué complicarse?

Era el turno del chico que tenía el pelo en forma de pluma. Su aspecto volvía a ser chulesco con su camiseta sin mangas y su calzado militar.

–Participo porque soy el mejor. Voy a dar una lección a Mabarak. Y si el Verdadero es cómplice de Mabarak, daré una lección a los dos, tengan a Librus o no.

El público soltó gritos de entusiasmo. Era evidente que tenía sus seguidores.

–El título del libro con el que voy a ganar esta prueba es: *En las garras del terrible Kodiak*.

Odessa no tenía ni idea de quién o qué era ese tal Kodiak, pero lo de «terrible» no sonaba muy bien.

Stulo dejó el libro en el suelo y se puso delante con las piernas separadas. Hizo girar los hombros, estiró las manos como si fueran garras y comenzó a gruñir y a rugir.

–¿Está enfermo? ¿Va a devolver? Da la impresión de que quisiera estrangular a alguien –dijo Odessa.

Orfeo no respondió.

Stulo tanteó dentro de la bolsita y echó un puñado de polvo sobre el libro. Era evidente que Clío le había dado más que a los otros.

Las páginas del libro se sacudieron y cedieron. Una zarpa peluda apareció en la superficie. Todo el anfiteatro contenía la respiración. Stulo echó más polvo y apareció

otra garra. Las dos garras estuvieron a punto de rasgar completamente al libro. Entre ambas apareció la cabeza de un oso gigantesco.

«Así que éste es Kodiak», pensó Odessa.

Stulo rugió al oso. El oso respondió al rugido con tanta fuerza que Stulo dio un paso atrás, pero enseguida volvió hacia delante.

Los chicos de las primeras gradas se habían levantado preparándose para huir.

Stulo echó más polvo. El oso salía a duras penas del libro; era demasiado grande y se quedó atascado a la mitad. Stulo tanteó en su bolsita pero ya no quedaba más. El libro comenzó a encogerse. El oso rugió de dolor. Stulo agarró una de sus zarpas y comenzó a tirar de ella. Los profesores se levantaron de un salto y corrieron hacia allí. El oso tanteaba a su alrededor con la otra garra y alcanzó el hombro de Stulo. Los profesores echaron puñados de polvo sobre el oso que no tardó en desaparecer en el interior del libro dejando atrás a Stulo con cuatro arañazos sangrantes en el brazo.

El público silbó y aplaudió con entusiasmo. Los chicos de las primeras filas volvieron a sentarse.

Todo el mundo estaba de acuerdo con que, si bien Kodiak no había salido —y era mejor así—, aquélla había sido con diferencia la mejor tentativa hasta el momento.

Stulo regresó a su sitio sujetándose el brazo y con gesto de dolor, pero también de orgullo.

Los chicos que le siguieron no sacaron nada. Tal vez no hubieran practicado suficiente, o la presión era demasiado grande, o no pudieran concentrarse lo necesario porque estaban embobados ante la fastidiosa Clío que adoptaba una bellísima forma tras otra.

«Imbécil», pensó Odessa. «¿Por qué ese oso no le habrá echado la zarpa a ella?»

Entre tanto le quedó claro que nunca ganaría con rabanitos. Un chico sacó una calabaza enorme; aquella cosa podía pesar cinco kilos. Y otro una planta carnívora a la que no le faltaba detalle; era una trampa para insectos, sumamente rara.

Ella ganaría, lo había predicho el Oráculo. Todo eso estaba muy bien, pero aún debía hacerlo y no tenía ni idea de cómo. ¿Y si el Oráculo se equivocaba?

Un escalofrío le recorrió la espalda. El Oráculo, según sus cálculos, se equivocaba en una de cada cuatro preguntas. Aquello aumentaba la posibilidad de que Shakespeare fuera su padre, pero no podía estar equivocado respecto a la segunda prueba. De hacerlo, debía de ser en lo de que su padre y su madre estaban juntos, no sobre si ella pasaría la segunda prueba.

Era el turno de Orfeo.

Pasó algo de tiempo hasta que fue consciente de los bramidos que soltaba Dostoievski.

«¡Orfeo! ¡Saco de piojos! ¡Te toca!», pero mientras éste bajaba lentamente y se subía al escenario, cambió de actitud y mostró orgullo y confianza en sí mismo.

—Soy Orfeo —dijo al micrófono—. Participo porque voy a salvar a Eurídice.

Clío le entregó una bolsita de polvo. Se esforzó mucho por parecer más hermosa que de costumbre pero Orfeo no le prestó atención. Ella se alejó enfadada con un resplandor rojo como el fuego en el pelo.

Orfeo dejó el libro delante de él sobre la mesa.

El anfiteatro enmudeció. Todos sabían que Orfeo siempre daba espectáculo.

—El título del libro que he elegido es: *Nakuru, maravilla de la naturaleza*.

Apretó la barbilla contra su pecho, mantuvo los brazos tensos pegados al cuerpo y se puso a la pata coja. Odessa no tenía ni idea de qué planeaba hacer.

Permaneció así un buen rato, concentrado al máximo, cantando en voz baja con su maravillosa voz que embaucaba todo. Odessa vio que mientras tanto sus manos deshacían el polvo.

De pronto levantó las manos como si quisiera elevarse. Al tiempo que estiraba los brazos se esparcía entre sus dedos una nube de polvo tan fino que quedaba flotando en el aire y brillaba al sol.

Las páginas del libro se inclinaban como si anhelaran el polvo que caía con desesperante lentitud. Por fin rozó el papel en cuya superficie aparecieron las plumas rosas de la elegante cabeza de un flamenco. Orfeo esparció más polvo y elevó los brazos. La elegante ave sacó del libro su largo cuello seguido por su cuerpo redondo y sus largas patas, extendió las alas, se quedó un momento enganchado por la pata y levantó el vuelo. Un largo «aaah» sonó entre el público.

Y todavía no había acabado: Orfeo echó más pizcas de polvo. Del libro salían volando un flamenco tras otro como una espiral rosa y lo hacían describiendo círculos cada vez más grandes sobre el anfiteatro. No paraban de salir y el cielo azul no tardó en cubrirse con un manto de alas rosas.

Era una vista preciosa.

A Odessa la sorpresa la dejó boquiabierta.

Dostoievski se dirigió al micrófono con una cagada de pájaro en la barba.

—¡Se ha acabado el tiempo! —exclamó. Pero incluso él aplaudió cuando las últimas aves desaparecieron tras los tejados.

Entre fuertes aplausos, Orfeo volvió a sentarse al lado de Odessa que enderezó su espalda; estaba orgullosa de que se sentara junto a ella. Eso enseñaría a aquellos chicos a respetarla un poco.

Quería decir lo magnífica que le había parecido su representación pero la impresión no le permitía dar con las palabras adecuadas.

—No abras la boca —dijo Orfeo. Era la primera vez que le veía sonreír con los ojos aquel día.

Siguieron algunos chicos más que fracasaron, salvo uno que sacó una familia de mapaches. Eran tan adorables que a Odessa se le volvió a caer el alma a los pies. ¿Cómo iba a ganar con esos estúpidos rábanos? Hasta ella podría ponerse verde. Había creído a

aquel estúpido dragón y dejado de practicar, y ¡ya era demasiado tarde! En el torneo de insultos había tenido suerte, pero nunca podría identificarse lo suficiente con un rábano. Se pondría en ridículo de por vida. «Soy un rábano.» ¿Cómo se le había podido ocurrir aquello? Daría la impresión de que estaba como una regadera y avergonzaría a toda su familia. Todo su futuro quedaría manchado. Incluso aunque lograra encontrar a su padre y a su madre, siempre sería la chica que hizo un completo ridículo por decir que era un rábano.

—¡La niña de ayer! —bramó Dostoievski.

Ella se levantó.

—Identificate —la animó Orfeo—. Y deshaz el polvo.

—No puedo. No tengo tu voz.

Él le tiró del brazo y le susurró algo al oído:

—Eres la Verdadera. Yo creo en ti.

Aquello le dio ánimos.

Bajó la grada con el libro bajo el brazo. Notaba que la cara se le iba poniendo tan colorada como el inmenso rábano de la tapa que intentaba ocultar en vano. Los chicos se daban golpes y soltaban risitas. Más se iban a reír cuando recitara su invocación: «Soy un rábano, tengo dos hojas en la cabeza y raíces en el culo». Ya los imaginaba rebosando de alegría. Pero sus voces no sólo se regodeaban por el mal ajeno sino que en sus ojos veía venganza por haberlos ofendido tanto durante la primera prueba.

Iban a acabar con ella.

Se subió al escenario y soltó el libro sobre la mesa.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! —exclamó Dostoievski—. Y ahora pido toda su atención para la niña de ayer, que ha traído un libro muy particular. ¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Les pido silencio absoluto para lo que sin duda será el clímax de esta noche. ¡Un aplauso!

Hubo un magnífico aplauso. ¿Por qué tenía Dostoievski que humillarla siempre? El aplauso no cesaba; ella no sabía qué hacer. Se inclinó. El aplauso se convirtió en risas. «Vas bien, Odessa», pensó.

Clío se acercó hasta ella. La muy arpía había adoptado de nuevo la forma de su falso padre con su sombrero de vaquero y todo. ¡Cómo se atrevía! Pero era guapo y exactamente como ella quería, aunque esta vez no iba a permitir que le tomara el pelo.

Le arrancó la bolsita de las manos.

—¡Gracias, desconocida! —ladró.

Clío adoptó su habitual forma azul metalizada sonriendo con maldad.

Odessa abrió la bolsita. El polvo estaba húmedo y apelmazado.

Clío se encogió de hombros.

—Perdón, ha sido un pequeño accidente —susurró ella, tras lo cual se dio la vuelta y se alejó pavoneándose.

¡Qué jugarreta! Odessa iba a protestar pero desistió de hacerlo. Qué importaba, ella no

tenía ni la más mínima posibilidad de ganar. Ahora al menos podría responsabilizar de su fracaso a la imbécil de Clío.

—¿Sería tan amable la niña de ayer de comentarnos el título de su libro y mostrar con qué nos va a sorprender? —resonó la voz de Dostoievski por los altavoces.

Odessa miró el libro que tenía delante sobre la mesa. El rábano de color rojo intenso de la tapa se iluminó.

—Soy Odessa. Participo para salvar a mi madre y liberar a mi padre. El título de mi libro es... —suspiró—. *La historia del rábano...*

El anfiteatro empezó a partirse de risa.

—...*V parte...*

Hubo carcajadas.

—...*la temprana Edad Media.*

Los chicos se agarraban los unos a los otros con lágrimas en los ojos.

Y no había hecho más que empezar.

Odessa esperó a que hubiera silencio intentado entre tanto deshacer el polvo, pero éste se pegaba y hacía grumos.

Ella cerró los ojos.

—Soy un rábano —balbuceó.

Justo en aquel momento, el micrófono hizo eco.

«Rábano... rábano... rábano...», repitieron los altavoces.

Aquello se convirtió en un auténtico desmadre: los chicos se caían de las gradas de la risa, algunos se lo hicieron en los pantalones.

—¡Un rábano con tetillas! —exclamó alguien.

Odessa tuvo que contener las lágrimas.

«Soy la Verdadera», pensó. «Soy vuestra única esperanza de salvación y os reís de mí.»

—Yo... —empezó a decir tragando saliva— ...tengo raíces en el...

Se calló. No podía hacerle eso a su madre. No podía hacérselo a su padre.

—¡Adelante! —gritó alguien—. ¡Di dónde tienes esas raíces!

Cerró el libro de los rábanos y lo apartó. Se quitó la mochila de los hombros y la soltó sobre la mesa.

—¿La niña de ayer se rinde? —preguntó Dostoievski.

¡Jamás! No le daría ese gusto.

—Me he equivocado —respondió ella—. ¿Puedo volver a intentarlo?

—¿Volver a intentarlo? Eso no es posible —dijo Dostoievski—. Puedes volver a tu sitio. Ya has tenido tu oportunidad.

—Esos chicos me han desconcentrado.

Dostoievski consultó con el resto de profesores. Entre tanto el público coreaba rítmicamente:

—¡Queremos rábanos! ¡Queremos rábanos!

Dostoievski tomó de nuevo la palabra.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! En condiciones normales el reglamento no lo permite. Y así debe ser. Cuando se está frente al enemigo sólo se tiene una oportunidad, pero los profesores, y yo entre ellos, consideramos este espectáculo particularmente divertido y una agradable clausura de la noche. Sentimos curiosidad por ver qué más tienes que mostrarnos y estamos convencidos de que el público piensa lo mismo —hubo clamorosos aplausos—. De modo que, como excepción y magnánimamente, adelante.

Odessa abrió la mochila. Librus estaba arriba del todo. Le apetecía sacarlo, coger la Pluma y escribir que ganaba la segunda prueba, y que todos los chicos caían rendidos ante ella y que a Dostoievski le entraba la peste, pero no debía saber que ella era la Verdadera; jamás la dejarían salir en la expedición. La encerrarían, le quitarían a Librus y la Pluma. Pero en su mochila había otro libro, el que empezó a brillar con intensidad cuando tuvo que esconderse de los conspiradores en las estanterías más altas de la Biblioteca. El libro que la había elegido a ella. Éste brillaba en su mochila como si no desease más que Odessa lo leyera. Aún no sabía cómo se titulaba. Lo sacó de la mochila y lo dejó en la mesa. Parecía haber crecido desde el día anterior. *Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio*. «Bien», pensó, «si voy a hacer el ridículo, mejor hacerlo con estilo».

Y palpó algo más en su mochila; una cajita. Casi lo había olvidado pero en la biblioteca de su casa había cogido una pequeña caja plateada con Polvo de Musa hecho con lágrimas de su madre, la musa más grande de todos los tiempos. Sacó la caja de la mochila, la puso en la mesa y la abrió.

—¿Sería tan amable la niña de ayer de terminar de mostrarnos sus verduras? —resonó por los altavoces.

Odessa lanzó a Dostoievski una mirada furiosa.

—El título de mi libro es: *Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio*.

Una ola de indignación recorrió el público.

¿Qué? ¡No podía ser! ¡Estaba muy por encima de sus poderes! ¿Cómo se atrevía?

Melville, que no se encontraba entre el resto del profesorado sino sentado atrás, entre el público, se levantó de un salto.

—¿De dónde has sacado ese libro? ¡Marinera de agua dulce! ¡Lo has robado!

—¡Silencio! —bramó Dostoievski con tanta fuerza que hasta Melville se sentó—. ¡Por muy vergonzoso que sea su comportamiento, no toleraré que se interrumpa la segunda prueba! La niña de ayer tiene la palabra.

Dostoievski la miró con un profundo menosprecio.

—¡No sabes dónde te estás metiendo! —le dijo.

—¡Vete! —respondió ella—. Me desconcentras.

Los ojos de Dostoievski echaban llamas, pero se sentó tras la larga mesa.

Odessa cogió el libro y lo depositó en el suelo. Colocó la cajita plateada a su lado y se sentó delante con las piernas cruzadas. El poder de las lágrimas de su madre, la inspiración de su padre y su propia osadía...

Abrió el libro.

Más pequeño, más veloz, pero más asustadizo que los que solían ser blancos antes de que los tiempos cambiaran, era el unicornio gris, apenas contemplado cinco veces en la época de los elfos de la niebla, la última vez por Gilmontaar, el cazador de elfos que, tras el encuentro, quedó tan impresionado que se convirtió al mundo élfico y se casó con Elethiël, hija de Erithelia.

Cerró los ojos.

—Papá, ayúdame —murmuró—. Que mi furia no sea en vano. Guíame. Hazme tu instrumento. Seamos una familia.

Extendió las manos y deshizo el polvo de su madre frotándolo despacio, como si lo acariciara. Éste era mucho más fino y suave que con el que había practicado. El primer grano apenas había rozado el libro cuando un temblor recorrió la página.

Miró la página con gran tensión pero no ocurrió nada.

Volvió a cerrar los ojos.

Ayúdame, papá, ayúdame. Que tu poder fluya a través de mí. Si soy la Verdadera debería poder sentir tu poder. Utilízame. Permíteme ser un unicornio.

Un unicornio.

Soy un unicornio.

Excepcional.

Acosado.

Orgullosa.

Un unicornio gris.

Las crines ondeando al viento.

Galopando por el bosque milenario.

El olor de flores desconocidas.

El viento le acarició la cara. Sus pulmones se llenaron de oxígeno. Nunca había sentido tal cantidad de oxígeno. Era un unicornio. Jamás se había sentido tan libre. Nadie podía tocarla. Nada podía herirla. Saltó troncos caídos con una elegancia incomparable. Vio elfos con elegantes mantos en un viejo roble. Le sonreían contentos de su llegada.

En un destello vio que un caballo la seguía a cierta distancia. Era un caballo alado. ¿Pegaso? ¿El caballo que había intentado salvar a su madre? ¿Qué hacía allí? Iba a acercarse a él pero de pronto, allí, delante de ella, distinguió una figura. Supo al instante quién era: Gilmontaar, el cazador de elfos.

Se encabritó. No podía retroceder. Unos tipos de aspecto rudo la acorralaron con redes.

—¡Por fin te tengo! —exclamó Gilmontaar. Él tenía un aspecto horrible con cicatrices en la cara. Los elfos huyeron a los árboles. Los hombres con redes se acercaban. Volvió a

encabritarse. Ella no sabía de dónde sacaba aquella fuerza ni de dónde procedían aquellas palabras que surgían en su interior:

ᄒᄒᄒᄒ ᄒᄒᄒᄒ
ᄒᄒᄒ ᄒᄒ ᄒᄒ ᄒᄒ ᄒᄒ ᄒᄒ
ᄒ ᄒ ᄒ ᄒ ᄒᄒᄒ ᄒᄒᄒᄒ
ᄒ ᄒᄒᄒᄒ ᄒ ᄒᄒᄒ ᄒ ᄒ

Los hombres huyeron. Gilmontaar se echó las manos a la cara como si le hubiera alcanzado un rayo y cayó de rodillas.

—Perdóname —balbuceó—. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

Lo subió a su lomo y lo llevó ante Erithelia, la reina elfa. Y...

Un grito del público la desconcentró. Abrió los ojos. Ante ella se elevaba un largo cuerno en espiral que salía en vertical del libro.

Un prolongado «¡Oooh!» surgió en el público. Todo el mundo se puso en pie para ver mejor.

Sin tardar, Odessa roció más polvo.

El libro continuó rasgándose y apareció la cabeza de un caballo que salió con golpes y sacudidas, la piel gris reluciente como un espejo, sus crines plateadas reluciendo con la luz.

Odessa habló en voz baja al unicornio con palabras que ella no entendía.

ᄒᄒᄒ ᄒ ᄒᄒᄒᄒ ᄒ ᄒᄒᄒ ᄒᄒᄒᄒ

Dando un fenomenal tirón, el animal se soltó del libro.

Miró con furia a su alrededor y se encabritó. Odessa retrocedió asustada, temiendo que fuera a pisotearla.

ᄒᄒᄒᄒᄒ ᄒ ᄒ ᄒᄒᄒᄒ ᄒ ᄒᄒᄒᄒ ᄒᄒᄒᄒ

Dijo ella.

ᄒ ᄒᄒᄒ ᄒᄒᄒ ᄒᄒᄒᄒ ᄒᄒ ᄒᄒ ᄒᄒᄒ ᄒᄒᄒᄒ ᄒᄒᄒᄒ ᄒᄒᄒᄒ

El unicornio se tranquilizó y se arrodilló ante ella que lo acarició y tocó su cuerno. Tuvo un escalofrío.

El unicornio, dócil, le dejó hacer. Aquél era el momento más bonito de su vida. Podría

durar toda una eternidad.

El público olvidó respirar.

Pero el silencio contenido se vio interrumpido por Melville que bajaba abriéndose camino apartando a los chicos.

—¡Atrapadlo! —bramó—. ¡Atrapad a ese animal! —exclamó tropezando, rodando por encima de las cabezas y aterrizando sobre un pequeño grupo de chicos del tercer año—. ¡Mi reserva de libros secreta por ese animal! —gritó entre una maraña de brazos y piernas.

Algunos de los chicos más grandes se levantaron de golpe. Los primeros se encaramaron al escenario y rodearon a Odessa y al unicornio.

Odessa apartó la mano del animal y gritó:

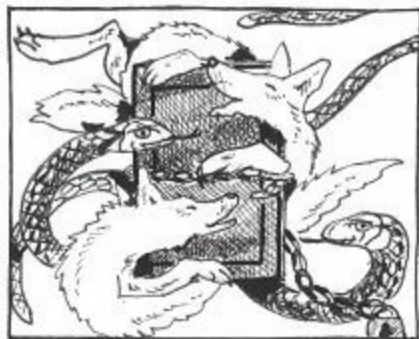
မိမိတို့ နှစ်ဦးစလုံး

El unicornio se encabritó y arrancó a correr por el escenario en busca de una salida inexistente. Volvió a encabritarse y se abalanzó sobre la mesa de los profesores, que cayeron asustados de sus sillas bajo una nube de papeles. El unicornio se dio la vuelta, atravesó la fila de chicos y saltó al público. Los de las primeras gradas se dispersaron en todas las direcciones y se enredaron con los chicos que intentaban atrapar al animal. Se organizó un tumulto espectacular.

Odessa no podía respirar. Todo empezó a dar vueltas ante sus ojos. Lo último que vio fue al unicornio, que, al final del anfiteatro, se encabritó una vez más, se dio la vuelta y...

Nada más.

Ludo A. y la dama



Odessa se despertó en un sillón de las hermanas B., que estaban sentadas a su alrededor con un té y un pastel de zanahoria.

—¡Se ha despertado!

—¿Cómo lo he hecho? —balbuceó ella.

A modo de respuesta, las hermanas se llevaron las manos a la cara.

—¡Oh!

—¿Y? —Odessa se incorporó un poco—. ¿Cómo lo he hecho?

—¡Oh!

—¡Ya me habría gustado a mí poder tocar a ese unicornio!

—¡Y a mí!

—¡Nunca había pasado algo así!

—¡Nunca!

—¡Y además uno plateado!

—Todo el mundo se pregunta de dónde sacaste ese poder.

—Aquí tienes. Bebe esto.

—Eres el tema de conversación del día.

El dragón tenía razón: había ganado la prueba. No con rabanitos como pensaba, pero eso no lo había predicho el dragón. Se sentía aliviada, pero por otra parte también culpable por haber sacado al unicornio del libro. ¿Con qué derecho había sacado a aquel animal de su mundo?

Las hermanas la tranquilizaron.

—Encontrará su sitio.

—¡Quién sabe si se encontrará con uno blanco!

—Y hacen pequeños unicornios con manchas.

—Mini unicornios.

Soltaron unas risitas.

Le dieron *Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio*. El

libro se rasgó pero habían logrado coserlo. Odessa se alegró; le había cogido mucho cariño.

Cuando por fin se marcharon las hermanas, se levantó. Comprobó que la puerta estaba bien cerrada y se sentó en la cama. Había hecho una promesa a Orfeo y era el momento de cumplirla.

Metió *Animales mitológicos* en su mochila y sacó a Librus, que parecía tranquilo. Acarició su tapa.

Allí estaba, en la primera página:

Tengo un padre.
Le encontraré.
Y estaremos juntos hasta en la muerte.

Se sacó la cadena con la Pluma por la cabeza. Fue entonces cuando reparó en lo bonita que era, realizada en obsidiana transparente llena de tinta que borboteaba y que se iluminaba como una lámpara de lava.

Cuando Odessa cogió la Pluma, se volvió invisible. De una estilográfica invisible fluían letras sobre el papel:

Prometo apoyar a Orfeo,
y hacer todo lo que pueda para ayudarle.
Y prometo que
por grave que sea lo que tiene que hacer,
nunca le odiaré.
Orfeo debe hacer lo que debe hacer.
Y encontrará a Eurídice (de una pieza).

Escribir aquello último le pareció importante para evitar ambigüedades.

Se desplomó agotada. Escribir en Librus era una experiencia abrumadora. Sentía que era demasiado joven y tenía demasiado poco poder para escribir mucho. Acababa de guardar a Librus cuando Ludo A. entró por la ventana. Parecía alterado.

—Tengo noticias importantes —dijo jadeando—. ¡Eh!, ¿qué hacías? Tienes un brillo raro en los ojos.

—He visto a Pegaso.

—¿A Pegaso? ¿A ese camello que cree que puede volar?

—Está en el libro con el unicornio.

—¿Y qué hace ahí? ¿Nuestro rocín se está escondiendo? ¿Se avergüenza de no saber volar bien?

—Sí sabe volar bien.

—¿Ese rocín de culo gordo, sin equilibrio y sin aerodinámica? Es verdad que puede flotar un poco, sí, pero esto... —Ludo A. hizo un bucle en el aire—, o esto... —se quedó suspendido en el aire como un cernícalo—, ya me gustaría ver cómo lo hace un torpe

caballo. Y ¿qué te parece esto? —describió una espiral seguida de un doble bucle, chocó contra un armario y cayó sobre un escritorio con una campana de cristal encima. Odessa lo sacó de allí. Él la miró enfadado como si fuera ella la que había puesto aquel armario a propósito.

»Escucha, pequeña, tengo noticias importantes. Estaba revoloteando por ahí y gritando «Hola» a la izquierda y «*How do you do?*» a la derecha, ya sabes, atendiendo a mis asuntos, cuando vi una pequeña ventana redonda en lo alto de un edificio de la que salía un olor dulce tan delicioso que no tuve más remedio que ir allí. Volé hacia la ventana y llené mis poderosos pulmones. Eran puros. ¿Un Habanos siete? ¿Un Shahtoosh? ¿No tenía un toque de rapé de Appelterre? Debía averiguarlo. Me colé en el interior y me encontré en el elevado alféizar de una gran sala de reuniones llena de humo. Reconocí las voces: Kafka, Flaubert, Dostoievski, Goethe, Shakespeare y Victor Hugo, toda la banda de escritores.

—¿Shakespeare ha regresado?

—Si no, no estaría allí, ¿verdad?

—¿Y estaba mi madre?

—¿Tu madre? ¿Qué ocurrencia es ésa?

—¿Qué aspecto tenía?

—Cansado, polvoriento, como si tuviera un viaje complicado a sus espaldas, pero deja que siga contándote. Los escritores estaban sentados alrededor de una larga mesa de roble. Todos hablaban a la vez. Todos gritaban a Shakespeare que miraba al frente con tristeza.

»—¡Nadie ha traído jamás un unicornio a la vida! Ni tú mismo, Shakespeare. Ni tú en tus mejores momentos.

»—¿Viste ese pelaje?

»—¡Cómo se arrodilló ante ella!

»—¡Nadie logró capturarlo!

»—¡Pero la predicción hablaba de un chico!

»—Una chica —dijo Shakespeare.

»—Un chico.

»—Una chica.

»—La predicción dice...

»—La predicción es errónea —matizó Shakespeare.

»—Yo mismo la redacté —dijo Dostoievski.

»—No es Luno sino Luna. No es masculino sino femenino. Tú siempre has supuesto que sería un chico. La predicción habla de una chica.

»Dostoievski se puso colorado como un tomate. El resto de los profesores rió.

»—¿Una chica? Eso es una tontería —gruñó Dostoievski—. En el mayor plan del universo las chicas son... —pensó un buen rato...innecesarias.

»Hubo un silencio.

»—La niña de ayer abrió a Iciar —afirmó Kafka—. Lo hizo ella. La he visto de noche vagando por las calles. Se ocultaba en la oscuridad como si no quisiera que la vieran, pero iba hacia la Biblioteca. ¡Y el libro que llevaba! *Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio*. Melville dijo que lo había robado. ¡Te digo que anoche estaba en la Biblioteca! ¡Ella fue quien abrió a Iciar!

»—Que estuviera en la Biblioteca no significa que utilizara a Iciar.

»—Los detectives son categóricos en esto: abrieron a Iciar con horquillas. ¡La niña de ayer es cómplice de Mabarak! ¡Tal y como te lo estoy diciendo! ¡Es una espía!

»—Mantengamos la calma —dijo Shakespeare—, y no nos dejemos llevar por ideas peregrinas. ¿Qué dice Iciar?

»—Iciar no suelta prenda —respondió Dostoievski—. La amenacé con hacerla astillas con mi hacha, pero se rió de mí.

»Kafka rió.

»Dostoievski le miró con enfado.

»—Debemos consultar al Oráculo —propuso Goethe.

»—Está inservible —matizó Flaubert—. La entrada de la gruta se ha hundido.

»—¿Otra jugada de Mabarak?

»—¿De quién si no?

»—Me niego a creer que alguien que no ha ido a mis clases pueda convertirse en escritor, menos aún que pueda ser el Verdadero —dijo Dostoievski—. Pero, Shakespeare, si tienes razón y ella es la Verdadera, debemos intervenir. Lo más importante es que no vaya en la expedición; hay demasiado riesgo. Mabarak la utilizará. Ella es un peligro para todos nosotros. Debemos pensar en la supervivencia de nuestra colonia y en la libertad del mundo.

»—Ofrezco mis libros para encerrarla —propuso Kafka—. Por ejemplo *El castillo* o *El proceso*.

»Pero incluso a Dostoievski le pareció demasiado.

»—No ha infringido ninguna ley —dijo Victor Hugo—. No podemos apresarla por las buenas.

»—Todo el mundo ha infringido alguna ley —aseguró Kafka—, e incluso, aunque no fuera así, adaptaremos la ley para que la infrinja. Si fuera necesario prohibiremos llevar horquillas los domingos.

»—Y hay otra posibilidad —dijo Dante—. Según he oído, la niña busca desesperadamente a un padre. Molesta a todo el mundo con eso. Si uno de nosotros se hace pasar por su padre, podría prohibirle ir en la expedición.

»Hubo un murmullo de aprobación.

»—Yo tengo poca experiencia con niños —dijo Flaubert—, pero no me siento demasiado viejo. Fingiré que soy su padre y me haré cargo de ella —tamborileó sus dedos sobre su barriga—. ¡Ay, qué contenta se va a poner!

—¿Qué? —interrumpió Odessa a Ludo A.—. ¿Ese gordinflón pretende hacerse pasar por

mi padre? Y encima cree que me va a gustar. ¡Puag!

–Eso mismo pensó Dostoievski –dijo Ludo A.–. ¡Es ridículo! –exclamó.

»Dante se interpuso.

»–Flaubert tiene razón. Si esa niña es la Verdadera no debe caer en manos de Mabarak, si no todo estará perdido.

»–Debemos darle una oportunidad –propuso Shakespeare–. No sabemos qué poderes atesora.

»–Poderes que utilizará Mabarak –matizó Dante.

»–Debemos confiar en la Verdadera –volvió a decir Shakespeare.

»–¿Te has fijado en su aspecto? –preguntó Dostoievski–. No vale nada, es una niña, no es rival para Mabarak, la apabullará.

»–La Verdadera hará frente a Mabarak.

»–Nadie hace frente a Mabarak.

»Dostoievski golpeó la mesa.

»–Shakespeare, si tú no intervienes, yo le romperé la cabeza.

»–¿Con tu hacha? –se burló Flaubert.

»Dostoievski le miró enfurecido. Flaubert estuvo a punto de esconderse bajo la silla.

»–Somos escritores –dijo Shakespeare–, otorgamos vida, no la destruimos.

»Dostoievski apretó el puño.

»–¡Tu tolerancia pasa de castaño oscuro! ¡Los sacrificios son necesarios! ¡La acción!

»–Somos escritores –repitió Shakespeare–, no asesinos.

»–¿Qué más se podrá escribir si la Verdadera se alía con Mabarak? –gritó Kafka.

»Pasó un rato en el que todos hablaban a la vez –dijo Ludo A.–, pero asuntos más importantes llamaron mi atención: hacía ya un buen rato que me había dado cuenta que aquel tabaco era un Habano especial y me disponía a...

–¿Qué dijo Shakespeare? –interrumpió Odessa.

–Nada.

–¿Nada?

–Bueno, no durante un buen rato. No hacía más que mirar al frente. Después dijo: «Dadle el Cíclope», y se hizo un silencio de muerte.

Odessa frunció el ceño.

–¿A qué se refería?

–Sabes qué es un Cíclope, ¿verdad? Uno de esos gigantes con un solo ojo en la frente de su tonta cabeza, poco cerebro, mal carácter...

–Sé qué es un Cíclope, pero ¿por qué dijo Shakespeare eso? ¿Por qué dijo lo de «Dadle el Cíclope»? ¿Qué debo hacer con un Cíclope?

–Espera, pequeña, espera que siga contando. Así que Shakespeare dijo: «Dadle el Cíclope», y añadió: «Espero que eso satisfaga a todos».

»–¿No es peligroso? –preguntó Flaubert–. Nunca hemos utilizado un Cíclope.

»–Si ella es inteligente, rehusará –dijo Shakespeare–. Todo el mundo tiene derecho a

rehusar.

»—¿Y si acepta?

»—Entonces jamás saldrá de la gruta. Odiseo es un buen hombre; él la protegerá. La dejaremos en el libro hasta que todo haya pasado. Cuando así sea, volveremos a sacarla.

—Alto —dijo Odessa—. No te sigo.

—La tercera prueba, pequeña. Estaban hablando de la tercera prueba; todo el mundo debe cumplir una misión en un libro. Los profesores han pensado que pelees con el Cíclope de la *Odisea*. Si lo consigues, te sacarán. Si no... ¡en fin!

—¿Quiénes son esa *Odisea* y ese Odiseo?

—La *Odisea* es un libro y Odiseo un griego, un tío inteligente, es el héroe del libro. Inventó aquello del caballo de Troya. Tras la batalla volvió a casa pero Poseidón, un dios marino que se lo tiene muy creído, le retuvo. Vivió todo tipo de aventuras pero acabó atrapado con sus hombres en una gruta y fuera había un Cíclope haciendo guardia que no quería dejarlos marchar. Los profesores han pensado meterte en esa gruta y que tú veas cómo salir de allí.

Ella apenas podía creerlo. Pretendían atraparla en un libro de la antigüedad. Quedaría a su merced, y lo peor era que había sido una propuesta de Shakespeare. Se sentía traicionada.

—Pero escucha, pequeña, lo peor está por llegar: entonces el michelines de Flaubert dijo algo que me enfadó muchísimo. Estuve a punto de tirarme a su garganta. Afortunadamente para nosotros, los canarios de la estirpe de los *Fringillidae*, se nos conoce por nuestra legendaria sangre fría y desde hace generaciones...

—¿Qué? —volvió a interrumpir Odessa.

—¿Que qué? —preguntó Ludo A. enojado.

—¿Qué dijo?

—¿Qué dijo quién?

—¡Flaubert!

—¿Flaubert? ¡Ah! ¿Esa gorda medusa retrasada y babosa? Dijo: ¿y qué hacemos con ese gorrión? ¡Te lo juro! ¡Dijo gorrión! ¡Estuve a punto de tirarme a su cuello! Por suerte, Shakespeare le corrigió. Era como si supiera que yo estaba escuchando.

»—Ludo A. no es un gorrión —aclaró Shakespeare—, sino un *Serinus Canarius*, un canario con un origen muy noble. Le enviaremos también; él cuidará de la niña.

»—Pero está enfermo —respondió Kafka—. Pidió que le sustituyeran. Las normas...

»—Ahora parece bastante saludable —dijo Shakespeare a secas—. Y si las normas no lo permiten, tráelas aquí para que las adapte.

»¡Deberías haber visto a Kafka!

»Entonces empezaron una fuerte discusión sobre el Ritual de Inmortalidad anual. Dostoievski pretendía adelantarlos, los demás estaban en contra, pero ya no escuché más porque ocurrió algo inconcebible: yo llevaba un buen rato sin perder de vista un par de Farias que sobresalían de la chaqueta de Dostoievski. Al dar otro golpe en la mesa, una

de ellas cayó al suelo; una preciosa y delicada Faria que estaba allí tan triste, tan sola, a punto de ser pisoteada por unas botas malolientes. «No temas, noble dama», dije. «Tu salvación está cerca.» Me deslicé cortina abajo y me metí dando saltitos debajo de la mesa. Había un olor terrible a calcetines de viejos, pero no me dejé acobardar, no, un Aquila nunca tiene miedo. Tapándome la nariz me acerqué, saltito a saltito, entre aquellos apestosos, a la dama en apuros. «Oh, noble dama», susurré, «deje de temer. Vengo a rescatar su grácil belleza de este valle de lágrimas». Estaba a punto de tomarla en mis alas cuando la garra de Dostoievski rebuscó bajo la mesa. ¡Mi amada! ¡Eso nunca! Le di tan enorme picotazo en la mano que le hizo gritar. Cogí la dama en mi pico y salí zumbando entre pies y piernas hacia el otro lado de la mesa. Aparecieron varias cabezas, cosa de la que me aproveché, porque en el momento en que todo el mundo miró bajo la mesa, yo salí disparado hacia el alféizar. «¡Adiós, amigos!», dije, y «zum», antes de que se dieran cuenta de qué había pasado ya estaba yo aquí. ¿Tienes fuego? La noble dama tiene frío.

—¿Y el Ritual de Inmortalidad? —preguntó Odessa—. ¿Qué dijeron?

—Sí, pequeña, pregúntalo tú misma, yo ya me había ido —respondió Ludo A.

Odessa se levantó.

—¿Adónde vas, pequeña?

—A ver a Shakespeare. Debo avisarle. ¡Quieren asesinarle!

Shakespeare



Odessa se dirigió hacia la casa de Shakespeare.

Debía advertirle del atentado. Él no debía participar en el Ritual de Inmortalidad; le asesinarían.

Llevaba mucho tiempo deseando aquel encuentro, pero ahora estaba alerta. Había deseado que él fuera su padre pero ya no sabía si quería o no que fuera así. Se sentía traicionada. Shakespeare pretendía encerrarla con un Cíclope en un libro. Tenía ganas de decirle cuatro verdades.

Miró hacia atrás. Llevaba un rato con la sensación de que la seguían dos tipos, uno alto y otro pequeño y gordo.

Se detuvo ante una antigua casa que parecía de postal, pintada de blanco con vigas oscuras en la fachada, y llamó.

Abrió un lacayo con una peluca empolvada de blanco. Dijo que Shakespeare no podía ser molestado porque se estaba preparando para el Ritual de Inmortalidad.

—Soy Odessa, la hija de Calíope. Debo hablar urgentemente con él. Tengo noticias importantes.

La puerta se cerró.

Odessa se dio la vuelta y observó la calle. ¿Veía bien? ¿Había dos caras ocultas tras una casa? ¿Eran los detectives?

La puerta volvió a abrirse y el lacayo dijo que podía entrar. La guió por algunos pasillos hacia una sala de espera. Los muebles de madera le daban un aire medieval. En aquella gran casa, Shakespeare podría ocultar a Calíope con facilidad.

Odessa se sentó en una silla que crujía. Estaba impresionada por el ambiente pero por dentro echaba humo; se sentía muy decepcionada. ¿Cómo se atrevía a encerrarla en un libro? Su verdadero padre nunca lo haría. ¿Por dónde debía empezar? Sí, estaba claro que venciendo al Cíclope y viendo la forma de salir del libro, pero ¿cómo? Se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro.

Ella había escrito en Librus que encontraría a su padre, y lo que ponía en Librus

sucedería en la realidad. Y, tal vez, lo hubiera encontrado ya pero él no quisiera reconocerlo para no avergonzar a su madre.

Se detuvo.

Shakespeare no podía ir al Ritual de Inmortalidad. Si lo asesinaban, ¿qué iba a ser de ella? ¡Eh! Ésa no era la intención. Había escrito en Librus que estarían juntos hasta en la muerte. No pensó en todas las posibles consecuencias de aquella frase. Cuando la escribió estaba muy segura, pero ahora aquello tal vez significara su final. Si Shakespeare no sobrevivía al Ritual de Inmortalidad, ella también moriría.

Volvió a pasear.

Debía prestar más atención a las consecuencias de lo que escribía en Librus.

El lacayo abrió la puerta y dijo que Shakespeare podía recibirla. La guió por un pasillo, abrió otra puerta, la dejó entrar y cerró la puerta tras ella.

Se encontraba en una amplia habitación de techos y paredes de oscura madera de roble. A la derecha de una mesa de madera llena de pergaminos enrollados se encontraba Shakespeare. Llevaba un traje de terciopelo negro de mangas abullonadas. Un lacayo le colocaba un cuello de encaje y otro estaba arrodillado atándole los zapatos con lazos de raso.

Odessa buscó algún indicio de la presencia de una mujer pero no encontró ninguno. Si Shakespeare ocultaba a su madre, lo hacía muy bien.

Él le hizo un gesto para que se acercara. Tenía la cara delgada y una mirada inteligente y amable. «No me parezco a él», pensó ella. «Pero ¿se parecen siempre los niños a sus padres?»

—Tenemos que estar guapos —dijo Shakespeare—. La de hoy es una gran noche; se celebra el Ritual de Inmortalidad.

—¡No! —se le escapó a Odessa—. ¡No puede ir! ¡Van a asesinarle! Dosto...

Shakespeare levantó una mano para indicarle que guardara silencio. Dio las gracias a los lacayos y, apenas habían salido cerrando la puerta tras de sí, Odessa volvió a explotar.

—¡Van a asesinarle! ¡Creen que es demasiado blando! Dicen que no sabe lo que dice, que está en las nubes.

—¿Asesinarme? —repitió sin parecer impresionado.

—¡Creen que no actúa con suficiente dureza! ¡Quieren una guerra total!

—Confunden la calma con la falta de acción. Los que más gritan no son los que más hacen.

—¡No debe ir! ¡Usted ya es bastante inmortal! ¡Que los demás se hagan inmortales sin usted!

Shakespeare sonrió.

—Gracias por preocuparte, pero eso, por desgracia, es imposible. Soy el presidente del Consejo de Escritores. El Ritual de Inmortalidad es nuestra junta más importante. Este

año y, a petición de Dostoievski, la hemos adelantado excepcionalmente por la amenaza de guerra.

—¡Pero él es su jefe! ¡Él es quien quiere asesinarle!

—Dostoievski es de carácter irritable y suele alterarse, pero es un hombre honesto y valiente.

—¡De honesto no tiene nada! ¡Tiene envidia! ¡Quiere ocupar su puesto! No irá a defenderle, ¿verdad?

—Siento un gran respeto por Dostoievski. Es un gran escritor y se preocupa por la gente corriente. Él quiere lo mejor para nosotros.

—Es idiota —dijo Odessa.

Shakespeare no pudo reprimir una sonrisa.

—Te pareces a tu madre, ¿sabes? Siéntate.

Odessa habría preferido dar una patada a algo pero se contuvo y se sentó.

Shakespeare se sentó al borde de la mesa.

—Está bien que me cuentes todo esto. Al parecer, la discordia es más profunda de lo que pensaba. Un día fuimos una colonia floreciente; construíamos, mirábamos al futuro. Pero estar unánimes es complicado. Los escritores son individualistas. Han surgido muchas disputas desde que Librus desapareció. Algunos dicen que nunca debimos empezar Librus, que esta situación es el castigo que merecemos por nuestra soberbia.

Odessa no lograba seguir lo que decía.

—¿Pero no es Librus la obra de Mabarak? Los demás no tenéis nada que ver, ¿no es así?

—Pues sí. La idea se le ocurrió a Mabarak, pero la decisión de fabricar a Librus fue del Consejo de Escritores —vio que ella se sorprendía—. Hay muchas cosas que no sabes, Odessa. Librus es de todos nosotros. Mabarak era el presidente del Consejo.

—¿Mabarak?

—Él fue uno de los fundadores del Consejo y su primer presidente. Éramos buenos amigos.

Odessa arrugó la nariz.

—Mabarak era un escritor prometedor. Podría haber llegado a ser el más grande de todos nosotros. Éramos como hermanos. Intentábamos eclipsarnos mutuamente. Cuando uno había escrito algo se lo enseñaba con orgullo al otro y entonces ese otro intentaba superarlo. Tu madre era nuestra musa.

—¿También la de Mabarak? —preguntó yendo de sorpresa en sorpresa.

—Tal vez ahora resulte extraño, pero Mabarak era un magnífico escritor y tu madre la mejor musa, resultaba obvio que trabajaran juntos. Los tres nos llevábamos bien, escribíamos libros preciosos y nos lo pasábamos en grande. Tu madre era mi dama oscura y él mi bello lord. Los demás escritores nos llamaban el trío de oro. Pero Mabarak cada vez era más ambicioso; soñaba con un libro que sustituyera a los demás libros. «Todo cambia constantemente», decía, «no controlamos nada». Con su libro

podríamos determinar por fin qué cambiaba y qué no. Escribiríamos una historia que dirigiera al mundo. Al principio parecía muy noble; escribiríamos la historia perfecta y así sería el mundo.

—¿Escribiría usted en ese libro si tuviera la oportunidad? —preguntó Odessa.

—Es curioso que me preguntes eso —respondió Shakespeare—. He pensado mucho al respecto pero no lo haría.

—¿Por qué no?

—Con cada renglón que se escriba en Librus, el mundo estará más atado. Con cada palabra, la gente será menos libre. Las personas deben decidir por sí mismas sobre el bien y el mal.

—Pero ¿y si pudiera hacer un mundo perfecto? Usted es el escritor perfecto.

Shakespeare sonrió.

—Hago lo que puedo, pero el mundo está bien como está. Es mejor que cada persona sea responsable de sus actos.

Ella no había pensado en ello hasta ese punto. Tal vez Librus fuera, en efecto, algo básicamente erróneo y uno no debiera imponer a la gente lo que debe hacer aunque sea con la mejor intención.

Shakespeare continuó hablando.

—Mabarak expuso sus ideas al Consejo de Escritores en el que se desató una fuerte discusión. ¿Podíamos utilizar todo nuestro poder como escritores para dominar al mundo? Nosotros utilizamos nuestra imaginación para sostener al mundo, no para someterlo. Pero Mabarak argumentó con fuerza; es muy buen orador. Dijo que era nuestra obligación. ¿Cuál era si no nuestra función como escritores? Todo el mundo escribe una historia en su cabeza en la que es el héroe o la víctima. Las historias determinan cómo recordamos el pasado. Las historias determinan lo que haremos en el futuro. Las historias son la clave de la existencia humana. ¿Por qué si no realizan los héroes sus proezas? ¿Por qué conquistó Asia Alejandro Magno? ¿De verdad crees que a él se le había perdido algo en aquel territorio arenoso? No, quería sentarse a la mesa y poder contar lo valiente que era para que tras su muerte un bardo alabara su vida. ¿Quién iba a querer ser un héroe si su historia no fuera a ser contada? Pero, según dijo Mabarak, todas aquellas historias eran imperfectas. Nosotros, los escritores, podemos proporcionar a la gente mejores historias de las que jamás crearían. Eso es lo que hacemos. Ésa es nuestra misión: enviar historias al mundo. Quien envía historias al mundo, gobierna ese mundo. ¿Qué había entonces de malo en una historia que fuera mejor que las demás, tan buena que sustituyera a todas?, preguntó Mabarak intentando convencernos. Puso tanto entusiasmo que decidimos intentarlo.

»Comenzamos a trabajar en un libro que dominaría a todos los demás; el Libro de los Libros: Librus. Sin duda has oído hablar de él, ¿no es así?

Odessa asintió pero evitó su mirada.

—Tras muchos intentos encontramos la fórmula del papel ideal, de barba, mezclado

con el mejor Polvo de Musa. Era algo único y le daba al libro sus características vitales. Mabarak lo cosió personalmente con un hilo especial elaborado con pelo de las nueve musas. Se entregó tanto a ello que dejó de escribir. Trabajaba día y noche en lo que él llamaba el Libro de los Libros. Cuando acabó estaba emocionadísimo. Por fin el mundo obedecería a lo que querían los escritores. Pero lo que siguió fue una agria decepción: ninguna pluma parecía capaz de escribir en Librus; estilográficas de oro, de plata, no servían, en cuanto tocaban el papel se hacían añicos. Él comenzó una larga búsqueda para dar con la pluma ideal. Deambuló por las minas que hay más allá del Bosque Susurrante hasta que un día encontró la roca de lava perfecta. Con la ayuda de Ergolas, el Señor de las Minas, con quien tenía una buena amistad, trajo la roca a Scribópolis. La calentó en un horno especial hasta que se vitrificó en obsidiana. En el centro cristalizó la Pluma. Había triunfado, por fin podría escribir en Librus. El resto de los escritores se inclinaría ante él, pero volvió a toparse contra un muro: no logró sacar la Pluma de la Piedra. Se quemó. Aquello le volvió loco. Cada vez se iban apartando de él más escritores, pero Mabarak no se rindió y fue al Oráculo a pedir consejo.

—¿Al dragón de las siete cabezas?

Shakespeare volvió a sonreír.

—No, entonces el Oráculo aún era una anciana. Aquel pequeño accidente con el dragón fue posterior. El Oráculo dijo que sólo el primer nacido de una musa tendría el poder de escribir el libro. Mabarak no daba crédito. Librus era idea suya. Él lo escribiría. Él y nadie más que él. Estaba en su derecho después de todo lo que había tenido que pasar. Kafka cree que entonces Mabarak se enfadó tanto con el Oráculo que sacó un dragón de siete cabezas de un libro como regalo de despedida, pero eso nunca se ha podido demostrar. Una vez de regreso en Scribópolis intenté hacerle entrar en razón, pero estaba furioso y no quiso tener nada más que ver conmigo. Dostoievski fue el último que intentó ayudarlo. Observó las estrellas hasta encontrar la predicción del Luno, pero aquello resultó ser una nueva decepción para Mabarak. Las estrellas daban la razón al Oráculo: sólo el primer nacido de una musa y un humano podría escribir en Librus.

—Es la Luna —dijo Odessa.

Shakespeare sonrió.

—Dostoievski es un gran escritor pero la poesía no es su fuerte.

Él se levantó.

—Cuando tu madre esperaba un bebé humano, todo el mundo se escandalizó, pero Mabarak rebotaba de felicidad porque el primer hijo humano de una musa sería el Verdadero. Él no se apartó un momento de su lado, cada vez más entusiasmado con la idea de que iba a nacer un niño que podría escribir en Librus.

—Y entonces nació yo. Y soy una niña.

Shakespeare asintió con la cabeza.

—Mabarak pensó que todo estaba perdido; jamás se podría escribir en Librus y todo por tu culpa.

—¿A que se puso furioso?

—Quería asesinarte.

—¡Pero si yo no era más que un bebé!

—Caliope debía tener y tendría un primogénito, así que tú debías morir. Tu madre se marchó contigo en un paquetito a altas horas de la noche y nadie supo adónde. Más tarde dijo a todo el mundo que aquella misma noche habías muerto de una pulmonía y que había pasado mucho tiempo llorando por ti. Yo era el único que sabía que aún vivías. Me encargué de que instalaran una Iciar en la tienda de Cornelius para que tu madre pudiera viajar con facilidad de la ciudad a Scribópolis. Así es como mantuve el contacto con ella. Yo le entregaba mis manuscritos; continuaba siendo mi musa. Fue una época muy triste para ella porque no podía volver a Scribópolis ya que tenía que protegerte.

Odessa tragó saliva. Había juzgado muy mal a su madre.

—Entre tanto el Consejo de Escritores había decidido que todo el proyecto alrededor de Librus se había desbordado. En una agitada reunión decidimos destruir el libro. Mabarak estaba fuera de sí. Dijo que no podíamos tocar una obra maestra como aquella, que era una infamia contra el Arte. ¿Y por qué debía ser destruido? Algún día, alguien podría escribir en él. Abogó por mantener a Librus oculto. Como ya te he contado, Mabarak puede resultar muy convincente, y accedimos.

»Se puso a Librus bajo llave en la Biblioteca en un lugar secreto únicamente conocido por Melville, Mabarak, Dostoievski y por mí».

»Desde entonces, Mabarak fue de mal en peor. Empezó a experimentar un profundo odio contra mí y contra Scribópolis porque habíamos hecho que su proyecto se fuera a pique. Decía que era culpa mía que los escritores no pudieran reclamar aquello a lo que tenían derecho. Con Librus habríamos podido someter al mundo, con Librus habríamos podido mejorar el mundo. Todas las miserias de la humanidad recaerían sobre mí.

»Una noche irrumpió en la Biblioteca y, con ayuda de Ergolas, el Señor de las Minas, robó a Librus. Melville los sorprendió. Mabarak fue atrapado pero Ergolas logró escapar con el libro. Sospechamos que se esconde en una de las innumerables minas que hay más allá del Bosque Susurrante, pero a día de hoy nadie ha podido encontrarlo.

Odessa se fijó en sus pies; temía que Shakespeare le mirase a los ojos porque se daría cuenta de que el libro estaba en su mochila.

—Mabarak fue desterrado —dijo Shakespeare suspirando—. Aquella fue la decisión más difícil que he tomado nunca. Una vez fue amigo mío. Éramos hermanos de sangre. Estábamos tan unidos que algunos aseguraban que él era el verdadero autor de mis obras. Siempre esperé poder hacerle entrar en razón, pero el resto de los escritores fueron unánimes: Mabarak era un peligro para todos nosotros, era un peligro para Scribópolis y debía salir de la ciudad. Nunca he vuelto a saber de él. Debió de pasarlo muy mal aquellos primeros años.

»Hubo paz durante mucho tiempo. Oíamos noticias vagas sobre que vivía en un castillo e intentaba imitar el Polvo de Musa. Pero todo lo que creaba era deforme y

estaba impregnado de odio. No nos preocupamos; no suponía una amenaza. Librus se había perdido y la Pluma estaba en el interior de la Piedra, y además ninguna musa había tenido más niños.

»Ya conoces el resto de la historia. En un momento dado, Mabarak debió de darse cuenta de que la predicción hablaba de una niña. Se daría de cabezazos. Le quedaba una esperanza, y era que la hija de Calíope no hubiera muerto. Movilizó de inmediato a sus gnorks y a sus husmeadores. Comenzaron a seguir a niñas e incluso a secuestrar alguna de vez en cuando, pero nunca era la que él buscaba. Hasta que alguien le habló de una ciudad donde una niña, por la noche, andaba por los tejados lanzando aviones con preciosos poemas. Tu edad cuadraba. Ya sabes lo demás. No logró atrapar a la niña pero sí a su madre. Yo envié a Pegaso para que la rescatara pero nunca volvió. Los gnorks se la llevaron al castillo de Mabarak.

—¿Usted ha liberado a mi madre?

Él la miró con ojos interrogantes pero no respondió.

—¿Qué fue a hacer si no al castillo de Mabarak?

Él arqueó una ceja.

—¿Cómo sabes que he estado con Mabarak?

—Es evidente, ¿no?

Tal vez él no lo considerara evidente, pero ella sí; se podía deducir de la predicción del dragón.

—¿Alguien más sabe esto? —preguntó él con desconcierto.

La puerta se abrió. Un lacayo intentaba sin éxito retener a los dos detectives. Shakespeare indicó con un gesto que podían entrar.

—Mi querido Shakespeare, discúlpennos por esta brutal intromisión pero tenemos noticias importantes relacionadas con el ladrón que abrió a Iciar —dijo Sherlock Holmes—. ¿Sería tan amable de concedernos una breve entrevista?

—Adelante —respondió Shakespeare—. Siento curiosidad por sus hallazgos.

Sherlock lanzó una mirada a Odessa.

Shakespeare indicó con un gesto que podía hablar con total libertad.

—Dostoievski se equivoca —dijo Sherlock—. El ladrón no dejó entrar a los gnorks. Fue mera coincidencia. Él abrió el candado, pero después se fue. Sus intenciones continúan siendo confusas. Por la secuencia en la acumulación de partículas de polvo, podemos deducir que los gnorks entraron mucho más tarde por esa puerta. Las huellas del autor nos conducen al tejado de la Biblioteca, donde pasó un buen rato. La pregunta es: ¿por qué?

—Permítame responderle, mi querido Sherlock —dijo Hércules Poirot—. El autor considera que éste no es su lugar. Tal vez se burlen de él. En cualquier caso, se siente diferente. Sube a los tejados para poder mirar con desprecio a una ciudad que no le acepta. Es probable que el autor se sienta superior a los demás cuando no lo es en absoluto.

—En absoluto. No se tomó ninguna molestia en ocultar sus huellas. Huellas que, por extraño que resulte, pasan de ser pisadas a líneas, como si hubiera cambiado de calzado y se hubiera puesto una especie de patines pero, eso sí, unos prodigiosos que se deslizan sobre la piedra. Esto nos conduce a la siguiente pregunta: ¿por qué —suponemos que tenía mucha prisa— se tomó el tiempo de quitarse los zapatos y ponerse unos patines?

—Una buena pregunta, mi querido Sherlock —dijo Hércules Poirot—, pero volvamos a nuestro punto más importante de discusión: la aseveración de Dostoievski de que se trata de un chico.

—Es errónea.

—Es errónea.

—No es un chico.

—Y si no, es un chico con unas cualidades muy femeninas.

—Es una niña.

Los dos miraron a Odessa.

—Una como ella.

Odessa intentó encogerse. Los detectives se precipitaron hacia ella. Sherlock Holmes sacó una lupa de su bolsillo interior y la pegó a su pelo.

—¿Llevas horquillas? Enséñanos la planta de los pies.

—¿Acaso hablas alguna vez a solas? —preguntó Hércules Poirot acercando su cara redonda a la suya—. ¿Necesitas una fuerte figura paterna? ¿Se burlan de ti por ser una niña? ¿Eh? Habla.

Shakespeare apoyó las manos en los hombros de los detectives.

—Habéis realizado un trabajo magnífico —dijo empujándolos suavemente hacia la puerta—. Scribópolis os lo agradece, pero ya habéis desatendido vuestros libros durante demasiado tiempo. Hay tantos misterios por resolver... Creo que va siendo hora de volver a ellos.

Empujó a los detectives al exterior y cerró la puerta.

Odessa y Shakespeare se miraron en silencio.

—Usted siempre ha sabido que yo era la Verdadera.

—Tu madre y yo.

Se produjo un largo silencio.

Odessa cogió aliento

—Tengo que saber quién es mi padre. ¿Es usted?

Shakespeare se dirigió hacia la ventana. Su casa se encontraba algo más alta que las casas circundantes y tenía una bonita vista sobre Scribópolis, con los campos llenos de libros en la lejanía. Él pasó un buen rato mirando hacia delante y después se dio la vuelta.

—Me alegra que saques el tema —dijo—. Hace mucho que quiero hablar de ello contigo. Soy consciente de que el papel que he desempeñado en tu vida hasta ahora es más pequeño de lo que podría haber sido. Tengo la sensación de que no he estado a la altura,

de que nunca he cuidado de ti como debería. Mira, estaban mis obras de teatro a las que también considero como hijas... —«¿También? ¿Había dicho también?»—, y que requerían toda mi atención. Me he ausentado a menudo, pero ahora me gustaría aumentar ese papel y por eso quiero pedirte una cosa.

¿Qué quería pedir? ¿Perdón por haber estado demasiado ausente? No tenía que pedir nada. Sólo tenía que decir lo que ella sabía desde hacía mucho.

—Sabes que tu madre y yo... —dijo deteniéndose, buscando las palabras— ...nos teníamos afecto, ¿no es así?

Ella asintió con la cabeza.

—Encontré cartas tuyas en un cajón secreto de la biblioteca de mi madre.

—¿Mías? ¿Las has leído?

—Bueno, algunas.

Llamaron otra vez a la puerta.

—Ahora no —dijo Shakespeare.

Volvieron a llamar.

Shakespeare se dirigió a la puerta y abrió. Un lacayo le susurró algo al oído. Shakespeare parecía indeciso.

—Que entre.

—¡No! —exclamó Odessa lanzando a Shakespeare una mirada suplicante.

—Sólo será un momento —dijo él—. Ten paciencia.

En el pasillo sonaban las pisadas de unas pesadas botas. El caballero Lancelot entró con su impresionante capa ondeando llena de restos de barro y de sangre.

Vio a Odessa y miró interrogante a Shakespeare que indicó por gestos que no pasaba nada.

—Señor —dijo—, el ejército amén de las tropas de Mabarak crecen día a día. Ahora que dispone de un polvo de más calidad, crea gnorks más fuertes y musculosos. Son más numerosos por no decir incalculables. En breve no podremos ni con ellos ni con su señor. Pero hay mensajes nuevos: el ejército de personas ha partido a la guerra contra Mabarak. Desconocen su posición o situación, pero están atravesando el desierto y recaban información.

Es la primera vez que Odessa veía tan preocupado a Shakespeare.

—Así que al final hay gente implicada. Es una mala noticia.

—Señor, permítame hablarle abiertamente. Lo que a sus ojos parecen mensajes negativos amén de duros, también son buenos: el ejército y fuerzas armadas de los hombres forman una barrera amén de paragolpes entre Mabarak y nosotros. De no ser por eso los gnorks no tardarían en borrarlos del mapa. Debemos apoyar al ejército de los hombres pero debemos apresurarnos, darnos prisa. Mabarak, con su melodiosa voz, hará que el mando del ejército cambie de idea. No dudará en revelar nuestra posición o situación a cambio de su libertad. Si les convence de que nosotros somos su verdadero

enemigo amén del auténtico peligro, el ejército de los hombres se pondrá en guerra contra nosotros amén de atacarnos.

—Tienes razón, mi buen Lancelot —dijo Shakespeare—. Debemos tener buena relación con los hombres a cualquier precio. Pero va a resultar difícil, por experiencia sabemos la facilidad que tienen para odiar a los escritores y cargarles con todas las miserias del mundo. Si algo fracasa, siempre ha sido ocasionado por un escritor. Les enviaré a Hamlet. Él negociará en mi nombre.

Asintió para dejar claro que Lancelot podía marcharse, pero éste no había terminado de hablar.

—Señor, siento tener que comunicarle otras malas noticias y mensajes. Ergolas, el Señor de las Minas, ha desaparecido sin dejar rastro. Vigilábamos su cabaña del precipicio, pasado el Bosque Susurrante, pero llevamos ya un tiempo sin verlo ni oírlo. Sospechamos que va de camino a Mabarak, su anterior maestro.

—En efecto es una mala noticia —afirmó Shakespeare suspirando—. Esperemos que Librus no esté en su poder.

Lancelot dudó.

—Señor, por importante que sea esta batalla, tengo una pregunta amén de ruego. Abandoné mi historia hace demasiado tiempo. Debo solicitarle humildemente una licencia. No puedo continuar prometiendo mis servicios a Scribópolis. El rey Arturo y la dama Ginebra me necesitan.

—Nos has prestado un buen servicio —dijo Shakespeare—. Kafka te asistirá en la vuelta al libro *Camelot*. Mantendré mi promesa respecto a Ginebra.

Lancelot hizo una inclinación. Cuando llegó a la puerta volvió de nuevo la mirada.

—Señor —era evidente que le costaba decir lo siguiente—, sea cauteloso. Se está cuestionando su autoridad. La población está agitada y revuelta, y pide guerra y sangre.

—Eres un buen soldado —afirmó Shakespeare—. Ve.

Apenas había cerrado la puerta Lancelot, volvieron a llamar. Entraron dos lacayos.

—¡Señor! ¡Llegará tarde! Debe apresurarse. El resto de los profesores se está impacientando.

Shakespeare miró un momento a Odessa y después suspiró.

—El deber me llama.

Odessa puso unos ojos de corderito tan grandes como pudo.

—¿No puede esperar un momento?

Shakespeare sonrió.

—Soy el presidente del Consejo de Escritores. El Ritual de Inmortalidad no puede comenzar sin mí. No tengo otra opción.

—¿Así que va a ir?

—Estaré alerta. He tomado nota de tu advertencia. Y en cuanto a nuestra conversación, tal vez sería mejor que tu madre estuviera presente antes de continuarla. Pero seguro que la retomaremos, te lo prometo.

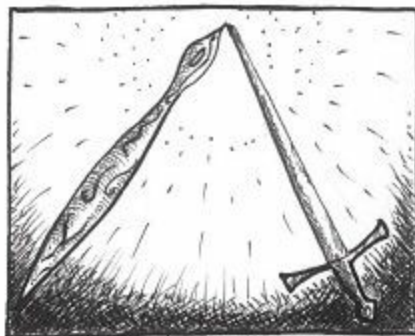
Poco después, Odessa se encontraba en la calle.

No podía quitárselo de la cabeza. ¿Qué le habría querido pedir? ¿Perdón? ¿Por haberla abandonado cuando era un bebé? No hacía falta que le pidiera perdón: era su padre. Debía darle un abrazo eterno en el que ella pudiera sumergirse y que marcaría el comienzo de su nueva vida.

Pero había otra pregunta que la preocupaba; si él no había ido a liberar a su madre, ¿qué se le había perdido en el castillo de Mabarak?

Anduvo un rato meditando hasta que se dio una palmada en la frente; había olvidado por completo preguntar cómo podía salir de aquel libro del Cíclope.

Canallas y héroes



El sol se estaba poniendo cuando Odessa fue al encuentro de Orfeo para preguntarle si sabía algo más sobre el Cíclope, al fin y al cabo él mismo pertenecía a la mitología griega. Lo encontró sumido en sus pensamientos.

Le preguntó cómo iba su misión secreta pero no le sacó nada más que un «estoy en ello». Bueno, ya hablaría cuando lo considerase oportuno. Si ella tuviera a su padre haría todo, realmente todo, por ayudarle. Por el momento debía respetar su silencio.

Se sentó a su lado y estuvo callada, pero no aguantó mucho tiempo.

—Quieren encerrarme en un libro con un Cíclope —soltó—, y no sé qué debo hacer y ni siquiera sé de qué libro se trata.

Orfeo levantó la cabeza.

—¿Un Cíclope? —preguntó al cabo de un rato—. en la *Odisea* de Homero hay un Cíclope.

Odessa no dijo nada con la esperanza de que él siguiera hablando.

—Es una de las obras maestras de la literatura universal.

Ella continuó callada.

—Si quieres, podemos buscarlo. Sé que está en la Biblioteca.

—¿De verdad? ¡Qué amable!

Poco después paseaban entre las estanterías de la Biblioteca. Allí donde llegaban, los libros se iluminaban por Orfeo; por supuesto, todos estaban locos por él. Ojalá no pasaran por la estantería de Ramos florales porque todos los libros se iluminarían por ella.

Por fin llegaron a la sección de literatura universal. Las estanterías tenían una terminación mejor, los libros eran más gruesos y muchos de ellos estaban encuadernados con el cuero más caro.

—Estar aquí es el sueño de cualquier escritor —dijo Orfeo.

Odessa pasó los dedos por los lomos. ¿De dónde sacaban todos aquellos escritores el tiempo para llenar unos libros tan gordos?

Dante, la *Divina Comedia*. Ése sí era gordo.

Dostoievski. *Los hermanos Karamazov*. Más gordo todavía. *El idiota*. «Hum, ¿un autorretrato...?» ¡Qué cantidad de libros había escrito!

Ella continuó andando.

Flaubert... Goethe... Hemingway... Homero, ése es el que buscaba. Pero la *Odisea* no estaba en la estantería. En su lugar había una ficha.

Lee otra cosa.

Melville

Aquello era un contratiempo. Sin duda, el Consejo de Escritores lo había apartado para la tercera prueba.

Odessa siguió recorriendo la estantería. Joyce... Kafka... *El proceso*. *El castillo*. Pasó un par de estanterías más hasta llegar a la s. Quería saber qué había escrito Shakespeare. No había más que un título, pero era un libro muy gordo y había varios ejemplares: *Obras completas*. Era evidente que alguien había pasado por allí hacía poco: los libros estaban bien alineados salvo un ejemplar que sobresalía medio centímetro. Lo sacó de la estantería y lo abrió. Las páginas estaban hinchadas y rasgadas como si alguien lo acabara de utilizar para sacar algo de él.

Orfeo la agarró del brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, pero Orfeo le tapó la boca. Con la otra mano le indicó que debía guardar silencio.

Se oyeron pasos. Luz de antorchas brillaba entre las estanterías. A través de las baldas, Odessa y Orfeo vieron a cinco tipos que se movían de prisa.

—Personajes de Shakespeare —susurró Orfeo—. Alguien debe haberlos traído a la vida.

—¿Quiénes son? ¿Son personajes buenos o malos?

—Malos. Verdaderos canallas. El que va delante es Yago, ¿lo ves? Es un tipo del que no te puedes fiar en absoluto, que volvió loco a Otelo inventando mentiras. El de la cara picada de viruela que va totalmente vestido de negro es Ricardo III, un rey de Inglaterra, pero sobre todo un tío cruel y vengativo. El tercero, el de la toga romana, es Bruto, un senador romano traidor que apuñaló a Julio César cuando éste prácticamente le había adoptado como hijo. Ese tipo duro que lleva escudo y espadón es Macbeth, un escocés sanguinario con delirios de grandeza. Y aquel anciano de la nariz torcida, el que va al final cojeando, es Shylock. No es un luchador, pero vendería a su propia madre al diablo por una moneda de oro. Son canallas y conspiradores de la peor especie. Debemos seguirlos. Planean algo.

Los canallas caminaban a un paso rápido. A Orfeo y a Odessa les costaba seguir su ritmo. Entraron en una sección que no figuraba en el plano y se detuvieron ante una gran puerta de bronce con forma de un gigantesco libro abierto, cubierto de letras plateadas.

Orfeo y Odessa se escondieron tras una estantería a unos metros de distancia.

—Citas famosas de la literatura universal —susurró Orfeo—. Esa puerta lleva a la sala en

la que se celebra el Ritual de Inmortalidad.

Yago hizo una señal a los otros de que debían guardar silencio y pegó la oreja a la puerta.

—Debemos esperar a que Shakespeare esté en el libro —dijo—. Preparaos.

Las espadas salieron de sus vainas y destellaron a la luz de las antorchas.

—Debemos detenerlos —susurró Odessa—. ¡Van a asesinar a Shakespeare!

Iba a salir corriendo hacia allí pero Orfeo la agarró.

—No tenemos ninguna posibilidad —susurró—. Son canallas de Shakespeare y él es el mejor escritor. Sus canallas son los mejores que existen. No podemos con ellos.

—¡Ahora! —gritó Yago.

Macbeth abrió la puerta de una patada y los canallas irrumpieron en el interior. Se produjo un tremendo tumulto de choque de armas mezclado con exclamaciones de indignación de los miembros del Consejo de Escritores.

Orfeo y Odessa se acercaron sigilosamente. Miraron al interior por el espacio que dejó la puerta entreabierta y el marco.

Los escritores se encontraban agrupados en un rincón, amenazados por los canallas. En el centro de la sala había una especie de altar sobre el que se encontraban libros abiertos. Uno de ellos aún tenía sacudidas.

—¿Quiénes sois? ¿Cómo os atrevéis a interrumpir el Ritual de Inmortalidad? —preguntó Flaubert.

—Tranquilo, escritorucho de poca monta —dijo Ricardo III—. Si no acabarás como un cerdo en mi pincho de asar carne.

Yago subió al altar. Levantó el libro que aún se sacudía con aire triunfante.

—Bien, mi querido Shakespeare. ¿Qué se siente al estar en un libro? ¿Qué se siente al verse impotente a nuestra merced en lugar de que sea al revés?

—¡Qué vergüenza! —exclamó Kafka—. ¿Qué pensáis hacer con él?

—Hemos sido contratados para encerrar a Shakespeare en este libro hasta que la guerra total haya concluido —dijo Yago—. Nuestro ordenante, cuyo nombre no mencionaremos, dijo que no podíamos hacerle ningún daño, pero hemos aprovechado la ocasión para leer lo que Shakespeare escribió sobre nosotros, y puedo asegurarle lo siguiente: no nos hace felices.

—¡Deberíais estarle agradecidos! ¡Shakespeare os creó! —gritó Flaubert.

—¿Agradecidos? —Yago echaba fuego por los ojos—. ¿El escritor gordo ha leído a Shakespeare? ¿Sabe el barrigón lo que piensa hacer con nosotros el famoso Shakespeare? Nos espera la cárcel, la muerte, la burla, el escarnio y...

—Eso no os da derecho a atacar a Shakespeare —dijo Kafka—. ¡Hay normas!

—¿Normas? —repitió Shylock—. ¡Ojo por ojo y diente por diente, esas son las normas! Shakespeare nos hace morir en su libro, dejemos que él muera en el suyo. ¡Una libra de carne por una libra de carne! ¿Dónde está la diferencia con lo que él hace?

—¡La diferencia es que él os ha creado! ¡Sois sus criaturas y sin él no existiríais!

—¡Shakespeare sólo nos creó para hacernos morir! —exclamó Shylock—. Somos insignificantes, somos los canallas que necesita para que sus héroes brillen. Sólo existimos para morir. *Quantité négligeable*. ¿Acaso no somos personas? ¿No sentimos dolor al morir? Que el propio Shakespeare sienta lo que significa sufrir en un libro. Merece sentir todas las muertes que nos ha reservado.

Dostoievski, que hasta entonces se había mantenido llamativamente al margen, echó mano a su hacha.

—¡Estáis yendo demasiado lejos! —gritó.

—¡Cállate, viejo! —espetó Yago poniendo la punta de la espada bajo la barbilla de Dostoievski con un rápido movimiento. Éste le miró con furia.

—¿Acaso no tenéis conciencia? —preguntó entre dientes.

—Ay, claro que sí —respondió Yago. Pero esa conciencia nos convierte en cobardes. Preferimos no escucharla.

Odessa tiró de la manga de Orfeo.

—¡Tenemos que hacer algo! ¡Van a asesinar a Shakespeare!

—No podemos hacer nada. Necesitamos ayuda. Los únicos que pueden derrotar a los canallas de Shakespeare son los héroes que él mismo creó —la cogió por los hombros y la miró fijamente—. ¿Recuerdas dónde estaban las *Obras completas* de Shakespeare? ¿Sí?

Ella asintió con la cabeza.

—Ve a buscarlas, tráelas y saca a los héroes de Shakespeare. Ellos vencerán a estos canallas.

—¿Qué?

—Mientras, intentaré ganar tiempo.

—Pero... no puedo dar vida a personas.

—Tienes que hacerlo, Odessa, puedes hacerlo. Piensa en aquel unicornio gris.

—Era un animal.

—Un animal mitológico, Odessa, es casi lo mismo que una persona. Puedes hacerlo. ¡Tienes que hacerlo!

—Pero...

—No tenemos tiempo, o lo haces o Shakespeare estará perdido.

Ella tragó saliva.

—Dime a quién tengo que traer.

—Trae a Hamlet, a Romeo, a Otelo y a Enrique V. ¡Date prisa! —y diciendo aquello se volvió y comenzó a cantar una canción sobre traición y perdón mientras entraba en la sala.

El alboroto se acalló de inmediato. ¡Qué canción tan triste! Orfeo era capaz de hechizar todo y a todos con su canto. Incluso a los canallas de Shakespeare y a Odessa. No podía apartarse de la música. ¡Era tan bonita, tan triste! Le entraban ganas de llorar. ¿Qué importancia tenía lo que pasara después mientras pudiera escuchar aquella

canción? Pero a Shakespeare no podía... Shakespeare... estaba en peligro. Sacudió la cabeza como si despertara de una borrachera.

Anduvo con rapidez entre las estanterías. Por suerte recordaba el camino. Volvió corriendo sujetando con fuerza las *Obras completas* de Shakespeare. Llegó jadeando. Orfeo comenzó otra estrofa. Ella no debía escuchar pero era tan difícil... ¿Por qué no podía entregarse sin más a la música? Se dio una torta y otra. ¡Au! Dejó el libro en el suelo delante de ella, sacó de su mochila la cajita plateada de Polvo de Musa de su madre y la colocó al lado.

¿Quién había dicho Orfeo? Hamlet, Otelo, Romeo y otro, pero lo había olvidado ¿Enrique...? seguido de algún número.

Hojeó el voluminoso libro. ¿Por qué habría escrito tanto Shakespeare? Miró el índice. Hamlet, página ochocientos sesenta y una, y retrocedió en el libro.

El canto de Orfeo se detuvo. Ella oyó un gran alboroto. Habían doblegado a Orfeo. Se oyó un fuerte crujido; acababan de romper su lira.

–¡Hazlo! –oyó que gritaba Macbeth–. ¡Acaba con ese escritor traicionero!

–Debemos hacerlo juntos –dijo Bruto–, para que nadie tenga que cargar solo con la muerte de Shakespeare.

–Bruto tiene razón –afirmó Yago–. ¡Amigos, a vuestras espadas! Atravesemos juntos este libro y demos a Shakespeare su merecido.

Odessa leyó con rapidez.

Ser o no ser, ésa es la cuestión, o es más noble...

Refinó el polvo entre sus manos. «Hamlet. Soy Hamlet. Príncipe de Dinamarca.»

Salvar o no salvar a Shakespeare, ésa es la cuestión.

¿Es más noble sucumbir a los golpes de sus malévolos enemigos

o alzar la espada contra un mar de

canallas y, resistiéndolos, poner freno...?

El libro se movió, se sacudió y un joven príncipe con pantalón ajustado subió con una espada en la mano.

La miró con asombro.

–¿Y ahora qué, joven?

–¿Hamlet?

–¿Por qué me has sacado de mi libro, oh ninfa?

Ella señaló hacia la sala.

–¡Rápido! –exclamó Odessa.

Hamlet miró por la ranura que había entre la puerta y el marco, dándose cuenta al instante de la situación.

–Debemos ser más –dijo él–. Tráeme a Otelo, a Romeo y a Enrique V. ¡Rápido!

Dentro se oyó tumulto. Los escritores hacían un último intento desesperado de salvar a Shakespeare pero no tenían ninguna posibilidad; Yago tiró a Kafka al suelo y le apoyó en la nuez la punta de su espada.

—¿Tú también quieres que te encerremos en un libro? ¡Te convertiré en un cangrejo! ¿Algún voluntario más?

—Yo —gritó Hamlet apareciendo con tranquilidad y haciendo cimbrear un par de veces su espada.

—¡Maldita sea! —exclamó Yago—. ¡Hamlet! ¿Cómo? Pero estás solo. ¡Qué lástima que tu carne demasiado blanda vaya a quedar pegada en nuestras espadas!

—No lo está —dijo Otelo con voz grave. Él era un robusto moro de rasgos nobles—. Somos muchos para defender a Shakespeare.

—En efecto —añadió Romeo, un joven muy guapo.

—Somos los afortunados —habló Enrique V, un rey inglés de apariencia elegante con un resplandeciente uniforme militar—, la hermandad que hoy lucha por Shakespeare. Y nosotros, que sobreviviremos a este día y llegaremos sanos y salvos a casa, siempre seremos recordados porque la historia de esta batalla pasará de padres a hijos desde hoy hasta el final del mundo y...

—¡Vamos, cierra el pico y lucha, inglés amanerado! —exclamó Macbeth—. ¡Y que sepas que esta vez no luchas contra franceses sino contra un escocés!

Destellaron las espadas. Otelo atacó a Macbeth, Hamlet a Yago y Enrique V se lanzó a por Bruto. Romeo contenía a Shylock, que se había refugiado en un rincón y se lamentaba.

—¡Me rindo! —suplicó de rodillas—. ¡Permite que yo también sea un héroe! ¡Me enmendaré!

Saltaban chispas pero los canallas no eran rivales para los héroes. Macbeth era el único que resistía.

—No tenéis ninguna posibilidad —ladró—. Ningún nacido de mujer puede vencerme. El propio Shakespeare lo escribió así.

—Mala suerte —dijo Otelo—. No hemos nacido de mujer sino de un libro —y con un contundente golpe desarmó a Macbeth y lo empujó contra la pared donde se encontraba el resto de los canallas.

Los escritores se abalanzaron sobre ellos y los pusieron verdes. Todos decían lo que les habrían hecho de haber tenido ocasión.

Entre tanto, Flaubert trajo de vuelta a Shakespeare y le puso al corriente de lo sucedido.

Shakespeare estaba claramente desconcertado.

—¿Yago? ¿Macbeth? ¿Enrique V? Debería de haberlo imaginado. ¿Bruto? ¿Tú también?

Bruto evitó su mirada.

Orfeo se acercó a Odessa a la que todavía le temblaban las piernas. Pretendía llevarla

al interior para que todos pudieran felicitarla por lo que había hecho.

—No —susurró ella—. No quiero que nadie sepa que puedo sacar personas de los libros —dijo pasándole rápidamente las *Obras completas* de Shakespeare y haciéndole señas para que entrara.

—¿Qué hacemos con ellos, oh maestro? —preguntó Otelo—. ¿Los ensartamos con nuestras espadas?

—No —respondió Shakespeare. Su voz sonaba cansada y decepcionada—. La venganza no sirve de nada. Devolvedlos rápidamente a mis obras y que la historia siga su curso.

Orfeo dejó las *Obras completas* de Shakespeare en el suelo. Los canallas fueron puestos uno tras otro sobre el volumen. Kafka esparció Polvo de Musa sobre ellos y el libro se los tragó.

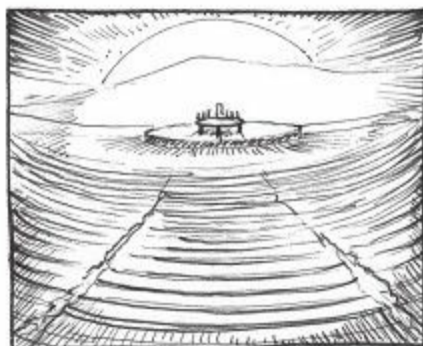
Otelo, Enrique V y Romeo se despidieron de Shakespeare tras grandes manifestaciones de gratitud. Todos desaparecieron a su vez en las *Obras completas*.

—Hamlet, tú no —dijo Shakespeare—. Tengo una misión para ti. Sígueme.

Antes de marcharse lanzó una mirada severa a Dostoievski.

—Ya hablaremos después.

En el ojo del Cíclope



En el centro del escenario del anfiteatro había siete troncos gris oscuro petrificados dispuestos en un perfecto círculo. Detrás estaba, como siempre, la mesa de los profesores. El anfiteatro estaba repleto.

Odessa esperaba con los demás candidatos en un lateral del escenario. Ludo A. iba de un lado a otro de su hombro dando saltitos. Eso la ponía nerviosa y ya lo estaba bastante: iban a encerrarla en un libro y no tenía ni idea de cómo salir de él.

Podía ver pancartas de ánimo pero sólo para los chicos, ni una sola para ella.

O sí, allí, atrás del todo: ¡LOS CHICOS SON DE AYER! ¡LAS CHICAS SON DE MAÑANA!

Era Wiki. Odessa la saludó con el brazo y Wiki le devolvió el saludo.

Orfeo se puso a su lado.

—Lo hiciste genial en la Biblioteca —dijo él.

Seguía sin entrarle en la cabeza cómo había podido sacar aquellos héroes de las *Obras completas*. Él era el único que podía saberlo. Orfeo le susurró al oído que Shakespeare había enviado a Hamlet al ejército de los hombres. Después había convocado a Dostoievski que acudió como si fuera un perro apaleado. Habían discutido durante dos horas, tras lo cual Dostoievski se había marchado con las orejas gachas. A Odessa le pareció bien. Ya iba siendo hora de que alguien pusiera en su sitio a Dostoievski.

Sonaron clarines y redoblaron tambores.

Llegaron los profesores y se sentaron en sus lugares habituales. Shakespeare volvía a ausentarse.

—¿Dónde está Shakespeare? —preguntó ella.

—Ha desaparecido —respondió Orfeo—. Las hermanas B. fueron esta mañana a hablar con él sobre el Cíclope pero ya no estaba. Están muy intranquilas. Es como si hubiera desaparecido del mapa.

Odessa recordó la predicción del dragón. ¿Acaso no hablaba sobre el presente sino sobre el futuro, y era ahora cuando estaba ocurriendo lo que predijo el Oráculo? ¿Habría

ido Shakespeare a ver a Mabarak pero esta vez para liberar a su madre? Tal vez se le hubiera ocurrido hacerlo al pedírselo ella. Eso explicaría muchas cosas.

Flaubert miró a su alrededor, vio a Odessa y se acercó a ella.

Odessa arrugó la nariz y miró a Orfeo como queriendo decir «¿y éste qué quiere ahora?».

—Mi querida niña pequeña —dijo Flaubert con los dedos enganchados en los tirantes y tamborileándolos sobre su barriga—. Tengo una noticia importante que darte y que te hará muy feliz. Odessa: ¡yo soy tu padre! Y como padre te pido, no, te ordeno que no participes en las pruebas —extendió los brazos—. Tienes permiso para darme un achuchón.

Odessa le apartó los brazos.

—¡Muérete, morsa! Ya tengo suficientes problemas, así que ve con tu culo gordo a otra parte, ¡imitación de medusa!

Ludo A. soltó una carcajada.

—¡Oh! ¡Habrase visto! —exclamó Flaubert. Se dio la vuelta y se alejó.

La voz de Dostoievski resonó en el anfiteatro.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! ¡Silencio!

El bullicio se acalló de inmediato.

—¡Bienvenidos a esta tercera y última prueba! La prueba preparatoria para la expedición que robará a Mabarak el Mortero de los Titanes. En la primera prueba, el torneo de insultos, los candidatos pudieron exhibir sus talentos de escritor. En la segunda prueba mostraron su capacidad de identificación. En la tercera deberán demostrar que pueden cambiar el rumbo de una historia mediante su intervención personal. Cada candidato deberá cumplir una misión en un libro elegido con sumo cuidado por el Consejo de Escritores. Siete candidatos, siete libros, siete misiones. Todas con el mismo grado de dificultad. Los participantes dispondrán de quince minutos para llevar su misión a buen término y éste es el tiempo máximo para la permanencia de jóvenes en un libro, ya que si no acabarían implicándose demasiado en la historia y ya sabemos lo peligroso que es. Quien permanece demasiado en un libro se arriesga a fundirse con la historia y a no volver a salir nunca.

Se dirigió a los candidatos.

—Una vez que estéis en la historia, debéis realizar la prueba. De no hacerlo, la historia podría bloquearse —miró a Odessa—. Si la historia se bloquea, por ejemplo en una cueva, no podremos ayudar al candidato y quedará atrapado para siempre. ¿Ha quedado claro? Aún estáis a tiempo de abandonar. No es ninguna vergüenza. Ni para una niña.

A Odessa le apetecía darle una patada en una parte sensible.

Todas las miradas estaban fijas en ella que fingió que se miraba las uñas.

—Abandonar no es una vergüenza —dijo Dostoievski en un segundo intento.

Ella se miró la otra mano.

—Los libros se pondrán sobre estos troncos. Delante de cada uno de ellos se colocará un ayudante que leerá en voz alta los cambios que se vayan produciendo en la historia

para que el público pueda seguir las distintas misiones. A cada candidato se le asignará su propio ayudante.

Volvió a dirigirse a los participantes.

—En cuanto hayáis cumplido la misión debéis decir «¡Proyéctame Dostie!». Son palabras elegidas cuidadosamente porque no suelen aparecer en los libros. En el momento en el que los ayudantes vean aparecer dichas palabras en el papel, esparcirán Polvo de Musa sobre él y os sacarán. Junto al tronco hay un reloj despertador que irá descontando vuestro tiempo. Debéis apagarlo vosotros mismos. Ganará quien consiga completar su misión en el tiempo estipulado. Los tres con mejores tiempos irán en la expedición. ¿Está claro?

Los siete candidatos asintieron con la cabeza.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Pasemos entonces a la asignación de las misiones que será totalmente justa y al azar.

Un chico llegó con solemnidad llevando un sombrero de copa negro.

—En este sombrero hay siete papelitos —explicó Dostoievski—, y en cada uno de ellos hay una misión que corresponde a un libro. Cada uno de los candidatos sacará un papelito y me lo entregará. Aún se estará a tiempo de abandonar. Algunos candidatos son, por ejemplo, demasiado jóvenes, o no lo bastante fuertes, o niñas... nadie se reirá de ella...

Todo el mundo volvió a mirar a Odessa que observaba el cielo como si pasara un pájaro poco común.

Dostoievski sacudió la cabeza y murmuró: «¡Quien no oye consejo, no llega a viejo!».

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! ¡Los libros!

Se oyó sonido de trompetas. Siete pajes llegaron con los libros sobre cojines. Detrás iban siete chicos con cojines más pequeños en los que estaban los relojes. Los pajes depositaron con solemnidad los siete libros sobre los troncos petrificados. Los chicos dejaron los relojes al lado, en el suelo.

Las trompetas volvieron a sonar.

El primer candidato, un chico de gafas redondas, subió al escenario. Revolvió el interior del sombrero negro, sacó un papelito y se lo dio a Dostoievski, quien lo levantó para que el público pudiera verlo.

—«¡Hércules y los establos de Augías!»

Un grito de espanto recorrió el público.

—¡Puf! —exclamó Ludo A.—. Me alegro de habernos librado de eso —y explicó a Odessa que era probable que aquel chico tuviera que limpiar los establos de Augías, un rey griego rico que poseía miles de toros. Una misión imposible y sobre todo apestosa.

El chico fue conducido hasta uno de los troncos mientras jugaba nervioso con sus gafas.

El siguiente chico sacó «Los molinos de viento de *Don Quijote*».

Otro «El jorobado de *Nuestra Señora de París*».

Stulo sacó «El cocodrilo del Capitán Garfio de *Peter Pan*».

El siguiente, «El hipogrifo de *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*».

Orfeo extrajo «Ella-Laraña de *El Señor de los Anillos*».

–Ella-Laraña es una araña gigantesca que está en un túnel lleno de orcos –contó Ludo A.–. Atrapa personas en su gigantesca tela, las paraliza y las absorbe hasta dejarlas secas.

–Que los dioses te asistan –dijo Dostoievski.

Odessa era la última. Metió la mano en el sombrero. Sólo quedaba un papelito y, sin leerlo, se lo dio a Dostoievski que lo desdobló, sonrió y se lo mostró al público. Él intentó poner voz de asombro pero Odessa podía notar el placer que destilaba.

–¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! ¡La niña de ayer ha sacado «El Cíclope»!

–¡Pero qué estás contando! –exclamó Ludo A.–. ¿Cómo es posible? –preguntó saltando a la mesa de los profesores–. ¿El Cíclope? ¿Quién lo habría imaginado? ¡Qué inmensa, increíble, imprevista, impensable, explosiva sorpresa! ¡Nunca, nunca, desde los orígenes de la prehistoria hasta el fin del universo, habría podido preverlo nadie! –se arrodilló–. ¡Ay! ¡Estamos perdidos! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Tengan piedad de nuestros pobres niños! –se dejó caer de espaldas con las patas hacia arriba y la lengua fuera–. ¡Aargghh! ¡Aargghh!

–Aún puedes abandonar –dijo Dostoievski con furia a Odessa–. No es ninguna vergüenza. Nadie se burlará de ti ni siquiera por ser una niña.

Odessa le miró con dureza y se dirigió sin decir una palabra al tronco que quedaba libre. Ludo A. voló hasta su hombro.

–Bonito espectáculo –dijo Odessa.

–Yo opino lo mismo –respondió Ludo A.

Sobre el tronco estaba la *Odisea* de Homero, el libro que buscó en vano en la Biblioteca. Era el más grueso de todos.

Flaubert se acercó hasta ella y le dio un pequeño paquete de comida.

–Para el camino.

–Gracias –dijo Odessa–, pero no lo necesito. Sólo voy a estar fuera un cuarto de hora –añadió devolviéndoselo.

Se arrepintió al instante. Quién sabe cuánto tiempo iba a estar atrapada en aquella cueva.

Los candidatos estaban cada uno delante de su tronco en el exterior del círculo y los chicos que iban a leer, en el interior.

Toque de trompetas.

Los chicos abrieron los libros y buscaron la página indicada.

El que Odessa tenía delante le indicó con gestos que debía quitarse la mochila. Ella lo hizo y la dejó junto al tronco.

Más toque de trompetas.

Los candidatos se subieron a los libros.

Odessa también debería haber preguntado al Oráculo si iba a ganar la tercera prueba, pero ya era demasiado tarde. Miró a Orfeo, que a su vez miraba muy concentrado hacia delante. «Cuando no se está acostumbrado duele», le había dicho. Los saltitos de Ludo A. en su hombro no la tranquilizaban.

Se le hacía raro estar subida en un libro, más cuando sabía que no tardaría en desaparecer en su interior y que tal vez el resto de su vida se desarrollara en aquel pequeño montón de papel que tenía bajo los pies. Intentó leer algunas frases. Había una tachada. Apartó un poco el pie.

~~Los hombres encontraron una estaca, le sacaron punta y la metieron en el fuego.~~

¿Por qué habrían tachado aquella frase? ¿Qué pensaban hacer aquellos hombres con la estaca? ¿Por qué ya no podían usarla?

De nuevo toque de trompetas.

Los ayudantes abrieron las bolsas y cogieron un buen puñado de Polvo de Musa.

A Odessa no le gustó la mirada del chico que tenía delante. Además el pelo le resplandecía de forma extraña, pero no disponía de tiempo para pensar en ello.

De nuevo toque de trompetas.

Los ayudantes esparcieron uno tras otro Polvo de Musa sobre los candidatos, que, uno tras otro fueron engullidos por los libros. A su lado, Orfeo mantenía los brazos por encima de su cabeza y desapareció en su libro con un movimiento en espiral. Le tocaba a ella. En cuanto le cayó el polvo fue como si algo la agarrara por los pies y tirase de ella hacia abajo. Estiró los brazos hacia arriba. Era como si la absorbieran por un pequeño túnel y le exprimieran el aire de los pulmones. Quiso gritar pero de su garganta no salió ningún sonido. Todo comenzó a girar rápidamente como en un tornado. No veía más que manchas. De pronto, cuando creía que no iba a sobrevivir, todo se calmó.

Se encontraba en una cueva entre hombres rudos que olían a sudor y vino barato, que miraban una hoguera. La cueva era amplia y alta. Oyó ovejas. A través de la apertura de la cueva podía ver la peluda pantorrilla de un gigante. El Cíclope. Estaba sentado en una roca en medio de un rebaño de ovejas.

—¿Es que no tienes lengua? —espetó uno de los tipos.

Se dirigía a ella, pero Odessa no tenía ni idea de qué le había preguntado.

—Y tú no tienes modales, cavernícola —dijo Ludo A.

Uno de los hombres más grandes intervino. Era más alto y musculoso que el resto pero parecía más tranquilo e inteligente. Aquél debía de ser Odiseo. Llevaba el pelo recogido en una coleta. Era imposible que él fuera su padre, se le pasó por la cabeza a Odessa, pero le habría gustado, ¡menudo tío!

—Todos estamos en el mismo escondrijo —dijo él—. Si alguien tiene una idea de cómo salir de aquí, puede decírla cuando quiera. Entre tanto daremos una oportunidad a la niña —se volvió hacia ella y dijo—: Habla.

Odessa no sabía qué decir. Aún estaba desorientada por su paso a través del libro.

–Estaba soñando que vivía en otro mundo –respondió–, muy lejos, allá arriba, y que el Cíclope no era más que un personaje de un libro.

Los hombres se echaron a reír.

–Tienes sentido del humor –dijo Odiseo–. Me caes bien, pero no comprendemos a qué te refieres.

Odessa explicó brevemente a Odiseo por qué estaba ella allí y lo que había ocurrido.

–Resulta difícil de creer –afirmó Odiseo–. ¿Un mundo por encima del nuestro? Pero algo en mi interior me dice que no mientes.

Los demás hombres no eran tan comprensivos.

–¿Qué? ¿Que porque tú tienes que realizar un prueba en otro mundo nosotros nos estamos jugando el pellejo aquí? ¿Quién te crees que eres? ¡Sálvanos tú!

–Tengo una idea –espetó uno de los hombres–. Te echamos fuera y mientras el Cíclope te devora a ti y a tu insignificante gorrión, nosotros escapamos.

–¡Eh, amigo! –dijo Ludo A.–. En primer lugar ésa es una idea estúpida y, en segundo, y quiero poner énfasis en esto antes de que la situación se vaya de las manos, aquí no hay ningún gorrión.

Odessa iba a intervenir, pero los hombres empezaron a hablar todos a la vez.

–Lo que yo digo es que una estaca no desaparece así como así.

–Hemos registrado toda la cueva.

–Y nosotros le hemos emborrachado durante toda la noche con vino sin aguar.

–Ahora o nunca. Debemos sacarle el ojo con esa estaca. Si no lo hacemos ahora será demasiado tarde.

–¿De quién habláis? –preguntó Odessa.

Los hombres la miraron con una mezcla de incompreensión y furia.

–¡Del Cíclope, por supuesto! Del gigante de un solo ojo que nos tiene apresados desde hace siete días.

Odiseo tranquilizó a sus hombres.

–Escuchad, discutir no tiene sentido. Vamos a dormir, la noche trae consejo.

Pero Odessa no tenía tiempo, podía escuchar el tictac del reloj en su cabeza. Disponía de quince minutos para salir de la cueva y decir «¡Proyéctame Dostiel!». Seguro que ya habían pasado cinco minutos y no tenía ni idea de lo que tenía que hacer. No podía utilizar la Pluma para hacerse invisible porque todo lo que allí ocurría aparecía en el papel y lo leería el ayudante en el anfiteatro, y entonces todo el mundo se enteraría de que la tenía ella.

Podía imaginar a Dostoievski cerrando el libro con un gesto triunfal. «La niña de ayer no ha salido de la cueva. La historia se ha detenido. ¡Lástima!»

Habría sido mejor aceptar el paquete de comida de Flaubert.

–¿No podéis atacarle todos a la vez? –preguntó ella–. Sois tan grandes y tan fuertes... Si todos juntos...

—Ya se ha comido catorce hombres.

—¡Es un gigante, rediez!

—Aún quedan restos.

—Allí, y allá.

—¡Nuestros camaradas!

Ludo A. extendió sus alas.

—¡Menuda panda de señoritas! ¿Acaso tengo que hacerlo yo todo?

Y antes de que Odessa pudiera detenerlo, salió zumbando hacia la entrada.

Odessa fue tras él y se escondió en la salida tras un par de rocas. Odiseo y sus hombres le siguieron.

—¡Recupera ese maldito pájaro! —exclamó alguien—. ¡No debe enfadar al Cíclope más de lo que ya está!

—¡Nos va a conducir a todos a la muerte!

Pero Ludo A. estaba aterrizando en la nariz del Cíclope que tenía la forma de una patata bien gorda.

Odiseo cogió una piedra e iba a tirársela a Ludo A. cuando Odessa le agarró el brazo.

—¡No lo hagas! —suplicó—. Dale una oportunidad.

—¡Eh! ¡Monóculo! —gritó Ludo A.—. ¡Despierta!

El Cíclope no sabía de dónde procedía aquella voz pero era evidente que no le hizo ninguna gracia.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Quién interrumpe mi descanso?

—¡Cerca de tu narizota, saco de patatas! —exclamó Ludo A.

El ojo se abrió como una puerta de garaje.

—Escucha un momentito —dijo Ludo A.—. Tengo a una niña allí, en la cueva, y ella no tiene nada que ver con esto, así que si te apartas un poco no te pasará nada.

El Cíclope, cuyo ojo no había parado de crecer durante el discurso de Ludo A., estalló en una atronadora risa. A Ludo A. le costaba mantenerse sobre su nariz.

—¿Me estás amenazando? —bramó el Cíclope.

—¿Amenazarte, gordito? ¿Qué ocurrencia es ésa? Te estoy haciendo una propuesta que no puedes rechazar: tú dejas que mi niña se vaya y yo te dejo en paz. Así que usa un poco tu inteligencia, que reconozco que no es mucha. Apártate y nadie saldrá herido.

—¡Bromista! —rió el Cíclope—. ¡Gorrión!

Ludo A. giró sus hombros.

—Escucha, nariz de patata. Como sólo tienes un ojo, voy a perdonarte, pero hasta donde alcanzo a ver aquí no hay ningún gorrión. Como puedes ver, yo sigo tranquilo. Estoy en contra de la violencia y no quiero hacer daño a nadie. Así que sé bueno, apártate, y continuaremos siendo buenos amigos.

El Cíclope no paraba de reír.

—¡Que venga tu niña! ¡Me apetece un postre! ¡Y a ti te utilizaré de mondadientes! ¡Ajá! ¡Gorrión!

Se golpeó tan fuerte en la rodilla que la sacudida se notó en el interior de la cueva.

–Voy a pedirte una vez más, faro deforme –dijo Ludo A. bajando después la voz–. Con mucha amabilidad. Después no digas que no te avisé. Éste es el trato: tú dejas que mi niña se vaya. Yo te dejo en paz.

El Cíclope rió con más fuerza.

–Bueno, no te quejes, ¡allá va!

Ludo A. echó el cuello hacia atrás y picó con todas sus fuerzas el gran ojo.

El pequeño pico de Ludo A. no tenía el efecto de una estaca puntiaguda pero el Cíclope soltó un alarido. Finos hilos de sangre salpicaron a su alrededor. El gigante se llevó una mano al ojo intentando atrapar a Ludo A. con la otra.

–Debería haberlo imaginado, rana bocazas –gritó Ludo A. mientras revoloteaba alrededor de su gigantesca cabeza–. Ojo grande, cerebro pequeño. Esperaba más de ti, gigantillo.

El Cíclope lanzaba ganchos al aire con su colosal mano que Ludo A. esquivaba sin esfuerzo.

–Si quieres verme, muchachito, tendrás que abrir el ojo.

Con la cara desencajada por el dolor, el Cíclope abrió su gigantesco ojo. Ludo A. volvió a golpear con todas sus fuerzas en el mismo lugar repiqueteando como un pájaro carpintero. El Cíclope se llevó las dos manos al ojo y cayó de rodillas. Tanteó el suelo, encontró una oveja y se la tiró a Ludo A.

–¡Olé! –exclamó éste.

El Cíclope tiró otra oveja, y otra más. Surcaban el aire balando.

–¡Deja a esas pequeñas tranquilas! ¡Pelea como un hombre! ¡Olé! ¡Vamos, gamba amanerada! ¡Olé!

El Cíclope se levantó jadeando, resoplando de furia con una oveja en cada mano.

–¿Dónde estás? ¡Gorrión!

Ludo A. se posó en su monumental nariz.

–Vale... voy a darle más emoción: cerraré un ojo, así estaremos empatados.

El Cíclope golpeó las dos ovejas con todas sus fuerzas contra su nariz. Por supuesto Ludo A. hacía tiempo que se había ido de ahí. El Cíclope se tambaleó y cayó de espaldas dando con su nuca en una piedra. El golpe fue tan formidable que la cueva tembló y cayeron fragmentos de piedra del techo.

El Cíclope se quedó tumbado e inmóvil. Las ovejas balaban a su alrededor.

Ludo A. saltó sobre la nariz del Cíclope.

–¡Despierta! ¡No hemos hecho más que empezar! –exclamó dando una patada al enorme párpado–. ¡Abre, deliciosa pizza!

Odiseo hizo señas a sus hombres.

–¡Cuerdas! ¡Rápido!

Salió.

Los hombres ataron al gigante.

Ludo A. saltó al suelo y bramó en la gigantesca oreja.

—¡Hooooola! ¿Hay alguien ahí? —preguntó metiéndose en ella—. ¿Holaaaaa? —salió dando saltitos—. No hay nadie en casa.

Odessa llamó a Ludo A. para que se reuniera con ella. Él se posó en su cabeza. Misión cumplida. No tenía ni idea de cuántos minutos habían pasado pero debía darse prisa para apagar el despertador. Le habría gustado despedirse de Odiseo y disculparse por lo ocurrido pero no había tiempo para ello.

—«¡Proyéctame Dostie!»

Los hombres de Odiseo la miraron con extrañeza y se llevaron el dedo a la sien.

Todo comenzó a dar vueltas, Odiseo, sus hombres que la miraban con la boca abierta, el Cíclope atado. La isla de los cíclopes se deshizo en manchas. Odessa sintió que la exprimían y que la aspiraban por un túnel.

Su cabeza y su cuello sobresalían del libro. Vio el anfiteatro. Dolía muchísimo. La gente aplaudía. Ludo A. estaba sobre su cabeza y hacía inclinaciones. A la derecha del todo estaba el chico de gafas redondas junto a su tronco totalmente cubierto de estiércol, pero había ganado. A su izquierda, Orfeo, con el pelo lleno de telarañas, acababa de apagar su reloj. Detrás salía la cabeza de Stulo de su libro, pero llegaría demasiado tarde, ella ya tenía libre un brazo. Él no tenía la más mínima posibilidad. Su otro brazo también estaba libre. Ella jadeó. El chico del estiércol, Orfeo y ella serían los vencedores. Se alegraba de que Stulo no fuera a lograrlo; no le tragaba y él no soportaba a Orfeo.

—¡Más polvo! —exclamó a su ayudante.

El chico hurgó en la bolsa y arrojó más polvo sobre ella, que salió hasta la cintura. De todos los libros salían cabezas y brazos. Odessa se estiró para alcanzar el despertador. ¡Casi podía tocarlo!

—¡Más polvo! —gritó.

El chico volvió a hurgar en la bolsa, levantó la mano sobre ella y la abrió, pero no ocurrió nada.

—¡Más polvo! —repitió Odessa.

El chico dio la vuelta a la bolsa. El polvo se había acabado.

¿Cómo era posible? ¡Al resto de los chicos aún les quedaba! ¡Seguro que era una jugarreta de Dostoievski! ¡Era tan injusto! Pero no iba a dejarlo así. ¡Había que parar el reloj! Estiró los dedos. Casi podía tocarlo. Un par de centímetros más. Comenzó a tambalear el tronco. El libro también se tambaleaba de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Tironeó y cayó del tronco con el libro. Su cabeza chocó contra el reloj que rodó un metro. Ya no sentía las piernas, era como si la estuvieran prensando por la cintura, pero en ese momento aquello no tenía importancia: ¡había que parar el reloj! Como una tullida sin piernas se arrastró hasta el despertador. No tenía ni idea de lo que ocurría a su alrededor; sólo veía aquel reloj. Tictac. Tres centímetros más. Tic. Estiró la mano. Tocó el botón con las yemas de sus dedos. Tac. Vio, como en una película a cámara lenta, que el segundero marcaba el final del tiempo.

Sonó el despertador.

Demasiado tarde. Había llegado demasiado tarde. Había perdido.

Miró a su alrededor. Todos los chicos estaban al lado de sus relojes, bien ligeramente quemados bien empapados, pero sus relojes no sonaban. Stulo tenía la ropa rota y un gran arañazo en la cara, pero sonreía. Era el tercero. El único reloj que sonaba era el suyo y continuó sonando y sonando en el anfiteatro, hasta que Dostoievski le puso la mano encima. Él mismo echó un puñado de Polvo de Musa sobre ella y la liberó de su apurada situación.

Jadeando y empapada en sudor miró al chico que debería haber esparcido más polvo sobre ella. Si las miradas matasen, él estaría muerto. Pero en lugar de disculparse, el chico le levantó la voz.

—¿Qué has hecho? —preguntó él—. Tendrías que haberte quedado quieta. No hay que tirar tanto para salir de un libro. ¿Es que nadie te lo ha enseñado? ¡Pero qué boba eres!

—¡Tú no has usado suficiente polvo! —gritó Odessa—. Me has dejado atrapada a propósito.

Aquel chico tenía algo extraño, un brillo raro en el pelo.

—¿Clío? —preguntó Odessa—. ¿Eres tú?

Pero Dostoievski intervino.

—Lo siento, niña de ayer, lo has hecho bien pero debes encajar la derrota. Lo justo es lo justo.

—¿Lo justo? ¡Habéis manipulado el libro, habéis tachado una frase y no había suficiente polvo! ¡Todo estaba amañado!

—¡Si no hubieras tironeado tanto, habrías podido salir del libro sin más! —exclamó el chico.

Odessa se abalanzó sobre él y rodaron por el suelo.

—¡Traidora!

El chico la apartó. Odessa cayó cuan larga era sobre el escenario.

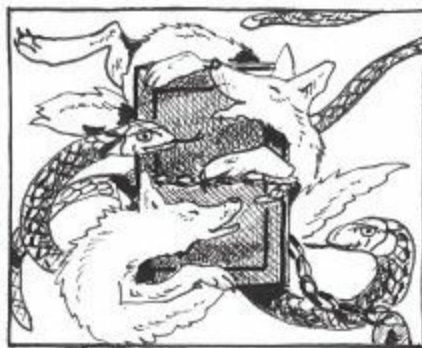
El público despotricaba.

—¡Buh!

—¡La niña de ayer no es capaz de encajar la derrota!

Odessa cogió su mochila del suelo con brusquedad y se bajó corriendo del escenario tapando con una mano su cara llorosa.

Con turbante y bigote



Odessa estaba acostada en su cama con lágrimas en los ojos.

¡Era tan injusto! Quería escribir en Librus que toda Scribópolis fuera sepultada por una lluvia de meteoritos. Apretó los puños y metió la cara en la almohada. Ya no podía ir en la expedición. ¿Cómo iba a rescatar a su madre? ¿Y a Shakespeare? Él acabaría muriendo sin haber podido expresar su amor paternal. Dio un puñetazo a la almohada. Debía encontrarle y le encontraría. Lo ponía en Librus.

Tengo un padre.

Le encontraré.

Y estaremos juntos hasta en la muerte.

Pero volvió a tener un ataque de inseguridad; que lo pusiera en Librus estaba muy bien, pero si Shakespeare moría, ella también lo haría.

«Aún no estás segura de si Shakespeare es tu padre», se dijo. «Te montas historias en la cabeza sobre lo fantástico que es él, pero igual hace mucho que ha muerto.»

«Eso no es verdad», se respondió. «Mi padre no es una fantasía. Es un héroe.»

«Sí, sí, continúa soñando. Él nunca aprobaría lo que pensabas hacer.»

«¿Qué?»

«No te hagas la tonta. Ir a ver a Mabarak y poner en peligro a todo el mundo sólo para encontrarle. Ni siquiera sabes si él está allí. Está bien que no puedas ir en la expedición.»

Era verdad, no podía ir en la expedición. Se sentía impotente. Todo por culpa de Dostoievski y de Clío, esa estúpida traidora. ¡Oh, qué ganas tenía de clavarle las uñas en la cara! ¡Que intentara entonces cambiar de forma!

Se sentó incorporándose en la cama y puso la mochila delante de ella. Se secó las lágrimas con la manga. Ya iba siendo hora de que el mundo se diera cuenta de lo que ella era capaz. Jamás había pensado utilizar a Librus para vengarse, pero Clío y Dostoievski necesitaban una lección.

«¿No irás a volverte como Mabarak, verdad?», se dijo. «¿No irás a utilizar a Librus en tu propio beneficio?»

«No...»

«¡Te he calado! Quieres utilizar a Librus para vengarte.»

«¿Vengarme? Oye, no exageres, sólo voy a dar una lección a Clío y a Dostoievski, eso es todo, algo inocente, les convertiré en monos o algo así. Con plumas en el culo. Ellos lo han querido y estoy en mi derecho. Soy la Verdadera. ¡No tengo por qué escucharte! Escribiré en Librus lo que yo quiera.»

«Tienes que ir a que te miren eso.»

«¡Nadie me dice lo que debo hacer!»

«Deberías oírte. Estás chiflada. Eres como Mabarak.»

«No me parezco en nada. Él es un monstruo.»

«Y tú estás en camino de serlo.»

«¡Vete a dormir!»

De pronto las palabras de Shakespeare resonaron en su cabeza.

Con cada renglón que se escriba en Librus,
el mundo estará más atado.
Con cada palabra, la gente será menos libre.

Sus palabras eran inteligentes y razonables.

Pero en aquel momento a ella no le apetecía ser razonable. Dostoievski era un canalla. No podía creer que Shakespeare continuara defendiéndole. No le importaba lo que pensarán de ella. Ellos necesitaban una lección.

Abrió su mochila y metió la mano. Tocó el diario de su madre –no lo necesitaba–, la cajita de plata de Polvo de Musa –eso tampoco–, *Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio* –tampoco...–. Sus dedos volvieron a rozar el diario. Diario... cajita... ¿Dónde estaba Librus?

¿Se habría caído? Miró encima de la cama, debajo, a la derecha, a la izquierda, volvió a palpar su mochila, pero no estaba dentro.

Abrió con brusquedad la mochila y la vació sobre la cama: Diario, cajita, *Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio*. ¡Ni rastro de Librus! No podía haber desaparecido así como así, ¿verdad? Siempre estaba en su mochila. Nunca lo sacaba. Sólo para dormir, pero entonces él estaba a salvo junto a su almohada. ¿Qué había pasado? ¿Tenía Librus poderes mágicos? ¿Podía desaparecer por sí mismo?

De pronto se vio en el escenario del anfiteatro. Se encontraba subida al libro sobre el tronco petrificado. ¡Tenía la mochila al lado, en el suelo! Se la había quitado a petición de su ayudante y permaneció allí hasta que pasó la prueba. Quince minutos. Alguien debía de haber cogido a Librus.

¿Pero quién?

Los profesores no, estaban demasiado lejos. Tampoco alguien del público. Debía de

haber sido alguien que estuviera cerca. ¡Su ayudante, por supuesto! De sus ojos salieron lágrimas de furia. ¡Clío! ¡Esa perra asquerosa! Clío le había tendido una trampa y ella había caído en ella sin pensar.

La puerta se abrió de golpe y las hermanas B. entraron en tropel.

—Ay, mi querida niña —dijo Charlotte—. ¡Estás llorando! ¡Es tan injusto!

—Deberías haber ganado tú —añadió Emily abrazando a Odessa y rompiendo a llorar a moco tendido.

Odessa quería apartarla, no tenía tiempo para aquello, debía encontrar a Clío, debía encontrar a Librus, pero no podía decir nada ya que nadie sabía que ella lo tenía.

—La expedición sale esta tarde —comentó Charlotte—. Partirá con una caravana que acaba de llegar. Los profesores están reuniendo el equipo: algunos libros, un barril de Polvo de Musa...

—¡Es tan injusto que no puedas ir! —exclamó Emily sollozando. Y abrazó a Odessa con más fuerza.

La puerta volvió a abrirse de golpe y Orfeo entró con Ludo A. sobre su hombro.

Las hermanas intercambiaron una mirada y se levantaron.

—No, quedaos —dijo Orfeo—. Tenéis que ayudarnos.

Él se sentó en la cama junto a Odessa.

Ella apartó la cara. Él le levantó la barbilla.

—¿Odessa?

Tenía los ojos rojos e hinchados. No quería que la viera así.

—Todo ha fracasado —sollozó—. Me quedaré sentada aquí hasta que me muera.

—No debes desanimarte.

—Déjame en paz. Tú debes rescatar a Eurídice. Así al menos uno de los dos habrá conseguido algo en su vida.

Tenía en la punta de la lengua decir que habían robado a Librus.

—La expedición sale esta tarde con la caravana —dijo Orfeo—. Y tú vendrás con nosotros.

Ella le miró con asombro.

—Dostoievski jamás aceptará que vaya.

—Tengo un plan. He hablado con la gente de la caravana. Nos ayudarán a cambio de comida y agua que saquemos de los libros que llevamos. La gente de la caravana no puede ver a Dostoievski ni en pintura y les divierte hacerle quedar mal.

Ella se incorporó un poco más.

—Todo está arreglado —continuó Orfeo—. Vendrás con nosotros. Disfrazada.

—¿Disfrazada?

—De hijo de un camellero.

Ella le miró con más asombro todavía. ¿Estaba bromeando? Pero parecía muy serio.

—Irás disfrazada como guía, un rudo hijo de camellero que nos guiará por el desierto.

—Pero no conozco el camino.

—He hablado con el verdadero guía. Él tampoco es capaz de situar el castillo de Mabarak, así que no importa. A todo esto, nadie sabe dónde está. Atravesaremos el desierto con la caravana hasta encontrar huellas de gnorks y las seguiremos hasta el castillo.

—Pero...

¿Cómo iba a explicar que no podía ir, que tenía que encontrar a Librus?

Miró a Orfeo y luego a las hermanas, a las hermanas y a Orfeo. Ellos, a su vez, la miraban con esperanza. No era capaz de decir nada.

—Debes ir —dijo Orfeo.

Ella suspiró. Continuaba teniendo la Pluma y era la Verdadera. Clío no podía hacer gran cosa con Librus. ¿Tan grave era que lo hubieran robado?

Si iba, podría vencer a Mabarak, liberar a su madre y dispondría de todo el tiempo del mundo para encontrar a Librus y convertir en monos a Clío y a Dostoievski.

—Vale —balbuceó.

Las hermanas aplaudieron.

—¡Qué emocionante!

—¡Te maquillaremos!

—¡Yo te haré un bigote con pelo de gato!

Emily sacó distintas telas.

—Necesitas un turbante para ocultar tu melena.

—Y una túnica larga —dijo Anne—, para ocultar tus formas femeninas.

—Te haremos la ropa más espléndida que haya visto el desierto.

—Yo me disfrazaré de gigantesco murciélago vengador —comentó Ludo A.—. que abrasa la tierra con humo de cigarro —añadió extendiendo las alas—. ¡Guajajá!

—Tú irás de papagayo —dijo Orfeo con dureza—. ¡Y nada de fumar!

Parte 3

Hierba del desierto



Sonó la campana del anfiteatro.

Bajo los ojos de asombro de algunos flamencos rezagados que hacían un nido en un tejado, la gente inundaba las calles. Todos sentían curiosidad por la caravana y querían despedir a los miembros de la expedición que iba a salvar a Scribópolis.

Odessa se encontraba en un lateral del escenario entre los componentes de la caravana. Creía que todo el mundo se daría cuenta del disfraz pero nadie hizo ningún comentario. Un bigote le hacía cosquillas bajo la nariz y sobre su cara con maquillaje oscuro, un turbante ocultaba a la vista su melena. En la mano sostenía las riendas de un camello que masticaba algo tranquilamente.

Se sentía ridícula.

Ludo A., sentado sobre su hombro, parecía más ridículo si cabe; iba disfrazado de papagayo enano con las plumas pintadas de rojo y verde. Para darle un toque especial a su disfraz se había atado un pañuelo a la cabeza y tapado su ojo izquierdo con un minúsculo parche pirata.

Dostoievski subió al escenario y pidió silencio al anfiteatro.

Al cabo de muy poco tiempo, lo único que podía oírse era el inalterable rumiar de algunos camellos.

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! —Dostoievski hizo un amplio gesto con el brazo señalando a Stulo, a Milo —el chico de gafas redondas que había limpiado los establos de Hércules— y a Orfeo, que se encontraban al otro lado del escenario—. ¡Contemplad a los valientes! ¡A los héroes! ¡A los intrépidos que van a emprender la expedición más osada de todos los tiempos!

En las gradas sonaron aplausos. Los chicos agitaron banderas y tocaron bocinas.

Dostoievski levantó una mano.

—Estos héroes irrumpirán en el castillo de Mabarak —aplausos—, recuperarán el Mortero de los Titanes —agitar de banderas—, vencerán a Mabarak —bocinazos—, y castigarán a Calíope de forma dura e implacable —fuertes aplausos, agitación de banderas y

bocinazos—. ¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Permítanme presentarles a Stulo Mallia, que aportará a la expedición valor, perseverancia y osadía.

Stulo dio un paso decidido al frente y se dio un puñetazo en el pecho.

Aplauso y pataleo.

«¡Menudo memo!», pensó Odessa. «Yo debería estar en tu lugar.»

—¡Estimados estudiantes! ¡Venerados colegas escritores! Permítanme presentarles a Milo Milan. Él aportará a la expedición vigilancia, olfato y determinación.

Milo dio un paso adelante e hizo una inclinación de cabeza tras lo cual se ajustó las gafas.

Aplausos.

—Y en último lugar —Dostoievski señaló con gesto cansino a Orfeo— tenemos a nuestro chico floreado, que aportará a la expedición algo de música de fondo de vez en cuando.

Orfeo saludó con las manos.

Risas en las gradas, pero también aplausos entusiastas y bocinazos.

Dostoievski se volvió hacia los miembros de la expedición.

—Recibiréis una provisión de libros y Polvo de Musa que podréis utilizar para extraer alimentos y bebida. Cuidadla, es limitada, el camino es largo y el calor en el desierto es abrasador. Estad alerta y preparados contra los peligros que pueden acecharos tras cada roca. Para protegeros de desgracias mayores, y tras largas negociaciones, hemos logrado hacernos con el guía más experimentado y docto de los nómadas del desierto.

Señaló a Odessa que casi cae al suelo.

Entre fuertes aplausos y con todos los ojos puestos en ella, subió al escenario con un paso que ella esperaba que resultara masculino y firme por montar a camello.

Dostoievski apoyó una mano pesada en su hombro. Ella se hizo la fuerte; los rudos hijos de los camelleros no rechistaban.

—Este noble hijo de camellero —la garra de Dostoievski apretó más— os guiará por el desierto abrasador. Confíad en él. Seguidle ciegamente. Vuestra vida está en sus manos.

Dostoievski golpeó a Odessa. Ella dio un paso al frente más por el golpe que porque quisiera hacerlo. Hubo un fuerte aplauso. Ella se inclinó saludando con la mano.

La mirada de Dostoievski recayó en el papagayo enano de vivos colores que ella tenía sobre el hombro.

—¡Ay! Un papagayo del desierto —dijo él—. Son muy poco comunes. ¿Habla?

—No —respondió Odessa poniendo voz grave.

Dostoievski acercó un dedo a Ludo A.

—¿Rascar cabecita, Coco? ¿Rascar cabecita, Coco?

Ludo A. lanzó un escupitajo al suelo.

—Ráscate tú tu retrasado Coco, imbécil...

Odessa le tapó rápidamente el pico con la mano. Por suerte Dostoievski no le había entendido y se limitaba a llevarse la mano detrás de la oreja para escuchar.

—No está acostumbrado a la ciudad —gruñó Odessa bajando enseguida del escenario.

Su disfraz había aguantado.

Y continuó haciéndolo. Después de dos semanas, Stulo y Milo seguían sin darse cuenta de que su noble guía de caravana era la niña de ayer sólo que con bigote. Estaban demasiado ocupados consigo mismos y planeando lo que escribirían en Librus después de vencer a Mabarak.

Odessa imaginaba el desierto como una infinita masa de arena, pero sorprendentemente había muchas montañas y rocas. Durante el día hacía un calor abrasador y por la noche bajaba la temperatura hasta llegar casi al punto de congelación.

Stulo y Milo se pusieron a su altura, uno a cada lado, tambaleándose sobre sus camellos. Se preguntaban en qué parte del castillo podría estar escondido el Mortero de los Titanes. Decidieron que, sin duda, se encontraría en el laboratorio de Mabarak.

—Nobles hijos de escritores, ¿puedo haceros una pregunta? —dijo Odessa poniendo voz grave.

—Adelante —respondió Stulo.

—¿Qué aspecto tiene ese tesoro, el Mortero, del que habláis tan a menudo?

—Es un pequeño cuenco plateado con su correspondiente mazo —explicó Milo—. Algo parecido a lo que vosotros utilizáis para machacar el cilantro y la menta. Es una joya con un bello acabado y tiene una inscripción: *Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt*.

—Extrañas palabras —dijo Odessa—. ¿Tienen significado?

—Hay lágrimas en las cosas y tocan a lo humano del alma.

Milo y Stulo presumían de que serían recibidos como héroes cuando regresaran con el Mortero de los Titanes. Discutían sobre quién era el jefe. Stulo creía que no había discusión posible: el honor le correspondía a él, que era un líder natural, lo llevaba en los genes. Si alguien no estaba de acuerdo con ello podían pelear, dijo. Milo protestó pero cerró la boca. Odessa deseaba que Orfeo le llevara la contraria, tal vez fuera un chico floreado, pero no temía a nada ni a nadie, pero para gran decepción de Odessa él les dejó seguir.

Ella no soportaba a Stulo. ¡Menudo fantasma! Y además no se fiaba de él. Alguien tan creído era una presa fácil para las manipulaciones de Mabarak. Ella no había olvidado lo que dijo Shakespeare una vez: Mabarak era un maestro de la palabra. Era capaz de convencer a cualquier cosa y a cualquier persona. Se metería a Stulo en el bolsillo. Odessa intentaba evitarlo en lo posible.

Milo empezaba a caerle cada vez mejor. Era listo y su presencia tranquilizadora. Él no tenía la necesidad de llenar cada silencio con charlas inútiles.

Los primeros días ella se había mareado, pero después de una semana, era capaz de dormir sobre su camello, cosa que hacía a menudo para que los interminables días pasaran más rápido. Entre tanto olía tan mal que ya no notaba el olor de su camello.

Después de dos semanas de sol abrasador, apenas sabía quién era. La arena del desierto se le metía en la ropa, tenía la garganta como papel de lija, se le había quemado

la cara y el bigote le picaba muchísimo. No podía comprender que alguien llevara algo así por gusto. Afortunadamente por la noche refrescaba. Los chicos sacaban de los libros platos abundantes y vino que ellos, para no ofender a la gente de la caravana, tomaban apartados.

Odessa comía dátiles y carne seca de cabra con los miembros de la caravana. Ludo A. daba caladas de una pipa de agua. Odessa no entendía lo que decían los demás, pero eran amables y comprensivos, la dejaban tranquila y ella les dejaba tranquilos.

Orfeo iba a visitarla cada noche y, sin que los otros chicos se dieran cuenta, dejaba que la gente de la caravana sacara agua de un libro sobre el Danubio.

A medida que avanzaba el viaje, él cada vez se apartaba más. Odessa sentía cómo oscilaba entre su amor por Eurídice y la terrible misión que le esperaba. No hablaba de ello y cuando ella lo mencionaba, él cambiaba de tema, de modo que había dejado de preguntar por miedo a perder su amistad.

Una noche, mientras todo el mundo cenaba, él ensilló su camello con una determinación que llevaba tiempo sin verle.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Regreso —respondió él—. Esto no tiene sentido.

—No puedes hacer eso. Piensa en Eurídice. La harán pedazos y tú te verás entre esos pedazos intentando atrapar su alma, pero ella se te escurrirá entre los dedos como una mariposa.

Él la miró con una gran tristeza, pero desensilló el camello.

¡Ojalá pudiera significar para él lo que él significaba para ella!

Para cambiar de tema, ella le preguntó quién era su padre. Nunca se lo había preguntado y sentía curiosidad.

—Apolo —dijo él distraído.

—¿Ése no es un dios?

—El dios de las artes y la música —masculló él viendo su cara de sorpresa—. ¿Te extraña?

—No. Ahora comprendo mejor tu talento para la música. Pero...

Era como si pudiera leerle el pensamiento; envidiaba que él tuviera un padre así.

—No fue un padre tan bueno. Casi nunca le veía —él levantó la barbilla de Odessa—. Y estoy seguro de que tu padre también es especial. ¿Acaso no has heredado su talento con los libros?

Al cabo de dos semanas aún no habían encontrado ningún rastro. La ubicación del castillo de Mabarak parecía más secreta todavía que la de Scribópolis. Las existencias de polvo claramente mermaban. Sin polvo, no tardarían en quedarse sin comida ni bebida.

Stulo cabalgaba a su lado todas las mañanas y preguntaba si se acercaban al castillo, a lo que ella gruñía un breve «sí». Él se enderezaba en la silla y miraba con satisfacción a la lejanía. Ludo A., que iba en la cabeza de su camello, comenzó a cantar:

*I'm singing in the rain, just singing in the rain!
What a glorious feeling, I'm happy again!*

A Stulo le molestaba mucho y le lanzaba miradas severas, tras las cuales Ludo A. ponía aún más empeño:

*I feel pretty. Oh so pretty!
I feel pretty and witty and gaaaay!*

Cuando Odessa estaba ya a punto de desanimarse, encontraron un rastro.

Stulo se arrodilló en la arena. Tocó las huellas de patas.

–Gnorks –dijo–. Las huellas aún están calientes.

«Lo que tú digas», pensó Odessa, «estamos en el desierto».

–Usted tiene el olfato de un verdadero habitante del desierto –dijo ella–. ¡De un ermitaño, sí!

Siguieron las huellas. Cada vez había más que procedían de la izquierda y de la derecha; pequeños grupos de gnorks se unían al anterior. Debían de ser cientos, miles de gnorks.

Los miembros de la caravana se despidieron. Su camino iba hacia el oeste y las huellas se dirigían al este.

Con las huellas de los gnorks se mezclaban otras de caballos, carromatos y botas.

–Hombres –dijo Stulo–. Su ejército persigue a los gnorks.

–No es una buena noticia –comentó Milo–. La guerra que temíamos ha comenzado.

–¿Acaso no es una buena noticia? –preguntó Odessa poniendo voz grave–. Los hombres están de vuestro lado, harán picadillo a los gnorks.

Por una vez, Stulo estaba de acuerdo con Milo.

–Debemos evitar a los hombres –dijo–. Ellos consideran que los escritores son los causantes de esta guerra. No harán distinciones entre Mabarak y otros escritores. Si vencen a Mabarak, nosotros seremos los siguientes de su lista.

Algo más allá se desplegaba una desagradable escena: espadas y lanzas rotas clavadas en la arena, buitres picoteando en las armaduras de los gnorks abatidos, arena negra por la sangre. Aquella era la primera vez que Odessa veía el horror de la guerra tan de cerca.

Nadie decía una palabra.

Stulo subió a un carro volcado que tenía grandes muescas hechas como por una gran garra.

–Esto no es obra de gnorks –dijo él.

–Mabarak ha soltado a sus monstruos –añadió Milo.

Continuaron avanzando en silencio.

En vista de las huellas, las tropas de gnorks debían de ser numerosísimas; miles, decenas de miles de gnorks se dirigían al castillo de Mabarak para prepararse para la gran batalla.

Después de día y medio de viaje llegaron a una pequeña franja de hierba. La fresca hierba verde supuso un agradable cambio, pero a Odessa le causó una extraña sensación; no había ningún oasis, no había palmeras. No había ninguna razón para que allí creciera hierba.

Un par de horas más tarde se encontraron otra sorpresa: ante ellos el cielo, inmóvil, amenazaba tormenta. Donde se encontraban no soplaba el aire, pero unos metros más allá llovía a mares y tronaba que daba gusto.

—Mabarak —dijo Milo— intenta cambiar el mundo.

Odessa tragó saliva. Sospechó que Clío había vendido Librus a Mabarak por una gran suma de dinero. Pero aún así no lograba comprender cómo éste había podido escribir en él. ¿Acaso no tenía ella la Pluma y era la Verdadera? ¿Cómo podía él...?

—¿Podrá vernos? —preguntó ella.

—Creo que no —respondió Milo—. Esto parece más un experimento sin sentido hecho con una imitación de Librus.

Pero algo más allá se toparon con un pantanal lleno de indolentes cocodrilos que miraban fijamente y con falsedad. Lo rodearon. Pasaron junto a una jungla tupida con monos chillones.

Las distintas zonas se fueron haciendo cada vez más grandes. Con el paso del tiempo no tuvieron más remedio que atravesarlas. Sus ropas cambiaron; era como si llevaran trajes medievales. Cuando salían de aquella zona, su ropa volvía a ser la habitual.

Finalmente, el desierto dio paso a arbustos y árboles. Oscuras nubes se agrupaban sobre sus cabezas. Comenzó a llover. Subieron una colina y siguieron la linde de un bosque. En el valle que había tras la colina parpadeaban miles de luces. Ataron los camellos a un árbol y se deslizaron hasta el borde de la colina.

El ejército de los hombres había montado un campamento en la planicie. Las tiendas de campaña gemían al viento. Los caballos pateaban en el barro. Los soldados iban de un lado a otro empujando arietes, anclando catapultas y quemando aceite en grandes calderos.

Orfeo señaló en la oscuridad. Al principio, Odessa no entendió qué quería enseñarle.

Entonces lo vio.

Tras el ejército, tan oscura que parecía confundirse con la noche, sobre una roca escarpada, alta como un volcán extinguido, surgía una aplastante e inexpugnable fortaleza.

Pegaso



Odessa nunca había visto nada parecido. Una imponente roca se fundía con los muros de un irregular castillo con muchas torres. Destacaba una, negra como el carbón e invisible en la noche oscura, de no haber brillado una fuerte luz en la ventana más alta. Como una estrella en el firmamento, aquella ventana miraba al ejército que tenía a sus pies como si fuera una fila de insignificantes hormigas.

El castillo era inmenso. Su interior debía de ser un laberinto y un hervidero de gnorks.

Milo propuso utilizar el último resto de Polvo de Musa para disfrazarse y atravesar así el campamento. Tenían suficientes libros para sacar armaduras y cascos con los que pasar desapercibidos entre las líneas.

¿Y después qué? Entre el ejército y el castillo estaba el campo de batalla. ¿Cómo iban a cruzar sin que les disparasen los gnorks apostados en los muros? E incluso aunque lograsen pasar el campo sanos y salvos, ¿cómo iban a entrar en el castillo?

Trepar por los muros quedaba descartado, eran demasiado altos y estaban demasiado húmedos y resbaladizos. La puerta tampoco era una opción. El camino hacia allí era una empinada cuesta y encima de ella había gnorks pataleando de impaciencia por arrojar aceite hirviendo.

Odessa no intervino en la discusión. Dejó hablar a los chicos. Se apartó colocándose detrás de una duna y miró fijamente el castillo.

Tendría que entrar en él por su cuenta. Tenía la Pluma, podía hacerse invisible y deslizarse así por el campamento militar, pero los chicos tenían razón: trepar por aquellos muros era imposible.

Observó la torre. ¡Ojalá pudiera entrar volando y darle a Mabarak un golpe en la cabeza! ¡Ojalá fuera tan sencillo! Recordó el caballo volador que estuvo a punto de tirarla cuando secuestraron a su madre. Pegaso. Estaba segura de haberlo visto durante la segunda prueba en *Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio* cuando corría por el bosque transformada en un unicornio gris. Él se ocultaba en el bosque élfico. No tenía ni idea de por qué, pero si lo sacaba del libro, podría sobrevolar

las líneas muy por encima de las almenas montada en su lomo, y deslizarse al interior por una de las ventanas de la torre. No la más alta, por supuesto, porque allí estaba Mabarak, sino por una más baja donde nadie la esperaría. Era un plan descabellado, pero el mejor de los que podía imaginar. Se quedó un instante mirando hacia delante, pero no se le ocurrió nada mejor y, ¿no tenían los planes descabellados a veces más posibilidades de salir bien que los planeados con esmero?

Cogió su mochila, que hasta entonces había escondido en una de las alforjas de su camello, y la tiró al suelo. Sacó *Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio*, lo puso sobre la arena y depositó a su lado la cajita de plata con Polvo de Musa de su madre. Habían pasado ya muchos días desde la última vez que sacó algo de un libro pero confiaba plenamente en conseguirlo. Había sacado a un unicornio y a los héroes de Shakespeare. Sacar a un caballo volador no debía de ser mucho más difícil.

Abrió el libro en la página en la que había visto a Pegaso por última vez. Cogió algo de polvo y lo deshizo entre sus manos. Cerró los ojos.

Imaginó que era una elfa y que volvía a encontrarse en el bosque. Aquel húmedo lugar le agradó enormemente. Habría podido aspirar todo aquel aire. Caminó por el bosque con ligereza. Sus pies apenas tocaban el suelo. Apartó algunas ramas.

Pegaso seguía allí. Podía sentir su presencia. Él se mantenía oculto, la seguía en la distancia, la estudiaba. Ella podía olerlo empapado en sudor. Se dio la vuelta. Allí estaba él con una expresión de furia en los ojos. Estiró la mano para acariciarle la cabeza. Él se encabritó.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué te escondes?

Él se dio la vuelta y se alejó galopando.

Ella volvió a encontrarse en el desierto. El calor le golpeó la cara.

¿Por qué había conseguido hacerlo con aquel unicornio y no con Pegaso? Pero no pensaba rendirse; era su poder contra el de él.

Aflojó su turbante y sacudió su melena. Se alegró de dejar que su pelo respirase. Cogió la punta del bigote y se lo arrancó. ¡Au!

Cerró los ojos y volvió a convertirse en una elfa en el bosque. De nuevo estuvo cara a cara con el caballo. Él resopló. ¿Estaba enfadado con ella? Shakespeare había enviado a Pegaso para liberar a su madre, pero fracasó en su misión porque ella le había distraído.

—Te necesito —dijo—. Ven en mi ayuda. Calíope está presa. Juntos podemos liberarla.

Volvió a estirar la mano para acariciarlo pero él no quería.

Su imagen se difuminó.

Allí estaba ella otra vez en el desierto. Oyó pisadas en la arena. Se volvió. Stulo bajaba apresuradamente por la duna.

—¡Tú! —gritó.

Ella cerró el libro y lo escondió a toda prisa en su mochila junto con la cajita de Polvo de Musa.

Ella se levantó e hizo una inclinación.

–Disculpe mi curiosidad –dijo ella poniendo voz firme–. A menudo os vi, nobles hijos de escritores, trajinando con este extraño polvo y deseaba saber si nosotros, hijos de gentes del desierto, también éramos capaces de hacer esa magia.

Stulo echaba fuego por los ojos.

–¡Niña de ayer!

¡Tenía suelto el turbante! ¡Se había quitado el bigote!

–Escucha –pidió ella–, puedo explicarlo todo.

Él la agarró con brutalidad y la arrastró colina arriba.

–¡Suéltame! ¡Me haces daño!

Stulo apretó con más fuerza. Ella apenas podía seguirlo. Milo y Orfeo subieron la duna corriendo alarmados por el alboroto. Stulo la tiró a sus pies. Ella cayó de cara al suelo y se le llenó la boca de arena.

–¿Odessa? –dijo Milo.

–¡Va disfrazada! –bufó Stulo–. ¡No es un hijo de camellero! Y yo que la consideraba una... –dijo y escupió la palabra– ...amiga.

Levantó la mano para pegarla.

Orfeo se puso delante.

–¿Vas a defenderla? –rugió Stulo.

Orfeo y Stulo se miraron con una enorme frialdad. Milo los separó.

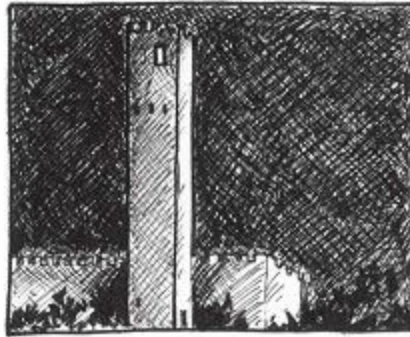
–¡Y hasta es probable que no sepa nada de camellos! –exclamó Stulo.

Ludo A. voló hasta el hombro de Odessa.

–Y hay más malas noticias –dijo quitándose el parche del ojo–. ¡No soy un papagayo enano! ¡Soy Ludo A., salvador de mujeres en peligro! ¡Tachán!

Odessa metió la mano bajo su ropa, agarró la Pluma haciéndose invisible y dejó atrás a los chicos sumidos en una gran confusión.

El Señor de las Minas



Todo se había echado a perder. Tendría que buscar la forma de atravesar las líneas ella sola. Bajó la colina dirigiéndose hacia el ejército.

Si allí había crecido hierba alguna vez, debió de ser hacía mucho tiempo. Todo había sido pisoteado hasta convertirse en un barrizal. Odessa se coló entre las tiendas de campaña teniendo cuidado de no tropezar con las piquetas y de que alguien viera sus huellas. Era invisible pero, por donde andaba, las gotas se interrumpían en mitad del aire y se escurrían silueteando su cuerpo.

Se preguntó qué estarían haciendo los chicos. Ya echaba de menos a Orfeo. Nunca debió marcharse sin él.

Pasó un grupo de oficiales a caballo. Ella se apretó contra la húmeda lona de una tienda. Varios soldados empujaban una catapulta por el barro. Otros transportaban escaleras de asalto sobre sus cabezas. Los arqueros empapaban las puntas de sus flechas en aceite.

El ejército se preparaba para otro asalto.

Odessa siguió a los soldados hasta el límite del campo de batalla.

Éste tenía una ligera pendiente, después se aplanaba y finalmente subía hasta unirse a las rocas del castillo. Al borde del campo estaba, formando largas filas, la tropa más impresionante que Odessa hubiera visto nunca, pateando de impaciencia por arrasar el castillo, cuyos muros estaban maltrechos por los distintos ataques del ejército. Odessa no podía imaginar que fueran a resistir por mucho tiempo. ¿De verdad pensaba Mabarak que lograría detener a aquel ejército?

Las nubes se abrieron y la luz azul de la luna lo inundó todo. Fue entonces cuando Odessa vio que el campo de batalla estaba sembrado de libros de los que sobresalían criaturas monstruosas. Había escudos y lanzas rotas por todas partes. Por aquí y por allá había algún caballo tendido.

Odessa tragó saliva.

En las almenas brillaban las hogueras de los puestos de guardia y en la ventana más alta de la torre más alta destellaba una luz solitaria.

Sonó toque de trompetas. Los caballos se encabitaron. El ejército se precipitó hacia delante. Las catapultas disparaban rocas que perforaban los muros del castillo. Un grupo de soldados empujaba a ritmo de un gran tambor colina arriba, hacia la puerta, un ariete. Los gnorks que había encima de ella arrojaban aceite hirviendo. Los arqueros, ocultos tras el ariete, disparaban flechas encendidas a los gnorks. El aceite se prendió. Los gnorks salieron gritando en todas direcciones y volcaron los calderos. El fuego se extendió por las almenas. Los primeros soldados apoyaron largas escaleras en los muros y comenzaron a subir. Odessa aplaudió. Sentía que la victoria estaba cerca.

Una figura apareció en la ventana de la torre más alta. Dio la impresión de que se hacía el silencio en el campo de batalla, roto, únicamente, por una risa glacial. A Odessa le produjo escalofríos. Aquél debía de ser Mabarak. Él extendió los brazos y un polvo verde comenzó a descender revoloteando y brillando bajo la luz de la luna. El polvo flotó con el viento y se esparció por el campo de batalla. Entre los soldados cundió el pánico. Al principio, Odessa no comprendió por qué, pero enseguida lo hizo. En cuanto el polvo rozaba los libros, de ellos salían trols con porras punzantes, lobos, hienas, monstruos y engendros a los que Odessa no sabía cómo llamar. Atacaban a todo lo que se ponía al alcance de sus garras, incluso a los que eran de los suyos.

Los caballos huían. Los soldados que pisaban los libros eran atrapados por garras y arrastrados a su interior. Tres trols atacaron el ariete, las flechas parecían no afectarles, y lo empujaron colina abajo.

Sonó toque de trompetas. El ejército tuvo que retirarse con grandes bajas.

Los monstruos y engendros continuaron peleando entre ellos bajo la siniestra risa de Mabarak. Cuando él consideró que ya era suficiente, volvió a arrojar polvo. Los monstruos desaparecieron en sus libros a la espera de un nuevo ataque.

¡Qué derrota tan horrible! Odessa se dio cuenta de que el ejército jamás lograría tomar el castillo.

Y ella también podía olvidarse de hacerlo. ¿Cómo iba a atravesar con vida aquella ciénaga? Cada libro era una trampa. Cada paso podía significar el final. La idea de que una garra peluda se aferrara a su tobillo y la arrastrara a un libro le daba náuseas. Invisible o no, no había por dónde empezar y, aunque lograra pasar el campo de batalla, ¿cómo iba a entrar en el castillo con aquellas traicioneras rocas y altos muros? Tampoco podía contar con Pegaso; jamás podría sacarlo del libro. Lo único que podía hacer era regresar junto a los chicos con la esperanza de que hubieran trazado un plan, y que Stulo y Milo hubieran olvidado su «traición».

Caminó con desánimo por el campamento. Un grupo de soldados heridos pasó cerca de ella. La lluvia trazaba líneas sobre sus caras ensangrentadas. Odessa se apretó contra la lona de una tienda de campaña para dejarles pasar. La tienda contra la que se apoyó era más grande que las demás, sin duda era la de los mandos del ejército. Oyó voces detrás de ella.

¿No reconocía una de las voces? ¿Hamlet? ¿Qué hacía allí? Recordó que tras el

intento de asesinato Shakespeare había hablado con él en privado para encargarle una misión.

Odessa apoyó la oreja en la lona. Le costaba entender lo que se decía. Había gritos e insultos. Se deslizó hacia la entrada, esperó a que un golpe de viento levantara la lona y se coló en el interior.

Tras una mesa varios oficiales gritaban y la golpeaban a la vez. En el centro había un general que no decía una palabra. Hamlet se encontraba en el centro de la tienda. Llevaba un largo manto bajo el que sobresalía una espada. Parecía frágil entre todos aquellos soldados, pero muy seguro de sí mismo. Tras él se encontraban Romeo, Mercutio y Enrique V.

Con la espalda pegada a la lona, Odessa se deslizó detrás de un arcón sobre el que había cascos y espadas. Se arrodilló y apartó con cuidado uno de los cascos para ver mejor.

–Debéis entregarle –dijo Hamlet–. Es de suma importancia para nosotros.

–¿Habéis visto nuestras pérdidas? –gritó un joven oficial–. Nuestra sangre corre por el campo de batalla, nuestros caballos mueren, nuestras mujeres lloran, nuestros hijos quedan atrás desamparados. ¡Y en todos los pueblos desaparecen hombres! Mabarak los secuestra. ¡Hace libros con piel humana!

–Usted sabe muy bien que eso es un cuento –exclamó Hamlet.

–Secuestra a nuestros hombres y los utiliza como cobayas para que escriban sus monstruosos libros porque no se atreve a hacerlo él mismo –dijo un oficial mayor–. Y si algo no sale bien los convierte en husmeadores. ¿Acaso es un cuento?

–Usted sabe muy bien que no tenemos nada que ver con eso. Mabarak...

–Y además todo este tejemaneje de la Edad Media –comentó el joven oficial golpeando su armadura–. Cuanto más nos acercábamos al castillo, más cambiaba el mundo que nos rodeaba. Todas nuestras armas modernas desaparecían. Lo único que nos queda son espadas –añadió blandiendo torpemente la que tenía–. Ni siquiera sabemos manejar estos chismes.

–Eso es obra de Mabarak –dijo Hamlet.

–¡Mabarak es un escritor, igual que Shakespeare!

–Hace años que Mabarak fue desterrado de Scribópolis. Hacemos todo cuanto está en nuestras manos para vencerle. En este instante nuestros más valerosos guerreros están en camino para acabar con su régimen de terror.

Odessa sintió que disminuía de tamaño; con lo de «valerosos caballeros» se referían a ella.

–¡Todos sois iguales! –exclamó el joven oficial–. Si no hubierais comenzado con vuestras prácticas mágicas no habría guerra.

–Debe entregarme al prisionero –dijo Hamlet–. Debe ser llevado a Scribópolis por el bien de todos, también por el vuestro.

–¿Qué podemos temer de ese tipo, de un excéntrico demacrado?

Odessa no tenía ni idea de quién hablaban.

—Si supiera la mitad de lo que yo sé, lo habría entregado hace ya mucho tiempo.

—Bueno, pues cuéntenos la mitad.

Hamlet suspiró.

—Sólo puedo subrayar la importancia del prisionero. Él... —guardó silencio—. Sospechamos que posee...

—¿Y bien?

Hamlet enderezó los hombros.

—Sospechamos que posee algo que es la clave de esta guerra. No puedo decir más.

El joven oficial levantó de golpe los brazos.

—¡El señor no puede decir más! En mitad de la noche un loco, un escritor, lo que viene a ser lo mismo, intenta romper nuestras líneas, no logramos sacarle una palabra coherente, no para de balbucear cosas sobre que está buscando a una niña que le ha robado algo, que hay que matarla y disparates por el estilo, y ahora ¿debemos entregar a Shakespeare a nuestro prisionero así como así?

Odessa tragó saliva. La niña que debía morir, ¿era ella?

—¡Te hemos calado, hijo de escritores! ¡Ese prisionero es un espía! Él es el enlace entre Mabarak y Scribópolis. Mabarak y Shakespeare están compinchados. ¡Están tramando un complot contra nosotros! ¡Mientras nuestros soldados mueren, ellos beben vino juntos!

«Menuda tontería. ¿Shakespeare y Mabarak compinchados?»

Shakespeare no tenía ni pizca de falsedad. Es verdad que había ido a ver a Mabarak, pero sólo para convencerle, no para colaborar con él.

Hamlet aferró la empuñadura de su espada.

—¡Shakespeare no es un traidor!

—¿Ah, no? —dijo con menosprecio el joven oficial echando también mano a su espada—. ¡Shakespeare y Mabarak son escritores! Los escritores se entienden entre ellos. Los dos encabezan un oscuro plan para someternos a nosotros, simples mortales, de una vez y para siempre.

Odessa sintió cómo dudaba su corazón. Mabarak era capaz de convencer a cualquier cosa y a cualquier persona, lo había dicho el propio Shakespeare. ¿Habría sido imprudente? ¿Habría escuchado durante demasiado tiempo la melodiosa voz de Mabarak? ¿Habría podido éste convencerle de que el verdadero enemigo no era él sino el ejército?

—Lo que dice mi joven colega es exacto —respaldó el oficial mayor—. A Mabarak y Shakespeare les unen viejos lazos de amistad.

—¡Son hermanos de sangre! —exclamó el joven oficial.

Fue entonces cuando el corazón de Odessa dudó de verdad. ¿Sería la amistad que tenía Shakespeare con Mabarak más fuerte que su fidelidad a Scribópolis?

—¿Por qué no quiere apoyarnos Shakespeare en nuestra lucha contra Mabarak como lo

hace Dostoievski?

—Shakespeare está en contra de la violencia —respondió Hamlet—. Él cree en la fuerza de las palabras.

—¡Yo te diré por qué! —gritó el joven oficial—. ¡Porque Shakespeare y Mabarak son aliados! ¿Es que tengo que dibujártelo o qué? Mabarak es el mejor amigo de Shakespeare desde siempre. Dostoievski es enemigo de Shakespeare y siempre lo será. ¡Shakespeare, con la ayuda de Mabarak, pretende primero derrotarnos y después ajustar cuentas con Dostoievski!

A Odessa le enfermaba la idea de que Shakespeare estuviera tramando oscuros planes con Mabarak.

Ella hizo un rápido repaso mental de los hechos. En efecto había una lucha encarnizada entre los hombres y los escritores, y en Scribópolis había otra lucha encarnizada entre Shakespeare y Dostoievski. Con la ayuda de Mabarak, Shakespeare podría matar dos pájaros de un tiro.

Todas las piezas del puzzle encajaban salvo una. ¿Qué le había querido pedir Shakespeare a ella? ¿Por qué la necesitaba? Pero de pronto aquella pieza también encajó.

Lo único que les faltaba a Shakespeare y a Mabarak para ejecutar sus oscuros planes era la Verdadera. Shakespeare había querido pedirle que colaborara con ellos. El resto de los escritores habían pretendido dejarla al margen, encerrarla en un libro con el Cíclope, pero Shakespeare se había encargado de que Ludo A. la acompañara para sacarla de allí. Shakespeare contaba con que después ella iría por iniciativa propia a ver a Mabarak. No para vencerle sino para servirle. A Odessa se le cortó la respiración. De ser así, Shakespeare había planeado todo cuidadosamente, de forma magistral, como todos sus libros. ¿Acaso no era el mejor escritor de todos los tiempos? Ella admiraba tanto a Shakespeare... No podría soportar su traición.

Los oficiales hablaban a la vez pero Odessa ya no escuchaba.

¿Por qué quería Shakespeare a toda costa que su madre estuviera presente antes de hacerle aquella importante pregunta? ¿Acaso su madre también formaba parte del complot? ¿Tramaban Calíope, Mabarak y Shakespeare, como una especie de Santísima Trinidad, un plan para someter a Scribópolis y al mundo? Antiguamente habían sido un trío: el trío de oro, el propio Shakespeare lo había dicho. Calíope era su dama oscura y él su bello lord.

Ya no lograba respirar. Sintió que le iba a estallar el corazón. Se desplomó contra el arcón, lo que provocó que un casco cayera al suelo y los oficiales volvieran la vista. El joven oficial recogió el casco y lo puso de nuevo en su sitio.

—El viento o una rata —comentó.

Hamlet soltó la empuñadura.

—Debe entregar al prisionero —dijo Hamlet—. Nos pertenece. Hemos seguido su pista hasta aquí.

—Pero nosotros lo capturamos.

—Debe confiar en mí —continuó diciendo Hamlet—. No todos los escritores son malos.

—¿No? —rió el joven oficial—. ¿Y quién dice eso? ¿Un personaje de una obra de teatro? ¡Ni siquiera existes en la realidad!

—¡Todos los escritores son iguales! —exclamó el oficial mayor—. ¡Brujas y hechiceros! —se dio unos golpes en la frente con el dedo índice—. Con tan solo unas pocas palabras escritas en un papel enredan en nuestro cerebro, nos hacen ver cosas, nos asustan, nos hacen temblar, hacen que nos enamoremos. Envenenan a la juventud y vuelven locas a nuestras mujeres —dicho lo cual se volvió hacia el general—. Después de Mabarak, borremos del mapa esa ciudad de escritores y liberemos para siempre a la tierra de toda esa escoria.

Hamlet dio un par de pasos al frente y se dirigió al general.

—El prisionero es de excepcional importancia. Debe entregarlo. Se lo pido en nombre de Shakespeare.

Los oficiales gritaron indignados. Con un gesto de la mano, el general hizo que se callaran.

—Shakespeare es un gran escritor —dijo—. Yo disfruté con sus sonetos. Me gustaría concederle el beneficio de la duda pero no puedo ayudarlo si no me cuenta algo más.

Hubo un largo silencio.

—El prisionero se llama Ergolas Verktaki —respondió finalmente Hamlet—. Es el supuestamente perdido Señor de las Minas, un amigo de Mabarak. Durante años llevó una vida monacal en las montañas que hay más allá del Bosque Susurrante. Sospechamos que conoce la ubicación de un objeto peligroso que no debe caer bajo ningún concepto en manos de Mabarak.

Aquel objeto peligroso era, sin duda, Librus.

—Si tan importante es ese Ergolas —intervino el general—, lo llevaremos personalmente ante Shakespeare.

Odessa creyó que Hamlet se sentiría aliviado pero aquello le sacó de sus casillas.

—Sabe muy bien que eso es imposible.

Los oficiales se levantaron de golpe.

—¿Cómo se atreve a hablar al general en ese tono?

Hamlet les ignoró.

—Debe comprender que no puedo revelar la ubicación de Scribópolis.

—Entonces usted debe comprender que ese tal Ergolas es nuestro prisionero —dijo el general—. La ubicación de Scribópolis a cambio del prisionero. Ésa es mi oferta.

Odessa pudo ver que el general sonreía de oreja a oreja.

—No puedo tomar esa decisión yo solo —respondió Hamlet—. Debo consultarlo con Shakespeare.

—Pues vaya y consulte.

Hamlet hizo una inclinación. Romeo, Mercutio y Enrique V salieron de la tienda. Antes de que Hamlet lo hiciera, éste se dio la vuelta.

–Una cosa más. ¿Podría hablar con el prisionero?

–¿Acerca de qué?

–De la niña.

–¿Qué ocurre con ella?

–Ha desaparecido –dijo Hamlet–. Shakespeare está preocupado. Teme que Mabarak la haya secuestrado.

–¿Desde cuándo le preocupan las niñas pequeñas?

–Ella es importante para él.

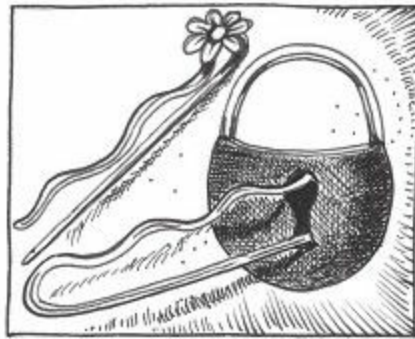
–¿Ah, sí? El prisionero no para de balbucear sobre una niña que tiene que morir. ¿Se trata de la misma niña? Él dice que le robó un libro. ¿Es acaso ese libro el «objeto peligroso» que estáis buscando?

Hamlet guardó silencio.

El general se volvió hacia los oficiales.

–Acompañadle hasta el prisionero.

Amigos bajo juramento



Odessa decidió seguir a Hamlet. Tal vez Ergolas supiera qué había ocurrido con Librus. Salió de la tienda y siguió a Hamlet y a los oficiales por el campamento militar.

Junto a una hoguera a cuyo lado bebían dos guardias, había una jaula sobre una carreta. Dentro se encontraba Ergolas atado como un animal salvaje. Él tiraba de sus cadenas pero sin demasiada fuerza.

Odessa debía mantenerse a distancia del fuego; era invisible pero proyectaba una sombra. Se deslizó hacia el otro lado de la jaula. El Señor de las Minas parecía estar totalmente aturdido. Tenía la cara aún más demacrada y el pelo más revuelto que la primera vez que lo vio. Su ropa estaba deshilachada y empapada por la lluvia. Una fea herida en su hombro desprendía olor a carne chamuscada. Era como si aún humeara. ¿Qué le habían hecho?

Al otro lado de la jaula, Hamlet agarró los barrotes y acercó su cara a la del prisionero.

—¿Ergolas?

El Señor de las Minas no reaccionó.

—¿Dónde está Librus? Shakespeare quiere que se lo digas.

Los ojos del preso se iluminaron y acercó su cara a la de Hamlet.

—¿Dónde está Librus? —repitió Hamlet—. ¿Qué has hecho con él?

—¿...Librus...? —Ergolas miró al cielo—. ¡...Voló!

—Mabarak lo amansará.

El Señor de las Minas rió mostrando algunos dientes podridos.

—¿...amansar...? Librus es un león salvaje... nadie amansa a Librus —una mueca de dolor apareció en su cara—. Sólo ella... la niña de todas nuestras desgracias... —de pronto tiró con una sorprendente fuerza de sus cadenas— ...tengo que encontrarla... tengo que encontrarla...

Los guardianes le golpearon con la parte posterior de sus lanzas y le gritaron que se estuviera quieto.

Hamlet detuvo a los guardianes.

—¿No sabes dónde está Librus? —preguntó Hamlet.

—...tengo que encontrarla... tengo que encontrarla...

Hamlet prometió a Ergolas que en cuanto tuviera noticias de Shakespeare regresaría para llevarle a Scribópolis. Él volvió una vez más la mirada, negó con la cabeza y se fue.

Ergolas tenía tan poca idea de dónde estaba Librus como él, lo que supuso una decepción. Odessa esperó a que los guardianes volvieran junto a la hoguera para seguir bebiendo y se acercó a la jaula. Podía oír los balbuceos del Señor de las Minas.

—...si la encontramos... es su culpa... Oh, sí... cómo le agarró en la cueva... ¿Por qué huyó usted? ¿Quería volver con su amo?

¿Con quién hablaba? ¿Con Librus? Parecía que lo hiciera con un ser vivo.

—...yo le encontraré... conozco el camino... el castillo de Mabarak... el túnel...

Odessa aguzó los oídos. ¿Un túnel? ¿Al castillo de Mabarak?

—¿...estas cadenas...? No... —dijo golpecitos en su dentadura...dientes afilados... me roeré un pie.

Odessa se estremeció.

—...Ergolas conoce todos los túneles... Mabarak no... Ergolas es el Señor de las Minas... túnel oscuro... desde Galwain el Frío de Oro hasta Pirain... los enanos hacían buenos túneles... bajo el volcán... todo se ha hundido... enanos borrachos... sólo Ergolas sabe el camino... a las mazmorras del castillo...

El corazón de Odessa se aceleró. Había un túnel que llevaba al castillo de Mabarak. Si se lo contaba a los chicos, tendrían que aceptarla. Ella debía de encontrar la forma de dar con ese túnel, pero ¿cómo?

Ergolas volvió a lamentarse.

—Ay, Librus... siempre cuidaré de usted... usted lo sabe... ayúdeme... Librus... ¿no éramos felices en nuestra cueva? Yo había fabricado una pluma para usted... del oro más puro... de Xanten... ayúdeme... ayude al pobre Ergolas.

Odessa reunió todo su valor.

—Te ayudaré —susurró ella.

Las cadenas de Ergolas sonaron.

—¿Quién...? ¿Qué...? ¿Quién habla a Ergolas...?

—Yo —respondió Odessa—, el espíritu de Librus.

—¿...Librus...? —los ojos de Ergolas se pusieron en blanco—. Amo... le he buscado... ella tiene la culpa de todo... la niña de todas nuestras desgracias... ¿por qué me abandonó usted...? Me torturaron... pero no dije nada... Oh, no... Ergolas no...

—¿Quién te ha torturado? ¿Los soldados?

—Los gnorks, amo, los gnorks... llevaron a Ergolas al castillo... le ataron... tienen un látigo, amo... un látigo... pero Ergolas no contó nada...

—¿Cómo escapaste? —ella quería saber dónde estaba el túnel.

—...Ergolas tiene dientes afilados... —volvió a reír mostrando los dientes podridos.

Odessa contuvo la respiración.

—...yo caminé por los pasillos, señor... los pasillos del castillo... le buscaba a usted... dónde estaba... por qué abandonó a Ergolas... no le encontré... quería marcharme... a Scribópolis... buscarle, amo... pero Iciar estaba cerrada... llamé... llamé... pero nadie me ayudó —miró con furia—. Ella estaba al otro lado... podía oírla... la niña de todas nuestras desgracias... Mabarak sabe quién es ella... Ah, la está buscando... él la busca más que a nada... —comenzó a toser.

Los guardianes gritaron que cerrara la boca si no quería que le dieran una paliza.

—Silencio —dijo Odessa—. Ahora vuelvo.

—¡...no me abandone! ¡Señor...!

—Silencio —repitió ella—. Volveré.

Se deslizó hasta los guardias que, entre tanto, estaban borrachos como cubas. Sin que se dieran cuenta, robó una cantimplora. Ergolas miró con los ojos muy abiertos cómo ésta se acercaba a él al principio por el suelo y después flotando en el aire. Odessa la introdujo entre los barrotes. Ergolas bebió con ansia. Agarrando con firmeza la Pluma, rasgó un trozo de su manto del desierto y lo mojó. Después lo metió entre los barrotes y humedeció el hombro del prisionero. El agua siseó en la herida. Odessa echó más agua sobre el trozo de tela, pero la carne continuaba ardiendo como por hechizo.

Una sonrisa apareció en la cara de Ergolas.

—...primero el amo me muerde... después el amo me cuida... el amo es bueno...

Librus le había mordido.

—¿Dónde está la entrada del túnel? —preguntó Odessa.

—¿...el túnel, amo...? —Ergolas rió—. Aquí... bajo las narices de los malvados soldados... por eso apresaron a Ergolas... salí del túnel... soldados por todas partes... me ataron...

—¿Te hicieron daño?

—...ellos son mejores que los gnorks, amo... pero estas cadenas... estas cadenas...

—¿De modo que el túnel está aquí, en el campamento?

Ergolas asintió emocionado.

—¿Dónde?

—¡...en la tienda del general...! Debajo de su mesa... empujé la trampilla... todo cayó al suelo...

Se rió a carcajadas.

—¡Estate quieto! —gritaron los guardianes—. ¿Quieres que te demos un puñetazo?

Pero estaban demasiado borrachos para levantarse.

—¿Por qué no lo utilizan los soldados?

—...no se atreven... las minas son un laberinto... un laberinto, amo... los soldados tienen miedo... trampas de Mabarak... pero Ergolas conoce el camino... Ergolas conoce todos los túneles...

—Debes guiarme por el túnel —dijo Odessa.

Ergolas se asustó.

—¿...por el túnel...? ¿Hasta Mabarak...? Pero amo...

—Debo vencerle.

—...Mabarak es malo... tan malo... —Ergolas pensó—. Pero el amo es más fuerte... si el amo piensa que puede vencer a Mabarak, yo guiaré al amo...

¿Podía fiarse de él? Si se diera cuenta de que ella era «la niña de todas sus desgracias», le echaría las manos al cuello y la estrangularía.

—Jura que vas a ayudarme —dijo ella.

—Ay, pero lo juro, amo... lo juro...

—Júralo por... —ella debía encontrar algo que él respetara—. Júralo por Librus.

Ergolas entrecerró los ojos y miró hacia donde ella estaba.

—¡Tú no eres Librus! —exclamó tironeando de las cadenas—. ¿Quién eres? ¿Un elfo? ¿Un husmeador? ¿Te ha enviado Mabarak?

Él escupió en su dirección.

Ella retrocedió, pero tras unos instantes, a Ergolas se le pasó el arrebató de lucidez.

—¡Ay, amo... usted es un monstruo...! ¡Me mordió...! ¿Por qué me hace daño...? ¿Por qué se marchó...?

Había perdido el norte por completo.

—Estoy aquí —dijo Odessa—. Enséñame el túnel y te liberaré.

—Le enseñaré el túnel... —afirmó sollozando.

—Antes debes jurarlo.

—...lo juro, amo... lo juro todo...

—Júralo por Librus.

—...lo juro... por usted...

—Repíte conmigo: lo juro por Librus.

—...confíe en Ergolas...

—Júralo por Librus.

—...por Mabarak...

—Por Librus.

—¿...Scribópolis...?

—¡Por Librus!

—Vale... —se quejó Ergolas—. Lo juro... lo juro todo... por Librus... Lo juro por Librus.

Bajó la cabeza.

—Acerca tu muñeca —dijo Odessa.

Ergolas vio con los ojos muy abiertos dos horquillas que flotaban en el aire y se introducían en el candado. Resultaba difícil maniobrar con las horquillas porque debía mantener sujeta la Pluma para permanecer invisible, pero poco después las cadenas cayeron al suelo de la jaula cuya cerradura tampoco ofreció mucha resistencia.

Odessa abrió con cuidado la puerta y ayudó a Ergolas a salir. Él apenas podía andar. Lo dejó apoyado contra la jaula, volvió donde estaban los guardianes que ya estaban roncando, y robó un casco y un manto que le echó sobre los hombros.

Así cruzaron el campamento. Los demás soldados dejaron tranquilo a Ergolas

creyendo que era uno de los suyos herido de camino a la enfermería.

Llegaron sin problemas al final del campamento y se internaron en el desierto. Poco después se encontraban ante la duna tras la cual Odessa había visto a los chicos por última vez.

Se preguntó qué dirían. Orfeo se alegraría pero ¿y los demás? Cambiarían de opinión cuando les contara lo del túnel.

Se ató la Pluma al cuello y la escondió bajo su ropa. En cuanto soltó la Pluma se volvió visible.

Ergolas se puso pálido como la cera.

—¡La niña de todas nuestras desgracias...!

Odessa levantó un dedo.

—Has jurado ayudarme —dijo ella—. ¡Lo has jurado por Librus!

Lo dijo con el mayor aplomo que pudo pero tenía miedo de haber cometido la mayor estupidez de su vida; él la estrangularía. Esperaba que los chicos oyeran su llamada de auxilio.

Pero no la atacó. Se agarró el pelo con sus nudosas manos y empezó a arrancarse mechones.

—¡Para! —gritó ella—. ¡Para! ¡Te estás haciendo daño!

Él cayó de rodillas lamentándose.

—Aaarg... jurado...

—Escucha —dijo ella—. Sé que te he engañado pero debemos encontrar juntos a Librus. Clío lo robó y se lo llevó a Mabarak. Librus está en el castillo. Guíame por el túnel. Juntos encontraremos a Librus.

Los chicos aparecieron en lo alto de la duna alarmados por el alboroto. Iban a medio vestir con armaduras y escudos aunque no se parecían en nada a los oficiales que Odessa había visto. Ludo A. llevaba un minúsculo casco de centurión romano. Todos corrieron duna abajo.

—¡Odessa! ¡Traidora! —gritó Stulo.

Orfeo parecía especialmente aliviado de volver a verla. Según dijo, intentó seguir a la desesperada sus huellas pero éstas se habían diluido en el barro.

—Sé cómo podemos entrar en el castillo —dijo Odessa.

—¡Cierra la boca! —exclamó Stulo—. ¡Nos has engañado!

—Déjala terminar —pidió Orfeo.

—¿Todavía estás de su parte?

Milo señaló a Ergolas que se lamentaba sentado en la arena.

—¿Quién es él?

—Es Ergolas, el Señor de las Minas. Va a ayudarnos —respondió Odessa.

—¿Ergolas? —repitió Stulo—. ¿Aquel amiguito perdido de Mabarak? ¿Otro traidor?

—Eh, Ergi —dijo Ludo A.—. ¡Qué guay lo que te has hecho en el pelo!

—Escuchad —continuó Odessa—. Hay un túnel que lleva al castillo. Ergolas lo conoce y

nos guiará.

–¡Tú, rata traidora! –gritó Stulo–. ¡Te he calado! ¡Pretendes tendernos una trampa! ¡Ergolas es amigo de Mabarak!

–¿Un túnel? –preguntó Milo–. ¿Quién nos dice que Ergolas no va a traicionarnos?

–Lo ha jurado –respondió Odessa.

Ella se acercó a Orfeo.

–¡Pero si tú misma eres una traidora! –insistió Stulo.

–Oye, musculitos –dijo Ludo A., que estaba sobre el hombro de Odessa echando una bocanada de humo a Stulo en la cara–, ¿siempre eres así de pesado?

Milo se quitó la armadura.

–Odessa tiene razón –dijo–. El túnel es nuestra mejor opción.

Orfeo también se quitó la suya. Odessa tiró al suelo su manto del desierto.

–¿Os habéis vuelto locos? –gritó Stulo–. ¡Ergolas es un loco! ¿Acaso soy el único que está en su sano juicio? Ella se disfraza, desaparece así como así y ahora pretende llevarnos por un túnel del que ni siquiera sabemos si...

–O vienes o te quedas –concluyó Orfeo–. Pero nosotros correremos el riesgo.

–Entonces vale. Pero un solo paso en falso y ensarto a los dos, a Odessa y a Ergolas, en mi espada –dijo apoyando la punta de su espada en el pecho de Ergolas. Éste se levantó y apartó la punta. De pronto parecía tranquilo y orgulloso.

–...yo soy el Señor de las Minas... Conozco todos los túneles.... Túneles que ni el propio Mabarak conoce...

–¡Tú no sabes nada! –exclamó Stulo–. Y como nos traiciones te ensartaré con mi espada.

–Sólo hay un problemilla –dijo Odessa, tras lo cual todos la miraron–. La entrada del túnel está en la tienda del general.

Hubo un silencio.

–Bajo su mesa.

–¿Y a eso lo llamas problemilla? –preguntó Stulo poniendo los ojos en blanco–. ¿Vamos a llamar todos a la tienda del general? «Hola, estimado señor, ¿podría apartarse un momento? Debemos meternos bajo su mesa. Allí hay un túnel...»

–Tenemos que distraerle –opinó Milo–. Sacar al general de su tienda. Debemos sacar de un libro algo que le distraiga.

–Dejadme a mí –intervino Orfeo–. Sé exactamente lo que necesitan esos soldados.

Los demás miraron con curiosidad cómo Orfeo se sentaba en el suelo y abría un libro. Cogió su lira y tocó una canción romántica llena de palabras de amor.

A Odessa le pareció que eran palabras muy bonitas.

Dejó de tocar y esparció polvo sobre el libro con un gesto parecido al de un beso. Un temblor sacudió el libro y, para sorpresa de todos, de él surgió una preciosa chica escasa de ropa. Ella le sacaba una cabeza a Odessa y llevaba una pandereta en la mano.

A Stulo y a Milo se les abrió la boca.

–¿Salomé?

–Hola, chicos –dijo ella–, ¿qué puedo hacer por vosotros, guapos? Hum, Orfi, tienes buen aspecto –añadió acariciándole el pelo. Orfeo le susurró algo al oído.

–¿Eso quieres? Vale, lo haré por ti, pero sólo si me das un beso.

Él la besó.

–Eh, ¿hola? –interrumpió Odessa. Pero nadie le prestaba atención.

Salomé bajó descalza la duna en dirección al campamento. Miró una vez más hacia atrás, guiñó un ojo a Orfeo y comenzó a tocar la pandereta.

Los centinelas gritaron «¡Alto! ¿Quién anda ahí?», pero cuando Salomé comenzó a cantar y a bailar, dejaron caer sus lanzas y le permitieron entrar en el campamento. Los soldados corrían hacia ella como moscas a la miel. No tardó en formarse un círculo a su alrededor. Los soldados aplaudían, bailaban, bebían cerveza, comenzaron a pelear y a rodar por el suelo.

Odessa y los chicos se colaron en el campamento militar. Todos los puestos de guardia habían sido abandonados. Caminaron sin obstáculos entre las tiendas. La música iba a más. Los chicos querían esconderse para echar un vistazo a Salomé pero Odessa tiró de la mano de Orfeo.

–Va a empezar su danza de los siete velos –susurró él.

–Sí, ya vale –respondió Odessa–. Cierra la boca. Aquí está la tienda del general.

En aquel preciso momento apareció el general en la entrada de la tienda. Daba la impresión de que dudaba un instante, pero después se encaminó con paso decidido hacia el lugar del que procedían las risas y los cánticos.

Se colaron en la tienda, apartaron la mesa, enrollaron la alfombra y encontraron una trampa.

Mármol y tapices



Ergolas abrió la trampilla y, sujetando con fuerza una antorcha en la mano, bajó la escalera. Milo, Stulo, Orfeo y Odessa también cogieron antorchas y le siguieron.

La escalera era empinada, los escalones viejos y estaban desmoronados. Restos de raíces de árboles se enganchaban en el pelo de Odessa. El olor viciado de la humedad subterránea entró por sus fosas nasales.

Bajo la escalera se bifurcaba un túnel. Había distintos pasadizos. Ergolas se adentró por uno de ellos sin mirar hacia atrás y sin dejar de mascullar: «¡Ah, sí! Jurado... liberado... ahora su esclavo...».

—¿No tiene un botón para apagarlo? —preguntó Ludo A.

El agua que goteaba de las estalactitas formaba charcos en el suelo. Sus pisadas resonaban en las paredes rocosas.

Pasaron por más bifurcaciones y pasadizos laterales. Algunos se habían derrumbado. Por todas partes había raíles y fragmentos de vagonetas. Alguna vez debió de trabajar allí todo un ejército de enanos.

Odessa estaba sumida en pensamientos.

Aún no era capaz de sospechar tanta maldad en Shakespeare; era evidente que había ido a ver a Mabarak, pero no quería creer que conspiraba con él.

Shakespeare tenía las mejores intenciones, eso era así, y no podía ponerlo en duda. Él había ido a ver a Mabarak para hacerle entrar en razón. Una nueva película pasó ante sus ojos: de camino a Mabarak, él se había topado con el ejército. Se encontraba sobre la colina mirando el campamento que ocupaba todo el valle. El viejo fantasma del odio que los hombres sentían por los escritores, reapareció; hombres que quemaban libros y colgaban a los escritores de la rama más alta. Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¡Nunca más! Él debía elegir: hombres o escritores. El ejército o Mabarak. Muy a su pesar había elegido el menor de los males. Había optado por los escritores. El lado de Mabarak.

El pasadizo se estrechó y desembocó en la parte superior de una inmensa sala circular.

Una escalera bajaba junto a la pared. Ergolas se apresuró a bajar por los desmoronados escalones. A los demás les costaba seguirle el paso.

Si Shakespeare colaboraba con Mabarak, ella se encontraba ante la decisión más difícil de su vida. ¿A quién elegiría? ¿Se mantendría fiel a sus ideales o a su nueva familia? ¿Debía renegar de sus ideales o del padre al que tanto añoraba? No podría elegir. Se sentiría dividida en dos.

Atravesaron la sala sin decir una palabra. Incluso Ergolas había dejado de mascullar. Ludo A. carraspeó.

We're off to see the Wizard!
The wonderful Wizard of Oz!

Aquello resonó con tal fuerza que algunos fragmentos cayeron del techo.

—¡Chist! —sisearon todos.

—¿Qué? —preguntó Ludo A. con sorpresa. Pensé: parecéis tan tristes... Voy a dar a esto un poco de ambiente, ¿no vamos a hacer picadillo a Mabarak?

—¡Chist!

Al otro lado de la sala, Ergolas subió corriendo la escalera y desapareció por un túnel en la parte superior. Los demás le siguieron lo mejor que podían. El túnel no dejaba de ascender. Los muros tenían el tacto de la piedra dura. Entre tanto debían de encontrarse ya en la roca bajo el castillo de Mabarak.

Ergolas se detuvo y se llevó un dedo a los labios. Pasó algo de tiempo hasta que Odessa por fin logró oír algo más que su propia respiración. En la lejanía se oía un débil lamento mezclado con el seco restallido de un látigo.

Continuaron avanzando en silencio. La pared rocosa pasó a ser de ladrillo. Una peste a excrementos y paja húmeda les vino al encuentro. Ergolas no perdió tiempo. Se adentró por otro pasadizo y después otro más. Al final de éste, Ergolas se coló por una estrecha apertura. Uno tras otro le siguieron. Poco después se encontraban en un pasillo largo con celdas a ambos lados. La mayoría estaban vacías, pero en algunas había prisioneros demacrados hablando consigo mismos.

Ergolas atravesó el pasillo con paso decidido. Cuando llegó al final levantó una mano. Con la espalda pegada a la pared y ocultándose cuanto podían en la sombra, pasaron por una sala totalmente enrejada en la que había largas filas de escritores trabajando sobre escritorios. Estaban encadenados con grilletes en los tobillos y una larga cadena los ataba a todos como en un barco negrero. Gnorks andaban de un lado a otro entre las mesas. Restallaban los látigos. Por suerte no prestaban atención a las sombras que se deslizaban por el pasillo.

Un hombre cayó al suelo. Dos gnorks lo agarraron y se lo llevaron a rastras.

—¡Clemencia! —suplicó el hombre.

Odessa sintió que debía hacer algo, pero Orfeo tiró de ella por el pasillo por el que Ergolas, Stulo y Milo habían desaparecido en la oscuridad. Odessa se detuvo.

—No podemos hacer nada —susurró Orfeo—. Vamos.

Al prisionero le temblaban las piernas. Los gnorks lo arrastraron hasta el centro de la sala y le taparon con un manto con capucha. De la nada surgieron siete husmeadores que rodearon al hombre. Odessa podía oír su horrible zumbido y se tapó los oídos.

Orfeo tiró de su brazo pero ella siguió inmóvil.

Los gnorks retrocedieron. De debajo de los mantos de los husmeadores salieron insectos: orugas, hormigas, arañas y sucias mariposas tóxicas con alas llenas de pinchos venenosos. Desaparecieron bajo el manto del escritor que comenzó a gritar. Su cuerpo se sacudía. El manto subía y bajaba como si debajo hubiera una tormenta. Odessa se tapaba la boca con la mano mientras Orfeo la empujaba por el pasillo.

Les costó alcanzar a Ergolas que andaba como si el diablo le pisara los talones. A Odessa le daba la impresión de que no se estaba alejando de algo sino de que se dirigía hacia algo, como un caballo que huele su establo.

Odessa se mantenía cerca de Orfeo. Ergolas había jurado ayudarlos, pero no sabía si podía confiar en él.

Caminaron sin obstáculos por los pasillos del castillo, subiendo y bajando escaleras, entrando y saliendo de salas, y de nuevo atravesando más pasillos. Sus pisadas resonaban en el mármol. De vez en cuando pasaban patrullas de gnorks y se escondían en un nicho o se ocultaban en la oscuridad de un pasillo sin salida. Pero el castillo estaba en su mayor parte vacío. Los gnorks estaban muy ocupados en sus muros con el aceite hirviendo.

Por un instante, Odessa creyó reconocer uno de los pasillos laterales y detuvo a Orfeo. Estaba segura. ¡Aquel pasillo! Aquél era el pasillo de columnas y tapices rojos que había visto dos veces, en la tienda de Cornelius y en la Biblioteca de Scribópolis, al otro lado de Iciar.

Orfeo tiró de ella. Los demás casi habían desaparecido de su vista.

Llegaron a una nueva bifurcación. Ergolas tomó el pasillo izquierdo. Milo y Stulo le siguieron, pero Orfeo retuvo a Odessa.

—Sígueme —dijo él—. Tenemos que ir a la derecha. Al final hay una puerta. Debemos atravesarla.

Se internaron en el pasillo cogidos de la mano. ¿Por qué quería Ergolas llevarlos hacia la izquierda si Orfeo sabía que era a la derecha? ¿Pretendía que cayeran en una trampa?

Se encontraban en mitad del pasillo cuando Ergolas llegó corriendo tras ellos.

—...Por ahí no —pidió jadeando—. La niña tiene que seguirme...

Orfeo continuó avanzando con Odessa por el pasillo.

Ergolas la cogió del brazo.

—¡...Ella tiene que seguirme...!

—¡Suéltala! —exclamó Orfeo.

—¡...Eres un falso...! —respondió Ergolas disparando por la boca grandes perdigonazos de saliva.

–Juraste ayudarnos –dijo Orfeo.

Ergolas tiró a Orfeo al suelo de un empujón, tras lo cual condujo a Odessa de vuelta al pasillo. Sus garras se le clavaban en la carne, pero Odessa mordió su mano nudosa y él la soltó. Ella corrió hacia Orfeo y se escondió tras él.

Stulo y Milo llegaron corriendo.

–Chist –pidieron–. Estáis haciendo demasiado ruido.

–¡...Ella es mía! –exclamó Ergolas estirando las manos hacia Odessa.

–¡Traidor! –gritó ella.

Stulo cogió a Ergolas por el cuello y le aplastó contra la pared.

–Tú, falso piojoso. Pretendes hacernos caer en la trampa. ¡Te vas a tragar tu propia barba!

Los pies de Ergolas se despegaron del suelo. Se puso completamente colorado. Stulo levantó el puño.

–¡Déjalo! –pidió Odessa–. No sabe lo que hace. Está enfermo.

Stulo la miró con ojos llenos de desprecio.

–¿Te da lástima a pesar de lo que pensaba hacernos?

Le soltó. Ergolas cayó tosiendo al suelo.

–Debemos marcharnos de aquí –dijo Milo–. Los gnorks han tenido que oírnos.

Continuaron por el pasillo siguiendo a Orfeo y dejaron atrás a Ergolas arrodillado lamentándose.

–...Todo está perdido... ¡Ay, Librus...!

Odessa miró hacia atrás. Había vuelto a ser demasiado ingenua. Había puesto a sus amigos en peligro. Apretó más la mano de Orfeo.

Corrieron hacia la puerta al final del pasillo.

–Perdóname –susurró ella.

Él apartó la mirada. A ella no le gustaba que hiciera eso.

La sala de las cien estatuas



Cerraron la puerta con llave tras de sí.

Por el momento estaban a salvo. Ergolas y los gnorks debían arreglárselas entre ellos.

Se encontraban en una gran sala con cientos de estatuas, estatuas horribles de gnorks armados hasta los dientes con espadas y cascos oscuros, algunos con redes en las manos. ¿Quién llenaría una sala con semejantes engendros? Mabarak estaba loco. Y además apestaban.

En la parte alta de los muros había pequeñas ventanas circulares por las que se filtraba una luz que daba una iluminación fantasmal a las estatuas. A través de una cúpula de cristal, una luz caía sobre una estatua del centro de la sala, una blanca como la cera, de una chica preciosa de cara triste que extendía los brazos en gesto suplicante.

Orfeo soltó la mano de Odessa y corrió hacia ella. Subió al pedestal y abrazó la estatua.

¿Eurídice? Odessa se quedó de piedra. ¿Cómo había llegado allí? ¿Orfeo lo sabía? ¿Por eso los había conducido a aquella sala llena de estatuas espantosas de horribles gnorks que apestaban y...?

Odessa volvió la cabeza.

La capa gris de las estatuas estalló abriendo paso al sucio color marrón de los gnorks.

Milo y Stulo sacaron sus espadas.

Odessa se quedó petrificada. Ergolas había intentado advertirles pero ellos habían ido directos hacia la trampa.

—¡Vamos! —gritó Stulo haciendo crujir su cuello doblándolo de izquierda a derecha.

Los gnorks saltaron de sus pedestales y atacaron.

Stulo tumbó a varios. Era un magnífico espadachín y resistió más que Milo, pero los gnorks eran demasiados. Se abalanzaron sobre él aferrándolo hasta que quedó totalmente sepultado bajo los gnorks.

—¡Rápido! —exclamó Ludo A. a Odessa que continuaba petrificada—. ¡Yo los retendré!

Pero los gnorks le echaron una red. Patas peludas agarraron a Odessa y la empujaron

hasta el lugar donde estaban el resto de los prisioneros. Los gnorks dejaron tranquilo a Orfeo, que continuaba abrazado a Eurídice.

—¿Orfi? —balbuceó Odessa mientras los gnorks la ataban con brusquedad. Su mundo se desplomó. No había sido Ergolas sino Orfeo el que les había tendido la trampa. No... Orfeo no... Sintió que se mareaba. Su único amigo, el único en el que confiaba, él la había entregado a Mabarak a cambio de Eurídice.

Se habría dado cabezazos contra la pared. Cuántas veces le había dicho que no quería hacerlo, que le parecía terrible. Pero ella le había animado, apoyado, convencido. ¿Cuántas veces no la había mirado con ojos desesperados? Hazlo por ella, le había dicho. Hazlo por el amor. ¡Tienes que hacerlo! ¡Había llegado a escribir en Librus que encontraría a Eurídice! Aún podía visualizarlo sobre el papel:

Prometo apoyar a Orfeo,
y hacer todo lo que pueda para ayudarle.
Y prometo que
por grave que sea lo que tiene que hacer,
nunca le odiaré.
Orfeo debe hacer lo que debe hacer.
Y encontrará a Eurídice (de una pieza).

Una vez más había escrito algo en Librus sin pensar en las consecuencias.

—¡Sucio traidor! —exclamó Stulo—. ¡Te vas a tragar tu lira!

Un látigo restalló. Los gnorks se separaron dejando pasar a una mujer. Iba enfundada en cuero ajustado: la jefa de los gnorks en el Bosque Susurrante.

Ella hizo un gesto. Dos gnorks agarraron a Orfeo y lo tiraron a sus pies. Él cayó de rodillas con los brazos pegados al cuerpo, la barbilla apoyada en el pecho.

—¿Satisfecho? —preguntó la mujer. Ella le levantó la cara con su látigo enrollado—. Y todo esto por una estatua de sal. ¿No te da vergüenza? Tus mejores amigos.

Orfeo no respondió.

—Abajo hay una carreta con un burro —dijo la mujer—. Eres libre.

Ella gruñó algo.

—Ha dicho: «Cargad la estatua en la carreta» —tradujo Ludo A.—, «el chico es libre».

La mujer se volvió hacia Ludo A.

—Vaya. ¿Así que comprendes la lengua gnork?

—Y comprendo más cosas, pimpolla —respondió Ludo A.—. Como que si no nos liberas rápidamente, dentro de poco estarás chupeteando tu latiguito en un rincón.

—Tienes chispa —dijo la mujer—. Me gusta.

Ella volvió a gruñir algo a algunos gnorks que asintieron.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Odessa.

—Ha dicho: «Meted a los chicos en las mazmorras, pero dejad aquí a la niña». No he entendido lo último. Ha dicho algo de un gorrión, que podían jugar con él, pero yo no veo ningún gorrión.

—Odessa es de los nuestros —gritó Milo—. ¿Qué queréis de ella?

La mujer pareció muy sorprendida.

—¿Acaso no lo sabéis? —respondió la mujer poniendo una mano sobre el hombro de Odessa—. Oh, esta niña tan inocente y vestida con tan mal gusto es la Verdadera. Mabarak ofrece una fortuna por ella y... —deslizó sus dedos por el cuello de Odessa, los enganchó en la cadena de la que colgaba la Pluma y la arrancó— ...ha sido muy amable trayendo la Pluma.

Stulo y Milo miraron a Odessa con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —preguntó Milo—. ¿Cómo has conseguido la Pluma?

—Debería de haberte ensartado con mi espada —gritó Stulo—. Lo sabía. ¡Sucia traidora! ¡Se lo diré todo a Dostoievski!

—Ay, vete a llorar con tu mami —dijo Ludo A.

La mujer hizo otro gesto. Los guardianes se llevaron a Milo y a Stulo. Tres gnorks se marcharon con Ludo A. que gruñó algo en lengua gnork que les hizo enrojecer de furia. Ludo A. les escupió a los pies.

—¡Ludo A.! —exclamó Odessa—. ¿Qué van a hacer contigo?

—No te preocupes por mí, pequeña —dijo desde la lejanía—. ¡Aguanta! ¡Enseguida vendré a liberarte! ¡Ja, ja, ja!

Aquello fue lo último que le oyó decir.

Calíope



Los gnorks arrastraron a Odessa por los pasillos. Ella no se resistía. La cuerda le cortaba la carne pero no sentía nada; estaba totalmente aturdida. Todo ocurría fuera de ella como en una película.

La traición de Orfeo le atravesaba el corazón como un cuchillo. Todo era mentira. Todo lo que él significaba, su amistad, todo lo que él había hecho por ella. No podía creerlo. Y, a pesar de todo, él había hecho justo lo que ella le había ordenado: hacer lo que debía para salvar el amor. Pero entonces ¿por qué dolía tanto?

Él era su mejor amigo. Ella le quería y ahora debía odiarle y no deseaba hacerlo. ¿Cuántas veces había dicho que todo el mundo le odiaría? «Yo no te odiaré», le había asegurado ella.

Pero el odio surgía por sí mismo. Él la había traicionado. Ella no podía evitarlo; su amistad se había ido a pique por su culpa.

«¿Me perdonarás algún día?», había preguntado él. «Sí», había respondido ella. ¡Que se fuera olvidando de ello!

¿Cómo podía haberla dejado por una estatua?

El odio se mezclaba con la envidia. ¿Llegaría algún día en el que un chico sintiera por ella un amor de esos que todo lo consumen como el que tenía Orfeo por Eurídice?

Los muros temblaron. El ejército había comenzado una nueva ofensiva.

Los gnorks se detuvieron ante una puerta, desataron la cuerda y empujaron a Odessa al interior.

Ella miró asombrada a su alrededor. Esperaba que la metieran en una húmeda mazmorra, pero aquélla era una habitación amplia llena de plantas y con un papel pintado de vivos bucles dorados. Había una cama con dosel y un aparador con un espejo encima. En una silla había un vestido de noche con un profundo escote en la espalda, y sobre el aparador una tabla de escritura y una pequeña corona de oro.

De una habitación contigua salía un suave canturreo.

—Deja el collar sobre la cama —dijo una mujer con una voz sospechosamente parecida

a la de su madre. La mujer se encontraba en camión ante el espejo peinando su abundante melena—. Ahora voy.

Odessa olvidó al instante la traición de Orfeo; se había quedado sin habla. Era su madre. No estaba presa. Estaba allí por voluntad propia. ¿Y ese vestido de noche? Como si fuera a una fiesta. ¿Con Mabarak? Ante sus ojos apareció de inmediato la imagen de la traición de Shakespeare y Mabarak.

—¿Mamá?

El cepillo cayó ruidosamente al suelo.

—¿Odessa?

—¡No estás presa!

Su madre se precipitó hacia ella.

—¡Te prohibí que salieras de casa!

—¡Mentiste! ¡Durante toda mi vida!

Calíope la agarró con ambas manos. Echaba fuego por los ojos.

—¿Cómo has llegado aquí?

Odessa contó en breve lo ocurrido pero saltándose fragmentos enteros.

Calíope la zarandó.

—¿Por qué has venido?

—He venido a liberarte —balbuceó Odessa. De pronto le pareció una enorme tontería.

—Odessa ¿cómo puedes ser tan estúpida? ¡Lo has enredado todo! Mabarak me secuestró para atraerte. ¡No me quiere a mí, te quiere a ti! Escucha Odessa, hay tantas cosas que no comprendes... Hay un libro...

—Sí, sí, lo sé, Librus y yo soy la Verdadera y bla bla bla. Prefiero que me digas quién es mi padre.

Calíope tuvo un momento de confusión, pero siguió con lo que estaba haciendo y se puso el vestido de noche.

—No tenemos tiempo. Debes irte lo antes posible.

—¿Por qué te estás arreglando? ¡Te entiendes con ese canalla!

—¡No digas tonterías! Le estoy dando largas. Le hago promesas de todo tipo para que me deje tranquila. No debes caer en sus manos. ¿Es que no lo entiendes? Todo lo que hago es por ti.

—Mabarak no me da miedo. No puede obligarme a nada.

—No te obligará, Odessa, te convencerá para que hagas lo que quiere. Nadie se le resiste.

—¿Como tú?

Su madre le dio un bofetón pero los ojos se le llenaron de lágrimas y estrechó a Odessa entre sus brazos.

—Querida niña, perdóname. Esto es demasiado. Tenemos que irnos de aquí. ¿Estás sola? ¿Hay alguien más?

Odessa contó que Milo y Stulo estaba presos en las mazmorras y que Orfeo les había

traicionado y que le odiaba.

—¿Orfeo? —su madre parecía realmente sorprendida.

Odessa contó cómo les había traicionado.

—No me lo creo. Orfeo jamás haría algo así.

—¡Es un traidor! ¡Le odio como nunca he odiado a nadie! —exclamó pataleando.

Calíope la miró como sólo las madres son capaces de mirar a sus hijas.

—¿No estarás enamorada de él, verdad?

—¡Mamá!

—Odessa, mírame a los ojos. ¿Estás enamorada?

—¡Le odio!

—Odessa... —suspiró Calíope—. Orfeo es tu hermano.

Odessa sintió que le fallaban las piernas.

—¿Qué?

—Es tu hermano. Mi hijo. Es mucho mayor que tú. Él no conocía tu existencia ni tú la suya.

—Pero eso es imposible, ¿no? Dijo que Apolo era su padre.

—Y así es.

—Apolo es un dios. ¿No habrás...?

—¿Por qué no? Yo era joven. Él era guapo. Me sedujo.

—¡Mamá!

—Es un dios, ¿sabes? En todos los aspectos.

—¡Mamá! ¡Para! ¿Y también es mi padre?

Calíope negó con la cabeza.

—¿Entonces quién? ¿Quién es? ¿Es Shakespeare?

Su madre volvió a agarrarla.

—Odessa, tenemos que hablar. Hay cosas... cosas que no te he contado, cosas que debo decirte, cosas que tanto Shakespeare como yo queremos pedirte. Pero no aquí. No ahora.

—¿Por qué no?

—Es mejor que Shakespeare esté presente. Cuando regresemos a Scribópolis te contaremos todo, te lo prometo.

Odessa suspiró. Sabía que no tenía ningún sentido insistir; su madre podía ser tan cabezota como ella misma.

—Hay un túnel —dijo ella—. Mabarak no lo conoce.

—¿Un túnel? ¿Serías capaz de encontrarlo?

—Creo que sí, pero Milo y Stulo siguen presos y no podemos irnos sin Ludo A., los gnorks lo asarán en una brocheta.

—¿Ludo A.? ¿Está aquí? —por primera vez, su madre parecía descongelarse—. No te preocupes por él. Se las apañará.

—*And ain't that right, laaadies!* —resonó la voz de Ludo A.

Estaba sentado en el alféizar con las patas cruzadas y una sonrisa en la cara.

–¡Ludovico Aquila! No has cambiado una pizca –dijo Calíope haciendo después una elegante inclinación.

–Y tú tampoco, hermosura –respondió Ludo A. haciendo una inclinación mayor.

–¿Cómo has logrado escapar? –preguntó Odessa.

–Esos inútiles gnorks se estaban jugando a los dados quién iba a cocinarme con croquetas de patata y como quien no quiere la cosa les pregunté si podía participar. Aquellos inútiles accedieron. Gané el castillo y los campos colindantes, además de algunas minas de plata de las montañas y el *ius primae noctis*, o derecho de pernada, de sus hijas. Dije que salieran a la velocidad del rayo de mi castillo y saltaron por los muros. ¡Gnorks! Vamos chicas: *let's boogie*. Esta guerra debe acabar pronto: ese estúpido ejército está agujereando mi castillo.

Huyendo



Odessa vio que los gnorks se apartaban con respeto mientras recorría los pasillos con su madre. Parecía su reina. Odessa pensó que si era verdad que su madre había pretendido engatusar a Mabarak, lo había hecho muy bien. Ella ni miraba a los gnorks.

Descendieron a las mazmorras. El olor ácido a paja húmeda y excrementos volvió a penetrar en la nariz de Odessa.

Sin dudar un momento, Calíope entró en la gran sala llena de escritores encadenados. Los gnorks miraron con extrañeza, pero ella no les dio tiempo a pensar. Señaló a Milo y a Stulo que estaban atados a mesas.

—Ése y ése. Soltadlos. ¡Vamos!

Los gnorks gruñeron. Calíope respondió gruñendo con decisión.

Todos los prisioneros miraban boquiabiertos a Calíope.

Milo y Stulo frotaron sus doloridas muñecas.

—¡Traidora! —gritó Stulo—. Tú robaste el Mortero de los Titanes.

Calíope le miró con frialdad.

—Eres un chico valiente —dijo ella—. Pero tonto.

—Es idiota —corrigió Odessa.

—Es tonto —insistió Calíope.

—Es que es idiota —repitió Odessa.

Su madre la miró con severidad.

—Odessa, no intentes decir siempre la última palabra. Stulo es un buen chico, pero simplemente es tonto.

—Un idiota.

Calíope levantó la mirada al cielo.

—Vale, un tonto idiota.

Milo intervino. Dijo que debían registrar el castillo para encontrar el Mortero de los Titanes.

—No —respondió Calíope con firmeza—. En este momento hay asuntos más

importantes. Debemos poner a salvo a Odessa. Mabarak se enterará de nuestra desaparición y dará la alarma. Debes conducirnos al exterior.

Milo accedió de mala gana. Calíope miró a los gnorks con una expresión de «¿no tenéis nada mejor que hacer que mirarnos? Seguid trabajando». Ellos bajaron la cabeza.

Milo los guió hasta la grieta del muro que accedía al túnel subterráneo. Cogieron antorchas de la pared y uno tras otro pasaron por la ranura al frío y húmedo túnel.

De las piedras goteaba agua que siseaba en las antorchas. Recorrían deprisa los abandonados pasadizos de la mina, pero cuanto más se alejaban del castillo, más sentía Odessa que iba en la dirección equivocada; su padre estaba detrás de ella, no delante. Fuera Shakespeare o no, les hubiera traicionado o no, su padre continuaba en el castillo, lo presentía. ¿Por qué se alejaba de él? ¿Acaso su vida valía más que la de él? ¿Qué tipo de hija era?

Tiró de la mano de su madre.

—Quiero saber quién es mi padre.

Su madre no respondió.

Odessa volvió a tirar una vez y otra y otra más, hasta que su madre se detuvo.

—Quiero saberlo. Ahora.

—¿Odessa? ¿Estás loca? Mabarak ya habrá descubierto que hemos desaparecido.

—Sí, sí, y bla, bla, bla, dime dónde está. Dime un nombre.

Sabía que estaba enfadando a su madre, pero debía decirle quién era.

Ludo A. y los chicos no se percataron de que ellas se habían detenido. La luz de sus antorchas desaparecía en la lejanía.

—¿Es Shakespeare? ¡Dilo ya!

Su madre le tiró de la mano.

—Tenemos que continuar, Odessa.

Odessa dio otro tirón.

—¿Continúa en el castillo? Lo presiento. ¿Está preso? ¿Está muerto?

—¡Olvidalo! ¡Él no es importante!

—¿Cómo voy a olvidar a mi padre si ni siquiera sé quién es? No daré un paso más.

—Tu seguridad es más importante ahora.

—¿Por qué no quieres que sepa quién es? ¿Sigues enfadada porque te abandonó? ¿No le has perdonado? Fue hace mucho tiempo, ¿no es así? ¡Mamá, eres tan cruel! ¡Shakespeare vino a liberarte y tú le abandonas! ¿Le ha apresado Mabarak?

Ella temía que su madre respondiera que Shakespeare no había ido a liberarla sino que era un traidor y un aliado secreto de Mabarak.

En la lejanía sonó ruido de metal. Procedía del castillo. Era choque de armas, escudos, espadas. Los gnorks habían descubierto el túnel.

Calíope miró asustada por encima de Odessa hacia la oscuridad.

—Vamos, Odessa. Debemos irnos. Rápido.

—¡No! Quiero un nombre. ¡Ahora!

Su madre suspiró.

—Vale. Shakespeare. ¿Vale así? Shakespeare es tu padre. Pero no está en el castillo, está en Scribópolis.

Odessa podía ver en los ojos de su madre que mentía.

—¿Sigue allí, eh? Está en el castillo. Lo presiento. ¡Tienes miedo de que yo regrese y por eso mientes! Como has mentido durante toda tu vida. ¡No te importo! Sólo te importa ese estúpido jaleo de Odessa-es-la-Verdadera-y-no-puede-caer-en-manos-deMabarak —dijo soltando su mano con brusquedad—. ¡Me tratas como a un objeto!

—Odessa, por favor...

Ella apartó a su madre de un empujón.

—Dejas colgado a mi padre. No quieres que le salve. Bueno, tengo malas noticias para ti, ¡le encontraré! ¡Lo escribí en Librus y nos querremos y estaremos juntos hasta en la muerte!

Calíope se quedó pálida como un muerto.

—¿Qué has hecho? ¡No lo dices en serio! ¿Dónde está Librus? ¡Odessa, hay que tachar esa frase!

En aquel momento llegó Stulo y las agarró a las dos.

—¿Os habéis vuelto locas? ¡Vienen los gnorks!

—¡Suéltame! —exclamó Calíope.

Le dio una bofetada. Odessa aprovechó la ocasión para soltarse de su madre, retrocedió unos metros y se apretó contra la pared en la oscuridad.

—¡Odessa! —llamó Calíope.

Stulo se llevó a rastras a Calíope que se lamentaba a voces.

—¡Mi niña! —gritó. Su voz se debilitó—. No puedes con él, Odessa, Mabarak...

—¡Sí puedo con él! ¡Soy la Verdadera! ¡Mabarak no puede hacerme nada!

Sus palabras hicieron eco en el vacío túnel. Estaba sola en la oscuridad.

El sonido de armas se acercaba rápidamente mezclado con el amenazante paso de cientos de botas en el barro.

El corazón le latía en la garganta. ¡Qué tonta había sido! Se tropezarían con ella. Se apretó contra el muro. No tenía la Pluma para volverse invisible. El amenazador pateo se acercaba volviéndose ensordecedor. Tanteó el muro. En alguna parte debía de haber un nicho, un recoveco, en el que poder esconderse llegado el caso. Encontró un desnivel de apenas veinte centímetros de profundidad en el que entraba por los pelos. Extendió barro rojo de los muros por sus brazos y cara hasta confundirse con la roca. Con un poco de suerte pasarían por su lado sin verla. Si no...

Las pisadas se volvieron ensordecedoras. Allí estaban, pateando y gruñendo. Debían de ser cientos. El túnel temblaba.

Odessa cerró los ojos para que el blanco no destacara en la oscuridad. Metió la tripa y contuvo la respiración.

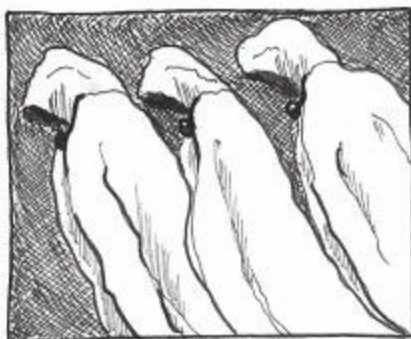
Los gnorks pasaban por su lado como una tormenta, pero el nicho no tenía la

profundidad necesaria; las espadas chocaban contra sus rodillas, los escudos rozaban su pecho. No podía respirar. Un casco golpeó su frente y a penas logró contener un «¡Au!». Los clavos de una porra se engancharon en su ropa y la arrastraron. Cayó al suelo. Los gnorks pasaban sobre ella. Se levantó un poco para respirar. Una bota volvió a empujarla en el barro, y otra y otra más, pisando sus piernas, su espalda, sus hombros, su cabeza. Jadeó.

Y otra más.

Y...

Encuentros inesperados



Se incorporó con dificultad. Sus pulmones se llenaron de aire húmedo. ¿Dónde estaba? Tenía la cara cubierta de barro, la espalda molida.

Lentamente, reapareció todo: el túnel. Los gnorks le habían pasado por encima como un tren.

No tenía ni idea de cuánto llevaba allí. Le dolía cada fibra de su cuerpo, pero aquel dolor no era nada comparado con el que sentía en el corazón.

Se apoyó en la pared del túnel, más sola de lo que nunca había estado. Scribópolis la había puesto en ridículo. Su mejor amigo la había traicionado. ¡Su hermano! Su madre era un monstruo que colaboraba con el enemigo dejando en la estacada a su padre. Estaba rodeada de mentirosos y tramposos. Debía regresar para salvar a Shakespeare; él era su único apoyo. Pero tenía miedo de encontrarle al lado de Mabarak preparando un oscuro plan. Aquello sería el final.

Se apoyó en la pared. Un lado de aquel túnel llevaba a los hombres, el otro a Shakespeare.

«Usa tu inteligencia», se dijo. «Vuelve. Estás destrozada.»

Odessa negó con la cabeza.

«Tal vez en otro momento. Voy a salvar a mi padre.»

Se dirigió dando traspiés hacia el castillo.

Apenas lograba avanzar. El barro le atenazaba los tobillos y los gnorks la habían dejado maltrecha. Tardó una eternidad en llegar a las mazmorras.

La grieta del muro se había convertido en un gran agujero para permitir el paso del ejército de gnorks. Odessa no quería ni pensar que los gnorks encontraran la salida bajo la tienda del general. Cogerían al ejército por sorpresa provocando un baño de sangre. Lo único que esperaba era que Milo y Stulo hubieran convencido al general para que tapiara el túnel.

Pero entonces ella tampoco tendría un camino de regreso.

El castillo estaría sin duda patas arriba tras la desaparición de Calíope. Los pasillos

debían de estar llenos de gnorks. Odessa necesitaba algo para distraerlos.

Pasó sigilosamente por la sala de los prisioneros. Sólo quedaban algunos guardianes. Reptó entre los bancos. Los presos fingieron no ver a Odessa, que fue hasta el final de la cadena que unía los grilletes que aferraban sus tobillos. Tenía un candado. Cogió dos horquillas y después de trastear un poco oyó un chasquido. A cada restallido de látigo sacaba un trozo de cadena de los grilletes. Cuando había llegado a la mitad, uno de los gnorks enrolló su látigo, aguzó los oídos y se dirigió hacia donde ella se encontraba. Su látigo golpeó en la madera cercana. Odessa dio un tirón de la cadena. Los prisioneros liberados saltaron sobre el gnork. Estaban famélicos y débiles, pero pateaban y golpeaban tan fuerte como podían. Los demás presos clavaban plumas y lápices en las patas del gnork. El resto de los gnorks acudió en su ayuda.

Odessa no se quedó a ver en qué acababa todo.

Subió sigilosamente yendo de sombra en sombra, esperando con paciencia cada vez que una nueva horda de gnorks bajaba las escaleras hacia las mazmorras. Recordaba el camino que había seguido Ergolas. Él aún debía de rondar por alguna parte del castillo, si es que los husmeadores no le habían atrapado y convertido en uno de los suyos. Se arrepentía de no haberle escuchado. Había sido la causante de que le ocurrieran tantas injusticias...

Por una doble puerta salieron unos cuantos gnorks llevando a la espalda sacos por los que se filtraba un polvo verde. Odessa se escondió tras una columna. Cuando se fueron, se dirigió hacia la puerta y apoyó la oreja contra la madera. Oyó un borboteo parecido al de agua hirviendo pero mucho más fuerte.

Aqué! debía de ser el laboratorio de Mabarak.

Oía, además, otra cosa, aunque mucho más débil. Eran lamentos de decenas de vocecitas agudas en un idioma que no lograba reconocer pero que ya había oído antes, pero ¿dónde? De pronto cayó en la cuenta: era élfico, la lengua que ella misma había hablado cuando estuvo en el libro del unicornio. Estaba a punto de coger dos horquillas para abrir el candado cuando oyó algo más: un zumbido que sonaba cada vez más fuerte. Un zumbido como el de una radio rota.

Sintió un escalofrío. Se dio la vuelta. Un grupo de husmeadores se deslizaba directamente hacia ella sobre el suelo de mármol.

No dudó un momento, desplegó sus patines y esprintó en dirección contraria.

Enseguida cogió velocidad sobre aquel pulido suelo y no tardó en sacarles ventaja. Enganchó una columna con una mano y dio una curva cerrada.

Una bifurcación.

¿Izquierda? ¿Derecha?

Izquierda.

Entró a toda velocidad en un pasillo pero se detuvo en seco. Al otro lado, una panda de husmeadores doblaba la esquina. ¿Eran los mismos? ¿Eran otros? Dio la vuelta, giró a la derecha y se metió por el primer pasillo lateral. Un nuevo grupo de husmeadores se

precipitó hacia ella. Volvió a girar. Ella era más rápida pero el castillo era un laberinto y los husmeadores lo conocían como la palma de su mano. No tenía ninguna posibilidad. Más tarde o más temprano acabarían acorralándola.

Otra bifurcación.

Giró a la izquierda.

Reconoció aquel lugar; allí habían discutido Orfeo y Ergolas. Un poco más allá estaba el pasillo de columnas y tapices rojos. Al final de él se encontraba Iciar y, a través de ella, podía irse. No importaba dónde saliera, al precipicio, a la tienda de Cornelius, con tal de salir de allí. Una vez visto lo que había debajo de aquellos mantos, estaba decidida a no dejarse atrapar de nuevo. Entró en el pasillo y pasó los tapices rojos. Vio a Iciar al final. Un último sprint. Se agarró al picaporte.

—¡Alto! ¡Antes la respuesta! —exclamó Iciar.

Odessa metió las ruedas de sus patines y apoyó el hombro en la puerta, pero Iciar ni se inmutó.

—¡Abre! —jadeó Odessa.

—¡Antes la respuesta!

Los husmeadores doblaban la esquina. Odessa podía oír cómo aumentaba su zumbido.

—¡Ludovico XIV! ¡Patatas fritas con mahonesa! ¡Tres elefantes en un columpio! —dijo ella.

—¡Tonterías, tonterías, tonterías! —respondió Iciar con evidente decepción pero también con algo de sorpresa—. ¿Es que aún no has aprendido nada? La respuesta era muy fácil.

—¡Ábrete!

—La respuesta era: el cuerpo de una persona, pero la cabeza de un toro.

El cerrojo de Iciar se abrió. Odessa no tenía tiempo de preguntarse a qué se referiría Iciar con lo de «el cuerpo de una persona, pero la cabeza de un toro», el primer husmeador estaba cerca. Abrió la puerta de un tirón y pasó. No tenía ni idea de dónde iba a aparecer, pero no importaba: se había salvado.

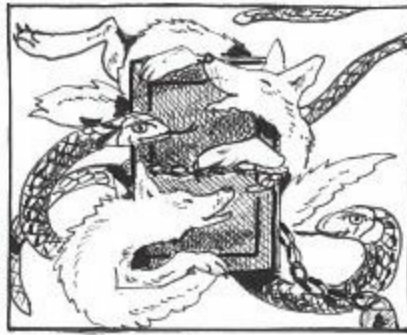
Pero para su gran sorpresa, lo que vio fue directamente su propia cara embarrada con los ojos y la boca muy abiertos, y tras ella el husmeador que quería atraparla. Iciar había hecho otra de las suyas; en lugar de ir a parar a cualquier otra parte, Iciar la había llevado a parar a sí misma. Odessa pasó al lado de su otro yo y, como si hubiera atravesado un espejo, volvió a encontrarse en el pasillo con los husmeadores que se abalanzaron sobre ella. Veinte, treinta husmeadores le cerraban el paso. Su zumbido era para volverse loco. Se tapó los oídos con las manos.

Sintió un dolor agudo como el de cientos de pequeñas agujas. Volvió la mirada. El husmeador que quería atraparla había atravesado Iciar con ella y la atacaba por la espalda. En el hombro tenía una mano de hormigas, lombrices, orugas y arañas.

No podía respirar.

Se desmayó.

El suelo bajo sus pies



Odessa abrió los ojos. Estaba en una cama. Reconoció el papel pintado de bucles dorados. Aquélla era la habitación con plantas y la cama con dosel; la habitación de su madre.

Se incorporó. Sentía un punzante dolor en la cabeza y todo le daba vueltas. La piel de su hombro estaba hinchada y parecía papel de lija. Un ungüento la cubría; alguien había curado su herida. No le dolía.

Bajó los pies y se puso de pie. Un poco aturdida se dirigió a la habitación contigua. Apoyó las manos en el lavabo y miró al espejo. ¡Menudo aspecto! Se echó agua en la cara. Estaba muy pálida, como si estuviera enferma.

En una silla había una camiseta y unos vaqueros. Eran de su talla. Se vistió. También estaba allí su mochila. No le faltaba nada.

Apenas se había vestido cuando se abrió la puerta. Dos imponentes gnorks entraron y le indicaron con gestos que los siguiera. La acompañaron a una parte del castillo que ella no conocía. Odessa intentó memorizar el camino, pero estaba demasiado aturdida para pensar.

Subieron una impresionante y ancha escalera de caracol. Odessa ya había contado ciento cincuenta escalones y aún no se veía el final.

Fuera, la tormenta azotaba con más fuerza que nunca. La lluvia chocaba contra pequeños ventanucos.

Trescientos escalones.

Odessa se detuvo.

—Tengo que descansar —dijo jadeando.

Pero los gnorks no atendieron su petición. La agarraron y la arrastraron hacia arriba. Sus pies chocaban contra los peldaños.

Por fin llegaron a la cumbre.

Un gnork, mejor vestido y armado que los otros hacía guardia ante una puerta de

hierro. Gruñó algo a los gnorks que la sujetaban. Éstos respondieron gruñendo. ¡Ojalá estuviera allí Ludo A.!, así al menos entendería lo que decían.

El gnork abrió la puerta y permitió a los dos gnorks con su prisionera la entrada a una sala circular tan grande que abarcaba toda la torre. Por todas partes había mesas llenas de plumas de ganso y libros que le recordaban a Odessa imitaciones de Librus a medio acabar. Sobre las mesas había una llamativa cantidad de pájaros oscuros, más pequeños que cuervos, grises de cabeza negra, grajillas que la vigilaban atentamente. En un rincón había sacos llenos de polvo.

Oyó un llanto desgarrador. A la derecha, en la pared, colgaba Librus, monstruosamente grande como cuando estuvo encadenado en la cueva. De él salían cabezas de lobo y de serpiente.

En un acto reflejo quiso ir hacia él, pero los gnorks la empujaron al otro lado de la habitación, donde había una esbelta figura ante la ventana.

Mabarak.

Estaba de espaldas a ella, las piernas separadas, los brazos atrás. Llevaba un largo manto de cuero y parecía absorto en la tormenta que fustigaba las ventanas. Los relámpagos remarcaban su amenazadora silueta contra la ventana iluminada.

De modo que aquél era el mayor monstruo de todos los tiempos, Sir Edward de Mabarak, el hombre que pretendía arrasar Scribópolis, el hombre que había querido asesinarla cuando no era más que un bebé, el que había secuestrado a su madre y posiblemente también a su padre, y que los torturaría si ella no hacía exactamente lo que él le pedía.

Mabarak se dio la vuelta. Gran parte de su cara y de su hombro estaban ocultos por un vendaje, a través del cual brillaban unos ojos inteligentes que parecían mirarla con asombro.

—¡Cómo os atrevéis! —gritó—. ¡Soltadla!

Ella no esperaba aquella reacción.

Los gnorks la soltaron y cayó al suelo.

Se acercó a ella. Llevaba guantes negros.

—¿Te han hecho daño?

Ella fue retrocediendo hasta que su espalda chocó contra un muro. Él dejó de acercarse.

—¿Tienes hambre? —preguntó. Su voz era grave y, de no haber sido tan monstruoso, ella habría dicho que era amable.

Sin esperar respuesta, dio una palmada. Entró un refinado gnork con delantal.

—Comida —ordenó Mabarak—. De mi cocina. Carne de pollo, tocino, huevos y fruta fresca.

Odessa no tenía ni idea de cuáles eran sus planes. ¿Pretendía envenenarla?

—No tengas miedo —afirmó él—. La comida es estupenda. Tengo una cocina propia—.

Gnorks –dijo sonriendo a continuación–, ¿a ti también te parecen tan primitivos y malvados?

¿Era aquél el hombre al que todo el mundo temía? Era amable y atento, y su voz no encajaba con su presencia oscura. Pero ¿no había dicho Shakespeare que era capaz de hacer cambiar de opinión a cualquiera con su melodiosa voz? No debía inmutarse; tras aquella voz aterciopelada se escondía un monstruo.

–Monstruo –gritó ella con apenas fuerza en la voz–. Mi padre vendrá a salvarme.

–¿Tu padre?

–Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero mi padre me quiere y me encontrará y me vengará.

Mabarak parecía divertirse.

–¿Lo hará?

–¡Te cortará las pelotas!

–¡Odessa! Vigila tu lengua. Tu padre no aprobaría semejante lenguaje.

–¡Te molera a palos! No sé qué brebaje mágico le habrás dado ni en qué libro le tienes encerrado, pero se liberará y te enviará a Plutón de una patada en el culo.

No tenía miedo. Ella era la Verdadera. Era más fuerte que él. El poder de su padre corría por sus venas.

Mabarak sonrió.

–Tu padre no me hará ningún daño.

Sintió escalofríos en la espalda. Temía que dijera que Shakespeare estaba muerto o, peor aún, que Shakespeare apareciera de pronto, echara un brazo sobre el hombro de Mabarak y que los dos se quedaran mirándola sonriendo cada vez más. Ella no lo soportaría.

–¿Qué has hecho con él?

–Odessa, ¿nadie ha tenido el valor de decirte la verdad?

–¿Le has lavado el cerebro a Shakespeare?

–¿Nadie te ha contado quién es tu padre?

–¿Lo has asesinado?

–¿Ni tu madre? ¿Ni mi buen amigo Shakespeare?

–¡Él no es tu amigo!

–Odessa. Yo soy tu padre.

Sus palabras no calaron en ella.

–Shakespeare te...

–Odessa, yo soy tu padre –dijo acercándose a ella–. Mi querida hija.

Ella golpeó sus manos.

–¡No me toques!

–Mi querida hija.

–¡Mentiroso! ¡Te estás pasando! Intentas manipularme. Me han prevenido contra ti. No me lo creo.

—Puedo comprender que es un duro golpe, pero piensa, ¿no ves que estamos hechos de la misma madera? Siempre sigues tu propio camino. No escuchas ni a nada ni a nadie. Eres mi hija, Odessa, rechazada por todos, no aceptada por nadie. Como yo. Y tienes mi talento. Escribes como el mejor. Por nuestras venas corre la misma sangre.

—¡Me enviaste a los husmeadores!

—No debí hacerlo, pero habría dado lo que fuera por ver a mi hija pequeña igual que tú dabas lo que fuera por ver a tu padre. Pones a todo el mundo en juego por encontrar a tu padre. No le has dicho a nadie que eres la Verdadera. Has ocultado la Pluma. Estamos hechos de la misma madera, Odessa.

—¡Mientes!

—¿Por qué iba a mentirte? Soy tu padre.

—¡Mi padre es un héroe! Está encerrado en tus mazmorras. Tus gnorks le están torturando y... y...

—Odessa, Odessa, querida hija, ¿por qué te atormentas con todas esas fantasías? Despierta. Abre los ojos. Yo soy tu padre. Soy real. Me tienes delante de ti.

Ella sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Ya había sentido aquello antes, cuando Orfeo la traicionó, pero ahora era peor; su padre, su héroe, el objetivo de su vida, la razón de su existencia, todo lo que deseaba y todo lo que había esperado resultaba ser una fantasía. Todas las historias que había inventado en torno a Shakespeare eran erróneas. No podía ser cierto. No debía de ser cierto.

—¡Tú mientes! ¡Mientes! ¡Mientes!

—Soy lo que siempre has deseado, Odessa, el sueño que persigues. Yo soy tu objetivo.

Se tapó los oídos. Ahora comprendía por qué nadie quería decirle quién era su padre y por qué a su madre le daba tanto miedo que conociera a Mabarak. Y en aquel momento las palabras del dragón le resultaron claras: «tu madre y tu padre ya están juntos».

Mabarak continuó hablando despacio, casi divirtiéndose.

—He explorado el mundo entero buscándote, al igual que tú has explorado todo el mundo buscándome. Por fin nos hemos encontrado. Éste es un día feliz.

—Tú me buscabas para asesinarme.

—¡Odessa! No creerás eso, ¿verdad? ¿Por qué iba a asesinarte? Eres de mi sangre.

—Prometiste a ese dragón diez vírgenes al mes si me capturaba. Me lo dijo él mismo.

—Es cierto —dijo Mabarak riendo de corazón—. Ese estúpido dragón. Algo debía prometerle, ¿no es así? ¿Qué? ¿Odessa? ¿No creerás que pensaba hacerlo realmente? Vamos. Si escribimos en Librus haremos con ese dragón lo que nosotros queramos. Le convertiremos en un dragón faldero, mimoso. Le enseñaremos a sentarse y a que dé la patita.

—¡Quieres utilizarme igual que utilizaste a mi madre!

—Odessa ¿pero qué tontería es ésta? Jamás he utilizado a tu madre. La quiero.

—No la quieres nada. La utilizaste porque era una musa. Para hacerme. Pero como

resultó que yo era una niña quisiste matarme. Nos buscas desde aquel día. Quieres hacerle otro hijo y matarme.

—Odessa... ¿Qué...? —Mabarak negó con la cabeza—. En Scribópolis han tejido una red de mentiras en torno a ti porque temen la verdad: por nuestras venas corre la misma sangre. ¿Quién te ha hecho creer eso? ¿Shakespeare?

—Calíope me lo contó todo.

—¿Tu madre? Ella miente. Odessa, deja que te cuente una cosa sobre tu madre: ella es una mujer fantástica y la quiero, pero es una musa. Hace que la gente imagine cosas, que vea cosas que no existen. Ésa es su función. Hace que la gente crea cosas, para eso fue concebida. Está en sus genes. No puede evitarlo. Y es buena. La mejor. Todo lo que ha hecho por mí, lo ha hecho voluntariamente. ¿Qué más cosas te ha hecho creer?

—¡La tenías presa!

—¿Estaba su puerta cerrada con candado?

Odessa no sabía qué decir. En efecto, su puerta no estaba cerrada y cuando huyeron, Calíope caminaba con elegancia por los pasillos como si fuera la reina del castillo.

—Odessa, comprendo tu confusión, lo que no entiendo es qué le pasa a tu madre. Antes me quería. Tras el accidente de mi cara, me abandonó por Shakespeare. Oyes bien: me traicionó por mi mejor amigo. Aquélla ha sido la mayor decepción de mi vida. Exploré todo el mundo buscándola para reconquistar su amor.

El gnork con delantal entró y dejó una bandeja delante de ella. Al principio pensó en volcarla, pero estaba tan hambrienta que empezó a comer. Se avergonzaba de engullir de aquella manera.

En aquel momento, las cabezas de lobo de Librus comenzaron a llorar con desgarró.

Dejó de comer y se acercó a él. Las cabezas la reconocieron y olfatearon su mano extendida. Mabarak miraba fascinado.

—¿Qué piensas hacer con él? —preguntó Odessa.

—Escribirlo, por supuesto. ¿Acaso no has venido a eso?

—Me has tendido una emboscada.

—¿Emboscada? Te llevé a la habitación de tu madre. Es muy distinto. La puerta ni siquiera estaba cerrada. No sé qué te ha hecho creer Calíope ni por qué huisteis, pero lo más importante es que has regresado.

Él vio que estaba confusa.

—¿Por qué lo has hecho, Odessa? ¿Por qué has regresado? Sabías que te estaba buscando. Sabías que te necesito para escribir Librus, ¿no es así? ¿Por qué has regresado?

—Porque mi padre... —dijo sin darse cuenta.

Él sonrió.

—Bueno, ya le has encontrado. Lo tienes delante. Odessa, va siendo hora de que abras los ojos y asumas tu misión. Para mí tú siempre has deseado, tal vez de forma inconsciente, escribir Librus.

—¡Nunca! No voy a trabajar para ti. Quieres utilizar a la gente como si fueran marionetas. Quieres jugar a ser dios.

—¿Y si soy un dios que trae la paz a la tierra? ¿Tiene eso algo de malo?

Odessa no sabía qué decir.

—Sólo quiero hacer el bien, Odessa; y al contrario que esos mediocres escritorzuelos de Scribópolis, estoy dispuesto a pagar el precio. Créeme, ya he pagado bastante: la incompreensión, el menosprecio y el odio de todos.

—Tú sólo quieres la guerra. Quieres sumergir al mundo en el caos. Eres un monstruo.

—Odessa, Odessa, Odessa, ¿cómo puedes decir algo así? Me haces daño. Soy tu padre. ¿De verdad crees que hago la guerra por placer? ¿De verdad crees que quiero utilizar a Librus para obtener el poder? Lo que quiero es acabar con todo esto: los gnorks, el ejército, el odio, los quejosos escritores de mis mazmorras. Y eso es posible. Juntos. Tú y yo. Padre e hija. Salvadores del mundo. ¡Mabarak y Odessa!

Ella quería que dejara de usar su nombre.

—Y no me digas que nunca has sentido arder en tu corazón el deseo de imponer tu voluntad a otras personas, de tener el mundo en tus manos.

Él tenía razón. Había querido vengarse de Clío y de Dostoievski, y de todo el mundo, y había deseado escribir cosas malas en Librus. Si no lo había hecho era porque Clío había robado el libro.

—Odessa, imagina lo que podríamos hacer juntos: un mundo sin codicia, sin guerra, sin hambre. Podemos hacer un mundo mejor. La gente no sabe lo que le conviene. Nos necesitan. Estarán agradecidos, Odessa. Te venerarán como a una diosa.

—¡Puf!

—Te querrán, Odessa.

—Dejarán de ser libres.

—Odessa, serán felices.

—Pero serán prisioneros.

—¿Y no lo son ya? Abre los ojos. ¿No ves cómo se enciencelan a sí mismos en historias de guerra y violencia, de poder y envidia, en historias con las que se autoengañan? ¿Quieres que la gente sea libre? Bueno, ¡pues libérala! Libérala de su envidia, libérala de sus peleas, libérala de las estúpidas mentiras con las que se autoengaña. Tú eres la Verdadera, Odessa. Ésa es tu misión. Has nacido para eso. ¿Quieres liberar a los presos de las mazmorras? Bueno, escribe en Librus que son libres. ¿Te parezco un monstruo como a todo el mundo? Bueno..., cámbiame. Escribe en Librus que soy un tío alegre y el mejor padre del mundo. Sé que deseas escribir en Librus, Odessa, y sé que puedes hacerlo —afirmó sonriendo—. Ya lo has hecho. Lo he visto.

Sacó una vara larga de una estantería y se acercó a Librus. Volvió una página poniendo cuidado en permanecer fuera del alcance de las siseantes cabezas de serpiente. La vara se deslizó por las palabras que ella misma había escrito:

Tengo un padre.
Le encontraré.
Y estaremos juntos hasta en la muerte.

Se dio la vuelta con aire triunfal.

—Fíjate, Odessa, «hasta en la muerte». Estoy conmovido. Y así debe ser; un padre y una hija deben quererse hasta en la muerte. Me alegra que escribieras eso pero, mi querida hija, ¿por qué ser tan egoísta?, ¿por qué limitarse a los pequeños deseos propios? Puedes hacer mucho más que eso, Odessa. ¿Te das cuenta? Puedes hacer que el hambre desaparezca del mundo. Eres la Verdadera. Tienes el poder. Piénsalo, Odessa, ¿cómo salvarías tú al mundo?

—No quiero salvar al mundo —respondió ella—. Está bien como está.

—¿Lo está? ¿Lo dices en serio? Ven, quiero enseñarte algo.

Se dirigió al otro lado de la habitación, corrió el cerrojo de las puertas de un gran armario de roble y lo abrió. Un globo terráqueo de al menos tres metros de diámetro apareció flotando y quedó suspendido en el centro de la habitación girando lentamente.

Mabarak vio que Odessa estaba impresionada.

—Vamos —dijo él—. No tengas miedo.

Odessa nunca había visto nada tan bonito. Se acercó. Era como si mirara la tierra, la verdadera tierra, desde el espacio. Pasaban nubes. El agua de los océanos ondeaba, podía oír el golpeteo de las olas. Vio ballenas nadando bajo la superficie del mar.

—Es precioso, ¿no te parece? —preguntó Mabarak—. Es el planeta más bonito del universo. La humanidad no ha encontrado otro más bonito ni con el telescopio más potente.

A medida que ella se acercaba, el globo parecía crecer.

Estaba ya tan cerca de él que su nariz casi rozaba las nubes.

—Acércate más —dijo Mabarak.

Metió la cabeza entre las nubes. Toda la habitación que la rodeaba desapareció. Era como si flotara en el aire sobre las cabezas de la gente, era tan pequeña como una hormiga.

Se inclinó un poco más hacia delante. Podía oír lo que decían. Mabarak le puso una mano en el hombro. Ella estaba demasiado fascinada como para decir algo. Él señaló los nómadas del Atlas, un pueblo de pescadores en Tailandia, frailecillos ante la costa británica.

Pero no todo era igual de bonito. Un barco de refugiados naufragaba en un acantilado. En una casa apartada, oyó a una anciana que se había caído pidiendo ayuda pero nadie la oía. Un niño miraba sus manos destrozadas por el trabajo en las minas de sal.

—Dime qué ves —pidió Mabarak—. ¿La gente es feliz? ¿Es libre?

Odessa tragó saliva.

Por más que examinaba el globo terráqueo, por todas partes había polvaredas de ejércitos en lucha, niños llorando, perros aullando.

Odessa resopló, pero continuó mirando. Estaba tan cerca que podía mirar en el interior de las casas. Tres niños, apenas mayores que ella, preparaban el atraco a su anciana y solitaria vecina. Algo más allá había gente mirando la calle: un hombre tenía secuestrada a su familia. Estaba ante la ventana con una niña pequeña en brazos. Amenazaba con prender fuego a todos si su mujer no regresaba. La niña agarraba un peluche y miraba a su padre con ojos llorosos.

Odessa retrocedió asustada. Volvió a encontrarse en la habitación. El corazón le latía en la garganta.

—Tenemos que detenerle —dijo ella.

—Tienes toda la razón —respondió Mabarak—. Tenemos que detenerle. Es nuestra misión. Y no sólo a él. Tenemos que poner fin a todas las desgracias que has visto.

Odessa le miró a los ojos mientras él continuaba persuadiéndola. Le pasaron por la cabeza las palabras de su madre: «No te obligaré, Odessa. Te convencerá». Pero él parecía tan razonable... ¿Se habría equivocado con él? ¿Se habría equivocado todo el mundo con él? Todo era tan complicado...

—¿Por qué tiene que ser todo siempre tan complicado? —dijo él como si pudiera leer sus pensamientos—. Si escribes en Librus, todo será más sencillo.

—Shakespeare dice que el mundo está bien como está —contestó ella—, que todo el mundo es responsable de sus actos.

—Shakespeare. ¡Ag! —Mabarak hizo un gesto de repulsa—. Shakespeare es un romántico. Ha venido aquí dos veces, ¿lo sabías?, a través de Iciar, para intentar convencerme —Odessa se avergonzaba de haber dudado de él—. Quería evitar una guerra. Apeló a nuestra antigua amistad, pero ya hace mucho que se rompió. Si me hubiera escuchado nunca habría habido guerra. Todo estaría bien atado desde hace mucho tiempo: paz por todas partes, todo el mundo feliz. Sé que respetas a Shakespeare, pero él es el responsable de esta guerra. No yo. Él me ha decepcionado profundamente —la miró—. ¿Conoces esa sensación? ¿La de que alguien a quien respetas, alguien a quien admiras en cuerpo y alma, te abandone?

Ella la conocía demasiado bien. Pensó en Orfeo.

—Odessa, somos familia. Debes elegir a tu familia. Te lo pido como padre: ayúdame.

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Hay algo que no me gusta.

—Odessa, ¿de verdad piensas que puedes tener ese enorme poder dentro de ti y no utilizarlo? No hacer nada también es una elección. Tal vez tú no lo hayas pedido, Odessa, pero si no utilizas tus poderes eres responsable de cada guerra, de cada niño que muere. ¿Podrás dormir por la noche cuando estés sola en la cama y pienses en todas esas desgracias, sabiendo que podías evitarlas? Yo no podría.

—Me duele muchísimo la cabeza —dijo ella—. Necesito tiempo para pensar.

Le sonó a excusa cobarde.

—¡Odessa, la gente te está esperando! ¿Por qué no haces lo que te digo? ¡Soy tu padre!

—su tono se endureció—. ¿Es por mi cara? ¿Es por llevar las heridas de mi osadía?

Se arrancó la venda de la cara. Odessa retrocedió. Tenía el rostro horriblemente mutilado, como si le faltara un trozo. No tenía nariz. Ella reconoció la carne quemada que también había visto a Ergolas; Librus le había mordido y su carne ardería para siempre.

Retrocedió más hasta llegar al muro y se derrumbó. Él le cogió la barbilla y acercó su cara a la de ella. Ella apartó la cara.

—¡Mírame a la cara! Mira esta cara que tanto dolor me causa —ella jadeó—. ¿Sabes cuántas personas han escupido en ella?, ¿cuántas me han repudiado por estas heridas? ¡Tu madre! ¡Shakespeare! ¡Dostoievski! ¡Todos los escritores de Scribópolis! ¿Vas a repudiarme tú también? ¿Vas a escupirme tú también? ¿Eres uno de ellos? ¿Eres de los que juzgan por la apariencia?

Odessa intentó zafarse pero la mano de Mabarak la sujetaba con fuerza.

—Me haces daño —sollozó.

—¿Vas a burlarte de mí como ellos? ¡Escúpeme! ¡Hazlo! ¡Escupe!

Odessa se echó a llorar.

Él la soltó, se dirigió a la ventana, volvió a vendarse la cabeza y juntó las manos en su espalda.

De pronto parecía viejo y destrozado.

—Hice que quitaran todos los espejos del castillo. Por la noche sueño que estoy apresado en este cuerpo y esta cara que no es la mía —dijo dejando caer la cabeza—. Vete. Eres libre.

Odessa no creía lo que acababa de oír.

—Por favor —dijo él. Su voz sonaba débil—. No me atormentes más.

Ella sacó un pie de debajo de su culo preparándose para levantarse. ¿De verdad era libre? Miró a la puerta. El gnork dio un paso al lado y abrió la puerta. Aquella era su oportunidad. Sé sensata, Odessa, ¡vete! Miró una última vez a Mabarak que continuaba delante de la ventana y era todo tristeza. ¿Tanto le había herido? Él no era en absoluto el monstruo que todo el mundo creía. Estaba herido, era un incomprendido, un expulsado. Como ella. Él era su padre, su sangre. Era todo lo que ella tenía. Si se iba nunca llegaría a conocerle. Nunca oiría su verdad.

Se quedó sentada.

El gnork cerró la puerta.

Mabarak se dio la vuelta. Tenía los ojos húmedos.

—Tengo algo para ti, mi querida hija —le temblaba la voz.

Él se dirigió hacia un escritorio, abrió un cajón y sacó un pequeño paquete. Se puso en cuclillas cerca de ella y se lo ofreció.

—De tu padre.

¿Debía rechazarlo? Ella estiró la mano y lo cogió. Pesaba mucho.

Él gesticuló con entusiasmo para que lo abriera.

Rasgó el papel. Dentro había una caja.

Apartó la tapa. Sobre un lecho de piedras preciosas estaba la Pluma completamente pulida y con una cadena nueva del mismo material que la estilográfica. Ella sujetó la cadena entre sus dedos. Tenía unas letras grabadas: O-d-e-s-s-a.

–Ven, te ayudaré –dijo colgando la cadena de su cuello.

–Ahora todo el mundo sabe que la Pluma es tuya y que tú y sólo tú eres la Verdadera. Ella miró la Pluma, que brillaba más que nunca.

–Gracias –masculló–. Es... bonita.

Mabarak la cogió de la mano y la ayudó a levantarse.

–Vamos –dijo él–, ha llegado el momento.

La condujo hasta Librus, que en cuanto fue tocado disminuyó de tamaño. Sus cadenas cayeron al suelo. Odessa lo acarició y lo cogió en brazos como a un niño pequeño.

–Ya verás –dijo Mabarak–. En cuanto escribas en Librus todo será más fácil.

Ella se sentó en el suelo y puso a Librus en su regazo. Volvió a asaltarla aquella indescriptible sensación de poder y felicidad que le producía abrir a Librus.

Sabía que cinco minutos antes había jurado que nunca trabajaría para Mabarak, pero entre tanto habían cambiado muchas cosas. Él era su padre y todo lo que decía sonaba tan razonable... Le miró. ¿Llegaría a quererle? Debería acostumbrarse a su aspecto; era muy diferente al padre de sus sueños pero al menos era real. Estaba herido, la necesitaba. Todo lo demás no había sido más que una prolongada fantasía.

Mabarak parecía entusiasmado.

–Éste es un pequeño paso para ti –dijo él–, pero un gran paso para la humanidad.

–¿Qué quieres que escriba? –preguntó ella.

–Déjate llevar –respondió Mabarak–. Escúchate a ti misma. Sigue tus deseos más profundos. Escribe que hay paz en la tierra. ¿No es eso lo que quieres? –su voz parecía llena de fuego–. Escribe que el ejército de los hombres es derrotado y que Shakespeare me traspasa el poder sobre Scribópolis para que reine la paz. Escribe que la gente se da cuenta de su equivocación y que me rinde obediencia.

Aquello estaba mal, pero Mabarak era imparable.

–Escribe que los Inmortales besan el suelo que piso y que nos veneran como a dioses.

Aquello estaba muy mal. Así que aquél era el verdadero Mabarak.

–Escribe que Calíope se somete a mí y me obedece por completo.

Odessa cerró a Librus. Había estado a punto de caer en la trampa sin darse cuenta.

–¿Qué haces?

Odessa estrechó a Librus entre sus brazos.

–Estás loco.

De pronto, la voz de Mabarak cambió.

–No uses ese tono conmigo. ¡Soy tu padre!

–Tú no eres mi padre. Me utilizas –su voz sonó con una sorprendente calma–. Como me utiliza todo el mundo. Para ti no soy más que un objeto.

—¡Odessa! ¡Soy tu padre!

Había llegado a aborrecer aquella palabra.

—No eres mi padre. ¡Eres un monstruo! No habrá una palabra tuya en Librus mientras yo viva.

Mabarak la agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás. Sus ojos ya no eran amables sino fríos y calculadores.

—Debería de haberlo imaginado —dijo con la frialdad del hielo—. Eres una inútil. Debería haber acabado contigo cuando aún eras un bebé.

—¡Pues mátame! ¡Escríbelo tú mismo en Librus si puedes!

Él la soltó.

—Tengo formas de obligarte, Odessa. Podemos hacer esto juntos o puedo utilizarte como a un objeto como tú misma has dicho. Tienes una hora para pensarlo.

Odessa metió a Librus en su mochila.

—No necesito tiempo para pensar. ¡Vete a la mierda, momia deforme!

Mabarak hizo gestos hacia un rincón de la habitación. Odessa sintió la presencia de algo o alguien detrás de ella; el amenazante sonido de radios rotas. De la sombra salieron cinco husmeadores que se dirigían hacia ella. «¡Ay, no!», pensó Odessa. «Otra vez, no.» No había oído el zumbido por el estruendo de la tormenta, pero llevaban todo aquel tiempo en la habitación preparados para intervenir. Miró con furia a Mabarak. Lo había planeado todo a conciencia. Había intentado hacerla cambiar de opinión y como no lo había conseguido, iba a obligarla. Pero él había olvidado una cosa: ahora la Pluma la tenía ella.

—Quitadle el libro y la Pluma —ordenó—, y lleváosla. Dentro de una hora me obedecerá. Soy su padre. Si al cabo de una hora no accede, es vuestra.

Los husmeadores se acercaron a ella.

Odessa agarró la Pluma y, justo en el momento en el que un relámpago iluminaba la habitación, se hizo invisible.

Antes de que los husmeadores se dieran cuenta de lo ocurrido, ella agarró uno de los mantos y tiró de él. Éste cayó al suelo y descubrió una horrible masa de hormigas, arañas, saltamontes, lombrices y orugas que se dispersaron y comenzaron a pulular sin rumbo por el suelo hasta desaparecer entre rendijas y grietas. Odessa tiró de otra y otra más y después se coló entre los husmeadores que quedaban. Huyó ante la sorprendida mirada del gnork que no comprendía cómo se abría sola su puerta.

Bajó saltando de cuatro en cuatro los escalones sin pensar. La voz de Mabarak resonaba por las escaleras.

—¡Soy tu padre! ¿Me oyes? ¡Eres mi sangre! ¡Me debes respeto!

Una vez abajo, Odessa desplegó sus patines y patinó, patinó con las lágrimas corriéndole por la cara. Había escapado, pero qué sentido tenía ya todo: era hija de un monstruo.

Agujas y clavo



Odessa patinaba y patinaba tan rápido como podía.

Su objetivo, toda su existencia, se había hecho pedazos. ¿Cómo había podido creer, ni por un instante, que su padre era Shakespeare? ¿Cómo había podido creer, ni por un instante, que su padre era un héroe? Toda su vida había sido una prolongada fantasía. Todo el mundo le había advertido y ella se había dejado engatusar como un bebé. Era la hija de un monstruo. La frase que escribió en Librus rondaba por su cabeza.

Estaremos juntos hasta en la muerte.

¡Antes morir que caer en sus manos! ¡Antes morir que trabajar para él!

Se detuvo.

No tenía sentido patinar sin rumbo. Tenía que salir de aquel castillo, que alejarse de Mabarak, pero ¿cómo? El túnel estaba cerrado, Iciar inutilizable.

Algo brillaba en el suelo. Polvo. Polvo verde. Siguió el rastro. Se dirigió hacia el pasillo en el que había visto a los gnorks cargando sacos. Se detuvo ante una doble puerta y pegó la oreja a ella: borboteo de líquidos, suaves lamentos, un tictac como el de cientos de relojes.

—¡Fíjate! —dijo—. ¿Qué tenemos aquí? El bonito laboratorio de papi.

La puerta tenía echado el cerrojo, pero con dos horquillas y después de trastear un poco se abrió.

Si Odessa necesitaba alguna prueba de que su padre era un monstruo, bastaba con lo que estaba viendo.

Tras largas mesas llenas de calderos hirviendo, de matraces de destilación y tubos borboteantes, había pequeños y asombrosos seres encadenados a la pared. Eran elfos apenas más grandes que su mano. Los muros parecían estucados con ellos. Cada elfo tenía finas agujas pinchadas en sus costados, en su cara, sus manos. Las agujas estaban unidas mediante finos tubos de cobre a un complicado mecanismo parecido a un

gigantesco reloj suizo lleno de pequeños engranajes, pero con una única y horrible función.

Tic, pinchazo.

Tac, pinchazo.

Tic, pinchazo.

Tac, pinchazo.

Y un elfo lloraba con cada pinchazo.

Las agujas estaban dispuestas de tal manera que no herían a los elfos para que pudieran aguantar así años, pero que les hacían suficiente daño para que los pequeños seres no dejaran de llorar.

Y no sólo había agujas.

Algunos elfos tenían un cepo en la lengua del que se tiraba rítmicamente.

Tic, tirón.

Tac, tirón.

Otros elfos tenían garras en el pelo que lo estiraban hacia todos los lados a la vez.

Tic, tirón.

Tac, tirón.

La mayoría de los elfos sollozaba, otros se hacían los valientes y no decían ni pío, pero de sus ojos salían lágrimas, pequeñas y perladas lágrimas de una transparencia que no tenían las normales. Bajo sus ojos había pequeños cuencos sujetos con dos ganchitos a su párpado inferior. Un tubo de goma bajo los cuencos llevaba las lágrimas a los matraces y pipetas borboteantes donde cristalizaban en un polvo verde. Éste era transportado en una cinta que acababa en un cuenco plateado en el que subía y bajaba un mazo: era el Mortero de los Titanes, la joya que buscaba todo Scribópolis.

Odessa fue hacia él. No podía imaginar una manera mejor de vengarse del hombre que se hacía llamar su padre que robar el Mortero y cargarse su producción de polvo.

Anduvo entre las mesas. Una figura de la pared, mucho más grande que los elfos, llamó su atención; allí había una persona encadenada.

Odessa se quedó rígida como un palo. ¿Orfeo? No podía ser. Orfeo no.

No, no era Orfeo, era Shakespeare.

¿Qué? Eso menos aún.

¿Mabarak?

No, era ella misma con las manos atadas a la espalda, una venda en la boca, los pies descalzos y decenas de agujas perforando las plantas de sus pies. En sus mejillas brillaban lágrimas transparentes, que eran llevadas a un matraz distinto al de los elfos, donde cristalizaban en un brillante polvo blanco.

Polvo de Musa.

—¿Clío?

Su doble la miró con desesperación.

—¿Eres tú?

Su doble asintió con la cabeza.

Odessa no había olvidado lo que le había hecho Clío. Era una traidora y una estúpida pero, estúpida o no, Odessa no podía abandonar a la musa a su suerte. La soltó.

Clío apenas podía mantenerse en pie. Odessa la sostuvo, pero la musa no tardó mucho en recuperar sus fuerzas. Adoptó su hermosa forma y se enderezó. Su pelo llameaba.

–Tú robaste a Librus –dijo Odessa.

Clío no evitó su mirada.

–Me arrepiento de ello. Mabarak me prometió respeto, el respeto que no recibía en Scribópolis.

–¿A esto lo llamas respeto?

–Ese desgraciado me ha utilizado para robar el Mortero de los Titanes y después a Librus. Me embaucó por completo.

–Y a mí me ha utilizado porque soy la Verdadera –dijo Odessa.

–Me ató para sacarme las lágrimas –comentó Clío–. ¡Como a un vulgar elfo!

–A mí me quiso asesinar cuando era un bebé porque yo no era un niño.

–Las agujas me pinchaban en los pies. No aguantaba más.

–Es mi padre.

–¡Eso es horrible! –exclamó Clío–. No se lo desearía ni a mi peor enemigo.

–Le odio –afirmó Odessa.

–Yo también.

–¡Es un monstruo!

–¡Es un desgraciado!

–Un...

–Un...

Las chicas se abrazaron y dieron rienda suelta a sus lágrimas.

–¿Amigas? –preguntó Odessa.

Clío asintió. Se secó las últimas lágrimas.

–Tenemos que liberar a los elfos –dijo Odessa.

–Sí.

Los primeros elfos liberados soltaron a los demás y en un abrir y cerrar de ojos, cientos de elfos enfadados revoloteaban por el laboratorio. Rompían agujas y las tiraban a un montón.

Odessa se colocó delante de una mesa llena de tubos borboteantes. ¡Le apetecía tanto dejarse llevar y descargar su ira!

–No rompas nada –dijo con la voz de una madre que regaña a un niño travieso–. A papi no le gustaría.

Volcó un matraz.

–¡Ay, no! Odessa, ¿qué estás haciendo?

Soltó un tubo burbujeante. Un líquido amarillo verdoso salpicó alrededor.

–¡No lo hagas! A papi no le va a hacer gracia.

Clío rió. Sopesó un trozo de cadena rota en la mano.

—Mira todos esos bonitos y encantadores engranajes —dijo tirando la cadena al centro. Todo el mecanismo se bloqueó. Saltaban agujas en todas direcciones, chocaban contra los muros y se rompían.

—¡Mierda! —exclamó Clío con tristeza—. ¡Se ha roto!

—¿Pero qué haces? —preguntó Odessa empujando un caldero con todas sus fuerzas para volcarlo—. ¡Estás rompiendo todas las cosas bonitas del bravucón de tu papi! ¡Debes respetar a papi! ¡Eres de su sangre! ¡Papi lo ha dicho! ¡Papi enfadado!

Destruir el laboratorio proporcionó a Odessa una especie de extraña energía y durante un instante olvidó que era la niña más infeliz del mundo.

Esparció polvo a su alrededor hasta quedar ella misma cubierta por completo.

—¡Nieva! ¡Nieva! ¡Viva la Navidad!

Clío se había subido a una mesa y pisoteaba tubos y matraces.

—Soy un elefante. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

Odessa echó el ojo a un libro.

—Eh, ¿qué tenemos aquí? *Sapos y ranas del Amazonas*. Odessa, ¿no irás a...? No. Sería una estupidez. ¡No lo hagas!

Dejó caer el libro en un tonel de polvo.

—¡Ups! ¡Demasiado tarde!

El tonel comenzó a burbujear. Un sapo lleno de bultos apareció en el borde, croó, miró a su alrededor y dando un gran salto aterrizó entre los tubos y los matraces borboteantes. Salió otro sapo, y otro más, así uno tras otro. Cada sapo era empujado del borde por el siguiente. El tonel hervía como una olla pero no con sopa sino con sapos verrugosos.

Cayeron tubos. Líquidos burbujeantes chorreaban en el suelo. Una vela se volcó y un líquido amarillo se prendió. Los sapos buscaban una vía de escape pero chocaban contra cualquier cosa. Los elfos se alejaron volando.

Odessa se dirigió hacia el Mortero de los Titanes. Debía darse prisa antes de que explotara todo. Soltó la joya y sostuvo el cuenco plateado delante de ella. Arrancó el correspondiente mazo y lo guardó en su mochila con el Mortero.

La puerta se abrió y tres gnorks fuertemente armados entraron de golpe. Patinaron sobre los sapos y cayeron sobre su trasero o, mejor dicho, sobre los sapos que, en mala hora, se encontraban allí. Resbalaron hasta llegar casi a los pies de Odessa.

Ella miró a Clío pero ésta había desaparecido. En su lugar se encontraba Mabarak con venda y todo.

—¿Qué ocurre? —preguntó de mal humor—. ¿Por qué nos molestáis?

Los gnorks se levantaron con dificultad, se inclinaron como si fueran resortes, gruñeron algo y señalaron a los elfos que salían volando, a los sapos que saltaban volcándolo todo y al fuego que se iba extendiendo.

—¡Estúpidos jabalíes! —gritó el falso Mabarak—. Esos elfos deben volar, es bueno para

su circulación lacrimal. ¿Acaso no véis que estamos ocupados en un importante experimento? ¡Desapareced! ¡Vamos! ¡Fuera!

Los gnorks salieron corriendo de espaldas, pero al cabo de unos segundos volvieron a entrar zumbando. Miraron a Clío que continuaba con su apariencia de Mabarak, y después otra vez hacia fuera como si estuvieran viendo fantasmas.

Odessa comprendió de inmediato lo que ocurría: el auténtico Mabarak se acercaba. Agarró la Pluma y se hizo invisible. Clío se convirtió en un elfo y salió revoloteando con los demás.

Mabarak entró de golpe. Furioso, recorrió con la mirada aquella destrucción.

Odessa se escondió en un rincón. Los sapos rebotaban contra su invisible cabeza.

—¿Quién ha hecho esto? —bramó Mabarak.

Los gnorks gruñeron y señalaron a su alrededor.

—¿Yo mismo y una niña pequeña? —Mabarak echaba fuego por los ojos—. ¡Desgraciados! ¡Os echaré a los husmeadores!

Mabarak apartó un montón de tubos de la mesa como si ya no le importara que su laboratorio se hubiera ido al garete y abrió un gran libro de cuero.

—Te has pasado, Odessa —masculló para sí—. Tenía grandes planes para ti. Juntos podríamos haber gobernado, pero tú no quisiste. Debería haberte matado cuando eras un bebé. ¡Pero harás lo que yo te diga! ¡Eres mía! ¡Mi hija!

Se dirigió al pasillo.

—¿Me has oído, Odessa? ¡Eres mi hija! ¡Harás lo que yo diga! ¡Te enseñaré lo que es dolor! ¿Me oyes? ¡Dolor! ¡Acabarás suplicándome!

Volvió a entrar y pasó con furia algunas páginas del libro.

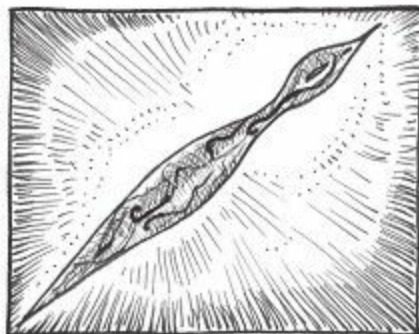
Odessa decidió no esperar más. Fuera lo que fuera lo que iba a sacar del libro, seguro que no era bueno.

Se deslizó con cuidado por los muros poniendo cuidado en no tropezar con los sapos. Mabarak se encontraba en el centro de las llamas, que parecían no afectarle, totalmente concentrado.

—Si mis husmeadores no logran encontrarte, entonces te someterá Mino.

Antes de colarse por la puerta vio que echaba una gran cantidad de polvo sobre el libro.

Eres de mi sangre...



Odessa patinó como una posesa. Las palabras de Iciar rondaban por su cabeza. Hasta entonces siempre habían sido una advertencia de lo que estaba por venir. «El cuerpo de una persona, pero la cabeza de un toro.» ¿Se refería Iciar al Minotauro? ¿A aquella bestia legendaria medio hombre, medio toro, que vivía en un laberinto y al que todos los años ofrecían siete chicos y siete chicas? ¿Quería Mabarak mandarle al Minotauro?

—¡Gracias, querido papi! ¡Gracias!

Colgó la Pluma a su cuello para poder patinar más rápido. Ella era más veloz que el Minotauro, no lograría alcanzarla a no ser que tuviera alas. Pero ella no conocía el camino y el castillo era un laberinto.

Oyó pisadas. Se acercaban con rapidez. Era demasiado tarde para volverse invisible. Una panda de gnorks dobló la esquina a toda velocidad. Ella se tapó la cara con los brazos. Aquello era el fin, la apresarían y la entregarían a Mabarak. Pero los gnorks pasaron delante de ella sin verla, fuera de sí por el pánico.

Dejó caer los brazos.

¿Qué monstruo podía ser tan terrible que hasta los gnorks huían de él?

Patinó por un pasillo y después por otro más. No tenía ni idea de adónde iba. De vez en cuando oía un olfateo y el grito de gnorks, pero poco a poco se hizo el silencio, un desagradable silencio.

Odessa aminoró la marcha. Lo único que oía era el sonido de sus patines surcando el mármol.

Metió las ruedas.

Clic. Clac.

No se oía una mosca.

Olfateo. Una risa demoníaca.

Gnorks que huían en la lejanía.

Un grito horrible.

Después otra vez silencio.

Odessa se alejó del ruido. Un rastro de sangre recorría la pared y llevaba hasta dos gnorks tirados en el suelo con el cuello roto. Lo que andara por los pasillos no tenía piedad.

Subió una escalera y llegó a un pasillo largo y estrecho que acababa en una puerta. En el lado izquierdo había pequeñas aperturas circulares que daban a una sala de un nivel inferior.

Odessa reconoció la sala. Era en la que Orfeo la había traicionado, la sala de las cien estatuas. Sin duda, Mabarak había visto desde aquellos ventanucos cómo les apresaban los gnorks.

Recorrió el pasillo y estaba a punto de abrir la puerta del final cuando notó una presencia.

Agarró la Pluma y se hizo invisible. Se arrodilló delante de la última ventana. Y allí abajo, entre las columnas, vio al Minotauro.

Sobre el cuerpo de un hombre musculoso estaba la gigantesca cabeza de un toro. Era alto, debía de medir por lo menos dos metros, y tenía el cuello casi tan ancho como los hombros. Dos pequeños y puntiagudos cuernos adornaban la animal cabeza en la que brillaban unos ojos avispados. No llevaba puesto más que un taparrabos. Mabarak debió de traerle a la vida usando polvo verde porque tenía joroba y una terrible deformación en su brazo derecho.

El Minotauro caminaba con la cabeza gacha, como si estuviera sumido en sus pensamientos. Se detuvo en el centro de la sala y olisqueó profundamente con sus enormes fosas nasales.

Odessa sabía que debía continuar pero no podía apartar los ojos de él. Nunca había visto a nadie que irradiara una fuerza tan bestial. Y ¿por qué iba a tener miedo? Era invisible.

El Minotauro volvió a olfatear como si buscara un olor en el aire. De pronto giró la cabeza y la miró directamente a los ojos.

Ella retrocedió. ¡No podía haberla visto! ¡Era invisible!

—¿Odessa? —la voz del Minotauro apenas sonaba humana.

Gateando, volvió a la ventana. Miró por el borde. El corazón le latía en la garganta.

El Minotauro olisqueó de nuevo, cabeceó en su dirección y se dirigió a la puerta con una seguridad que la paralizó de miedo.

Ella se olió la camiseta. Sudor. Le parecía que no era para tanto, pero sin duda él podía olerla a kilómetros de distancia. Ser invisible no iba a servirle de nada; la seguiría como un perro de presa a un prisionero fugado. Había leído que ese ser era capaz de seguir un rastro incluso a través de ciénagas por el sudor que se filtraba por las suelas de los zapatos. ¿Qué debía hacer? No podía quitarse toda la ropa e ir desnuda por el castillo, ¿verdad?

Largarse de allí, ¡eso es lo que debía hacer!

Desplegó sus patines y salió zumbando por los pasillos como si el diablo le pisara los talones. Era rápida, tenía esa ventaja, pero no tardó en perderse en aquel laberinto. No sabía dónde estaba ni adónde iba, y el Minotauro se sentía como en casa: había crecido en uno.

Se detuvo jadeando contra un pilar. Olió sus axilas. Dejaba un rastro de olor que para el Minotauro debía de ser tan evidente como una raya de pintura roja en el suelo. No tenía ninguna posibilidad. Sólo podía hacer una cosa: debía eliminarlo. ¿Pero cómo?

De pronto la invadió una marea de olores: pan mohoso, leche cortada, cerveza y carne podrida. Patinó hacia allí y chocó contra una doble puerta que estaba abierta. Era la cocina de los gnorks.

Miró al interior. La cocina estaba desierta, las mesas llenas de restos de comida y huesos roídos. El pestazo era insoportable pero la cacofonía de olores le dio una idea. Si lograba tapar su propio olor, el Minotauro no la olería y podría tenderle una trampa.

Entró en la cocina tapándose la boca con la mano. En un rincón, junto a un fogón que chorreaba grasa, encontró lo que buscaba: cestas llenas de especias, curry, clavo y ajo.

Se metió clavo en la boca y lo masticó. ¡Puag! Tosió y lo escupió. Enterró los brazos en la cesta de curry amarillo, y se espolvoreó la cara. Frotó todo su cuerpo con él: el cuello, la barriga, las piernas. Se le metió entre la ropa haciendo que le picara todo el cuerpo.

Se quitó los calcetines y los ató con una cuerda larga. El otro extremo lo enrolló en su cintura. Frotó ajo en los dedos de sus pies teniendo cuidado de no dejarse ninguna parte sin frotar.

Odessa se sorprendió al ver su reflejo en una copa de metal, parecía un hombre de las nieves amarillo.

—¡Intenta olirme ahora, vaca deforme! —exclamó.

Para estar segura metió dos puñados de clavo entre su pelo.

Para la segunda parte de su plan necesitaba una habitación con ventana. Una ventana grande y alta, muy alta.

Patinó por los pasillos arrastrando los calcetines. Subió una escalera, continuó por varios pasillos y subió otra escalera hasta que encontró el lugar perfecto para su trampa: una amplia habitación con una gran vidriera bajo la cual había un sofá. Tiró de los calcetines hasta al ventana, los desató y frotó con ellos el alféizar teniendo cuidado de no tocar nada. Abrió la ventana con el calcetín en la mano.

Fuera continuaba azotando la tormenta. El viento le golpeó la cara. La lluvia repicó en el alféizar. Se despidió de sus calcetines con un beso. «¡Sed valientes!», dijo tirándolos a las profundidades. Éstos fueron arrastrados por el viento, entre la lluvia, y aterrizaron sobre las rocas decenas de metros más abajo. Odessa apenas alcanzaba a verlos de lo lejos que estaban, suficientemente lejos para el Minotauro.

Se dio la vuelta e inspeccionó la habitación con la mirada. El mejor lugar para

continuar su plan estaba justo en frente de la ventana, allí, junto a la repisa de la chimenea. Se sentó y se acurrucó con la espalda contra la pared.

Cerró los ojos y meditó su plan. El Minotauro seguiría el olor de sus calcetines, entraría y la ventana abierta llamaría de inmediato su atención, iría hacia ella y se asomaría, entonces se abalanzaría contra él y, con un formidable empujón, le arrojaría al vacío.

Se le imaginó cayendo. ¡Aaarg! ¡Pum! ¡Pum! ¡Aaarg! ¡Plas! Y nada más. Le veía tendido, destrozado sobre las rocas en un charco de sangre. Debía intentar retener aquella imagen en su cabeza.

Ahora tenía que esperar.

Respiró hondo.

Debía calmarse, dejar de sudar.

En el suelo, delante de la ventana, se formó un charco.

—Es un buen plan —dijo—. Saldrá bien. ¡Tiene que salir bien!

Fuertes pisadas subían por la escalera.

—¿Odeeeessaaaa? —de nuevo aquella voz extraterrestre.

Sujetó con fuerza la Pluma. Quieta. Tranquila. No sudes. Sobre todo no sudes. Sintió que se ponía colorada. Tranquila, Odessa, tranquila. Inspira y espira, inspira y espira.

La puerta se abrió. El Minotauro se detuvo y recorrió la habitación con la mirada. Ella podía olerle. Apestaba a toro viejo. La idea de que tendría que tocarle le daba arcadas, pero debía hacerlo. Su mirada se detuvo en la ventana y en el charco.

«Abajo hay calcetines ricos. ¡Coge los calcetines!»

Se dirigió hacia la ventana.

—¿Odessa? —su voz sonaba burlona—. No habrás hecho ninguna tontería, ¿verdad?

De pronto su plan le pareció una completa estupidez. Él era una masa de músculos y debía de pesar unos quinientos kilos. ¿Cómo iba a conseguir tirarle por la ventana? Jamás lograría levantarlo. Su única opción era que él mismo se subiera al alféizar y entonces empujarle.

Dobló las piernas lista para abalanzarse sobre él. El clavo crujía en su pelo. ¿Podría oírla con la lluvia que salpicaba en el interior y el viento bramando por la habitación?

Él estaba cerca de la ventana. Ella se levantó. Él agarró el picaporte. Bien, toro valiente. Huele ese alféizar. Ahora asómate. Hazlo, bestia estúpida, ¡hazlo! ¡No! ¡Eso no!

El Minotauro cerró la ventana con tranquilidad y con aplomo. Se dio la vuelta.

—¿Odeeeessaaaa? —dijo en un voz baja, casi susurrando—. ¿Dónde estás?

Ella se encogió todo lo que pudo. El miedo hizo que empezara a sudar. Sintió que el sudor y el curry se mezclaban en su cuerpo. El corazón le latía en las yemas de los dedos. Miró hacia la puerta que estaba al otro lado. Tres metros la separaban de ella.

El Minotauro se dirigió al centro de la habitación y volvió a olisquear. Se incorporó lentamente. Ella no tenía otra opción que pasar a su lado, por detrás de su espalda.

Odessa dio un paso y otro más. El Minotauro se giró de golpe y embistió con los

cuernos en su dirección. El izquierdo le entró en el muslo. Gritó de dolor. El Minotauro gruñó, dio un cuarto de giro con el cuerno y la soltó. Odessa volvió a gritar. Se desplomó. Por su pierna corría sangre. Todo daba vueltas ante sus ojos. No podía desmayarse. No podía pensar en el dolor. Retrocedió hasta apoyarse en la pared.

El Minotauro se acucilló delante de ella. Balanceaba su cabeza de un lado a otro mientras sus monstruosas fosas nasales recorrían su cuerpo invisible. De la comisura del morro caía un hilo de baba que iba de su hocico a la pierna de ella.

—Te has adobado —dijo él—. Curry, clavo y ajo —inspiró hondo—. Hum. Mezclado con el dulce olor de sangre de niña.

Le tocó la pierna y deslizó por ella un dedo peludo. Miró con gran placer la sangre que quedó en él y lo lamió con su larga lengua de animal.

A ella todo le daba vueltas ante sus ojos. Iba a despedazarla y a comérsela, y ella no tenía nada con lo que defenderse, ninguna espada, ningún puñal, sólo la Pluma que seguía aferrando. Se concentró en las peludas fosas nasales que eran tan grandes como su puño. Desenroscó con cuidado la tapa de la Pluma.

«¡Eres la Verdadera! ¿Cómo querías salvar al mundo?» Vale, ya iba siendo hora de salvar al mundo o, al menos, a una parte de él.

El Minotauro buscó su cara invisible con su larga lengua. Ella clavó con todas sus fuerzas la Pluma hasta el fondo de la fosa nasal. Una fuente de sangre y tinta la salpicó. El Minotauro retrocedió sacudiéndose, se agarró la cabeza y bramó.

Ahora que no sujetaba la Pluma volvía a ser visible. Ver la herida de su pierna casi le hace vomitar. No lo hagas. Ahora no. Se levantó apoyándose en la pared. No podía dudar. No podía pensar en el dolor. El Minotauro soltaba cabezazos como un poseso a su alrededor. Sus fosas nasales despedían un olor a carne quemada de vaca. Eso le enseñaría. Ella era la Verdadera, era la única que podía tocar la Pluma sin quemarse.

Debía darse prisa. Intentó apoyarse en su pierna, gritó y se desplomó. «¡Te enseñaré lo que es dolor! ¿Me oyes? ¡Acabarás suplicándome!» Jadeó. Volvió a levantarse. ¿Dolor? ¿Cómo? ¿A quién le duele algo aquí? No te duele nada. ¡Odessa! ¡Sigue andando! ¡Es una herida de nada! Cojeando, atravesó la habitación.

El Minotauro daba cabezazos contra la pared.

La puerta estaba abierta. Había una escalera. Subió escalón tras escalón jadeando, apoyándose, empapada en sudor, al ritmo de los golpes que daba el Minotauro. Lo estás haciendo bien, Odessa. Lo conseguirás. Está chupado. Te vas a casa.

Jamás una escalera le había parecido tan larga. Jamás se había alegrado tanto de llegar arriba. Se cayó al suelo. No podía más.

Los golpes cesaron. Él había muerto. Bien, Odessa. Le has clavado la Pluma hasta el cerebro.

Rasgó un trozo de su camiseta y vendó su herida para que dejara de sangrar.

«Lo has conseguido, Odessa.»

Se levantó y avanzó cojeando por el pasillo.

Estaba en la mitad cuando oyó un furioso bramido detrás de ella.
—¡Odessaaaaa!
El Minotauro no estaba muerto.
Subía por la escalera.

¿No es mejor que muera una sola persona...?



Ya no podía olerla, pero con la sangre que perdía podía seguir su rastro con facilidad. La encontraría y estaba furioso, furioso como un animal herido.

Ella continuó subiendo.

¡Más alto! ¡Más alto!

Subió un doloroso escalón tras otro. La sangre le salpicaba en el zapato. Ya no sentía la pierna, pero no se atrevía a mirar la herida por miedo a desmayarse. Se tocó la pierna. La notó fría y húmeda.

Ella también se sentía como un animal herido en busca de un lugar para morir.

Una puerta de roble maciza le obstruyó el paso. La empujó con el hombro y, como no estaba cerrada con llave, se abrió.

Candelabros de pared iluminaban a la perfección una habitación circular con altas estanterías llenas de libros. Aquella debía de ser la biblioteca de Mabarak. Enfrente de ella, al otro lado de la habitación, había una puerta con una vidriera de brillantes colores que destellaban por la tormenta que azotaba en el exterior.

Cerró la puerta tras de sí con llave y echó los cerrojos. Apenas llegaba al más alto pero debía echarlo. Debía echarlos todos. Eso le haría ganar tiempo.

Pero tiempo, ¿para qué? No había salida. El Minotauro la encontraría más tarde o más temprano y, con cerrojos o sin ellos, destrozaría la puerta.

El dolor le sacudió con intensidad. Apoyó la espalda contra la puerta y se dejó caer al suelo. Le temblaba el pecho. «¡Eres mi sangre, Odessa!» Arrancó una tira de su camiseta y se vendó la pierna. «¡Me debes respeto!» Anudó con furia la tela.

Apoyó la cabeza contra la puerta. ¿Qué sentido tenía todo aquello? Si se arrojaba contra las rocas, daría lo mismo. A nadie se le escaparía una lágrima por ella. A nadie le importaría que hubiera muerto. «¿Quién dices? ¿La niña de ayer? No la he visto. ¿Ha muerto? ¿Y qué?»

Sintió lágrimas en sus mejillas pero llorar no tenía sentido, llorar no la sacaría de

aquella torre. Apretó los puños hasta que se le pusieron blancos. «Odessa, no te portes como una niña pequeña. ¡Vamos! ¡Levántate! ¡Haz algo!»

Se incorporó.

Había libros y aún le quedaba polvo de su madre. Podía esconderse en el interior de un libro y esperar a que todo pasara. En el peor de los casos jamás saldría de él y comenzaría una nueva vida, una vida sin miedo, sin dolor, sin guerra, sin ese monstruoso padre.

Cojeó entre las estanterías. Los libros le daban miedo. No comprendía los títulos; estaban escritos con signos secretos y en idiomas que ella no conocía. Odessa desechó su plan; acabaría presa en un mundo que no entendía lleno de monstruos y brujas.

Tal vez pudiera sacar de un libro a alguien que la defendiera, un caballero o un héroe como Lancelot, y que luchara contra el Minotauro. Debía haber un libro que le sirviera. Abrió algunos. A juzgar por las ilustraciones, todos eran libros de monstruos. Los devolvió a su sitio. Con un monstruo tenía más que suficiente.

Se encontraba cerca de la vidriera que representaba a un Mabarak triunfante. Llevaba una corona de laurel en la cabeza, un manto rojo en los hombros y tendía una mano a alguien arrodillado: Shakespeare. ¿Era aquél el sueño supremo de Mabarak? ¿Que el escritor más grande de todos los tiempos, Shakespeare, se arrodillara ante él como un lacayo? ¿Era eso el eje de todo?

—¡Ni soñarlo! —gritó ella. Pegó un puñetazo a la ventana. Cayeron pedazos al suelo. Se cortó la mano. Más dolor. Más sangre.

Abrió la puerta y salió al balcón. La lluvia le dio en la cara, el viento tiraba de su ropa. Apenas podía mantener el equilibrio. El balcón era grande, del tamaño de los delirios de grandeza de Mabarak. Se agarró al parapeto de piedra.

La altura le cortaba la respiración. Descender quedaba descartado; los muros estaban húmedos y resbaladizos.

En la lejanía podía ver la batalla encarnizada entre los gnorks y el ejército. Las tiendas estaban incendiadas, los caballos se dispersaban en todas las direcciones.

Por su culpa, los gnorks habían irrumpido en el campamento a través del túnel.

—Lo siento —susurró.

Abajo, a su izquierda, salían llamas de ventanas inferiores del castillo donde había incendiado el laboratorio.

—¡Con mucho gusto! —exclamó.

Entre los dos frentes, el campo de batalla estaba lleno de libros despedazados, caballos muertos y monstruos en descomposición.

Tanto daño, tanta miseria y ¿para qué?

No podía pensar; había demasiado viento, demasiado ruido.

Levantó la cabeza y dejó que la lluvia corriera por su cara. Deseaba tener un padre, uno que la cogiera en su regazo y que por la noche, antes de dormir, le contara cuentos

maravillosos, y que los domingos la llevara a montar a caballo, pero sobre todo, un padre que le tendiera la mano y se la llevara de aquel maldito castillo sobre un caballo alado.

Negó con la cabeza. Mabarak le había quitado incluso aquella fantasía.

Miró hacia el abismo. Abajo, sobre las rocas, había gnorks muertos. Los grajos les picoteaban los ojos. Una gota de sangre de color rojo vivo cayó de su mano destacando entre las grises gotas de lluvia. La gota roja se esparció sobre las rocas.

Se le cortó la respiración. En el lugar en el que había caído la gota había una niña con su mismo pelo, su misma ropa, su misma mochila y su contenido diseminado en diagonal sobre las rocas: Librus, la cajita de plata, el Mortero de los Titanes...

El viento amainó. Las gotas de lluvia caían despacio hasta quedarse suspendidas en el aire. Se hizo un silencio absoluto.

Su réplica abrió los ojos.

—¡Ven! —susurró sin mover los labios. Odessa podía oírla en voz alta y clara. Aquello era una pesadilla. Cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos su réplica aún continuaba allí.

—Ven... aquí se está de maravilla.

Odessa se tapó los oídos. La voz siguió sonando en su cabeza.

—Ven... aquí no hay más que tranquilidad... el dolor ha desaparecido... tus preocupaciones han terminado.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó tartamudeando.

—A ti —respondió su réplica.

—¿A mí?

—Puedes salvar al mundo. Tu vida y la de Mabarak están unidas. Si tú mueres, Mabarak morirá. Tú misma lo escribiste en Librus.

Odessa tragó saliva. Estaba tan segura cuando lo escribió...:

Tengo un padre.

Le encontraré.

Y estaremos juntos hasta en la muerte.

Mabarak y ella estaban unidos. Si ella moría, Mabarak moriría. Podía salvar al mundo pero ¿a qué precio? Todavía era joven y ya no tenía la Pluma. No podía cambiar aquella frase.

—No quiero morir —susurró.

—¿Es más importante tu vida que la de millones de personas? —preguntó su réplica.

—No, pero...

—Piénsalo. ¿No es mejor que muera una sola persona a que millones de ellas pasen su vida en la esclavitud?

Odessa no sabía qué decir.

Tres cuervos se posaron alrededor de su réplica.

—Ven —dijeron con voces que no sonaban como graznidos sino azucaradas—. Acomódate con nosotros. Cuidaremos bien de ti.

—No seas tan egoísta —dijo su réplica—. Atrévete a dar el salto. No tengas miedo. Sólo te tiene que fallar el equilibrio. Una caída deliciosa, interminable, en la que toda tu vida pasa ante tus ojos, después un golpe, lo admito, pero más tarde adiós al dolor, adiós a la tristeza, sólo la eterna salvación. Nadie más estará enfadado contigo. Ninguna responsabilidad. El final de todas tus preocupaciones.

Odessa se sentó en el parapeto de piedra. Su vida a cambio de salvar al mundo. Era un pequeño precio. Dobló su pierna buena sobre el murete y tiró de la mala para subirla. Se levantó. El parapeto tenía la anchura justa para poner los pies.

Miró hacia abajo. Los grajos le hacían señas como si fueran buenos amigos. Parecían muy amables. ¿La cuidarían bien?

—Ven —dijo su réplica—. Da el paso. Es un pequeño paso para ti pero un gran paso para la humanidad.

Odessa necesitaba tanto la calma, dormir, dormir para siempre... Cerró los ojos.

Un fuerte golpe se oyó en la habitación de la torre.

—¡Odessaaaaa!

La pierna herida le falló. Tuvo el tiempo justo de dejarse caer de espaldas sobre el balcón. Su hombro y cabeza golpearon fuertemente contra las piedras. La lluvia volvió a caer a mares sobre ella. El viento volvió a tirar de su ropa. La tormenta tronaba en el cielo. Era como si despertara de un sueño; volvía a dolerle la herida, su cabeza estaba a punto de estallar.

Se incorporó con dificultad y cojeó hacia el borde. Allí donde había estado su réplica, los grajos picoteaban un gnork muerto. El corazón le latía en la garganta. ¿Qué mosca le había picado? ¡Había estado a punto de saltar! ¡Había estado a punto de estar sobre esas piedras!

¡Bum!

—¡Odessaaaaa!

Sí, el Minotauro.

Entró cojeando, apoyó su espalda contra una estantería cercana a la puerta y la volcó. Y otra estantería más y otra hasta que la puerta estuvo cubierta por libros.

¡Bum!

—¡Odessa!

—¿Quieres mi sangre? ¡Ven a buscarla! —gritó.

Fue cojeando al otro lado de la habitación y se sentó a la luz de un candelabro. Desabrochó su mochila, sacó *Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio*, lo puso en el suelo delante de ella y junto a él colocó la cajita de plata con el Polvo de Musa.

Hojeó hasta la página en la que había visto a Pegaso.

Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio



Odessa cerró los ojos.

No iba a adoptar el aspecto de un elfo sino el de un unicornio para convencer a Pegaso.

Debía convertirse en un unicornio.

Un unicornio plateado.

Extraordinario.

Acosado.

Orgullosa.

¡Pum!

—¡Odessa!

Se llevó un buen susto.

No debía pensar en ello. No debía prestar atención al ruido. No debía pensar en el Minotauro. Ni en el dolor.

¡Un unicornio plateado!

Extraordinario.

Acosado.

Orgullosa.

Las crines ondeando al viento.

¡Pum!

Levantó la cabeza. El Minotauro podía dar tantos golpes como quisiera; no iba a permitir que la desconcertara.

Un unicornio plateado.

Las crines ondeando al viento.

Sintió que Pegaso se escondía en el bosque. No quería salir, ¿por qué no?

—¿Qué te ocurre? —susurró—. ¿Por qué te ocultas? ¿Por qué te escondes entre esos robles podridos, esos helechos verdes y...?

Volvió a encontrarse en el bosque de los elfos con el aspecto de un unicornio plateado. Se abrió camino entre zarzas y árboles caídos. Los elfos miraban desde las ramas de los árboles y le señalaban el camino hacia un claro en el que, de repente, cerca de ella, apareció un precioso caballo blanco de una belleza deslumbrante con las alas plegadas en los flancos de su poderoso cuerpo.

Él la miró con ojos inquisitivos.

—¿A qué se debe tanta insistencia? —preguntó él. Su voz sonaba grave y serena.

—Ayúdame —respondió—. Eres mi única esperanza.

El animal mantenía la cabeza ladeada como si intentara ver a través de ella.

—No eres un unicornio.

—Soy Odessa. Estoy herida. Tienes que ayudarme a salir volando de aquí.

—No puedo ayudarte, niña.

—¿Por qué no?

—Me puse en ridículo. Juré no volver a volar.

Él se dio la vuelta. Ella le siguió.

—¿Y qué hiciste?

Pegaso bajó la cabeza.

—Tenía una misión y fracasé. Me he prometido a mí mismo no volver a volar.

—Yo sé lo que ocurrió. Debías salvar a Calíope.

Pegaso la miró con asombro.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Debías salvar a Calíope y no lo lograste. Pero yo soy la hija de Calíope. Puedes saldar tu deuda salvándome a mí —y con algunas dudas añadió—: Y así yo también podré saldar mi deuda contigo.

—No me debes nada.

—Yo te impedí que lo hicieras. Silbé y eso hizo que volaras contra aquella cuerda.

Pegaso levantó la cabeza. La miró con frialdad.

—Vaya. Así que fuiste tú. ¿Y entonces por qué iba a ayudarte?

—Soy la Verdadera. Eres el único que puede salvarme.

Él negó con la cabeza.

—No pude salvar a tu madre. ¿Quieres hacerme revivir mi ridículo pero esta vez contigo?

—Si Mabarak consigue atraparme, todo estará perdido. Hazlo por Shakespeare.

Pudo ver que dudaba.

—Tengo el ala herida. No sé si podría hacerlo aunque quisiera.

¡Pum!

—¡Odessa!

En un abrir y cerrar de ojos volvió a encontrarse en la habitación de la torre. Un cerrojo cayó golpeando en el suelo.

Ella roció polvo sobre el libro.

–Pegaso, te lo suplico...

El libro ni se inmutó.

¡Pum!

Un segundo cerrojo cayó al suelo con ladrillo y todo.

–Por favor, Pegaso... sálvame y así te salvarás.

Sostuvo la cajita de plata sobre el libro. Todo o nada. La volcó. Una nube de Polvo de Musa cayó revoloteando.

Un temblor sacudió la página y la cabeza de Pegaso apareció seguida de sus preciosas crines y su poderoso cuerpo. Extendió las alas. Era más grande que en el libro. Su blanca piel brillaba con la luz de los relámpagos. Sus cascos repicaban en el suelo.

¡Pum!

–¡Odessa!

Otro cerrojo cayó dando un golpe en el suelo.

Pegaso miró hacia la puerta.

–¿Qué ser medio humano medio animal brama detrás de esa madera? –preguntó entrecerrando los ojos.

¡Pum!

El último cerrojo cayó al suelo. La puerta reventó saliendo de su quicio y el Minotauro entró en estampida, el morro lleno de sangre, tinta y espuma debido a la furia. Avanzaba dando patadas a los libros.

–¡Odessa!

Su cuerpo humeaba bajo el sudor. Todos sus músculos estaban en tensión. Sobre su pecho se dibujaban negras líneas de sangre y tinta. La Pluma continuaba en su nariz, como si no se hubiera atrevido a arrancársela por miedo a hacerse más daño. Apestaba a carne quemada.

Pegaso se colocó delante de Odessa.

–¡Pegaso! –rugió el Minotauro con evidente sorpresa–. Apártate. Esta lucha no es entre nosotros.

Como respuesta, Pegaso soltó vaho por sus fosas nasales.

El Minotauro echó los hombros hacia atrás.

–Tú lo has querido. Pero uno de nosotros acabará sangrando y yo ya lo estoy haciendo.

Bajó los cuernos y atacó.

Pegaso se dio la vuelta a la velocidad del rayo y le propinó una coz con sus patas traseras. El Minotauro recibió el golpe de lleno en el pecho y fue a parar contra las estanterías; la madera se partió, los libros cayeron encima de él. Se incorporó con dificultad, arrancó un trozo de madera de una estantería y se abalanzó sobre Pegaso.

Odessa, que se había quedado mirando como paralizada, recogió sus cosas del suelo y huyó hacia el balcón. Pegó la espalda al mojado muro. Había empezado a llover con más fuerza. Esperaba que Pegaso no resultara herido. Le había sacado del libro para huir, no

para que luchara contra el Minotauro. Tenía miedo de que todo se repitiera, de que Pegaso, que antes debió salvar a su madre y ahora a ella, resultara herido por su culpa.

De pronto un amasijo de piedra, cristal, cascos de caballo y astas de toro atravesó la pared y aterrizó en el balcón dando un porrazo tan fuerte que las piedras se agrietaron.

Al Minotauro le costó levantarse, vio a Odessa y la agarró por la pierna. Ella gritó. Su herida comenzó a sangrar de nuevo. Pegaso dio un salto poniendo sus patas sobre el brazo del Minotauro que la soltó, pero a su vez tuvo la oportunidad de alcanzarle en el flanco. Sus cuernos dejaron un rastro de sangre. Pegaso gimió y cayó retumbando en el balcón que no logró resistir aquella segunda sacudida.

Entonces todo se desarrolló a una enorme velocidad.

El balcón cedió. Entre una lluvia de piedras y cascotes, Pegaso, el Minotauro y Odessa cayeron dando vueltas. Odessa abrazó el cuello de Pegaso. El Minotauro agarró el ala, echó una garra a sus blancas crines y se subió a él. Pegaso le mordía pero el Minotauro no soltaba, tenía la cabeza cerca de la de Odessa con la Pluma aún en su nariz. Odessa la agarró: «Ésta es mía», dijo arrancándola. Él se agarró la cabeza y cayó al abismo soltando zarpazos a su alrededor.

Odessa se agarró con fuerza a Pegaso.

Sintió que éste jadeaba. Sus músculos se tensaron y pataleó en el aire. Fragmentos de balcón caían sobre las rocas y entre ellas resonó el golpe seco del cuerpo del Minotauro.

—Vuela —dijo ella—. ¡Puedes hacerlo!

Cuando iban a estrellarse, Pegaso desplegó sus alas en toda su amplitud. Volaron a ras de las rocas.

Enseguida ganó altura. Odessa miró hacia abajo. En el lugar en el que se había visto a sí misma tendida, se encontraba ahora el Minotauro con la cabeza torcida en un extraño ángulo entre los escombros del balcón.

Oyó un grito demencial tras de sí. Sobre las almenas se encontraba Mabarak agitando el puño.

—¡Odessaaaa!

Flechas pasaban rozándolos. Llamas salían de todo el castillo. Tejados se desplomaban.

Odessa volvió a colgar la Pluma de su cuello y escondió la cara en las crines de Pegaso.

No volvió a mirar atrás.

Un árbol solitario



Pegaso sobrevoló el campamento militar.

Todo indicaba que los hombres habían ganado la batalla. Por todas partes había gnorks atados. Los soldados apagaban los focos de los incendios y atendían a los heridos. Un joven oficial la saludó con la mano y ella respondió al saludo.

A Pegaso le costaba volar. Por suerte, la herida de su flanco ya no sangraba. Pero Odessa notaba que él sentía dolor. Se apretó contra sus sedosas crines.

–Lo estás haciendo fenomenal –susurró ella.

Él ascendió sobre las colinas y los bosques. Enseguida el desierto se extendió ante ellos.

Tras horas de silencio con el único sonido del lento aleteo de Pegaso, un árbol solitario surgió en la lejanía. Odessa no lograba averiguar si era real o un espejismo. Estaba totalmente solo entre las rocas y la arena.

–Allí podrás descansar –susurró al oído de Pegaso.

El árbol era real pero no estaba solo: a su lado había una estatua de un deslumbrante color blanco de una chica que suplicaba con los brazos extendidos. Al otro lado del árbol había un carro con un burro que pastaba apaciblemente unas pequeñas matas de hierba.

El carro se encontraba bajo el árbol y subido a él había un chico con la cabeza oculta en el juego de sombras de sus delgadas hojas.

Pegaso aterrizó a pocos metros de distancia. Odessa se dejó caer de su lomo y caminó con dificultad por la arena suelta.

Encima del carro estaba Orfeo. Una cuerda subía desde su cuello hasta una fuerte rama. Eurídice parecía más suplicante que nunca con los brazos extendidos. ¿Entendería lo que pensaba hacer su amado?

Odessa le miró.

Él bajó la mirada.

Ella sólo podía pensar en una cosa: cómo la había traicionado. ¡Había que verle ahí! ¡El muy embustero! Nadie la había engañado tanto. Nadie la había traicionado tanto.

¡Era su hermano! ¿Cómo había sido capaz? ¡A su propia hermana! Y ¿para qué? ¡Por una estatua!

No quedaba mucho de su encanto: tenía los ojos rojos. ¿Sería por el sol o por las lágrimas? ¿Acaso se arrepentía de lo que había hecho? Bueno, que se pudriera en el infierno.

Ella cerró los ojos.

Un tirón seco de la cuerda, algo de pataleo y todo habría acabado. Era su decisión. Ella no podía hacer nada.

Contuvo la respiración.

Hubo silencio.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Ella tragó saliva.

¡Se sentía fatal! Por más que lo intentaba, no podía odiarle, no a Orfeo, no a su hermano. «Todo el mundo me odiará», le había dicho. «Yo no», había respondido ella.

Ante sus ojos pasaron todos los acontecimientos de los últimos días: cómo él la había ayudado y apoyado todo el tiempo, lo mucho que le había costado tomar aquella decisión, cómo ella le había obligado.

Ella abrió los ojos.

¿Por qué él no decía nada? ¿Por qué no la cautivaba con una canción para que le perdonara todo y corriera a abrazarle?

El burro dio un paso buscando otra mata de hierba sin ser consciente del drama que se desarrollaba detrás de él. Los pies de Orfeo se arrastraron hasta el borde del carro.

¡Había que verle allí hecho un miserable! ¿Por qué todo el mundo sufría siempre tanto?

Se dirigió hacia él pero le falló la pierna y quedó tendida en el suelo. Su herida volvió a sangrar. Se apoyó con las manos y una rodilla y se levantó. El burro dio un paso más. La cuerda se tensó alrededor del cuello de Orfeo. Odessa puso una mano en el carro.

—Te perdono —dijo ella estirando la mano—. Súbeme.

Orfeo apartó la mirada.

—No merezco vivir.

—No seas tonto. Ayúdame a subir al carro.

Él le agarró la mano y la subió pero continuó apartando la mirada.

—No puedes perdonarme —comentó él—. Te he traicionado.

—Sí puedo. Mira —respondió soltando la soga y sacándosela del cuello.

Le abrazó.

—Todo saldrá bien —dijo ella—. Venga, hermano, vamos a casa.

Después cayó inconsciente en sus brazos.

Una decisión importante



Se despertó en mitad de la noche.

Había tenido un sueño intranquilo. Se tocó la pierna. Algo la envolvía: madera y vendas. Se durmió de nuevo.

Volvió a despertarse. Aún era de noche.

Las almohadas eran suaves. Su cabeza se hundía en ellas.

Esperó a que los ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Su ropa estaba lavada en una silla, su mochila junto a la cama. Estiró el brazo y la subió poniéndola a su lado.

¿Qué hora era? ¿Cuántos días y noches habían pasado? La habían bañado y llevaba puesto un camisón. No tenía ni idea de dónde estaba ni cómo había llegado allí. Abrió la mochila. Todo continuaba en su interior. Sacó a Librus y se lo puso delante. Él estaba sereno y tranquilo.

Lo abrió.

Tengo un padre.

Le encontraré.

Y estaremos juntos hasta en la muerte.

Soltó la Pluma que colgaba de su cuello y tachó aquellas frases. Pasó una página. Había prometido ayudar a Orfeo y cumpliría su promesa aunque la hubiera traicionado. Apoyó la Pluma en el papel.

Aquella noche la sangre volvió a correr por las venas de Eurídice.

Por sus pulmones fluyó oxígeno.

Con el alba,

ella revivió.

Escribir la dejó agotada. Ató la Pluma a su cuello y volvió a dormirse.

Cuando despertó era de día.

Alguien describió una cortina. La luz del sol la cegó.

Las hermanas B. rodeaban su cama. Odessa apenas entendía lo que decían.

—¡...Cómo volaste sobre los tejados!

—¡...Pegaso...!

—¡...Fantástico...!

—¡...Orfeo! Ese pobre chico...

—¡...Le perdonaste!

Las tres guardaron silencio con las manos juntas como si estuvieran rezando.

—¡...Qué generosidad!

—¡...Heroína...!

—¡...Todos están tan orgullosos de ti!

—¡...La salvadora de Scribópolis!

Odessa se incorporó en la cama.

Las hermanas contuvieron la respiración sintiendo curiosidad por lo que la reciente heroína iba a decir.

—¿Me dais un vaso de agua? —preguntó.

Emily le dio un vaso mientras soltaba un torrente de palabras:

—El castillo de Mabarak está en ruinas. El ejército ha puesto todo patas arriba pero ni rastro del malvado, ¡como si se hubiera esfumado!

—Sospechamos que en el último momento se refugió en el interior de algún libro —añadió Charlotte—, y que se esconde hasta que no haya moros en la costa.

—Pero no tenemos ni idea de en qué libro está —dijo Anne.

—Cientos de soldados peinaron las ruinas —contó Emily.

—Han traído todos los libros que aún eran legibles y los han metido en sólidas cajas amontonadas en la Biblioteca —continuó diciendo Charlotte.

—¿Quieres decir que Mabarak está en la Biblioteca? —preguntó Odessa—. ¿No es peligroso?

—Las cajas están fuertemente vigiladas.

—¿No sería mejor quemar esos libros?

—¡Los escritores no queman libros!

—Tres intrépidos Inmortales deben leerlos uno por uno hasta encontrar al bandido.

—Han prometido que nos dejarán tranquilos —dijo Anne—. El ejército —aclaró—. El general y Shakespeare han firmado un acuerdo. El ejército ha prometido que dejará tranquilo a Scribópolis si Shakespeare escribe una oda en la que sus oficiales figuren como héroes.

Todo parecía haber salido bien.

—¿Y los conspiradores? —preguntó Odessa.

—Los que han jurado fidelidad a Shakespeare y a Scribópolis, han obtenido el perdón. Los demás están encerrados en un libro hasta que se arrepientan.

—*El proceso* de Kafka —explicó Emily poniendo los ojos en blanco.

—¿Y Dostoievski?

—El pobre hombre siente mucho lo que hizo. Shakespeare le ha perdonado. Deberías verle. No le reconocerías; está manso como un corderito.

—Y entre las ruinas del castillo encontraron otro ejemplar de Iciar.

—Nuestros mejores carpinteros la han arreglado.

—Es de buena madera, ¿sabes? Tiene mucho aguante.

—Está en la Biblioteca a cierta distancia de su hermana.

—Ahora se puede entrar por una Iciar, ¡ale-hop!, y salir por la otra.

—Es muy divertido.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Odessa.

—Está con Shakespeare. Ha pasado tres días y tres noches junto a tu cama velándote, pero hoy tenía asuntos importantes que hablar. La verás después en la fiesta.

La puerta se abrió de par en par y Orfeo entró con el pelo revuelto como de costumbre. Parecía especialmente emocionado.

—¡Odessa! ¿Has...?

Se arrodilló junto a su cama y le cogió las manos.

—¡Eurídice! ¡Está viva! —exclamó apoyando la mejilla en su mano.

Odessa le acarició el pelo. Le alegraba tanto ver tan feliz a su hermano...

—Eres la mejor hermana que he tenido.

Sonó la campana del anfiteatro.

—¡Rápido! —dijo Emily.

—¡Vamos! ¡Levántate! —gritó Charlotte.

—¡Va a empezar!

El anfiteatro era el último lugar al que Odessa querría ir. Estaba cansada, no podía andar y el anfiteatro siempre había sido fuente de burla y de risa escarnecedora. Allí había vivido algunos de los momentos más humillantes de su vida. Pero las hermanas eran obstinadas.

—¡Vamos! —animó Charlotte.

—¡Ponte los calcetines!

—¡Te hemos hecho un vestido nuevo!

—Con motivos de todas tus aventuras.

—Mira: el unicornio plateado, ¿le reconoces?

—Y aquí Pegaso.

—Lo he hecho yo —dijo Anne.

—Y la Pluma y la Piedra...

—Tu poema sobre que todos los chicos están enamorados de ti...

—Ludo A. y el Cíclope...

—Rodeada por una guirnalda de rábanos.

Emily rió entre dientes.

—¡Y aquí el Minotauro estrellándose en el abismo!

Ludo A. entró volando. Parecía animado y llevaba un fino puro en el pico.

—¡Eh, pequeña! ¿He oído que luchaste contra el mariquita de Mino con sus pequeños cuernos? ¿No podrías haberme dejado un poco? Me habría gustado dar una paliza a ese chavalín. ¡Y has reanimado a Eurídice! ¡Pareces una deliciosa polluela! Entre paréntesis, conozco a algunas chicas frías como el mármol, ¿crees que serías capaz de descongelarlas?

Odessa se alegraba de verle. Jamás iba a admitirlo, pero le había echado de menos.

Emily tiró de su manga.

—¡Vamos! —exclamó.

—No me apetece —dijo Odessa.

—¡Sí te apetece! —respondió Emily que continuaba tirando. Odessa estuvo a punto de caerse de la cama.

Charlotte le preparó los zapatos.

—Te entrarán las ganas cuando veas la sorpresa que te espera en la puerta.

Odessa se dio cuenta de que no tenía más remedio que acceder. Las hermanas iban a seguir tirando de ella hasta que se hubiera vestido. No se resistió y poco después iba con su vestido nuevo cojeando hasta la puerta. Orfeo la ayudaba.

Fuera la esperaba Pegaso. Aquélla, en efecto, era una bonita sorpresa. Él se inclinó y se puso de rodillas.

—Sube a mi lomo —dijo él.

Tenía la barriga vendada, pero por lo demás su aspecto era deslumbrante. Orfeo la ayudó a subir a su poderoso lomo. Odessa pasó las manos por las crines. Olían bien, como si acabaran de lavarlas.

Poco después recorrían con solemnidad las calles. Los cascos de Pegaso repicaban en los adoquines. Ludo A., orgulloso como un general, iba sobre su cabeza. Orfeo caminaba a su lado. Las hermanas B. les seguían hablando animadamente. Era como si volvieran a salir de expedición.

Odessa continuaba sin encontrarse bien del todo, pero el aire fresco hacía maravillas. Se sentía orgullosa de montar a Pegaso, lo cual, a juzgar por la sorpresa de la gente, era un gran honor. Odessa sintió que poco a poco se iba recuperando. Hacía un día radiante, no había una nube en el cielo.

La derrota de Mabarak ya había circulado por ahí y Scribópolis tenía espíritu festivo. Por todas partes había gente agitando banderitas y tirando confeti desde el balcón. Odessa se sentía incómoda cada vez que alguien la reconocía y la saludaba con la mano, pero menos que cuando todo el mundo la llamaba la niña de ayer.

A Ludo A., por el contrario, no le molestaba tanta atención; saludaba a la gente como si fuera el Papa.

Algunos niños los seguían, y a éstos otros más, y así no tardaron en ir a la cabeza de un verdadera comitiva.

Por todas partes había gente sacando artículos festivos de los libros: burbujas de jabón y pétalos de rosa, mariposas y colibrís, volaban alrededor de su cabeza. Una anciana sacó, no sin cierta dificultad, una orquesta de jazz de Nueva Orleans que intentó seguir la comitiva durante un rato pero que no tardó en quedar rezagada.

Se toparon con Stulo. Anduvo un rato con ellos como si fueran buenos amigos, lo que no eran en absoluto. Mostraba con orgullo su nuevo peinado. Continuaba teniendo el pelo en forma de pluma pero ahora ésta escribía una palabra en su cabeza. Las letras aún eran pequeños puntos, pero Odessa podía ver qué palabra formaban: Odessa.

«¡Menudo idiota!»

La comitiva torció la esquina. Lancelot y los caballeros de la mesa redonda, todos a caballo, obstruían la callejuela.

—Noble dama —dijo Lancelot. Se quitó el caso y sacudió sus oscuros mechones de pelo—. Para mí, como para mis compañeros de armas los nobles caballeros de la mesa redonda, sería todo un honor amén de satisfacción poder escoltar amén de acompañar a la noble dama en su viaje y búsqueda.

Odessa no tenía ni idea de cuál era su búsqueda pero dijo:

—Uníos a nosotros.

Cuando por fin llegaron al anfiteatro, la comitiva ocupaba varias calles.

El lugar no tardó en llenarse. Los profesores, con llamativos trajes de gala, se encontraban en el escenario. Cuando Pegaso apareció en las gradas superiores, se escuchó un aplauso. La gente se abrió paso escalones arriba para poder entrever a la salvadora de Scribópolis.

¿Cómo iba a lograr atravesar esa masa de gente para bajar?

—Salta a mi lomo —dijo Pegaso a Orfeo.

Orfeo no se lo hizo repetir. Saltó con destreza y se agarró a la cintura de su hermana. Pegaso desplegó sus poderosas alas y bajó planeando en vuelo raso, con los cascos apenas a unos centímetros de las cabezas del asustado público. Aterrizó en el escenario cerca del pequeño grupo de profesores que retrocedió espantado. Shakespeare fue el único que no se movió. Puso su mano sobre el hocico de Pegaso, que le dejó hacer con mucho gusto.

—Bienvenido de vuelta, querido amigo.

Odessa se moría de la vergüenza. ¿Cómo podía haberle acusado de formar un complot con Mabarak?

—¡Eh, Shake! —exclamó Ludo A.—. *Long time no see!* ¿Un purito?

Orfeo bajó resbalando del lomo de Pegaso y ayudó a Odessa a desmontar. Ella se alegraba de tenerle a su lado.

Calíope se encontraba en un lateral del escenario. Estaba preciosa y llevaba el pelo en

un recogido alto. Brillaba como si emitiera luz, ¿o era el sol sobre su deslumbrante túnica? Se acercó con paso solemne y se detuvo al lado de Shakespeare.

Odessa bajó la mirada. Se avergonzaba tanto... Su madre había intentado protegerla durante todo aquel tiempo, pero ella no quería escucharla y cayó en la trampa. Debía de haber hecho mucho daño a su madre.

—Lo siento. Yo...

Su madre la abrazó con cariño.

—Yo también... —dijo ella—. ...Yo tampoco soy la madre perfecta.

—Claro que sí —respondió Odessa en un tono casi inaudible—, pero nunca he querido verlo.

Shakespeare indicó con gestos a los chicos que trajeran su silla y apremió a Odessa para que se sentara.

Allí estaba, al frente del escenario del anfiteatro, ocupando la silla de Shakespeare con Orfeo a su derecha y Ludo A. sobre el respaldo haciendo círculos de humo a sus anchas.

Shakespeare tomó la palabra.

—Queridos habitantes de nuestro amado Scribópolis. Éste es un día feliz. Como todos sabéis, han llegado buenas noticias a nuestra ciudad. ¡Sir Edward de Mabarak ha sido derrotado gracias a los magníficos éxitos de nuestra joven heroína, Odessa!

Hubo un clamoroso aplauso.

—Nuestra joven heroína también ha demostrado que Calíope no tuvo nada que ver con el robo del Mortero de los Titanes.

Hubo un efusivo aplauso.

—Queridos habitantes de nuestra ciudad liberada, ahora que la amenazadora sombra de Mabarak ha desaparecido, nada impide que nuestra amada musa vuelva a vivir en Scribópolis y retome su misión como musa.

Hubo un afectuoso aplauso.

Las demás musas, que se encontraban en el lado derecho del escenario, fueron una a una hacia delante y abrazaron a Calíope. Todas tenían un aspecto magnífico como solo las musas pueden tener, pero ninguna de ellas hacía sombra a la belleza deslumbrante de la más grande de todas ellas: Calíope.

—No veo a Clío —susurró Odessa.

—Está castigada —respondió Orfeo también en susurros—. La han promovido a primera musa de escritores principiantes.

—¿Promovido? ¿Eso es un castigo?

—Sí, claro. ¿Recuerdas que las musas pueden adoptar la forma de los deseos que quieren inspirar en los escritores?

Odessa lo recordaba muy bien.

—Como primera musa de principiantes, ahora la misión de Clío es adoptar la forma de cachorritos y peluches —explicó guiñando un ojo—. No es feliz.

Cuando las musas abandonaron el escenario, Shakespeare retomó la palabra.

—Amigos, scribopolitanos, Odessa, prestadme atención. Calíope y yo hemos tomado una importante decisión.

Se hizo un silencio absoluto.

Shakespeare se dirigió a Odessa.

—Pero para ello necesitamos tu consentimiento.

Odessa tragó saliva, ¿una decisión importante para la que necesitaban su consentimiento? Aquello sólo podía significar que su madre y Shakespeare iban a casarse. ¿Pero entonces...? ¿Se irían juntos? ¿La dejarían atrás? Sintió un nudo en la garganta. ¿Después de haber perdido a su padre también iba a perder a su madre?

—Odessa, Calíope y yo queremos que lo pienses bien antes de responder a la pregunta que voy a hacerte porque tendrá una gran repercusión en tu vida futura y en la nuestra.

Ella no quería oírlo.

—Ya que todo apunta a que tendrás que vivir sin padre, tu madre y yo, de común acuerdo, hemos decidido que es mejor para ti que dispongas de una figura paterna.

«¿A qué se refería?»

—Odessa, necesitas un padre. Y no uno que sólo viva en tu cabeza como una fantasía sino uno de carne y hueso.

«¿Entonces?»

—Odessa, la decisión que quiero exponerte es la siguiente: me gustaría adoptarte y considerarte hija mía.

No se lo esperaba. Se quedó sin habla.

—Pero no es posible sin tu consentimiento —continuó diciendo Shakespeare—. Por eso te lo pregunto aquí, solemnemente, en presencia de todos los scribopolitanos: Odessa, ¿quieres ser mi hija?

Aquello era más de lo que jamás hubiera esperado. Asintió como un perro al que ofrecen un hueso y se echó al cuello de Shakespeare. Aquello era un regalo tan bonito...

—Ahum —dijo Shakespeare intentando respirar—. ¿Debo suponer que eso significa que sí?

El público coreaba sus nombres. Resonaban bocinas. Calíope abrazó a los dos.

—Ahum —volvió a decir Shakespeare—. ¡Ahum!

Odessa le soltó con desgana.

Shakespeare se arregló el cuello pero era evidente que estaba conmovido. Cuando por fin enmudeció el aplauso, Shakespeare volvió a dirigirse a Odessa.

—Querida hija, imagino que puedo llamarte así, ¿hay algo que quieras enseñarnos?

—¿Hum? —preguntó Odessa a la que la cabeza todavía le daba vueltas.

—¿Tal vez de tu mochila? ¿El objetivo de la expedición?

—El Mortero de los Titanes —susurró Orfeo.

Odessa soltó la hebilla de su mochila. El Mortero, aquel cuenco plateado con su correspondiente mazo, continuaba en su interior. Costaba creer que un objeto tan pequeño fuera tan importante. Cogió el Mortero.

Orfeo la sostenía mientras ella caminaba hacia la parte delantera del escenario.

Alzó el Mortero de los Titanes con aire triunfal.

Se desató un aplauso ensordecedor. Mostró el Mortero a todo el anfiteatro moviéndolo lentamente de derecha a izquierda. Sombreros y gorras volaron por el aire.

—¡Viva Odessa! ¡Viva Scribópolis! —sonó en miles de gargantas. Y no oyó ni una sola vez lo de «la niña de ayer».

Se dio la vuelta y mostró el Mortero a los profesores que se quitaron el sombrero y se inclinaron.

Cuando Orfeo la ayudó a sentarse de nuevo en la silla de Shakespeare, fue a Kafka al que le tocó acercarse a ella. Llevaba un pergamino enrollado en la mano.

—Por la presente le hago solemne entrega de este documento. Usted es ahora ciudadana de honor de Scribópolis. Debido a méritos excepcionales, también le brindamos el privilegio de inscribirse en tres cursos de su elección.

El público suspiró de envidia.

Odessa agarró el cilindro, pero Kafka no lo soltaba.

—Excepcionalmente, hemos tenido que redactar un nuevo reglamento —susurró—. Espero que valore nuestros esfuerzos.

Él no había cambiado nada. Le quitó el documento de las manos.

Deseaba con impaciencia hacer un curso. Cuando fuera a clase con los demás niños se sentiría integrada en Scribópolis. Ya se imaginaba en clase de Pasión, romanticismo y vientos apasionados que golpean las ventanas en alturas escarpadas, o en clase de Traición ladina para avanzados.

A él le siguieron algunos profesores que recitaron odas sobre Odessa y sus aventuras. Los comentarios de Ludo A. le hicieron reír, pero enseguida aquello comenzó a ser aburrido.

Dostoievski se adelantó a trompicones con la barbilla pegada al pecho como un escolar castigado.

—Fui un idiota. Soy culpable y debo pagar. Dime qué debo hacer para desterrar mis demonios.

El pobre hombre. Debía resultarle difícil pedir perdón en público.

—Que decida Odessa —dijo alguno de los presentes, lo que fue acogido con un aplauso.

Odessa se asustó. ¿Qué debía decidir ella sobre Dostoievski?

—Que baile con un tutú rosa —susurró Ludo A.

—Haz algo útil —respondió ella—. Escribe un libro.

—¿Sobre qué? —preguntó Dostoievski.

—Escribe sobre un idiota. Escribe sobre crimen y castigo. Escribe sobre tus demonios.

La cara de Dostoievski se iluminó. Con los ojos encendidos se dirigió a la mesa de los escritores, donde comenzó con afán a tomar notas.

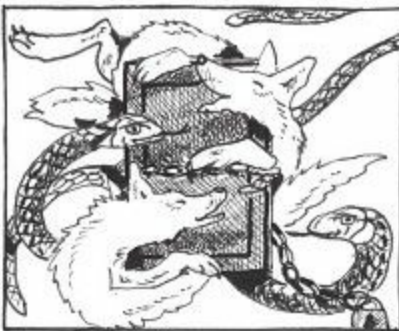
Odessa volvió a animarse cuando Orfeo tomó la palabra al lado de Eurídice. Aún estaba un poco pálida, como si su piel fuera de transparente alabastro. La pareja de

enamorados cantó, de la mano, una oda sobre sacrificio, valentía y perdón que hizo llorar a todo el público.

Para finalizar, Shakespeare retomó la palabra.

—Queridos scribopolitanos. Éste es un día de júbilo. Los profesores han estado en danza preparando la mayor fiesta que Scribópolis haya visto nunca. Hay fuegos artificiales, teatro, canto y danza, y la comida más deliciosa que hemos logrado sacar de libros de cocina real. Y para los profesores, ¡delicioso vino Château Petrus! ¡Que comience la fiesta!

Epílogo



Aquella noche, tras la fiesta más desbordante en la que hubiera participado Odessa, y que algunos escritores borrachos como cubas jamás recordarían, se dejó caer rendida en la cama. Estaba muerta de cansancio. Fuera aún resonaban los fuegos artificiales.

En Scribópolis se sentía en casa, se sentía totalmente aceptada. Aquella era su gente, sus amigos, su familia. El año próximo iría a clase. Le esperaba una nueva vida.

Pero sintió que su aventura aún no había acabado.

Puso la mochila en la cama junto a ella y sacó a Librus. Al día siguiente tendría que entregarlo. Los profesores habían decidido que era lo más seguro. Nunca se sabía si algún loco iba a obligarla a escribir en Librus. Él estaría a salvo en una sección oculta de la Biblioteca. Shakespeare había prometido que lo tratarían bien y que podría ir a visitarlo tanto como quisiera.

Aquella era la última oportunidad de escribir en Librus.

Como siempre, él estaba tranquilo con ella.

Todo lo que había escrito en Librus había salido mal. Recordó la traición de su hermano y lo equivocada que estaba al añorar tanto a un padre, y cómo por fin todo había salido bien y todo el mundo se había perdonado. No había nada, nada que pudiera replantearse. Shakespeare tenía razón: la gente debía ser libre y tomar sus propias decisiones. ¿Por qué iba a hacerlo ella en su lugar? El mundo debía decidir adónde quería ir.

Desenroscó la tapa de la Pluma.

Por su ventana podía ver la salida del sol con un resplandor naranja sobre los tejados.

Apoyó la Pluma en el papel y escribió:

Las personas son dueñas de su historia
y nadie cambiará eso jamás.

Dramatis personae

Por este libro deambula una gran cantidad de personajes. Los encontrarás a continuación por orden alfabético seguidos de una breve explicación. Algunos de ellos existieron realmente. Se trata, sobre todo, de escritores que viven en Scribópolis y están marcados con el (1). Otros personajes han cobrado vida al sacarlos de los libros de esos escritores utilizando el Polvo de Musa. Éstos están marcados con un (2). Algunos de esos personajes literarios, además, están basados en figuras históricas por lo que tienen un (3) delante de sus nombres. Otros son figuras legendarias de la mitología griega. A éstos se les señala con un (4). ¿Y el resto de los personajes? Han sido inventados con mucho mimo para *Odessa y el mundo secreto de los libros*. Son los que tienen un (5) delante de su nombre.

(1) **Brontë, Charlotte** (1816-1855), **Emily** (1818-1848) y **Anne Brontë** (1820-1849).

Charlotte, Emily y Anne Brontë son hermanas. Escribieron algunos de los libros románticos más famosos de la literatura inglesa. En una época en la que las mujeres necesitaban encontrar al hombre adecuado, ellas escribieron libros sobre mujeres fuertes e independientes. Charlotte se hizo famosa con *Jane Eyre*, Emily con *Cumbres Borrascosas* y Anne con *Agnes Grey*. Tanto *Jane Eyre* como *Cumbres Borrascosas* han sido llevadas al cine en numerosas ocasiones. Las tres hermanas murieron bastante jóvenes.

(2/3) **Bruto**

Bruto es un personaje histórico, pero también un personaje de la obra de teatro *Julio César* de Shakespeare. Marco Junio Bruto (85-42 a. C.) fue hijo adoptivo de Julio César. Cuando varios senadores romanos asesinaron a César, Bruto fue el último en apuñalarle, tras lo cual César pronunció sus famosas últimas palabras: *Tu quoque, fili mi?* [¿Tú también, hijo mío?].

(4) **Calíope**

Calíope (que en griego significa «la de la bella voz») es la madre de Odessa. Es la mayor y más sabia de las nueve musas y también la más asertiva. Al igual que las demás musas es hija de Zeus (el dios supremo griego) y Mnemósine (la memoria). Calíope es la musa de la Poesía épica y de la Elocuencia. Inspiró a Homero en la escritura de la *Iliada* y la *Odisea*. Suele representarse con una corona dorada y una tabla de escribir en la mano. En *Odessa y el mundo secreto de los libros* es amiga de Shakespeare, al cual inspira para escribir sus famosas obras dramáticas.

(4) Cíclope

El Cíclope es un gigante de la mitología griega que tiene un único ojo. Se llama Polifemo. Después de que Odiseo aterrizara en la isla de los cíclopes en la *Odisea* de Homero, éste salió con sus doce hombres en busca de alimento y lo encontraron en la gruta del Cíclope, pero el gigante los descubrió y los encerró. El Cíclope se comió a los hombres que intentaron escapar.

(4) Clío

Clío es la musa de la Historia y su nombre significa «la anunciadora» o «la que proclama». Suele representarse con un libro en la mano (en el que escribe la historia) y una corona de laurel. En *Odessa y el mundo secreto de los libros* es una joven musa de larga melena azulada con un carácter caprichoso.

(5) Cornelius Cerebus

Cornelius es un librero de la ciudad en la que se esconde Calíope. Él es su único amigo y confidente. Oculta en su librería un ejemplar de Iciar, el portal.

(1) Dante Alighieri (1265-1321)

Dante es un famoso escritor italiano del medievo. Su obra más conocida es la *Divina Comedia*, un poema en tres partes sobre un viaje ficticio que realiza por el más allá. Acompañado por Virgilio, su poeta favorito, desciende al Infierno y al Purgatorio, para acabar en el Paraíso donde conoce a Beatriz, una chica de su infancia. La *Divina Comedia* es uno de los primeros libros escritos en italiano (antes se escribía en latín) y una de las obras más famosas de la literatura mundial.

(1) Dostoievski, Fiódor (1821-1881)

Dostoievski es un famoso escritor ruso. En su adolescencia participa en una reunión que aboga por la abolición de la servidumbre. Los espías del zar le descubren y de inmediato es condenado a muerte en un pelotón de fusilamiento. Con los ojos vendados y a la intemperie espera una lluvia de balas, pero es indultado en el último momento. A cambio de ello, es condenado a cuatro años de trabajos forzados en un campo penitenciario de Siberia. Es conocido principalmente por sus tormentosas y densas novelas filosóficas y psicológicas como *Crimen y castigo*, *Los hermanos Karamazov*, *El idiota* y *Los endemoniados*. Su escritura es rápida y apasionada, con mucho diálogo. Solía endeudarse y perdía mucho dinero en las mesas de juego.

(5) Dragón de siete cabezas

Este dragón tiene siete cabezas, cada una con su propia personalidad. Devoró al Oráculo de Delfos apropiándose así de sus poderes adivinatorios.

(2/3) Enrique V

Es un personaje de la obra del mismo nombre escrita por Shakespeare y basada en la vida del rey inglés Enrique V (1386-1422). Este rey es conocido principalmente porque durante la Guerra de los Cien Años, con un ejército pequeño, famélico y extenuado, ganó una batalla decisiva en Agincourt contra el todopoderoso ejército francés compuesto por

nobles bien armados. Para arengar a su tropa, Enrique V pronunció un famoso discurso la misma mañana de la batalla.

(5) Ergolas Verktaki

Ergolas es el Señor de las Minas. Conoce las galerías como nadie. En el pasado fue amigo de Mabarak.

(5) Erithelia

Erithelia es la reina élfica de *Animales de fábula olvidados y extinguidos del reino élfico medio*.

(4) Eurídice

Eurídice era la amada de Orfeo. Cuando muere por la mordedura de una víbora, Orfeo desciende a los infiernos para rescatarla. El canto de éste resultó tan conmovedor que Hades, el rey del inframundo, accede con una condición: Eurídice seguiría a Orfeo, pero él no debía mirar atrás hasta encontrarse a la luz del día. Como no la oye, teme que ella no le esté siguiendo y Orfeo se vuelve. Eurídice vuelve a ser arrastrada al infierno ante sus ojos. En *Odessa y el mundo secreto de los libros*, Orfeo viaja de nuevo al inframundo. Hades no se deja convencer una segunda vez, pero Perséfone, su mujer, sí. Ella entrega a Orfeo el alma de Eurídice en una estatua blanca como la nieve. Dicha estatua se encuentra ahora en Scribópolis, bajo un viejo tilo. Todas las mañanas, Orfeo intenta inútilmente que la estatua cobre vida.

(1) Flaubert, Gustave (1821-1880)

Flaubert es un famoso escritor francés. Era un refinado estilista en busca permanente de la palabra exacta, que reescribía sus libros una y otra vez hasta que cada frase estaba perfecta. Es conocido como el padre de la novela psicológica moderna. Sus obras más famosas son *Madame Bovary* (que ha sido filmada en numerosas ocasiones) y *La educación sentimental*.

(2) Galahad

Sir Galahad es un noble caballero de *Camelot*, tal vez el libro más famoso sobre la leyenda artúrica, escrito por T. H. White. En *Odessa y el mundo secreto de los libros*, Sir Galahad ayuda a Sir Lancelot a proteger Scribópolis contra las invasiones de los gnorks.

(5) Gilmontaar

Es un malvado cazador de elfos de *Animales de fábula olvidados y extinguidos del reino élfico medio*.

(5) Gnorks

Los gnorks son unos seres achaparrados con apariencia de pequeños jabalíes. Son estúpidos y malvados. En realidad se trata de orcos malogrados a los que Mabarak ha dado vida sacándolos de *El Señor de los Anillos* de J. R. R. Tolkien.

(1) Goethe, Johann Wolfgang von (1749-1832)

Goethe es un famoso escritor alemán. También fue un científico que, entre otras cosas, contribuyó a la teoría de los colores, además de ser un gran político. Sus obras más

famosas son *Fausto*, que trata sobre un científico que vende su alma al diablo, y *Las penas del joven Werther*, una historia romántica sobre un joven perdidamente enamorado que acaba suicidándose. Este libro le proporcionó una enorme fama y provocó una oleada de suicidios juveniles.

(2) **Hamlet**

Hamlet tal vez sea el personaje más famoso de Shakespeare. En la obra de teatro que lleva su nombre debe vengar el asesinato de su padre, pero la duda le corroe. ¿Es bueno el sentimiento de venganza? *Hamlet* se ha llevado al cine muchas veces y continúa representándose a día de hoy.

(1) **Hemingway, Ernest** (1899-1961)

Hemingway es un famoso escritor, periodista y premio Nobel americano. Es conocido por su escritura sobria y lacónica, que tuvo gran influencia en muchos escritores posteriores a él. Sus obras más famosas son *El viejo y el mar* y *Por quién doblan las campanas*. Era un apasionado de la pesca y le gustaban las corridas de toros. Acabó con su vida suicidándose con su escopeta de caza favorita.

(2) **Hércules Poirot**

Hércules Poirot es un famoso personaje de los libros de Agatha Christie. Es un detective belga que lleva un bigote rizado hacia arriba. Algunas personas creen que es francés, cosa que a él no le gusta. Resuelve misterios en treinta y tres libros y cincuenta y un relatos cortos, y lo hace utilizando sus células grises en busca del móvil de los posibles autores. Ha aparecido en múltiples ocasiones en pantalla, entre otras en *Muerte en el Nilo* y *Asesinato en el Orient Express*. (1) **Hermanas B.**

Véase: Brontë.

(1) **Hugo, Victor** (1802-1885)

Victor Hugo es un famoso escritor y político francés, enormemente popular durante su vida. Cuando Napoleón III tomó el poder, Hugo se autoexilió en Guernsey, una isla frente a la costa británica. Una vez derrotado Napoleón III, Hugo regresó y fue recibido en París como un héroe. A su entierro asistieron tres millones de personas. Sus obras más famosas son *Nuestra Señora de París* y *Los miserables*, un libro de mil doscientas páginas que denuncia la pobreza y la injusticia social. Ambos libros han sido llevados a cine en numerosas ocasiones. Mucha gente conoce *Los miserables* como uno de los musicales más exitosos de todos los tiempos.

(5) **Husmeadores**

Los husmeadores son seres siniestros compuestos por una hormigueante masa de insectos con forma de cuerpo humano. Esta masa se mantiene compacta por una capa mágica. Su mordedura puede desde paralizar hasta causar la muerte.

(5) **Iciar – i.c.i.a.r.**

(Inicia Camino Inventando Alguna Respuesta)

Iciar es un portal. Hay varios ejemplares, todos y cada uno de ellos sacados del mismo antiguo baobab. Iciar es una conexión entre la ciudad en la que Calíope vive en la

clandestinidad y Scribópolis. Tiene un carácter molesto. Para utilizarla se debe responder a una pregunta que nunca formula.

(1) Kafka, Franz (1883-1924)

Franz Kafka es un famoso escritor checoslovaco. Es conocido sobre todo por sus novelas inquietantes, sorprendentes, similares a pesadillas, en las que los individuos son reprimidos por la sociedad. La mayoría de sus obras aparecieron tras su muerte. Sus novelas más famosas son *La condena*, *El proceso* y *El castillo*. En un relato breve, *La metamorfosis*, el protagonista despierta una mañana descubriendo que se ha convertido en un gigantesco insecto.

(2) Kay

Sir Kay es un caballero de *Camelot* escrito por T. H. White. Ayuda a Sir Lancelot a proteger Scribópolis contra las invasiones de los gnorks.

(2) Lancelot

Sir Lancelot du Lac es un noble caballero de *Camelot* escrito por T. H. White. Como mano derecha y mejor amigo del rey, es uno de los caballeros más importantes de la mesa redonda. Se rumorea que mantiene una relación con Ginebra, la esposa del rey Arturo. En *Odessa y el mundo secreto de los libros* protege Scribópolis contra las invasiones de los gnorks.

(5) Ludo A. – Ludovico Aquila

Ludo A. para los amigos y las mujeres, es un canario (*Serinus Canarius*) de un antiguo y noble linaje. Tiene un carácter atrevido y siente debilidad por los puros. Es muy inteligente y habla ciento veintiocho idiomas con fluidez, entre ellos ruso, arameo y navajo, además de cuatrocientas diecisiete lenguas animales. Un consejo valioso: ¡nunca le llames gorrión!

(5) Mabarak – Sir Edward de Mabarak

Sir Edward de Mabarak es un gran escritor. Una vez fue amigo de Shakespeare. Algunos rumorean que él era quien escribía sus obras. Intenta hacer un libro que domine al mundo; lo que se escriba en Librus, se hará realidad. Es el líder de los gnorks y los husmeadores.

(2) Macbeth

Es un personaje de Shakespeare de la obra teatral del mismo nombre. Macbeth es un valiente general escocés que pierde la cabeza cuando tres brujas le predicen que puede convertirse en rey de Escocia. Incitado por su ambiciosa mujer, Lady Macbeth, asesina al rey y ocupa su lugar, lo que termina siendo una masacre. Pero Macbeth está seguro de que no puede ocurrirle nada; las brujas le predijeron que ningún nacido de mujer podía matarle.

(1) Melville, Herman (1819-1891)

Herman Melville es un famoso escritor americano. Su obra más conocida es *Moby Dick*, una historia sobre un capitán, Ahab, que quiere vengarse de una ballena blanca que se comió su pierna. El capitán Ahab está tan obsesionado por la venganza que prefiere que

se hunda su barco con toda la tripulación, a abandonar la caza de la ballena blanca. *Moby Dick* ha sido llevada al cine en varias ocasiones. En *Odessa y el mundo secreto de los libros*, Melville es el director de la Biblioteca de Scribópolis.

(2) Mercurio

Es un personaje de *Romeo y Julieta* de Shakespeare, y el mejor amigo de Romeo.

(5) Milo Milan

Milo Milan es un estudiante que participa en las pruebas de Scribópolis. Es un chico sensato con gafitas redondas.

(4) Minotauro

Es un ser mitológico mitad humano mitad toro. Vive en un laberinto construido por el rey Minos en la isla de Creta. Todos los años, Atenas debía ofrecer siete chicos y siete chicas a Minos, el cual los encerraba en el laberinto. Un buen día, Teseo decide matar al Minotauro. Sustituye a uno de los chicos y desciende al laberinto. La hija de Minos, Ariadna, que está secretamente enamorada de Teseo, le da a escondidas un hilo con el que podrá encontrar la salida. Tras una sangrienta lucha, Teseo vence al Minotauro.

(5) Mujer con pantalón negro de cuero

Una mujer con un pantalón de cuero ajustado. No se menciona su nombre. Es la jefa de los gnorks y muy hábil con el látigo.

(5) Odessa

Odessa es hija de Calíope. Es pequeña para su edad. Su madre la aísla del mundo exterior por causas que ella no comprende. De noche deambula por los tejados y sueña con un padre que la lleve en sus aventuras. Escribe poemas y desea convertirse en escritora. Tiene un carácter rebelde y a veces habla sola.

(4) Odiseo (o Ulises)

Es un héroe griego que desempeñó un importante papel en la *Iliada* y la *Odisea* de Homero. En la *Iliada* posibilitó a los griegos la victoria en la guerra troyana inventando la artimaña del caballo de Troya. Después de la guerra regresa a casa con sus tropas, pero los dioses, que durante la guerra habían elegido el lado troyano, están furiosos y le amargan la existencia. Lo que debería de haber sido un simple viaje, duró doce largos años. Sus tropas son convertidas en cerdos, narcotizadas o seducidas por sirenas y apresadas en una cueva por un Cíclope.

(4) Oráculo de Delfos

El Oráculo es una mujer que predice el futuro en la antigua ciudad griega de Delfos. La mujer balbucea sonidos envueltos en humo a través de las grietas de una roca y los sacerdotes (profetas) los traducen convirtiéndolos en profecías. En *Odessa y el mundo secreto de los libros*, ella no acaba muy bien.

Véase también: Dragón de siete cabezas.

(4) Orfeo

Orfeo es un personaje de la mitología griega. Es un joven guapo con el pelo muy rizado, capaz de cautivar a cualquiera con su prodigioso canto. Cuando toca su lira, leones y

tigres se tumban a sus pies, las flores giran sus cálices hacia él para rodearle de dulces aromas, y las tormentas y tempestades se calman.

Para Orfeo y Eurídice véase: Eurídice.

(2) **Otelo**

Otelo es un personaje de una obra de teatro de Shakespeare con el mismo nombre. Es un general moro que sirve en el ejército veneciano. Al contribuir al juego sucio de Yago, su traicionero amigo, se ve arrastrado por los celos. En un arrebato de locura asesina a Desdémona, su amada.

(4) **Pegaso**

Pegaso es el caballo alado de la mitología griega. Es el preferido de las musas. En *Odessa y el mundo secreto de los libros* intenta rescatar a Calíope por encargo de Shakespeare.

(2/3) **Ricardo III**

Ricardo III es un personaje de Shakespeare de una obra teatral del mismo nombre basada en la vida de un rey verdadero. Ricardo III es muy ambicioso y envidioso y no le acobarda matar a su propia familia para conseguir el trono.

(2) **Romeo**

Es un personaje de *Romeo y Julieta*, una obra de teatro de Shakespeare. Se enamora de la bella Julieta en un baile de máscaras, pero no es consciente de que ella es hija del archienemigo de su padre; ella es una Capuleto mientras que él es un Montesco. Ambas familias están inmersas en una encarnizada lucha. Los Capuleto y los Montesco permiten que sus hijos sucumban a una triste suerte antes que rendirse. *Romeo y Julieta* se ha utilizado a menudo como base de una nueva historia, como en *West Side Story*, y tal vez sea la obra teatral más filmada de todos los tiempos.

(5) **Señor de las Minas**

Véase: Ergolas Verktaki.

(1) **Shakespeare, William** (1564-1616)

Shakespeare es un famoso escritor inglés, y tal vez el escritor más grande de todos los tiempos. Es autor de obras de teatro como *Hamlet*, *Romeo y Julieta*, *El rey Lear*, *Otelo* y *Macbeth*. Sus obras siguen representándose a día de hoy, y han sido llevadas al cine en numerosas ocasiones. También han sido adaptadas para la ópera y el musical. En *Odessa y el mundo secreto de los libros* Shakespeare es elegido Presidente del Consejo de los Inmortales.

(2) **Sherlock Holmes**

Sherlock Holmes es uno de los primeros detectives de todos los tiempos y tal vez uno de los más famosos. Con su aguda inteligencia resuelve misterios en cuatro libros y cincuenta y seis relatos cortos escritos por Sir Arthur Conan Doyle. Basándose en pequeños indicios que a otros se les escapan, saca conclusiones lógicas que le conducen de forma inevitable hasta el insospechado culpable. Con más de doscientas películas a su nombre, Sherlock Holmes es uno de los personajes de ficción más filmados.

(2) **Shylock**

Shylock es un personaje de *El mercader de Venecia* de Shakespeare. Es un usurero judío que presta dinero a su rival, Antonio, a cambio de una libra de carne. Antonio está seguro de poder devolver el dinero, pero cuando los barcos de Antonio naufragan y no puede devolver el préstamo, Shylock exige que Antonio corte una libra de carne de su propio cuerpo.

(5) Stulo Mallia

Stulo es un chico bravucón que da más importancia a los músculos que al cerebro, cosa que él tiene en abundancia (músculos). Lleva un corte de pelo con forma de pluma.

(5) Wiki

Wiki es una niña pecosa y la primera amiga de Odessa en Scribópolis.

(1) Wilde, Oscar (1854-1900)

Oscar Wilde es un famoso escritor irlandés. Se le conoce por *El retrato de Dorian Gray* y *La importancia de llamarse Ernesto*. Su estilo se caracteriza por su humor ácido e inteligente. En un tiempo en el que la homosexualidad estaba prohibida, él manifiesta abiertamente su inclinación. En un sonado juicio contra Lord Alfred Douglas, el padre de su novia, se le condena a dos años de trabajos forzados por su «excesiva indecencia». Fallece, como un hombre consumido, poco después de su puesta en libertad. Sus libros, su vida y su proceso han sido llevados al cine en numerosas ocasiones.

(2) Yago

Yago es un personaje de la obra *Otelo* de Shakespeare, en la que ejerce de desleal amigo íntimo de Otelo. Tal vez sea el mayor canalla que creó Shakespeare. Cuando es Casio y no él quien recibe el ascenso al que aspiraba, Yago decide vengarse. Sabe cómo manipular a otros personajes para conseguir su objetivo. Gracias a su extremada inteligencia y a que disfruta de una buena reputación, nadie sospecha de él. Mediante un astuto plan, consigue que Otelo se vuelva loco.

Esta obra ha sido publicada con el apoyo financiero del Fondo Flamenco de las Letras (Vlaams Fonds voor de Letteren – www.flemishliterature.be).



Título original: *De kleine Odessa. Het levende boek*

Edición en formato digital: febrero de 2012

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© Peter Van Olmen and Van Goor / Uitgeverij Unieboek | Het Spectrum bv, The Netherlands, 2009

© De las ilustraciones, Nicole de Cock, 2009

© De la traducción, María Lerma, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

«I Feel Pretty»

De *West Side Story* (1961)

Música de Leonard Bernstein, letra de Stephen Sondheim.

©1956, 1957 Amberson Holdings LLC y Stephen Sondheim.

Copyright renovado.

Leonard Bernstein Music Publishing Company LLC.

«Oerend hard»

Por Normaal

© 1977, letra y música de Bennie Jolink y Ferdi Jolij.

«Singin' in the Rain»

De *Cantando bajo la lluvia* (1952)

©1929, música de Nacio Herb Brown, letra de Arthur Feed.

«The Lumberjack Song»

De *El Circo Ambulante de los Monty Python, La Hormiga: una introducción*.

© 1969 música de Michael Palin, Terry Jones y Fred Tomlinson, letra de Terry Jones y Michael Palin.

«We're Off to See the Wizard»

De *El Mago de Oz* (1939) de L. Frank Baum
©1939, música de Harold Arlen, letra de E. Y. Harburg.

La fuente Tengwar Sindarin está basada en un diseño de J. R. R. Tolkien y ha sido utilizada con la amable autorización de Dan Smith.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-819-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Odessa y el mundo secreto de los libros	4
Parte 1	7
Tejas	9
Alas en la noche	16
Rodeada	20
La habitación prohibida	23
Los escritores muertos	29
Ludovico Aquila	35
Cerdo chamuscado	45
I.c.i.a.r.	47
Cornelius Cerebus	50
Un precipicio inesperado	55
Al fondo de la cueva	58
Árboles susurrantes	63
Sir Lancelot y los caballeros de la mesa redonda	72
Parte 2	76
Scribópolis	78
Dostoievski	80
Las hermanas B.	88
El plan de Odessa	96
Orfeo	99
Kafka	102
La Piedra de obsidiana	107
La pluma es más poderosa que la espada	114
Una ración de Polvo de Musa	125
La Biblioteca de Scribópolis	130
La historia del rábano	137
Lo más grande bajo Luno	144
La Pluma en la Piedra	150
Conversación de alto nivel	152
La conspiración	158
El llamamiento al anfiteatro	165
El Oráculo de Delfos	172

Eurídice	179
Lo rosa y lo gris	184
Ludo A. y la dama	196
Shakespeare	203
Canallas y héroes	214
En el ojo del Cíclope	221
Con turbante y bigote	231
Parte 3	235
Hierba del desierto	236
Pegaso	242
El Señor de las Minas	245
Amigos bajo juramento	252
Mármol y tapices	259
La sala de las cien estatuas	263
Calíope	266
Huyendo	270
Encuentros inesperados	274
El suelo bajo sus pies	278
Agujas y clavo	290
Eres de mi sangre...	295
¿No es mejor que muera una sola persona...?	301
Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio	305
Un árbol solitario	309
Una decisión importante	312
Epílogo	321
Dramatis personae	323
Créditos	331